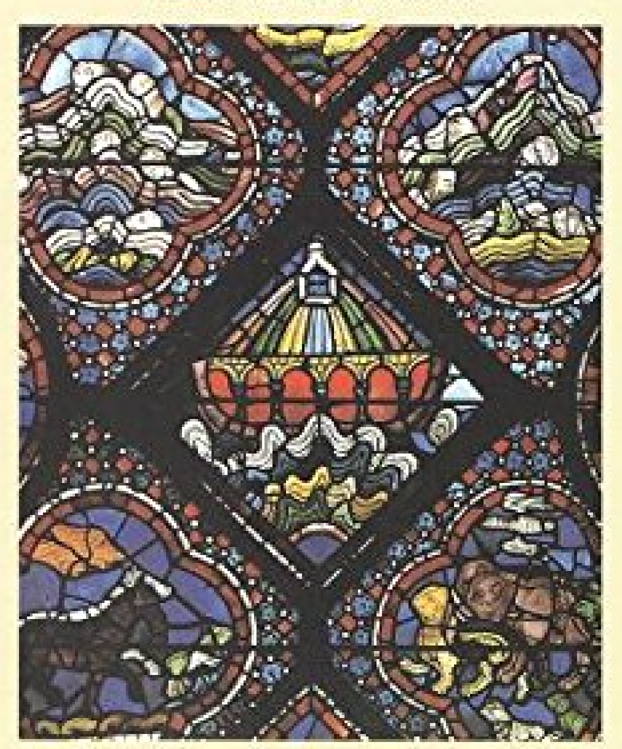


Alain Guerreau

El futuro de un pasado

La Edad Media en el siglo XXI



Crítica

ALAIN GUERREAU

EL FUTURO DE UN PASADO

LA EDAD MEDIA EN EL SIGLO XXI





Título original:
L'AVENIR D'UN PASSÉ INCERTAIN
Quelle histoire du Moyen Age au XXI[e] siècle?

Traducción castellana de
Rolando Cossío. Revisión general de Lluís Zayas

Diseño de la colección: Joan Batallé
Ilustración de la cubierta: Vidriera de la catedral de Chartres (*c.* 1200)
Fotocomposición: Víctor Igual

EDITORIAL CRÍTICA, S.L., Provença, 260, 08008, Barcelona
e-mail:editorial©ed-critica.es
http://www.ed-critica.es
ISBN: 84-8432-342-0
Depósito legal: B. 19.747-2002
Impreso en España
2002.—A&M Gràfic, Santa Perpètua de la Mogoda (Barcelona)

INTRODUCCIÓN

Le long plaisir pourtant de nos métamorphoses
Squelettes s'animant dans les murs pourrisants
Les rendez-vous donnés aux formes insensées
A la chair ingénieuse aux aveugles voyants

PAUL ELUARD

Será sin duda difícil no reconocer que Marc Bloch ha sido el más prestigioso medievalista francés y posiblemente europeo del siglo XX, aunque serán pocos los que reconozcan su principal virtud: haber sido una excepción. Marc Bloch ha sido el único medievalista francés en reunir un alto grado de inteligencia y valor, doble virtud que fue el fundamento tanto de su capacidad para provocar una apertura sin equivalente en el campo de la historia medieval como de su compromiso con la Resistencia y de su trágico final bajo los efectos de la barbarie nazi.[1]

HOSTILIDAD PROFESIONAL A TODA REFLEXIÓN

¿Ha redactado alguien la lista de los medievalistas víctimas de esta barbarie? Ésta es tan insignificante como la lista de aquellos que, entre las dos guerras, contribuyeron a un real «progreso del espíritu humano» en lo que se refiere a

1. Después de un largo período de incertidumbre, una historiadora americana publicó una detallada biografía: Carole Fink, *Marc Bloch. A Life in History*, Cambridge, 1989 (trad. fr.: *Marc Bloch. Une vie au service de l'histoire*, Lyon, 1997). Otros trabajos son principalmente un análisis abstracto de los temas, como el de Ulrich Raulff, *Ein Historiker im 20. Jahrhundert: Marc Bloch*, Frankfurt am Main, 1995, o sobre la «fortuna historiográfica»: Olivier Dumoulin, *Marc Bloch*, París, 2000. Estas obras obvian el sentido literal de los trabajos de M. Bloch, debido a que sus autores no son medievalistas. Para abordar esta perspectiva, nos referiremos a dos publicaciones colectivas: Hartmut Atsma y André Burguière (ed.), *Marc Bloch aujourd'hui. Histoire comparée et sciences sociales*, París, 1990. Peter Schöttler (ed.), *Marc Bloch. Historiker und Widerstandskämpfer*, Frankfurt am Main, 1999. Junto a Marc Bloch, recordamos también a André Déléage (1903-1944), medievalista y precursor de la historia rural, resistente y muerto en combate como oficial de las FFL (Forces Françaises de L'Interieur).

nuestro conocimiento de la Edad Media. Por mil y una razones, los medievalistas se asustan incluso de su sombra, y es, por así decirlo, un reflejo profesional criticar con socarronería, malhumor y acritud toda propuesta intelectual que pudiera aparecer, aunque sea mínimamente, como un cuestionamiento de las instituciones o del orden establecido: instituciones universitarias y administrativas en primer lugar, pero también, y en general, todas las categorías comunes que permiten aprehender el orden social contemporáneo evitando prudentemente reflexionar sobre él.[2]

¿Es el marasmo actual de los estudios medievales una ocasión oportuna para analizar la situación y proponer nuevas vías? Si respondemos afirmativamente, corremos al menos dos riesgos: 1) parecer contradictorios, proponiendo reorientaciones en el momento mismo en que recordamos los obstáculos que paralizan el conjunto del dispositivo científico; 2) parecer a la vez utópicos e *inútilmente* agresivos anticipando propuestas que cuestionan tanto los conceptos más elementales como una serie de complejas tendencias de las prácticas universitarias y «culturales». Marc Bloch no servirá aquí de égida pero sí de punto de referencia.

La cuestión de saber si la historia está en crisis o no apenas se plantea entre los historiadores franceses (aunque no son los únicos) en los albores del siglo XXI. Reina un consenso casi unánime, que inquietaría en sí mismo, si no advirtiéramos, dentro del mismo movimiento, que las respuestas difieren de principio a fin tan pronto como nos interrogamos sobre la naturaleza, las causas y las eventuales soluciones de este marasmo consolidado.[3] Por tanto, el alcance del enunciado general queda reducido en gran medida y nos conduce a preguntarnos por aquellos principios razonables con los que podríamos abordar la situación presente.[4]

Miopía coyuntural

Como historiador lo mínimo que se puede hacer es prepararse para resistir a la miopía coyuntural (entendiendo por esto la práctica común que consiste en limitar el horizonte retrospectivo a algunos años, veinte o veinticinco en el mejor de los casos) y, por tanto, esforzarse en resituar las evoluciones recientes en un tiempo más amplio, única forma que nos permitirá una evaluación plausible de

2. «Begriffe werden direkt benutzt, nicht befragt ... Begriffsfeindlichkeit» (Ludolf Kuchenbuch, «'Feudalismus': Gebrauchsstrategien eines wissens-politischen Reizworts», *Die Gegenwart des Feudalismus*, coloquio de Göttingen, junio 2000).

3. Enrico Pispisa, «Nuova storia e vecchie idee. A proposito di un recente libro di Georges Duby», *Quaderni medievali*, 36-1993, pp. 83-92. Más general: Gérard Noiriel, *Sur la «crise» de l'histoire*, París, 1996. Roger Chartier, *Au bord de la falaise: l'histoire entre certitudes et inquiétude*, París, 1998. Alain Caillé, *La Démission des clercs. La crise des sciences sociales et l'oubli du politique*, París, 1993. Immanuel Wallerstein, *Impenser les sciences sociales. Pour sortir du XIX^e^ siècle*, París, 1995 [orig. Inglés, 1991]. Dominique Lecourt, *Les Piètres Penseurs*, París, 1999.

4. Reflexiones muy útiles en Arnold Esch, Johannes Fried y Patrick J. Geary, *Stand und Perspektiven der Mittelalterforschung am Ende des 20. Jahrhunderts*, Göttingen, 1996. Hans-Werner Goetz, *Moderne Mediävistik. Stand und Perspektiven der Mittelalterforschung*, Darmstadt, 1999.

las dificultades actuales. Por otro lado, el medievalista, por muy absorto que esté en su trabajo, y haya o no leído a Marc Bloch, no puede eximirse de considerar su disciplina como parte de un todo, tanto más cuanto que él mismo es también cientificista social y ciudadano. Se llega así, por otra vía, a la triple exigencia que recae sobre toda empresa de historia de la medievalística; es necesario:

1) hacer como si conociéramos sobradamente el tema de estudio (la civilización medieval) para valorar con este criterio la evolución de los conocimientos;

2) conocer suficientemente la historia de la sociedad europea posterior al siglo XVIII para poder percibir las relaciones entre las tensiones y evoluciones sociales y las posturas ideológicas;

3) disponer de nociones sobre el desarrollo del conjunto de las ciencias sociales desde el siglo XVIII para poder insertar con precisión la medievalística.

El programa es irreal, y el dilema corneliano: o nos resignamos de entrada a descartar una parte de estas exigencias, y corremos inexorablemente hacia el desequilibrio y los contrasentidos, o nos lanzamos al agua, y corremos el riesgo de ser arrastrados por los remolinos asesinos de visiones erróneas y lagunas excesivas.

HACER FRENTE

A partir de este momento, hablaré en nombre propio: hay que lanzarse al agua. Considero elementos cardinales los valores de esfuerzo y de estricto rigor. Sin ellos, la más desbordante inventiva no puede desembocar en nada duradero. Es en todo caso de esta forma como interpreto la lección de Marc Bloch. La distancia entre un consenso laxo y la fanfarronería más o menos provocativa es mínima, y sus efectos globales difieren en poco. Una táctica corriente (tal vez menos en Francia que en otros países) para forjarse una reputación y una carrera consiste en defender el significado contrario a tal o cual «conocimiento adquirido». El resultado derivado de estas actuaciones individuales no es en ningún caso un progreso general sino una adaptación precipitada de la historiografía a los más pequeños céfiros de la ideología dominante. Por el contrario, un uso sin concesiones del racionalismo crítico desemboca, con gran frecuencia, en conclusiones molestas y socialmente poco aceptadas: una obra, publicada por un colega bastante simpático, aparece radicalmente falsa, o cuando menos insuficiente; a otro nivel, las investigaciones serias reducen las creencias juzgadas por muchos como verdades intangibles a la índole de simples ficciones; generalmente, el análisis histórico resalta el carácter temporal y relativo de la mayor parte de nociones y «valores» que son, bajo muchos aspectos, constitutivos del orden social en que vivimos. No creo, bien pensado, que el compromiso sistemático constituya la mejor solución. ¿Me atreveré, una vez más, a sugerir a los incrédulos releer los últimos textos de Marc Bloch?[5] No es saludable renunciar a

5. En particular *L'Étrange Défaite* y los textos publicados en la clandestinidad, principalmente «Sobre la reforma de la enseñanza».

llevar los razonamientos hasta sus últimas consecuencias, y nada autoriza a rendirse antes de haber establecido al menos una hipótesis coherente. Me parece que la «crisis» ha llegado a un punto tal que, quizá, sea menos impensable la regla intelectual de no abdicación.

En términos generales, el problema radica en clarificar las condiciones de ejercicio del racionalismo crítico en la labor de aprehensión de una parte crucial (larga y decisiva) del pasado europeo, y por tanto humano. Esto implica tres consecuencias:

1) Se debe subrayar *a principio* que el racionalismo crítico no es la única «base teórica» para abordar esta realidad. Bajo esta consideración, no es aceptable introducir un discurso en términos de legitimidad. Toda pretensión de exclusivismo debe ser combatida.

2) Por el contrario, no podemos aceptar la confusión de géneros. Una aproximación fundada, por ejemplo, sobre supuestos de orden estético, no puede reivindicar «cientificidad» alguna; práctica no obstante corriente, que surge simplemente del engaño organizado. Es necesario descubrir este engaño y ponerlo de manifiesto. En un momento determinado, se debe elegir (libremente si es posible), ya que existen supuestos incompatibles entre sí.

3) Hace falta, por tanto, precisar sin ambages que el racionalismo crítico no reconoce otra finalidad que el progreso de los conocimientos racionales, lo que comporta que en la práctica se confunda con la dinámica científica *stricto sensu*. Esto es, un punto de vista abstracto, estrictamente abstracto. La ciencia como tal no persigue ninguna utilidad ni ninguna difusión. Y no hay nada más nefasto para ésta que todas las circunstancias en las que se encuentra sometida a la presión de las «necesidades sociales», cualesquiera que sean (las variantes son numerosas) sus manifestaciones. Las sociedades maduras son las que confieren mayor independencia a la actividad científica, y es precisamente en este marco en el que los avances son más sustanciales. En su esencia, la ciencia no sirve ni a cosas ni a personas,[6] sino al progreso del espíritu humano. Y esto ya es mucho.

Emprender el recorrido de reconocimiento de todos los obstáculos que obstruyen, eficazmente, la vía de aproximación racional al pasado humano, es una actividad a largo plazo, fastidiosa y frecuentemente desmoralizante: el orden social reclama, y llegado el caso impone, la confusión y el paralogismo. ¿Podemos fiarnos de una vaga creencia en las «estratagemas de la razón»?[7] Una vez más, es cuestión de elección. Aquí, invito al lector a una aventura de clarificación. Nada más.

6. Aun suponiendo una situación ideal (¿utópica?) donde ésta fuera por completo institucionalmente autónoma, la comunidad de historiadores profesionales no estaría exenta de condicionamientos y de determinaciones, esto sería no obstante un progreso considerable. No podemos imaginar reducir a la nada las presiones sociales, pero debemos intentar limitar su peso específico.

7. Heinz Dieter Kittsteiner, *Listen der Vernunft. Motive geschichtsphilosophischen Denkens*, Frankfurt am Main, 1998.

EXEMPLUM

Dicho esto, podemos replantear el problema en términos más concretos, ajustándonos a la forma de la antigua tradición del *exemplum*. Excelentes medievalistas, en el seno de prestigiosas universidades, siguen incluyendo sin pestañear en la bibliografía obligatoria para los estudiantes de licenciatura el opúsculo de François-Louis Ganshof, *Qu'est ce que la féodalité?*[8] Esta obra constituye una negación sistemática de los principios fundamentales de la organización de la sociedad medieval: bajo esta consideración, es una de las cumbres del género, una verdadera monstruosidad. Sin embargo, está fuera de toda duda pensar que los docentes que hacen de ésta una lectura obligatoria sean incompetentes, irracionales o persigan alguna oscura intención ideológica. Todo lo contrario. Pero, entonces, ¿cuál es el *quid* de la cuestión?

Extrañamente la cuestión se presenta primero bajo apariencias elementales. Una de las propiedades específicas más importante de la sociedad medieval era la de estar organizada de forma que se establecía un vínculo tendencial extremadamente fuerte entre los hombres y las cosas, en primer lugar estaban los medios de subsistencia, la tierra en particular. Este enunciado resulta de una miríada de observaciones, que podemos reiterar sin cansarnos; producto de un simple y estricto realismo. F.-L. Ganshof propone en cambio, como punto de partida, el carácter «puramente personal» de los «vínculos de dependencia feudal». Este enunciado tiene todos los caracteres de un dogma, es presentado *ab initio* y sin ninguna justificación; no puede ser sometido ni a verificación ni a discusión; como los documentos medievales no se ajustaban totalmente a lo anterior, empleó dos procedimientos conjuntamente: una selección eficaz de aquellos que aparecían como menos visiblemente contradictorios con su doctrina y una caracterización de los amanuenses medievales como «confusos» e incapaces de una comprensión conveniente de la realidad que tenían ante sus ojos.

La obra en cuestión se presenta bajo la más seductora apariencia: concisa, clara, llena de notas al pie[9] que remiten a textos precisos, avalada por las consideraciones de los «grandes» medievalistas germánicos (justificando una pretensión putativa de «tecnicidad») y dividida, para hacerla más redonda, en fases cronológicas de configuración honestamente plausible.

No podemos, sin embargo, admitir que esta simple apariencia baste para explicar el uso y la reputación de un reclamo doctrinal tan groseramente mentiroso.[10] Tropezamos entonces con una considerable dificultad que no podemos resolver en un instante. Indiquemos aquí, y como punto de partida, algunas pistas para la investigación.

8. François-Louis Ganshof, *Qu'est-ce que la féodalité?*, Bruselas, 1944 (1968⁴).

9. Kenneth L. Woodward, «In Praise of Footnotes», *Newsweek*, 9 de septiembre de 1966, p. 75.

10. Son pocos los medievalistas que explicaron que Ganshof se mofaba del mundo. Señalamos a Johannes Fried, «*Gens* und *regnum*. Wahrnehmungs- und Deutungskategorien politischen Wandels im frühen Mittelalter. Bemerkungen zur doppelten Theoriebindung des Historikers», en Jürgen Miethke et Klaus Schreiner (ed), *Sozialer Wandel im Mittelalter. Wahrnehmungsformen, Erklärungsmuster, Regelungsmechanismen*, Sigmaringen, 1994, pp. 73-104.

F.-L. Ganshof no es el inventor del dogma que lanza. Lo recoge de Georg aitz. Tanto Ganshof como muchos otros medievalistas, si existen contradic- ones entre los documentos medievales y Waitz, le dan la razón a este último. n embargo, el mismo Waitz se había contentado con poner a punto un dogma e le era muy anterior. ¿Por qué los medievalistas viven tan cándidamente en la norancia del pasado de su disciplina? ¿Por qué ninguno practica la genealogía los errores, tan instructiva y fructífera?

Numerosos medievalistas tienen a pesar de todo «algunas dudas» sobre el al- nce de la exposición de Ganshof. He ahí una situación de tristísima banalidad: ntas circulan afirmaciones contradictorias e incompatibles sobre una multitud temas. No solamente nadie se inquieta por ello, sino que, al contrario, la ha- idad suprema consiste en realizar todas las acrobacias retóricas posibles para cer aceptables enunciados incompatibles. ¿Por qué esta negativa sistemática l principio de contradicción?

El prestigio de Georg Waitz reposa básicamente sobre la pretensión de este tor de explicarse en «términos técnicos». Habitualmente, la reivindicación de cnicidad es un arma temible entre los medievalistas. El método ordinario de des- dificación de esta pretensión, que consiste en pegar la etiqueta infame de «jer- », es mal aceptado. La utilización, o mejor aún la introducción, de «términos cnicos» se considera como una de las bases del oficio. Pero, ¿qué es entonces «término técnico»? Si tomamos dos vocablos usuales en la corporación, *alo- y señorío banal*, vemos que el primero es simplemente un calco del latín me- eval, mientras que el segundo es pura invención contemporánea.[11] Algunos gundos de reflexión bastan para constatar que estos dos términos no tienen es- ctamente nada de técnico, salvo si tomamos el adjetivo «técnico» en su acep- ón más antigua y vaga de «especializado». De hecho, sería más claro y hones- hablar de vocabulario *esotérico*. Por el contrario, sería realista y racional finir la arqueología como una técnica, en sentido literal. Pero esto no es preci- mente lo habitual. ¿Por qué semejante confusión en la representación de los versos modos de actividad del oficio de historiador? y ¿por qué tanta incohe- ncia en las relaciones entre las diversas prácticas?

La naturaleza propia del dogma enunciado por Ganshof es la de ser una afir- ación referida a una característica esencial de la sociedad medieval. La acep- ción de esta afirmación puede parecer singularmente extraña si se tiene en enta el hecho de que la noción misma de «mecanismos generales de funciona- iento» de la sociedad medieval no tiene, en principio, desarrollo entre los me- evalistas, siempre dispuestos a justificar el rechazo de «grandes nociones», temáticamente sospechosas de remitir a postulados «filosóficos» y no al sano bajo del historiador puramente empírico como se sabe. Por añadidura, el su- esto «carácter puramente personal de las relaciones feudales» es esencialmen- una «gran noción» en el sentido que acabamos de ver anteriormente. Aquí, la

11. Ludolf Kuchenbuch, «*Potestas und utilitas.* Ein Versuch über Stand und Perspektiven der schung zur Grundherrschaft im 9.-13. Jahrhundert», *Historiche Zeitschrift*, 265-1997, pp. 117-

paradoja es notablemente ilustrativa: en la práctica, el medievalista utiliza inevitablemente y sin vacilaciones, estas «grandes nociones» de las que pretende inocentemente estar indemne. Esta pretensión burlesca no tiene más que un objetivo: justificar el obstinado rechazo de toda discusión y con mayor motivo del cuestionamiento de estas «grandes nociones», perfectamente comunes y reales, que estructuran la medievalística. Pero ¿cuándo y en qué condiciones se reconocerá que una discusión ordenada de estas nociones debería ser básica, tanto en la práctica profesional como en la formación de los medievalistas?

Parece ser que el «síndrome Ganshof» engendra fácilmente una serie de interrogantes, y la pequeña lista que acabamos de ver no es ni de lejos exhaustiva. Está ahí sólo para sugerir, de forma un poco más palpable, aquello que puede dificultar la pretensión, abstracta, de aclarar las condiciones de ejercicio del racionalismo crítico en el marco de la medievalística.

Fases

Comenzaré por recordar las grandes fases de ésta; un encadenamiento complejo, en general mal conocido y concebido frecuentemente desde la perspectiva simplista y puramente teleológica de una constante acumulación.

En segundo lugar, intentaré sugerir las perspectivas en las que los esfuerzos pueden ser más fructíferos, en la medida en que las condiciones actuales, tanto internas como externas, parecen constituir el sustrato de posibles progresos sustanciales.

Me dedicaré, por último, a definir y a explicar algunos imperativos globales, tanto en materia de utillaje intelectual como de prácticas profesionales, susceptibles de contribuir a acercar la medievalística a las exigencias que la fundamentan, es decir, las de una búsqueda científica rigurosa.

I

NACIMIENTO Y ETAPAS DE LA MEDIEVALÍSTICA

L'éternité est une femme

LOUIS ARAGON

Existen manuales genéricos de historia de la historiografía, e investigaciones más limitadas sobre la historia de los historiadores de uno u otro país durante un determinado período. Un género igualmente extendido es el de la historia de las nociones, y encontramos trabajos sobre la historia de la noción de Edad Media (género que recae frecuentemente sobre principios en extremo discutibles, como veremos más adelante).[1] Pero no disponemos, que yo sepa, de una historia de la historia medieval. No acometeré aquí más que un breve bosquejo, aproximativo, haciendo hincapié en la elaboración y las transformaciones (o las permanencias) de las principales nociones que han permitido en el transcurso del tiempo imaginar (más que pensar) la Europa medieval.

1. En último lugar, Giuseppe Sergi, *L'idea di medioevo*, Roma, 1998 (trad. cast.: *La idea de Edad Media*, Crítica, Barcelona, 2001).

A. NACIMIENTO DE LA HISTORIA: LA DOBLE FRACTURA

La Ilustración y la Historia

Reinhard Koselleck[1] situó muy inteligentemente el punto crucial: la Historia es una noción que nació durante la segunda mitad del siglo XVIII. Elaborando las nociones gemelas de *espacio de experiencia* y *horizonte de expectativa*, Koselleck estableció las herramientas que permiten realizar una investigación precisa, cuyo resultado es una visión cargada de detalles y relieves útiles. Hasta el siglo XVIII prevalece la idea principal de repetitividad sobre un fondo de intangibilidad.[2] Todas las preguntas e indagaciones sobre el porqué y el cómo estaban siempre referidas a una situación particular en la que intervenían hombres dotados de las propiedades del hombre común. Las edades y los reinos se sucedían, producto de una inestabilidad exclusivamente superficial. El siglo XVIII cambió la perspectiva elaborando la posibilidad de una novedad sin precedentes: el espacio de experiencia ya no limitaba el horizonte de expectativa. La noción de progreso hizo su aparición de la misma forma que la noción de Historia (de forma directa): esta reorientación se convirtió en patrimonio de la humanidad. No podemos ignorar los análisis de Koselleck sin desacreditarnos: ni Tucídides ni Sigeberto de Gembloux son mis colegas, ni tampoco los Mauristas (salvo creyendo que se puede ser un buen erudito independientemente de todo marco historiográfico, lo que es una creencia absurda).

Koselleck no fue, por lo demás, ni el primero ni el único, en anunciar esta ruptura. Diversos autores la sitúan a finales del siglo XIX, y encontramos perfectamente su eco en el gran manual de Fueter.[3] Otros investigadores, más preocu-

1. Reinhart Koselleck, *Vergangene Zukunft. Zur Semantik geschichtlicher Zeiten*, Frankfurt am Main, 1979 (trad. fr.: *Le Futur passé. Contribution à la sémantique des temps historiques*, París, 1990).

2. Jacques Le Goff, *La Civilisation de l'Occident médiéval*, París, 1964, p. 19: «Si Carlomagno parece tan próximo a los cruzados o a los contemporáneos de San Luis, no es porque ellos ignoren la cronología, sino porque la cronología los ha ignorado a ellos.»

3. Eduard Fueter, *Geschichte der neueren Historiographie*, Munich 1936[3], pp. 334-349, 415-431.

pados por la historia antigua y que también trabajaban en la perspectiva de la evolución de la filología, mostraron el lugar decisivo que corresponde a los *Prolegomena ad Homerum* de Friedrich August Wolf y a la subsiguiente síntesis de Niebuhr: por primera vez la historia romana fue pensada como la de una *sociedad diferente de la nuestra.* Me inclino a situar ahí el momento de inflexión.

Sin embargo, esta consideración fundamental no debe conducir ni a subestimar el intenso movimiento de creación de nuevas nociones durante la segunda mitad del siglo XVIII, ni tampoco a ocultar las grandes desviaciones que manchan la imagen de la Edad Media desde comienzos del siglo XIX, desviaciones resultantes de la incapacidad de la nueva Europa para considerar con la mínima serenidad la alteridad de la Edad Media.

Podemos, según la perspectiva adoptada, adjudicar el protagonismo a Chladenius, a Rousseau, a Adam Smith, a F. A. Wolf o a Kant. Podemos también insistir en la maduración intelectual de la Ilustración o hacer recaer el acento sobre la transformación de Europa como consecuencia directa de la Revolución francesa: los dos movimientos estuvieron vinculados y fueron íntimamente complementarios. Para nuestro propósito, sería un error nefasto querer disociarlos. Aunque es necesario distinguirlos analíticamente.

La increíble fragmentación de los «campos» en la investigación contemporánea hace casi imposible formarse una idea favorable de la abundante inventiva de los pensadores de la Ilustración. La mayor parte de los sectores de la actividad humana fueron tratados, examinados con ojo crítico y repensados. En nuestro cometido, no podemos dejar de valorar el alcance de la invención de tres de las nociones fundamentales del mundo contemporáneo: la política, la religión (Rousseau), el trabajo y la economía (Adam Smith). El acto de nacimiento de nuestra noción de religión se encuentra en el libro IV del *Contrato social.* Y en *La riqueza de las naciones* el de economía política. Nadie puede negar que estos dos pensadores hayan tenido «precursores»; pero es mucho más importante comprender que estos dos autores supieron dar forma sintética y clásica al desarrollo de una reflexión que hacia 1770 llegó a una madurez y a una popularidad que la convirtieron desde ese momento en pensamiento dominante: no fue una súbita genialidad lo que habría permitido a los diputados franceses de 1789, en tan sólo algunos meses, formular los derechos del hombre y del ciudadano, expulsar a las órdenes religiosas y confiscar los bienes de los clérigos, abolir los derechos feudales, crear los departamentos, instituir una asamblea legislativa, y adoptar una constitución y el sistema métrico.

Conflictividad

La Ilustración implantó conjuntamente la posibilidad y el derecho a pensar y a hacer la Historia. Pero esta implantación fue el resultado de un proceso altamente conflictivo, y las definiciones de Rousseau y de Adam Smith fueron sobre todo definiciones más que a favor en contra; el término mismo de Ilustración (*Lumières*) implica que hasta entonces reinaba la oscuridad (en los térmi-

nos alemán e inglés el significado es aún más evidente, *Aufklärung* y *Enlightenment*).

Esta conflictividad ha tenido, en relación con la perspectiva de trabajo del medievalista, dos consecuencias extraordinariamente importantes, que desde hace más de dos siglos han pesado como una losa sobre la medievalística. Por una parte, la destrucción de dos nociones indispensables en la percepción de la coherencia del sistema medieval y, simultáneamente, la negación radical de toda evolución endógena de este sistema. Destrucción y negación íntimamente unidas, en un mismo movimiento violento de rechazo, descalificando un sistema social caracterizado como caduco, incoherente y opresivo. Bajo esta consideración, Voltaire se uniría a Gibbon en la misma denuncia del oscurantismo.

Para el medievalista, el hecho fundamental reside en la ruptura de dos nociones claves:[4] la de *ecclesia* y la de *dominium*.

EL *DOMINIUM*

Llamo *dominium*[5] a la relación social entre dominantes y dominados en la que los dominantes ejercían *simultáneamente* un poder sobre los hombres y sobre las tierras; la organización de los grupos dominantes estaba concebida de tal forma que estos dos aspectos no podían disociarse, no sólo globalmente, sino también y sobre todo a escala local (este es un punto crucial): el ejercicio de la autoridad social concreta (mantenimiento del orden interno y externo, control de las actividades de importancia general) estaba en manos de aquellos que disponían, en lo esencial, del control de la tierra y se adjudicaban una parte de los productos del trabajo de quienes la cultivaban.[6] Precisemos esta definición con cuatro observaciones:

1) Esta definición engloba por completo la noción de servidumbre, e incluso la sobrepasa infinitamente. Una relación de *dominium* podía existir en una sociedad donde no existiera la servidumbre.

2) La consustancialidad fundamental de la dominación sobre los hombres y sobre las tierras no significa que existiera sistemáticamente una relación única

4. Propuse un primer acercamiento a esta cuestión en «Fief, féodalité, féodalisme. Enjeux sociaux et réflexion historienne», *Annales ESC*, 45-1990, pp. 137-166, del mismo modo en «Féodalité», *en* Jacques Le Goff y Jean-Claude Schmitt (ed.), *Dictionnaire raisonné de l'Occident médiéval*, París, 1999, pp. 387-406.

5. Alain Guerreau, *Le Féodalisme, un horizon théorique*, París, 1980, pp. 179-184; epígrafe «Seigneurie» del *Dictionnaire encyclopédique du Moyen Age*, París, 1997, pp. 1415-1416.

6. No se trata de un gran descubrimiento. «El regimen feudal suponía la estrecha sujeción económica de una multitud de gentes humildes por parte de algunos poderosos. Heredando de épocas anteriores la *villa* señorial del mundo romano y la circunscripción de las villas germánicas, el régimen feudal extendió y consolidó estos modos de explotación del hombre por el hombre y, reuniendo en un inextricable haz el derecho a la renta del suelo y el derecho al poder de mando, hizo verdaderamente de todo esto el señorío» (Marc Bloch, *La Société féodale*, París, 1939-1940, reed. 1968, p. 606).

en el plano individual: este caso podía presentarse, pero lo que ocurría con frecuencia era que un dominante disponía, localmente, de poderes precisos sobre ciertos hombres y tasas, servicios y rentas ligadas en principio a las tierras cultivadas por otros; la variedad de «status» fue, en ciertos aspectos, uno de los medios del buen funcionamiento del sistema.

3) La preeminencia del *dominium* no excluía, de ningún modo, que algunos individuos que no formaban parte de los grupos dominantes dispusieran[7] de algunas tierras, aunque siempre dentro de los límites de una superficie relativamente modesta; por el contrario, podía darse el caso de que los grupos dominantes adscribieran, de una u otra manera, a su servicio individuos que no disponían de tierras; aunque no podía tratarse más que de un número de efectivos restringido y sobre todo de una situación limitada y en general provisional.

4) Puesto que la consustancialidad de estas dos relaciones se ejercía en el plano local, la clave del buen funcionamiento de este sistema era el vínculo de los hombres con la tierra, que condicionaba *de facto* la estabilidad de la sociedad. Este vínculo *tendencial*, que atañía a los dominados en primera instancia, incumbía también, aunque de forma diferente, a los dominantes. De este hecho se derivaron una serie de condicionamientos estructurales, en parte contradictorios, que constituyeron sin duda uno de los resortes esenciales de la dinámica de conjunto del sistema.

El señor, *dominus*, ejercía una autoridad que se manifestaba bajo distintas formas, y percibía una parte de los productos bajo conceptos y modalidades diversas y variables. Ambas (autoridad y retención) estaban globalmente unidas y un desequilibrio entre estos dos aspectos, o *a fortiori* una ruptura, comprometía o destruía el orden social. Esta situación estaba lejos de haber desaparecido a mediados del siglo XVIII, pero había perdido su lógica y su dinámica; un nuevo orden social nacía, en el cual las nociones centrales de propiedad y compra-venta (=el Mercado) estaban garantizadas por un aparato de autoridad colectiva (=el Estado). Desde entonces, y durante el resto del siglo XVIII, en las regiones más avanzadas de Europa occidental, la mayor parte de la aristocracia *laica* hizo notables esfuerzos para metamorfosearse en una clase de propietarios.[8] Todas las

7. «Dispusieran»: aquí radica uno de los problemas cruciales, ya que se trataba de una relación *sui generis* y completamente diferente a la de «propiedad», porque esta disposición estaba sometida a una serie de límites y controles por parte de los dominantes (y no por parte de una instancia que tuviera algún tipo de autonomía con relación a esta clase), y, simultáneamente porque las posibilidades de adquirir una tierra o de separarse de ella eran también muy limitadas (y en todo caso se ejercían dentro de un marco totalmente diferente del que conocemos como «mecanismos de *mercado*»). Aron Gourevitch, «Représentations et attitudes à l'égard de la propriété pendant le haut Moyen Age», *Annales ESC*, 27-1972, pp. 523-547. Observaciones decisivas de Reyna Pastor, «Quelques réflexions sur l'expansion seigneuriale. Un regard castillan», *en* Claudie Duhamel-Amado y Guy Lobrichon (ed.), *Georges Duby. L'écriture de l'histoire*, Bruselas, 1996, pp. 103-107.

8. Régine Robin, «Fief et seigneurie dans le droit et l'idéologie juridique à la fin du XVIII[e] siècle», *Annales historiques de la Révolution française*, 43-1971, pp. 554-602; «Le champ sémantique de *féodalité* dans les cahiers de doléances généraux de 1789», *Bulletin du centre d'analyse du discours de l'université de Lille*, 2-1975, pp. 61-86. Gerd Van den Heuvel, «Féodalité, féodal», *en* Rolf

argucias jurídicas elaboradas por los jurisconsultos después del siglo XVII, relativas a la distinción entre «derechos reales» y «derechos personales»,[9] se pusieron escandalosamente de moda, como también ocurrió en Francia con la supuesta distinción entre «derecho escrito» y «derecho consuetudinario». Se avanzó, de esta forma, a grandes pasos, hacia la «abolición de los derechos feudales», puesta en escena más o menos lograda de un abandono ficticio, destinada a cubrir el acto de magia social de conversión de los señores en simples propietarios. Para que la operación tuviera éxito, fue necesario que la noción de *dominium* se hiciera impensable; y en efecto ésta se resquebrajó irremediablemente, confiriendo, desde entonces, una extrema dificultad a cualquier aproximación realista y coherente a la sociedad medieval.

La *ecclesia*

La segunda fractura fue la de la noción de *ecclesia*. Aunque los medievalistas lo saben, se comportan sistemáticamente como si lo ignoraran: la Iglesia católica medieval englobaba todos los aspectos de la sociedad, ejercía un control estrecho de todas las normas de la vida social, y estaba, desde este punto de vista, en posición de cuasi-monopolio.[10] En la práctica de los medievalistas, esta unidad y omnipresencia aparecen muy pocas veces. Para obtener una visión de conjunto, es necesario reunir una serie de rúbricas: historia religiosa, historia de la filosofía, historia del arte, historia de la literatura, historia económica, historia social. Más interesante aún resulta el hecho de que actualmente incluso los clérigos dividen impasiblemente su materia y despliegan esfuerzos obstinados para mantener marcadas separaciones entre exégesis, teología dogmática, liturgia, derecho canónico, eclesiología, historia de la Iglesia (incluso eventualmente «arte religioso» e iconografía). Es por tanto bastante fácil caer en la cuenta de que toda interpretación parcial es inevitablemente falsa: el clero (y sus innumerables subdivisiones), las edificaciones, las tierras y toda las rentas, el culto y los sacramentos, el dominio sobre las reglas de comportamiento, la utilización de un punto de referencia fijo y único (Biblia y San Agustín), el sistema de enseñanza y el control de la lengua culta, el control del tiempo y de la cronología, el sistema de beneficencia, el poder sobre el sistema de conocimientos y la visión del mundo; cada uno de estos elementos (es decir lo que en cierta manera «constituía» lo esencial de la sociedad medieval) sólo tenían sentido por su inserción en

Reichardt (ed.), *Handbuch politisch-sozialer Grundbegriffe in Frankreich, 1680-1820*, fasc. 10, Munich, 1988, pp. 1-48.

9. El informe textual ha sido establecido por Donald R. Kelley, «*De origine feudorum*: the Beginnings of an Historical Problem», *Speculum*, 39-1964, pp. 207-228.

10. A. Guerreau, *El Feudalismo*, pp. 201-210. Esto tampoco es un descubrimiento. «La identificación de la iglesia en el conjunto de la sociedad organizada es la característica que distingue fundamentalmente a la Edad Media de épocas anteriores y posteriores de la historia. Se trata, también, de una característica de la historia europea entre el siglo IV y XVIII, de Constantino a Voltaire» (Richard W. Southern, *L'Église et la Société dans l'Occident médiéval*, París, 1987 [1970], p. 10).

el conjunto, y toda visión parcial deforma la perspectiva y garantiza el contrasentido.

La *ecclesia* era la verdadera espina dorsal de la Europa medieval, concentrando el saber, los principios normativos y una parte considerable de la riqueza. El hombre de la Edad Media no tenía que plantearse, de ninguna manera, la cuestión de su pertenencia, *a fortiori* la de su adhesión; como mucho, tenía la limitada posibilidad de escoger su lugar, aunque, toda función social era *eo ipso* una función dentro de la Iglesia.

El estallido de este conjunto data esencialmente del siglo XVIII. La Reforma había introducido los gérmenes de la inestabilidad apartando a la autoridad romana de una parte de Europa, pero las Iglesias protestantes, con distinta organización, ejercieron entre el siglo XVI y XVIII un control social muy poco menos despiadado que el de la Iglesia católica.[11] En el siglo XVIII se produjo un movimiento masivo de consecuencias fundamentales: la noción de verdad única revelada, fija y definitiva, fue discutida y rechazada por una gran parte de los grupos dirigentes europeos,[12] mientras surgían, como representación dominante, las nociones de libre examen y de conciencia individual e interior.[13]

Fue esta representación, radicalmente nueva, y en contradicción total con el sistema medieval, la que hizo posible la noción de adhesión individual, de fe como creencia individual voluntaria y, en definitiva, de religión tal y como actualmente la entendemos, y como *la Edad Media de ningún modo hubiera podido concebirla*. Una parte de las funciones de la *ecclesia* medieval fue confiada a un clero redefinido como un cuerpo de agentes del Estado, mientras que otros aspectos eran lanzados a la esfera puramente privada, disueltos los elementos de monopolio, y abolido el dominio territorial. Las Iglesias, tal como las observamos en Europa a partir del siglo XIX fueron, bajo ciertos puntos de vista (sólo

11. Las Reformas iban acompañadas de vastas secularizaciones. Pero estas diferían claramente de las del siglo XIX: fueron frecuentemente parciales, y afectaron sólo a los bienes del clero regular, suprimido; sobre todo se hicieron en beneficio de los príncipes y de la aristocracia, que ejercieron sobre estas tierras un *dominium* que apenas se diferenciaba del de los clérigos. No se trata aquí de negar la gran significación de los temas mayores de la Reforma (sacerdocio universal, rechazo al culto de los santos, y sobre todo rechazo de la transubstanciación); pero tiendo a pensar que una interpretación correcta de estos cambios demostraría que se sitúan en la prolongación de la evolución del sistema de representaciones posterior a la alta Edad Media, y no en oposición; la cuestión sería más bien saber por qué una fracción importante de la sociedad europea bloqueó esta dinámica interna. De todas formas, estas cuestiones tenían un sentido en el marco del sistema de la Europa medieval, fuera de éste ninguno. Aquí radica la razón por la cual los historiadores actuales están tan inquietos por establecer la más mínima hipótesis plausible sobre la violencia y los intereses de las «guerras de religión»; podemos tomar la cuestión en el sentido que queramos: la o las Reformas son un asunto de la Europa feudal y no de la Europa capitalista e industrial.

12. Pensemos, por ejemplo, en la forma en que los Jesuitas fueron expulsados de distintos países y disuelta la orden.

13. Trabajos fundamentales de Heinz-Dieter Kittsteiner, *Gewissen und Geschichte. Studien zur Entstehung des moralischen Bewußtseins*, Heidelberg, 1990; *Die Entstehung des modernen Gewissens*, Frankfurt am Main-Leipzig, 1991 (trad. fr., *La Naissance de la conscience morale*, París, 1997).

ciertos puntos de vista), las herederas de la *ecclesia* medieval, pero la noción misma de herencia implica deceso, a pesar de los esfuerzos desmesurados desplegados durante todo el siglo XIX para ocultarlo y dar *a posteriori* la apariencia de continuidad a lo que en realidad fue una ruptura radical.

Los efectos de esta doble fractura fueron considerables pero no suficientemente valorados. Anotemos que ésta produjo directamente dos nociones capitales entre las más usuales de la sociedad contemporánea que implican una lógica estrictamente incompatible con la sociedad medieval: *propietario* (y su correlato *propiedad*) y *religión*. Una cosa es cierta: no podemos emplear estos dos términos para analizar la sociedad medieval sin cometer contrasentidos que vician irremediablemente todo análisis.

LAS INVENCIONES RESULTANTES DE LA DOBLE FRACTURA: POLÍTICA, RELIGIÓN, ECONOMÍA

A partir de la identificación global de esta doble fractura, es necesario aclarar dos caracteres complementarios de este proceso bífido: su naturaleza de invención y su efecto de condenación. Es importante distinguir entre el desarrollo de las condiciones previas, los primeros esfuerzos de síntesis, y el momento en el que una nueva estructura conceptual, congruente con el estado de desarrollo y de tensión de la estructura social, apareció y se difundió masivamente, convirtiéndose en poco tiempo en la concepción dominante. Bajo esta consideración y en relación con esta doble fractura, dos textos revisten una importancia de primer orden: el *Contrato social* de Rousseau (1762)[14] y las *Investigaciones sobre la naturaleza y causa de la riqueza de las naciones* de Adam Smith (1776).[15] El *Contrato social* es el acto de nacimiento tanto de la *política* como de la *religión*,[16] en el sentido actual de los términos, mientras que Adam Smith instauró la noción complementaria de *economía* (así como la de *trabajo*).[17] Podríamos sin duda dis-

14. John B. Noone, *Rousseau's Social Contract: a Conceptual Analysis*, Atenas, 1980. Hilail Gildin, *Rousseau's Social Contract: the Design of the Argument*, Chicago, 1983. Patrick Riley, *The General Will before Rousseau: the Transformation of the Divine into the Civic*, Princeton, 1986. Guy Lafrance (ed), *Études sur le «Contrat social» en question: échos et interprétations du «Contrat social» de 1762 à la Révolution*, Lille, 1989. El texto más esclarecedor bajo mi punto de vista es el de Louis Althusser, «L'impensé de Jean-Jacques Rouseau», *Cahiers pour l'analyse*, 8-1967, pp. 5-42, retomado en *Solitude de Machiavel*, París, 1998, pp. 59-102.

15. Jean Mathiot, *Adam Smith, philosophie et économie: de la sympathie à l'échange*, París, 1990. Heinz D. Kurz (ed.), *Adam Smith* (1723-1790): *ein Werk und seine Wirkungsgeschichte der bürgerlichen Gesellschaft: die Ursprünge der bürgerlichen Sozialtheorie als Geschichtsphilosophie und Sozialwissenschaft bei Samuel Pufendorf, John Locke und Adam Smith*, Göttingen, 1973.

16. El capítulo VIII del libro IV, «De la religión civil», debería ser una lectura básica para todo medievalista.

17. La cuestión del nacimiento de la noción de trabajo contraviene totalmente las representaciones del sentido común, que creyó ver en ésta una categoría eterna. Trabajo fundamental de Ludolf Kuchenbuch y Thomas Sokoll, *Arbeit im vorindustriellen Europa*, Curso inédito de la Universidad de Hagen, 1986; «Vom Brauch-Werk zum Tausch-Wert: Überlegungen zur Arbeit im

cutir esta elección y optar por poner en primer plano otros textos del período 1750-1800, pero el resultado sería más o menos el mismo: los pensadores de la Ilustración elaboraron una síntesis intelectual crucial, volviendo a modelar por completo la representación de las funciones sociales y su articulación. Lamentablemente, utilizaron denominaciones ya existentes, a las que se limitaron a atribuir un nuevo sentido: alteración total de la estructura semántica sin modificación sensible del léxico.[18]

Lo que hemos examinado como fractura, o ruptura, no fue más que el efecto negativo de esta tentativa de reformulación integral; es importante entender bien este punto, que permite comprender por qué estas nuevas nociones excluyen a las precedentes: podemos imaginar un todo social con unas o con otras, pero no con las dos a la vez. Los pensadores de la Ilustración no razonaban sobre la sociedad industrial, pero sí sobre una sociedad que obtenía lo esencial de sus productos de la agricultura. Los grandes pensadores del Occidente medieval no razonaban sobre una sociedad fundamentalmente diferente en cuanto a sus bases materiales, pero la concebían con una lógica totalmente diferente. Contrariamente a lo que con perseverancia algunos intentan hacer creer, no hay (y no puede haber) ningún punto en común entre Tomás de Aquino y Rousseau. La sociedad contemporánea se ha desarrollado en gran parte según la lógica que habían descrito los pensadores prerrevolucionarios; desde entonces, la *política*, el *derecho*, la *religión*, y la *economía* son nociones que permiten pensar, al menos empíricamente, las sociedades contemporáneas. Cuando utilizamos estos términos a propósito del siglo VIII o del siglo XIII, dislocamos *a priori* el objeto estudiado y nos encerramos en una aporía insuperable.[19]

Religión y *propiedad* eran dos «macroconceptos» *completamente nuevos*, destinados a la vez a pensar y a hacer acontecer una nueva organización social: su creación y su concepción hicieron estallar y desaparecer la *ecclesia* y el *dominium*; esto es lo que llamo la *doble fractura conceptual*, que hizo incoherente el sistema social anterior. Este último punto es crucial; la empresa de descalificación del pasado estaba en el corazón mismo de la Ilustración y la doble fractura conceptual, de donde resultó la creación de las nociones contemporáneas habituales de religión y de propiedad, era en sí misma una forma de convertir en impensable toda transformación endógena del sistema social medieval. El efecto fue tan profundo y duradero que la oposición a este pasado fue, y sigue siendo, uno de los mayores fundamentos de la legitimidad del sistema social contemporáneo, y las nociones surgidas de esta doble fractura se convirtieron en universa-

---

vorindustriellen Europa!», *Leviathan*, 11-1990, pp. 26-50. En el coloquio publicado por Jacqueline Hamesse y Colete Muraille, *Le Travail au Moyen Age, une approche interdisciplinaire*, Louvain-la-Neuve, 1990, la mayoría de los autores ignoran el problema, lo que conduce a una imagen no sólamente falsa, sino también equivocada.

18. Tropezamos aquí —como en muchos casos difíciles— con el inverosímil déficit de la semántica histórica.

19. A. Guerreau, «Política / derecho / economía / religión: ¿cómo eliminar el obstáculo?», en Reyna Pastor (ed.), *Relaciones de poder, de producción y parentesco en la edad media y moderna*, Madrid, 1990, pp. 459-465.

les, eternas e institucionales, de manera que toda tentativa para hacer aparecer sus estrechos límites y su carácter enteramente histórico y relativo tropieza por lo menos con la incomprensión y el escepticismo, y más frecuentemente aún con una línea defensiva multiforme, dogmática y sustancialmente violenta.

LA EDAD MEDIA EN GESTACIÓN: LA IMAGEN DESVIRTUADA DE LA «ILUSTRACIÓN»

En realidad los historiadores tienen algunas excusas que esgrimir, puesto que el propio siglo XVIII se obstinó en todo momento en someterse a esta relectura grotesca. Adam Smith caracterizaba el período feudal como un momento de anarquía y de estancamiento,[20] las costumbres feudales fueron definidas como un obstáculo en el *natural course of thing*[21] representado por el *laissez-faire* liberal. Rousseau denunciaba la tiranía y lo arbitrario, y fueron los filósofos del siglo XVIII quienes crearon la noción de oscurantismo[22] (Robertson y Gibbon no fueron menos).[23] La Ilustración se definió por oposición: aquello que les había precedido era arbitrario en política, fanatismo en religión, marasmo en economía.[24] La Ilustración fue una ideología de lucha, unida a un tenso antagonismo social: en todo ello sólo había lógica. En esta batalla, el *Enlightenment* logró desacreditar y deslegitimar un modelo de organización social que, a partir de entonces, fue considerado ridículo, ineficaz y odioso. Una imagen muy contrastada, la Ilustración frente a las tinieblas anteriores. En plena acción, era natural no ser delicado con los medios; pero lo que es mucho más extraño e imperdonable, es la permanente

20. La importancia de Adam Smith, en la fase de gestación de nuestra noción de Edad Media ha sido suficientemente aclarada por Ludolf Kuchenbuch y Bernd Michael, *Feudalismus. Materialien zur Theorie und Geschichte*, Frankfurt am Main, 1977, pp. 97-144.

21. Adam Smith, *An Inquiry into the Nature and Causes of the Wealth of Nations*, Londres, 1776. Hay que leer todo el libro III, «On the different Progress of Opulence in different Nations», en particular el capítulo II, «Of the Discouragement of Agriculture in the Ancient State of Europe after the Fall of the Roman Empire». «This order, however, being contrary toa the natural course of things, is necessarily both slow and uncertain» (ed. Cannan, p. 441).

22. Se puede leer por ejemplo el *Dictionnaire philosophique* de Voltaire (1764), obra esencial en relación con la creación de una imagen de la «religión» (sobre todo los artículos «Liberté de conscience», «Tyrannie»).

23. Michel Baridon, *Edward Gibbon et le Mythe de Rome. Histoire et idéologie au siècle des Lumières*, París, 1977. Gibbon fue el inventor de la noción de «black nation» para designar a los monjes. Robertson, a propósito de la Reforma escribía: «the whole fabric wich superstition had erected in times of darkness begann toa totter» (*ibid.*, p. 478).

24. Señalemos de paso que esta gran oposición entre la Ilustración (Lumières) y la oscuridad es suficientemente hábil como para evitar que aparezca como el equivalente exacto de una oposición entre «nosotros» y «nuestros predecesores»; la lucha de los burgueses («las ciudades») por la civilización comienza en medio de la oscuridad y se desarrolla por etapas; de ahí, por ejemplo, la importancia (desmesurada) dada al «Renacimiento», del que son seleccionados para las necesidades de la causa algunos elementos, y el resto se abandonan, precisamente, en la sombra (véase Voltaire, nota 25), maniobra que permitió glorificar la lucha cuyo resultado fue la Ilustración (encontramos una temática apenas modificada en Guizot).

ceguera de los historiadores que, después de dos siglos, no han sabido actualizar el procedimiento, ni *a fortiori* reflexionar sobre los medios para equiparse con un *stock* conceptual apropiado para descifrar la lógica interna del funcionamiento y de la transformación de la sociedad europea anterior al siglo XVIII.

No debemos olvidar, sin embargo, que el correlato de la doble fractura conceptual fue la creación y la consideración de valores y de normas sociales que fundaron la sociedad contemporánea. El estallido de la noción de *ecclesia* estuvo estrechamente ligado a la proclamación de la libertad de conciencia y de la libertad de expresión; la desintegración de *dominium* fue condicionada tanto por la aparición de un ámbito *político* autónomo, como por la libertad de comercio y el derecho de propiedad, «inviolable y sagrado». Después del siglo XVIII, estos derechos fueron criticados, algunas veces limitados, pero sólo fueron verdaderamente cuestionados por grupos fanáticos muy minoritarios. Este respeto es la traducción de la aceptación de estos derechos como valores universales; y desde entonces, lamentablemente, no podemos evitar aplicarlos retroactivamente, como deseaban los pensadores del siglo XVIII. Una dificultad añadida que no se puede omitir reside en la estrecha unión de estos dos valores, unión que manifiesta la simultaneidad de las dos reivindicaciones originales, libertad de conciencia-libertad de comercio; eran indisociables porque atacaban dos aspectos de una sola y misma estructura, pues la relación de *dominium* estaba sustancialmente unida al buen funcionamiento de la institución eclesiástica, que constituía la espina dorsal de la sociedad feudal; la autonomización ulterior de los ámbitos que resultaron de este estallido hizo aún más improbable la percepción de la unión estructural anterior; unión que, de todas maneras, no podía aparecer en el siglo XVIII más que como una insensatez y una infamia, y cuyo recuerdo se perdió en seguida por completo.

En definitiva, la Ilustración hizo lo necesario para identificarse con el Progreso sucediendo a la anarquía y al estancamiento. En este marco, el desarrollo y el triunfo de la burguesía tomaron todas las características de una auténtica teofanía.

Paradójicamente, estas nuevas herramientas intelectuales, que constituían un instrumento de lucha formidablemente eficaz en el siglo XVIII, son un obstáculo para el historiador que pretende tomar en serio el proyecto racionalista cuyos fundamentos fueron precisamente establecidos en esta época.[25] La superioridad

25. Esta contradicción ha sido destacada por Blandine Barret-Kriegel, *Les Historiens et la Monarchie*, París, 1988, t. 2, pp. 294-306: «Separando con un escalpelo barbarie y civilización, y creando en el hombre una división entre pasión y razón, Voltaire condenó una parte de la historia de los hombres y de la sociedad a la irracionalidad.» Y cita un pasaje de las *Remarques sur l'histoire* en donde se explica las consecuencias que estos propósitos tuvieron sobre la visión de la Edad Media ya que serían durante largo tiempo los utilizados en la enseñanza «clásica» francesa en los siglos XIX y XX: «Me parece que si se quisiéramos sacar provecho del tiempo presente, no nos pasaríamos la vida ensalzando las fábulas antiguas. Aconsejaría a un joven que adquiriera unas ligeras nociones de aquellos tiempos pasados pero me gustaría que se comenzase un estudio serio de la historia del tiempo en que ésta se vuelve verdaderamente interesante para nosotros: creo que este momento se puede situar a finales del siglo XV» (*ibid.*, pp. 298-299).

de los propósitos racionalistas debería implicar que el historiador que los asume sea capaz de descubrir la lógica interna del funcionamiento de las sociedades que ignoraban estos principios. Es obligado constatar que los condicionantes estructurales que precipitaron el final del sistema feudal están unidos de forma inquebrantable a la definición misma de la sociedad contemporánea; si no, ¿cómo explicar que sus efectos todavía perduren?

EL PRIVILEGIO DE LA HISTORIA DE LA ANTIGÜEDAD

Una observación simétrica y opuesta permite delimitar mejor este condicionante; en efecto, éste no ejercía influencia alguna (o de una manera completamente distinta) sobre la representación de las sociedades antiguas. Repentinamente, la evolución de la historiografía de la Antigüedad varió: los propósitos racionalistas no tropezaban, aquí, con los mismos obstáculos. La primera manifestación de una historización real de la concepción misma de la sociedad, en el sentido del programa que acabamos de mencionar, se produce a partir de finales del siglo XVIII.[26] Este giro estuvo marcado por una obra que le supuso una cierta celebridad a su autor: los *Prolegomena ad Homerum* de Friedrich August Wolf (1795). Fue el primer autor en intentar explícitamente salirse del formalismo filológico de la tradición humanística que se había desarrollado después del siglo XVI, para considerar el texto como la expresión de una sociedad particular, producto de una historia específica. La Antigüedad griega basculaba del estatuto de modelo al de tema de estudio retrospectivo, al mismo tiempo que se afirmaba, con una fuerza repentina, la noción de evolución. Algunos años más tarde, en la línea trazada por Wolf, se aventuraba un primer historiador, Barthold Georg Niebuhr, publicando su *Römische Geschichte* en 1811-1812. Así nació lo que en alemán se denomina *Historismus*, es decir, esta concepción que nos parece hasta cierto punto completamente natural y que, por el contrario, en esa época, representó una subversión: que la historia se interese por las sociedades, que éstas estén en constante transformación y que, desde entonces, ninguna interpretación adecuada de los textos antiguos (o de otros documentos) sea posible sin la reconstrucción adecuada del conjunto específico, fechado, en la cual las fuentes sean los propios testimonios.

Esta observación entraña tres consideraciones complementarias. En primer lugar, a propósito de la fecha. Desde hace mucho tiempo, los comentaristas han considerado que esta ruptura se produjo inmediatamente después de la explosión revolucionaria francesa. El historicismo, si bien es el resultado de un proceso de

26. Nos inspiramos ampliamente en los trabajos de Ulrich Mühlack, «Von der philologischen zur historischen Methode», en Christian Meier y Jörn Rüsen (ed.), *Historische Methode*, Munich, 1988, pp. 154-180; *Geschichtswissenschaft im Humanismus und in der Aufklärung: die Vorgeschichte des Historismus*, Munich, 1991. Trata de la definición del historicismo, U. Mühlack se refiere oportunamente a los escritos de Benedetto Croce, en particular a *La storia como pensiero et como azione*, Bari, 1939.

maduración en la segunda mitad del siglo XVIII, nació como efecto inmediato de la reflexión de algunos intelectuales alemanes sobre la novedad radical que representaba la Revolución francesa, que mostraba súbitamente lo que podía ser un proceso de transformación de una sociedad. Es importante por otra parte, a pesar de todas las incoherencias, contradicciones y aparentes retrocesos que marcaron la evolución de la historiografía en Europa entre 1750 y 1850, no olvidar que no debería subestimarse esta ruptura, que la mayor parte de los historiadores de la historiografía tienden más bien a minimizar e incluso a borrar enteramente.[27] Es una grave falta de erudición presentar a los eruditos de 1830 como los herederos de los Mauristas. La tradición humanística, secundada y ampliada por los Bolandistas y los Mauristas, estaba constituida únicamente por analistas, cronólogos y cronógrafos; el propio Guizot era un historiador, tal como hoy lo entendemos. En este sentido no hubo historiadores antes de finales del siglo XVIII, y no podemos ubicar dentro de esta categoría ni a Plutarco, ni a Eusebio de Cesarea, ni a Petrus Comestor, ni a Mabillon, ni a Voltaire: ninguno de estos autores habría podido concebir la noción de un proceso general de transformación de las sociedades humanas.[28]

Esta irrupción del *Historismus* se produjo con relación a las sociedades antiguas. Como brevemente se ha expuesto aquí, la ruptura ideológica y social de la segunda mitad del siglo XVIII implicaba la construcción de una imagen violentamente negativa de la sociedad que se trataba de hacer desaparecer, imagen que excluía *a priori* el más pequeño esbozo de dinámica. Desde entonces, la investigación de la historización de la sociedad no podía aplicarse más que a las transformaciones que no cuestionaban este marco de negatividad, y la Antigüedad se convertía en objeto privilegiado: privilegio que persiste en la segunda mitad del siglo XX.

27. Ejemplo de obra erudita, que pasa de largo de la única cuestión interesante: Jürgen Voss, *Das Mittelalter im historischen Denken Frankreichs. Untersuchungen zur Geschichte des Mittelalterbegriffes und der Mittelalterbewertung von der zweiten Hälfte des 16. Bis zur Mitte des 19. Jahrhunderts*, Munich, 1972.

28. Max Horkheimer, *Anfänge der bürgerlichen Geschichtsphilosophie*, Stuttgart, 1930 (trad. fr., *Les Débuts de la philosophie bourgeoise de l'histoire*, París, 1980). Los autores del siglo XVIII no son historiadores, en sentido simple y fundamental, puesto que la noción de evolución social les resulta completamente extraña, como han apuntado desde hace mucho tiempo los historiadores de la historiografía (Eduard Fueter, *Geschichte der neueren Historiographie*, Munich-Berlín, 1936[3], pp. 334-349, en particular pp. 344-345, «Die historische Katastrophentheorie»).

B. SIGLO XIX: EL EVOLUCIONISMO, LA RUPTURA DE LAS CIENCIAS SOCIALES

Tras la agitación del siglo XVIII, el siglo XIX aparece como una fase de consolidación. Surgieron de forma recurrente debates en torno a la «propiedad» en sus relaciones con el fundamento del orden social. La historia europea del siglo XIX estuvo marcada por las consecuencias de la enorme conmoción que significó la Revolución francesa y por los efectos de la revolución industrial. En relación con el objeto de estudio que nos ocupa, el asunto es saber cuáles fueron las consecuencias de estas transformaciones sobre la doble fractura conceptual de la segunda mitad del siglo XVIII.

NACIMIENTO DE LA RELIGIÓN

En Francia, Bonaparte selló institucional y socialmente esta fractura con varias decisiones espectaculares: Banco de Francia, Concordato, Código Civil; o sea: el Estado (burgués), la Religión (funcionarizada), la Propiedad (sacralizada). En general atribuimos a Bonaparte haber unificado, fijado y codificado la «obra de la revolución». Se discutió a lo largo de todo el siglo XIX (y posteriormente) sobre si esta reorganización significó un cambio o no fue más que una prolongación de las transformaciones iniciadas durante la época de la «monarquía absoluta». Europa vio en los acontecimientos de 1789 y en sus consecuencias posteriores la aurora de un mundo nuevo, una novedad absoluta con respecto a toda la historia anterior (que fue, por otro lado, para regocijarse o lamentarse). Los historiadores deberían ante todo intentar explicar este impacto y evaluar sus consecuencias.

Es digno de mención que, entre 1790 y el Imperio, Francia fue el teatro del más brutal cambio en la propiedad territorial que jamás había conocido (exceptuando, tal vez, a consecuencia de la conquista romana), en todo caso, una transferencia ciertamente superior a la de la época de las «grandes invasiones»: en efecto, en 1789 la Iglesia poseía, según las zonas, la tercera o cuarta parte del suelo; estos «derechos» fueron abolidos de un día para otro por la misma asamblea que, unas semanas antes, había proclamado «la propiedad, derecho invio-

lable y sagrado». En pocos años, los inmuebles y las tierras se concedieron, a bajo precio, a un ejército de burgueses y especuladores que con el tiempo llegaron a constituir los grandes batallones de la clase dominante francesa del siglo XIX.

Es una observación fundamental constatar la poca atención (eufemismo) que la historiografía francesa ha prestado a este cambio. Se han realizado algunos estudios puntuales aquí y allá, a menudo por historiadores extranjeros, pero jamás se ha hecho síntesis alguna. Naturalmente, los historiadores saben de manera aproximada que los conventos se convirtieron en colegios, cuarteles, prisiones, almacenes de negociantes, y con frecuencia en fábricas; pero todo esto ha quedado sin esclarecer; en relación con los bienes agrícolas, jamás se ha emprendido su identificación, ni *a fortiori* una evaluación del efecto técnico y económico que tuvo su paso a manos privadas.[1]

El acto fundacional fue la firma del Concordato por Pío VII y Bonaparte: acto de nacimiento del neocristianismo. La Iglesia en su cabeza visible aceptaba haber perdido el control directo de más de la cuarta parte del territorio francés, así como de la décima parte de las cosechas; aceptaba también la desaparición de la definición de las diócesis que databa de los siglos V y VI; admitía que el clero no fuese a partir de entonces «el primer estamento» sino un simple cuerpo de funcionarios; renunciaba al control de los casamientos: el matrimonio religioso se hizo facultativo, y fue sustituido por un acto civil de naturaleza totalmente inédita (lo que raramente es destacado); el principio legal de adopción que había desaparecido después de la época romana, fue (r)establecido, y el divorcio reapareció en escena. En suma, aceptaba convertirse en una *religión* (entre otras), reconociendo de hecho (¡y sólo de hecho!), la noción, impensable hasta entonces, de «libertad religiosa», establecida así de forma repentina e irreversible. Si la *Profesión de fe del vicario saboyano* desencadenó la cólera del arzobispo de París, el *Genio del Cristianismo*, que retomaba una temática idéntica, fue la primera valoración ideológica del neocristianismo.

Una gran parte de la opinión reaccionaria del siglo XIX, las diversas facciones que empujaban en la dirección de una «restauración», no tuvieron escrúpulos en utilizar a la Iglesia y en desarrollar lo que ellos creían que era un punto de vista cristiano. Pero el mismo papa había proclamado el Concordato y muy pocos soñaban con cuestionar la secularización. Al contrario. Las relaciones del neocatolicismo con la burguesía están bien documentadas por un informe poco conocido, aunque bastante significativo: el de la «evolución» de la doctrina con relación al préstamo con intereses.[2]

La Iglesia condenaba el préstamo con intereses como una forma simple de

1. Un ejemplo que raya en el escándalo se ofrece en el libro de Michael Vovelle, *La Révolution contre l'Église. De la Raison à l'Être suprême*, Bruselas, 1988, que analiza minuciosamente la «descristianización» sin mencionar las secularizaciones. Útil, Gérard Béaur, *L'Immobilier et la Révolution. Marché de la pierre et mutations urbaines, 1770-1810*, París, 1995.

2. Paul Droulers presentó el informe *Action pastorale et problèmes sociaux sous la Monarchie de Juillet, chez Mgr d'Astros, archevêque de Toulouse, censeur de La Mennais*, París, 1954, pp. 258-274. Debo esta referencia a Pierre Jeannin, a quien doy las gracias.

usura. Desde el siglo XIII, diversos subterfugios ocultaban la tolerancia hacia los intereses a través de títulos «extrínsecos» (daños, riesgos, etc.). Pero el interés puro nunca estuvo reconocido y los grandes doctores españoles del siglo XVI desarrollaron sobre este punto una doctrina notable.[3] Muchos teólogos, y no de los menores, consideraron que se trataba de un dogma de fe (Lessius, Lugo, Schmalzgruber, Bossuet). Una formulación oficial la dio en 1745 Benedicto XIV en la encíclica *Vix pervenit*. En 1789, los Constituyentes legislaron en sentido contrario y el Código Civil reconoció la plena legitimidad de un interés que no sobrepasara el 5 por ciento. Una gran parte del clero católico francés se mostró menos flexible en este punto. Durante el primer tercio del siglo XIX, numerosos obispos y teólogos de la muy activa Compañía de los presbíteros de San Sulpicio tomaron una posición clara contra toda modificación de la doctrina tradicional. Con relación a las cuestiones de absolución, partidarios y adversarios del laxismo apelaron a Roma. Desde 1822, discretamente, y a partir de 1830 de forma oficial, la Santa-Sede autorizó la absolución, sin obligación de restituir los intereses percibidos, a condición de que el pecador manifestase su disposición a someterse a las eventuales decisiones de la Iglesia. Las polémicas, lejos de aplacarse, se desencadenaron. Cada una de las dos partes intentó sacar provecho de la voluntad pontifical de no declarar nada que pudiese parecer contradictorio con la encíclica de Benedicto XIV. La Iglesia del siglo XIX nunca zanjó esta cuestión, y a partir de 1840 dejó que se instaurase, no sin sobresaltos, la regla según la cual la legitimidad del préstamo con intereses pasaba a ser una opinión libre dentro de la Iglesia. Una parte de la jerarquía católica permaneció largo tiempo reticente, alarmándose aún más por la decadencia de la sociedad rural y por el avance de las ciudades juzgadas como peligrosas e incontrolables.

El clero del concordato entró a reculones en esta nueva forma de sociedad, apoyando todo lo que podía aparecer como una restauración y desplegando intensos esfuerzos para alejar todos los signos de la ruptura que se habían producido. Después de haberse resignado a reconocer de *facto* la legitimidad del préstamo con intereses, el papado procedió al contrario a una proclamación solemne: Pío IX enunció el dogma de la Inmaculada Concepción cuando, en el siglo XV, la Iglesia había reconocido la libertad de juicio.[4]

Examinando de cerca el siglo XIX percibimos que la Iglesia romana, cuya función social había sido trastocada radicalmente, modificó su doctrina en una serie de temas fundamentales, aunque lo más notable fue el enorme y prolongado esfuerzo por imponer la idea y la apariencia de continuidad. Durante todo

3. Bartolomé Clavero, *Antidora. Antropología católica de la economía moderna*, Milán, 1991.

4. Sistemáticamene olvidamos recordar en los manuales que los principales teólogos de los siglos XII y XIII, como San Bernardo y Santo Tomás, fueron hostiles a la noción de Inmaculada Concepción (aparecida hacia 1120); después de las innovaciones de Duns Scot, el final de la Edad Media asistió a las batallas campales entre Dominicos y Franciscanos, a las cuales puso fin la decisión de Sixto IV al admitir como igualmente legítimas las dos opiniones contrarias (Rosa-Maria Dessi y Marielle Lamy, «Saint Bernard et les controverses mariales au Moyen Age», en Patrick Arabeyre, Jacques Berlioz y Philippe Poirrier (éd.), *Vies et légendes de saint Bernard de Clarivaux*, Cîteaux, 1993, pp. 229-260).

el siglo XIX, la Iglesia condenó una y otra vez las ideas de la Revolución y sus consecuencias sobre la sociedad, siempre partiendo de la idea de que se trataba de un avatar entre otros de la lucha de las fuerzas demoníacas, lucha con resultados siempre provisionales, que no comprometían en nada la perspectiva escatológica. Pero, al igual que la noción fantasmagórica de «derechos feudales» aspiraba ante todo a asegurar una nueva legitimidad a la aristocracia reconvertida y transmutada, reduciendo el tránsito a un puro acto de magia social, el neocristianismo se organizó para camuflar por todos los medios su estatus revolucionario de *religión* bajo las apariencias de antigüedad y de continuidad. Uno de los primeros actos de la monarquía restaurada fue suprimir el museo de los Monumentos franceses de Alexandre Lenoir: era necesario a toda costa alejar la idea de que los objetos reunidos pertenecían al pasado. Por otra parte, a partir de 1830, se emprendió un vasto movimiento de restauraciones, reconstrucciones y de puras y simples construcciones. Europa se cubrió de un negro manto de remedos industrializados neorrománicos y neogóticos. De esta forma la Iglesia eterna revivía y prosperaba. Los clérigos hábiles y diligentes emprendieron la elaboración de la *religión medieval*, construcción complementaria de este *revival* de piedra. León XIII culminó la obra haciendo de Tomás de Aquino, en 1879, la voz más autorizada en la exposición de la doctrina católica.[5] Incluso en ese momento en el que el papado intentaba una adaptación más enérgica al mundo contemporáneo, el apoyo en una simple ficción era sin duda indispensable.

La creación de la Edad Media

En este esfuerzo, el clero fue apoyado por la totalidad de las clases dominantes, que deseaban menos aún una reconsideración de las secularizaciones, dándose por satisfechas con clérigos funcionarizados. El mejor símbolo y testimonio de esta gran entente es el despliegue sobre la Europa del siglo XIX de una ola de construcciones de edificios de culto neomedievales, neorrománicos y sobre todo neogóticos que fue totalmente apoyado por la burguesía europea.[6] Lo olvidamos, a menudo, pero constituyó una fenómeno mayor: jamás se han

5. Encíclica *Aeterni Patris*.

6. Abundante bibliografía y frecuentemente mediocre. Citemos sin embargo a Louis Grodecki (ed.), *Le «Gothique» retrouvé, avant Viollet-le-Duc*, París, 1979. Rossana Bossaglia y Valerio Terraroli (ed.), *Il Neogotico nel XIX e XX secolo*, Milán, 1989, Roland Recht (ed.), *L'Art et la Révolution. Survivances et réveils de l'architecture gothique*, Estrasburgo, 1992. Chantal Bouchon, Catherine Brisac, Nadine-Josette Chaline y Jean-Michel Leniaud, *Ces églises du XIX^e siècle*, Amiens, 1993. Megan B. Aldrich, *Gothic Revival*, Londres, 1994. Más extensa, Anne Dion-Tenebaum, *Le Moyen Age vu par le XIX^e siècle*, París, 1987. Informes locales: Philippe Boutry, *Prêtes et paroisses au pays du Curé d'Ars*, París, 1986, pp. 117-151. Gabriele Dolff-Bonekämper, *Die Entdeckung des Mittelalters: Studien zur Geschichte der Denkmalerfassung und des Denkmalschützes in Hesen-Kassel bzw. Kurhessen im 18. und 19. Jahrhunderten*, Darmstadt, 1985. Hélène Guéné y François Loyer, *L'Église, l'État et les Architectes: Rennes, 1870-1940*, París, 1995.

construido tantos palacios e iglesias en Europa como en el siglo XIX. Imagen alucinante de una Edad Media totalmente ficticia, dulzona e intemporal, destinada a crear la ilusión de un pasado lejano, ordenado y tranquilizador. Estos remedos estereotipados, enteramente homólogos de la producción industrial que se hallaba en pleno proceso de desarrollo, eran simplemente concebidos para captar y enmarcar la atención y el sentimiento, de la misma manera que el neocristianismo fundamentaba su función social en la exaltación de la adhesión individual: simples calcos utilitaristas, en el peor sentido del término.[7]

Todo esto traducía institucional, ideológica y arquitectónicamente, el triunfo absoluto de la noción de religión, tal y como lo había creado y elaborado el siglo XVIII. Sería particularmente esclarecedor examinar cómo las disputas entre neocatólicos y libre-pensadores, que resuenan durante todo el siglo XIX,[8] sellaron la perennidad de esta noción, situándola más allá de toda discusión y de toda polémica.[9] A partir de aquí, la historia medieval comportó un apartado denominado «historia de la Iglesia»,[10] fundado en el supuesto adulterado de una «religión medieval» que impedía descubrir la más mínima lógica y coherencia en esta sociedad. El nacimiento de la Edad Media se basó en la creación de una simple ficción.

Esta invasión de remedos merecería un análisis detallado, que desgraciadamente no aporta una bibliografía que, salvo raras excepciones,[11] no comprende nada de este tema y lo trata en el sentido contrario. Lo esencial fue el movimiento simultáneo de creación de la Edad Media y del neocristianismo, tal como fue proclamado por Novalis[12] y principalmente por Chateaubriand.[13] Debemos

7. Pierre-Yves Saunier, «L'Église et l'espace de la grande ville au XIX^e siècle: Lyon et ses paroisses», *Revue historique*, 288-1992, pp. 321-348.

8. Un ejemplo bien documentado se encuentra en Alain Boureau, *Le droit de cuissage. La fabrication d'un mythe (XIII^e-XIX^e siècle)*, París, 1995, pp. 81-106.

9. Habría que mencionar aquí la creación de la noción de «ciencias religiosas» o *Religionswissenschaft*, que dio lugar a vivas polémicas, estableciendo, como no temieron decirlo algunos de sus promotores, un fundamento nuevo para las pretensiones del neocristianismo de encarnar la forma «más desarrollada y elevada» de esta quintaesencia imposible designada apodícticamente como «lo Religioso» (Émile Poulat, «L'institution des "Sciences Religieuses"», y Jean-Pierre Vernant, «Les sciences religieuses entre la sociologie, le comparatisme et l'anthropologie», *en* Jean Baubérot (ed.), *Cent ans de sciences religieuses en France*, París, 1987, pp. 49-78 y 79-88). Presentación indiferente: Günter Lanczkowski, *Einführung in die Religionswissenschaft*, Darmstadt, 1980.

10. Esta invención merecería, ella sola, una investigación profunda. Si consideramos por ejemplo una obra de gran calidad como la de Richard W. Southern, *L'Église et la Société dans l'Occident médiéval*, trad. fr., París, 1987 [orig. Inglés, 1970], encontramos enunciados que suscribimos plenamente, pero la cuestión «Iglesia y sociedad» se solventa en siete páginas y todo el resto del volumen (290 páginas) se consagra al análisis de las instituciones propias del clero, lo que no puede más que fortalecer, en el espíritu del estudiante común, la idea de que la Iglesia era un objeto situado *al lado* de la sociedad.

11. Citemos por ejemplo dos artículos del volumen de Roland Recht, *L'Art et la Révolution* (cf. Nota 6, p. 34): Gabi Dolff-Bonekämper, «Wem gehört die Gotik? Wissenszuwachs und nationale Mythenbildung in der Architekturgeschichtsforschung des 18. und 19. Jahrhunderts», pp. 5-14; François Loyer, «Néo-gothique et politique en France au XIX^e siècle», pp. 51-62. En el volumen de Rossana Bossaglia y Valerio Terraroli, *Il Neogotico*, el texto de Arturo Carlo Quintavalle, «Mitologie medievali in Occidente», pp. 390-412.

12. Novalis, *Das Christentum oder Europa*, escrito en 1797, aparecido en 1826. Friedrich

insistir en la relación directa, paradójica solamente en apariencia, entre Rousseau y Chateaubriand, relación que ha señalado Michel Baridon:[14] «El arzobispo de París, Christophe de Beaumont, lo tenía por un impío;[15] no es menos cierto que sin la *Profesión de fe del vicario saboyano*, el *Genio del Cristianismo* habría tenido menos eco.» Chateaubriand, bajo la apariencia manifiesta de una resurrección, se ubicó de hecho en la línea de la «religión» creada por Rousseau, siendo así como nació una nueva realidad social. Fue un movimiento análogo y estrechamente vinculado el que creó la Edad Media fingiendo también resucitarla. Sin confundirlos, la época no oponía de ninguna manera preservación, restauración, restitución y remedo, e iba de lo uno a lo otro sin transición. En el fondo, el éxito inmenso de Walter Scott[16] no se diferencia apenas del de las enormes colecciones de crónicas[17] que aparecieron durante los mismos años;[18] y la distancia entre Michelet y Víctor Hugo no era tan considerable. Pasamos sin ruptura de la «restauración» de Pierrefonds (1857-1884) a la construcción de Neuschwanstein (1869 ss) y a la reforma del Haut-Kœnigsbourg (1901 ss). Por otro lado, ¿quiénes, de entre los medievalistas actuales, juzgan escandalosa la construcción de las torres de Colonia (1842-1880)[19] o la de la fachada de Santa María del Fio-

---

Strack, *Im Schatten der Neugier: christliche Tradition und kritische Philosophie im Werk Friedrichs von Hardenberg*, Tubinga, 1982. Hermann Kurze, *romantik und Konservatismus: das «politische» Werk Friedrichs von Hardenberg (Novalis) im Horizont seiner Wirkkungsgeschichte*, Munich, 1983. Ira Kasperowski, *Mittelalterrezeption im Werk des Novalis*, Tubinga, 1994.

13. François René de Chateaubriand, *Le Génie du Christianisme*, París, 1802. Dominique Barbéris, *Chateaubriand: des repères pour situer l'auteur et ses écrits*, París, 1994.

14. Michel Baridon, *Edward Gibbon et le Mythe de Rome*, p. 529.

15. El medievalista que intenta entender de lo que habla no debería dejar de leer la Carta pastoral del Arzobispo de París, que condena un libro que tiene por título «Émile, ou de l'éducation» por J.-J. Rousseau, ciudadano de Ginebra (agosto de 1762), al igual que la carta de J.-J. Rousseau, ciudadano de Ginebra, a Christophe de Beaumont, arzobispo de París (noviembre 1762).

16. Michel Baridon *et al.*, *Recherches sur le roman historique en Europe, XVIII^e-XIX^e siècles*, París, 1979. Harry E. Shaw, *The Forms of Historical Fiction. Sir Walter Scott and His Successors*, Ithaca-Londres, 1983. Bruce Beiderwell, *Power and Punishment in Scott's Novels*, Atenas, 1992. Sabine Pritzkuleit, *Die Wiederentdeckung des Ritters durch den Bürger: Chivalry in englischen Geschichtswerken und Romanem, 1770-1830*, Trier, 1991. Andreas Bestek, *Geschichte als Roman: narrative Tecknikem der Epochendarstellung im englischen historischen Roman des 19. Jahrhunderts, Walter Scott, Edward Bulwer-Lytton und George Eliot*, Trier, 1992.

17. Especialmente los 52 + 79 volúmenes de Petit y Monmerqué, los 32 volúmenes de Michaud y Poujoulat, los 47 volúmenes de Buchon (Robert Bossuat, *Manuel bibliographique de la littérature française du Moyen Age*, París, 1951, pp. XXVI-XXVII).

18. Haría falta aquí todo un análisis sobre la relación entre el «gusto por la Edad Media» y todas las iniciativas que contribuyeron a crear las bases de su comprensión, envolviéndola en un magma de ficciones y fantasmas. Por ejemplo, Jean-François Garmier, «Le goût du Moyen Age chez les collectionneurs lyonnais du XIX^e siècle», *Revue de l'Art*, 47-1980, pp. 53-64; Michael Glencross, *Reconstructing Camelot: French Romantic Medievalism and the Arthurian Tradition*, Cambridge, 1995. Algunos estudios muy documentados sobre Alemania y su pasión por los Minnesänger en Elmar Mitler y Wilfried Werner (ed.), *Codex Manesse*, Heidelberg, 1988. Gerd Althoff (ed.), *Die Deutschen und ihr Mittelalter*, Dorstadt, 1992. Allen J. Frantzen, *Desire for Origins. New Language, Old English, and Teaching the Tradition*, New Brunswick, 1990. Leslie J. Workman (ed.), *Medievalism in England*, Cambridge, 1992.

19. Desgraciadamente es difícil olvidar que esta construcción tropezó con la hostilidad vio-

re de Florencia (1881-1888)? Quitamos importancia a las grandes empresas de falsificación de la primera mitad del siglo XIX, como por ejemplo, la vasta colección de falsos «documentos de cruzada» de Courtois y Letellier, o los increíbles «autógrafos» de Vrain-Lucas;[20] pero también los historiadores del arte se dejaron engañar durante mucho tiempo por los «Minnekästchen», hasta tal punto, que citaban con todos los honores este docto catálogo que no es más que un conjunto de falsificaciones de la primera mitad del siglo XIX, como han demostrado Dorothea y Peter Diemer.[21]

INDIVIDUO, DERECHO, PROPIEDAD

Así, habiendo aislado a la «religión» en un cantón separado, la historia medieval se gira hacia el ámbito de la «política» y del «derecho», ya que la noción de *economía*, tal como la habían definido Adam Smith y David Ricardo, no parecía poder aplicarse a una época que había contradicho sistemáticamente el «curso natural de las cosas»: investigaciones parciales comenzaron con extrema lentitud durante la primera mitad del siglo e hizo falta esperar hasta 1880 para ver aparecer las primeras «historias económicas», que por otro lado suscitaron inmediatamente polémicas de una increíble acritud.[22] La historia medieval, situándose a la sombra del liberalismo individualista[23] imperante, osciló esencialmente entre el relato militar-diplomático y el análisis institucional. El primero fue representado por el arquetípico Leopold Ranke, inclinado a seguir y presentar las innumerables *intrigas* que se desarrollaban en la *escena* europea, donde los personajes eran los *Estados*. Las nociones esenciales eran las de «gran potencia» y de «nación» que constituían en ese momento los principales temas de la evolución europea. En segundo término se desarrollaron trabajos sobre el gobierno, los resor-

lenta de una parte de la opinión progresista alemana; recordemos por ejemplo a Heinrich Heine y su gran poema *Deutschland — Ein Wintermärchen* (Kaput IV, «Er ward nicht vollendet — und das ist gut...»).

20. Gilbert Ouy, «Les faux dans les archives et les bibliothèques», en Charles Samaran (ed.), L'Histoire et ses méthodes, París, 1961, pp. 1367-1383, demuestra que, justo antes del siglo xix, lo falso sólo era verdaderamente reprobado (y llegado el caso duramente condenado) cuando se trataba de un objeto susceptible de alterar los derechos contrarios al buen orden de la sociedad (como la moneda falsa, o eventualmente las falsas genealogías).

21. Dorothea y Peter Diemer, «Minnesangs Schnitzer. Zur Verbreitung der sogenannten Minnekästchen», en Johannes Janota (ed.), *Festschrift Walter Haug und Burghart Wachinger*, Tubinga, 1992, pp. 1021-1060. En diversos museos europeos, ciertos conservadores han adoptado desde hace algunos años un espíritu crítico nuevo, que podría permitir descubrimientos interesantes. Véase especialmente el excelente catálogo de exposición de Mauro Natale y Claude Ritschard, *Falsifications, manipulations, pastiches. L'Art d'imiter. Images de la Renaissance italienne au musée d'Art et d'Histoire [de Genève]*, Ginebra, 1997.

22. A. Guerreau, «L'étude de l'économie médiévale. Genèse et problèmes actuels», en Jacques Le Goff y Guy Lobrichon (ed.), *Le Moyen Age aujourd'hui. Trois regards contemporains sur le Moyen Age: histoire, théologie, cinéma*, París, 1997, pp. 31-82.

23. Subrayamos de paso que la noción contemporánea de «individuo» es el antónimo exacto de la noción medieval de *personna*.

tes del poder, y las «condiciones» de las diversas clases sociales;[24] se plantearon dos tipos principales de cuestiones: por un lado, la de la «alianza de la monarquía y de la burguesía», más o menos vinculada a la de los fundamentos del poder de la aristocracia; y por otra parte, la relación señores-campesinos, o relación entre aristocracia y «clases rurales». Subyacentes, los problemas esenciales eran los de los fundamentos del «derecho» de la propiedad y la relación entre el Estado y la propiedad individual. Se trataba de problemas esenciales de la sociedad europea del siglo XIX a los que ningún análisis de la sociedad medieval y de su evolución era susceptible de aportar el menor elemento de respuesta realista.[25]

No podemos dejar de subrayar que ninguno de estos debates cuestionó la definición misma de esta relación. La gran disputa sobre la supuesta «propiedad colectiva original», que apasionó a partir de 1860 y hasta finales de siglo, ilustró claramente la incapacidad casi total de los historiadores, e incluso de los primeros etnólogos, de pensar de otro modo que no fuese en términos de derecho y de dejar de guiarse exclusivamente por el Código Civil, verdadera Biblia de la clase dominante. Hegel, y el propio Marx, consideraron a los señores feudales como propietarios.

La contrapartida a esta ceguera sobre la propiedad fue la aceptación general de la ficción de los «derechos feudales»: noción bífida que, por una parte, remitía las relaciones feudales a una cuestión de derecho; y, por otra, establecía la extravagante ecuación feudal = personal, contrasentido radical aunque necesario para la legitimación de los herederos de los dominantes del siglo XVIII, más o menos hábilmente reconvertidos. Es satisfactorio observar que la expresión más ortodoxa de esta «teoría» fue dada por Georg Waitz exactamente en el momento en el que la construcción de la unidad alemana bajo la férula prusiana confería la máxima utilidad a una ficción que permitía trasformar a los junkers en perfectos propietarios.[26]

Sin duda, algunos autores, no necesariamente los mejores eruditos, por ejemplo, Chateaubriand o Guizot, percibieron que la Europa medieval reposaba sobre un principio de organización que, precisamente, no distinguía entre «propiedad» y «soberanía». Pero, la llamada escuela alemana del «derecho histórico» se empleó en esas mismas fechas a apuntalar la idea de que los derechos y poderes atribuidos a la aristocracia (especialmente merovingia) provenían de los monarcas y que el equilibrio de la sociedad residía justamente en esta alianza.[27] En

24. Excelente perspectiva sobre la historiografía alemana: Klaus Schreiner, «Kommunebewegung und Zunftrevolution Zur Gegenwart der mittelalterlichen Stadt im historisch-politischen Denken des 19. Jahrhunderts», en *Festschrift für Eberhard Naujok*, Sigmaringen, 1980, pp. 139-168. Véase también Reinhard Elze y Pierangelo Schiera (ed.), *Italia e Germania. Immagini, modeli, miti fra due popoli nell'Ottocento*, Bolonia-Berlín, 1988.

25. Obra fundamental: Hannes Krieser, *Die Abschaffung des «Feudalismus» in der französischen Revolution. Revolutionärer Begriff und begriffene Realität in der Geschichtsschreibung Frankreichs (1815-1914)*, Frankfurt am Main, 1984.

26. Heide Wunder (ed.), *Feudalismus. Zehn Aufsätze*, Munich, 1974, introducción, pp. 17-18.

27. Franz Irsigler, *Untersuchungen zur Geschichte des frühfränkischen Adels*, Bonn, 1969 («Historiographische Skizze», pp. 39-81). Un informe muy interesante en Heide Wunder (ed.), *Feudalismus*.

Francia, el interés por el estudio erudito de la Edad Media iba frecuentemente emparejado con una ideología neocatólica y reaccionaria, que incitaba igualmente a presentar a la sociedad medieval como armoniosa y equilibrada.

Sin embargo, en la segunda mitad de siglo surgió una violenta controversia, a partir de una idea hasta el momento casi inexistente: la del primitivo colectivismo, o propiedad colectiva original.[28] El antropólogo Henry Maine y el historiador bávaro Georg Ludwig Maurer fueron los primeros protagonistas. A éstos se sumaron el belga Laveleye, el francés Viollet y los alemanes Wagner y Nasse. Discrepaban de éstos el inglés Seebohm, el austriaco Inama-Sternegg y, sobre todo, Fustel de Coulanges.[29] El debate fue en gran parte alentado por consideraciones nacionalistas (pro o antigermánicas) y, sorprendentemente, los socialistas y los reaccionarios extremistas compartieron postura en el campo de los partidarios de la propiedad colectiva primitiva. Más allá de la inepcia de la teoría de la «Marca», nos impresiona la común aceptación de una noción de *derecho* basada en un increíble anacronismo. Este pugilato intelectual no era, desde muchos puntos de vista, más que una continuación y una consecuencia de la imposibilidad de llegar a un cierto consenso sobre los «orígenes de la propiedad feudal»: bastaría, creían, con remontarse en el tiempo, hasta los «orígenes»... El interés historiográfico de esta querella es que nos ofrece la posibilidad excepcional de entender tanto los motivos como los temas de los debates de la historia medieval a finales del siglo XIX. La noción de derecho, en el sentido más formal y simple del término, constituía la base del sistema de representación de los historiadores: universalización y absolutismo del Código Civil.[30] La situación nacional y las opciones ideológicas acarreaban, sobre esta base, tomas de posición variadas, y las controversias encarnizadas enfrentaron, durante todo el siglo XIX, a los partidarios y adversarios de las transformaciones revolucionarias.

Durante el decenio de 1880, el éxito de una obra como *La Chevalerie* de Léon Gautier atestiguaba la presencia de un sector de opinión que reclamaba una Edad Media apacible, fuera de toda evolución, donde el heroismo cortés constituía una pareja idílica con una santidad de tintes angelicales. Por otro lado, la supuesta alianza entre burgueses que luchaban por su libertad y una realeza ilustrada adulaba los gustos de una burguesía volteriana que conoció su apoteosis en Francia bajo la III República. En Alemania, después del triunfo del *Ständestaat* prusiano de la primera mitad de siglo (imagen impávidamente proyectada sobre la Galia merovingia), la voluntad de una mayor unificación de la sociedad, en un marco que sin embargo permanecía jerarquizado, condujo a la síntesis dogmática de Georg Waitz, que radicalizó la teoría de los «derechos personales» y redujó estrictamente la organización feudal a un conjunto de fidelidades personales.

28. Paolo Grossi, *«Un altro modo di possedre». L'emersione di forme alternative di proprietà alla coscienza giuridica post-unitaria*, Milán, 1977.

29. François Hartog, *Le XIX^e Siècle et l'Histoire. Le cas Fustel de Coulanges*, París, 1988, reed. 2001. A. Guerreau, «Fustel de Coulanges mèdièviste», *Revue historique*, 275-1986, pp. 381-406.

30. André-Jean Arnaud, *Essai d'analyse structurale du Code civil français. Les règles du jeu de la paix bourgeoise*, París, 1973; *Les Juristes face à la société du XIX^e siècle à nos jours*, París, 1975.

Waitz escribía justo en el momento en el que se producía la unificación social de Prusia (burgueses renanos y junkers de Brandeburgo y de Pomerania) y cuando más necesario resultaba, un siglo después, reiterar la conversión de los hidalgos en propietarios. Apoyándose en el prestigio de la filología y de la erudición germánicas, aportó un sólido refuerzo a todas las construcciones fantasmagóricas resultantes de la primera fractura conceptual del siglo XVIII.[31]

Por una aparente paradoja, esta concepción política de la feudalidad recibió también el apoyo de historiadores progresistas, minoritarios aunque no marginales, que, al hilo de acontecimientos de 1792 y 1793, tenían tendencia a situar el centro de gravedad de los análisis en torno a la lucha secular de campesinos y señores, visión tan fantasmagórica como la precedente, pero que tuvo éxito en la medida en que permitía a la burguesía francesa aparecer como el grupo que había pemitido por fin la liberación de un campesinado oprimido desde hacía siglos por los feudales.[32]

ALGUNAS PALABRAS SOBRE MARX

Conviene decir aquí algunas palabras de los enunciados de Marx sobre este asunto. Uno de los grandes méritos de Marx fue realizar una síntesis de las tres grandes tradiciones intelectuales europeas, alemana, inglesa y francesa. O, para decirlo con nombres, Hegel, Adam Smith y Guizot. Hegel proporcionó el marco y el método. Armonizó de forma brillante los grandes logros y despropósitos de la Ilustración. Consideraba a los señores como propietarios, al cristianismo como una religión y sus reflexiones se organizaron en muchos sentidos en torno a la noción de derecho;[33] hizo de la Edad Media el tiempo por excelencia de la negatividad. Pero, por otro lado, fue el primero en elaborar una vasta construcción centrada en el concepto de progreso, intentando evidenciar la coherencia del movimiento (racionalidad), y utilizando como herramienta principal el concepto, en ese momento completamente nuevo, de *processus*. Uno de los primeros éxitos intelectuales de Marx consistió en una crítica metódica de la noción de derecho de Hegel. Y sobre todo, después de más de una veintena de años de pertinaz esfuerzo, llegó a demostrar el proceso global de funcionamiento y de evolución de la sociedad capitalista, proporcionando así un modelo insuperable de deconstrucción/reconstrucción de la estructura social y de su dinámica intrínseca.

Como Ludolf Kuchenbuch ha demostrado claramente,[34] Karl Marx no em-

31. A. Guerreau, «Fief, féodalité, féodalisme», *Annales ESC*, 1990, pp. 149-150.

32. Léon Manesse, *Les Paysans et leurs seigneurs avant 1789 (féodalité, Ancien Régime)*, París, 1885; esta obra tuvo por lo menos ocho ediciones hasta la primera guerra mundial, prueba de la eficacia de la ideología que vehiculaba. Punto de vista parecido en los artículos de la *Grande Encyclopédie du XIXe siècle* (cf. A. Guerreau, *Le Féodalisme*, pp. 55-57 y 67-69).

33. Thomas Petersen, *Subjektivität und Politik: Hegels «Grundlinien der Philosophie des Rechts» als Reformulierung des «Contrats social» Rousseaus*, Frankfurt am Main, 1992.

34. Ludolf Kuchenbuch, «Zur Entwicklung des Feudalismuskonzepts im Werk von Karl

prendió jamás un trabajo equivalente para la Edad Media; los pocos textos que tratan sobre este período abordan sólo aspectos puntuales, y tienen por única función aclarar las oposiciones y las diferencias (en general esquemáticas). Antes de la década de 1880, las obras de historia económica eran escasas y hay que admirar la capacidad de Marx para reflexionar con eficacia a partir de una base de conocimientos tan limitada.[35] Marx retomó con pocas diferencias la mayor parte de las afirmaciones de Adam Smith sobre la Edad Media. Como Hegel, consideró a los señores como propietarios y retomó la noción de religión sin una verdadera crítica. Los efectos de la doble fractura del siglo XVIII permanecieron ocultos para él. Contrariamente a Hegel, no consideró la Edad Media como una época «negativa», pero sí como una etapa en la sucesión de los modos de producción. Lo esencial reside en esta última noción, y fundamentalmente en el concepto de dinámica interna que Marx evidenció a través del análisis del modo de producción capitalista.

El balance intelectual de la historiografía del siglo XIX es esencialmente negativo. La imagen de la Edad Media que produjo este siglo aparece a la vez dispersa y opaca. La dispersión fue un efecto directo de la exacerbación de las ideologías nacionalistas, que acarrearon una ruptura profunda de las perspectivas de estudio, de la que surgieron representaciones deformadas y arbitrarias de la Europa medieval (catástrofe de la que aún sufrimos las consecuencias). Pero, sobre todo, los medievalistas del siglo XIX sufrieron de lleno la doble fractura conceptual del siglo XVIII, y se hundieron con frenesí en los caminos fangosos trazados por el siglo XVIII. El carácter sintético de la noción de *dominium* fue percibido por algunos, pero fue sobre todo violentamente impugnado, por razones ideológicas demasiado claras; se vio a buenos eruditos apoyar encarnizadamente esta impugnación insensata con numerosos argumentos supuestamente técnicos; la noción de «derecho», en el sentido del Código Civil, se adoptó para todo, y en particular para una Edad Media donde resultaba completamente incongruente. Pero la catástrofe intelectual que tuvo consecuencias más devastadoras fue ciertamente la universal (y subrepticia) aceptación de la noción de «religión», en el sentido en el que Rousseau y los Constituyentes la habían definido y más tarde legalizado. En este punto, los intereses de la burguesía capitalista y de la Iglesia neocatólica concordaron admirablemente y un silencio de plomo ocultó completamente la conmoción en que había consistido el fin de la *ecclesia* (propio sensu). En estas condiciones, el complemento necesario del *dominium* permaneció invisible y el siglo XIX no pudo producir de la Edad Media más que visiones parciales, arbitrarias e incoherentes.

Marx», aparecido en la *Zeitschrift für Geschichtswissenschaft*; «Marxens Werkentwicklung und die Mittelalterforschung», en Alf Lüdtke (ed.), *Was bleibt von marxistischen Perspektiven in der Geschichtsforschung?*, Göttingen, 1997, pp. 35-66.

35. Hans-Peter Harstick, «Karl Marx als Historiker», *en* H.-P. Harstick, Arno Herzig, Hans Pelger (ed.), *Arbeiterbewegung und Geschichte. Festschrift für Shlomo Na'aman zum 70. Geburtstag*, Trier, 1983, pp. 166-188; «Verzeichnis des marxschen Lesefeldes im Bereich der Histoire», *ibid.*, pp. 189-232.

LA INVENCIÓN DEL FOLCLORE

Los medievalistas no han evaluado totalmente los costes del doble alumbramiento de los *derechos feudales* y de la *religión* medieval. Pero seríamos culpables por omisión si olvidaramos aquí la invención del *folclore*. Esta «materia» nació exactamente durante el mismo período: premisas en la segunda mitad del siglo XVIII, reconocimiento a comienzos del XIX, y maduración en el último cuarto de éste siglo.[36] En esta invención confluyeron y se unificaron una serie de inspiraciones más o menos contradictorias, y más o menos variables según el país de Europa que se tratara. El caso de Alemania fue sin duda el más llamativo: de Herder a los hermanos Grimm, se pasó de la teoría del *Volksgeist* a su investigación concreta y a su descripción; fue en este momento cuando la búsqueda de los orígenes, el interés por el espíritu del pueblo y el nacionalismo creciente se reafirmaron recíprocamente. Los franceses se encapricharon de los orígenes celtas.[37] Por todas partes la indagación directa apareció como el método privilegiado para reencontrar las huellas de las realidades más antiguas y más puras. Pero es fundamental en nuestro propósito comprender bien la doble negación sobre la que se apoyaba toda esta empresa: negación de la cronología y negación del sentido. Las recopilaciones de cuentos fueron desde este punto de vista típicas: en toda Europa desde hace dos siglos, hemos escuchado y transcrito miríadas de relatos de cuentos rurales, relatos que hemos etiquetado y clasificado más o menos arbitrariamente, sin interrogarnos sobre la significación de narraciones en apariencia ridículas e intemporales. Fue en definitiva su misma absurdidad la que llevó a definir estos relatos como relatos folclóricos. Este criterio es aún más patente para el conjunto de las «costumbres folclóricas»: no se obtiene un «rasgo» o una «costumbre» sin diseccionar del *continuum* de las prácticas rurales elementos que tienen el doble carácter de no ser ni funcionales ni «sabios» u «oficiales»; de esta forma lo que caracteriza «el espíritu del pueblo» (*Volks-geist*, folk-lore), es ser a la vez fútil y carente de sentido, fútil e inexplicable; inexplicable porque *aparece como* carente de todo sentido. Aunque se haga referencia al elemento primitivo, original o arquetípico, el resultado es el mismo: el folclore selecciona de la realidad aquello que le parece absurdo y decide apodícticamente que esta sinrazón es el fondo de una realidad *sui generis*. Por supuesto, lo arbitrario de esta selección convierte *a priori* en imposible toda tentativa de reconstrucción de una estructura coherente, por tanto de un sentido, la suerte está echada. Pero, si la materia folclórica es *ab ovo* privada de sentido, el planteamiento folclorista sí que lo tiene.

Esta práctica de organizar el sinsentido se puede considerar bajo dos aspectos. El más aceptado no es más que el reverso de la definición misma de la materia catalogada: concebir el folclore es plantear primero, y demostrar a conti-

36. Giuseppe Cocchiara, *Storia del folklore in Europa*, Torino, 1952, reed. 1971.

37. Mona Ozouf, «L'invention de l'ethnographie française: le questionnaire de l'Académie Celtique», *Annales ESC*, 36-1981, pp. 210-230.

nuación, que la realidad social es bipartita y discontinua; una parte es funcional y explicable, otra es arbitraria y no podemos ir más allá de su simple descripción. Esta dicotomía de principio presenta sustanciales ventajas, puesto que entonces estamos autorizados a dividir de forma arbitraria en función de un sentido igualmente presupuesto, y lo que nos supera se coloca muy ordenamente en los estantes del sinsentido. En particular, esta manera de proceder es complementaria de la elaboración de la religión medieval.[38]

Pero no podemos dejar de significar que la definición del folclore implica una fuerte equivalencia entre «carente de sentido» y «original», equivalencia más o menos englobada (según la coyuntura y según los autores) en la noción de «popular». Esta equivalencia apenas se puede comprender fuera del principal marco ideológico del siglo XIX, el evolucionismo. En este marco, el sentido sólo se revela en el Progreso, es decir en la teofanía de la racionalidad burguesa; el folclore engloba simplemente los residuos de la incoherencia primitiva: el folclore es el reverso necesario del evolucionismo. Y así no nos cuesta comprender por qué, de rebote, los ideólogos del irracionalismo y del antimodernismo han podido hacer, en pleno siglo XX, del *Volkstum* una pieza fundamental de sus abominables construcciones.[39]

Lo esencial radica en que la universal aceptación de la noción de folclore traducía *de facto* la oficialización y la consagración de un proceso de división de la realidad social e histórica en dos ámbitos, uno de los cuales queda exento de explicación: organización del paradigma del sinsentido real.

PUBLICACIONES, INVENTARIOS

Los intereses que, fundamentalmente a partir de la Restauración, confluyeron para hacer nacer y fortificar el «gusto por la Edad Media» fueron diversos y contradictorios. En particular, este gusto se expresó casi siempre en un marco nacional. La frontera no siempre estuvo clara entre la publicación de una crónica y la redacción de una novela histórica. Esto no impidió la creación de colosales proyectos de publicaciones «serias» sostenidas por los poderes públicos. Poco a poco, las instituciones de conservación fueron organizadas y reforzadas.[40]

38. El objetivo era ambicioso: había que demostrar la continuidad entre la Iglesia medieval y el neocristianismo. En suma, había que intentar demostrar que lo blanco era negro; unos pases de prestidigitación permitieron acercarse a esta finalidad, y uno de los más eficaces fue la noción de «religión popular», cajón de sastre, donde podía ubicarse cualquier elemento medieval más o menos molesto en el marco del neocristianismo. La «religión popular» era bajo ciertos puntos de vista una simple variante del folclore: división arbitraria de elementos declarados *a priori* carentes de sentido, cuya presencia era sistemáticamente «explicada» por las prácticas de un pueblo siempre ingenuo e irracional.

39. Ingeborg Weber-Kellermann, *Deutsche Volkskunde zwischen Germanistik und Sozialwissenschaften*, Stuttgart, 1969. Wolfang emmerich, *Zur kritik der Volkstumsideologie*, Frankfurt am Main, 1971.

40. Indicaciones todavía útiles en Charles Samaran (ed.), *L'histoire et ses méthodes*, París,

Clasificaciones, catálogos e inventarios aumentaron igualmente. Un mejor conocimiento de los manuscritos, combinado con los progresos acelerados de la filología, condujeron desde el decenio de 1860 a ediciones ejemplares, que no se han mejorado después. Como conclusión diremos que en la mayor parte de Europa occidental, el siglo XIX fue la fase esencial en la clasificación y publicación de documentos.

La cesura en el cambio de siglo

Los treinta años que precedieron a la primera guerra mundial marcaron una gran cesura, de consecuencias enormemente desastrosas y duraderas para la historia medieval. Los propósitos generales de la historia en el siglo XIX no eran complejos: el individuo como propietario y el Estado como garante del orden debían encontrarse en todo momento y lugar; de ahí la importancia preponderante otorgada a las «instituciones», a la «*constitutional history*», y a los Estados protagonistas de la escena histórica (Ranke), todo dentro de una atmósfera fundamentalmente juridicista; el individualismo exacerbado resurgía, omnipresente, cuando se trataba de establecer cualquier lógica, que era siempre exclusivamente de orden psicológico. Esta es la visión que encontramos en los grandes manuales clásicos de Langlois y Seignobos y de Ernst Berheim, o en las síntesis más abstractas como la de Paul Lacombe.[41] Sin duda los más grandes historiadores del siglo XIX habían escapado en parte de este marco. Guizot o Fustel de Coulanges desarrollaron puntos de vista notables referentes a la evolución de la civilización y a la lógica de una organización social. A pesar de su reputación y de su prestigio, permanecieron aislados. En el ámbito germánico, los primeros trabajos de historia económica, en particular los de Karl Theodor Inama-Sternegg, Karl Bücher y principalmente los de Karl Lamprecht se desarrollaron bajo la inspiración de la *Historische schule der Nationalökonomie*.[42] Pero esta inspiración se manifestó estrictamente incompatible con el individualismo juridicista imperante, y los historiadores alemanes con una acritud inaudita se unieron unánimes contra estas tentativas y esta corriente hasta que fueron apartadas de las universidades alemanas. A pesar de actuar así no tuvieron otro papel que el de tropas de refuerzo en la violenta controversia entre economistas, que rápidamente desembocó en el triunfo de los llamados «marginalistas» sobre los teóricos «clásicos» y, más aún, sobre todos aquéllos que pretendían introducir un concepto de evolución en el análisis de los sistemas económicos.[43]

1961: Gilbert Ouy, «Les bibliothèques», pp. 1061-1108, Pierre Josserand, «Les grands dépôts de livres: quelques problèmes», pp. 1109-1119, Robert-Henry Bautier, «Les archives», pp. 1120-1166.

41. Paul Lacombe, *De l'histoire considérée comme science*, París, 1894.

42. Roger Chickering, *Karl Lamprecht. A German Academic Life (1856-1915)*, Nueva Jersey, 1993. Gerald Diesener (ed.), *Karl Lamprecht weiterdenken. Universal-und Kulturgeschichte heute*, Leipzig, 1993.

43. En Alemania, se produjo una gran controversia entre Menger y Schmoller...

RUPTURA Y *EPOCHÉ*: NACIMIENTO DE LAS CIENCIAS SOCIALES

Fue en este contexto donde aparecieron las ciencias sociales: sociología, etnología, lingüística. Éstas nuevas disciplinas se fundaron en principio en un doble rechazo: rechazo de la lógica de la intencionalidad, rechazo de la dimensión temporal e histórica (oposición de diacronía y sincronía). Émile Durkheim, Max Weber, Ferdinand de Saussure (y un poco más tarde Bronislaw Malinowski) se ocuparon en demostrar que los hechos sociales o lingüísticos son piezas cuya existencia misma se confunde con la función que desempeñan dentro de un conjunto.

El acto de nacimiento de las ciencias sociales se basó esencialmente en las ideas de funcionamiento y de relación de los elementos entre sí. Sin duda fue indispensable poner entre paréntesis *(epoché)* la diacronía para poder desembarazarse del obstáculo dirimente de la intencionalidad y de los planteamientos catastróficos del individualismo psicológico y llegar a construir los principios de una aproximación que pretende establecer empíricamente sistemas de relaciones, en lugar de definir y de distinguir *a priori* lo que tiene un sentido y lo que no lo tiene.

A partir de aquí, se estableció una división práctica del trabajo que empujaba irremediablemente la historia hacia un tiempo considerado como el ámbito de la simple narración. Conocemos la reacción irritada de Fustel de Coulanges:

> Aquellos que confunden la curiosidad con la historia se hacen de la historia una idea muy falsa. La historia no es la acumulación de acontecimientos de cualquier naturaleza que se han producido en el pasado. Es la ciencia de las sociedades humanas. Su objeto es saber como estas sociedades han sido constituidas. Busca las fuerzas que las gobiernan, es decir las fuerzas que han mantenido la cohesión y la unidad de cada una de ellas. Estudia los órganos que les han dado vida, es decir su derecho, su economía pública, sus costumbres espirituales, sus costumbres materiales, toda su concepción de la existencia. Cada una de estas sociedades fue un ser vivo; el historiador debe describir la vida. Se ha inventado desde hace algunos años la palabra «sociología». La palabra «historia» tenía el mismo sentido y decía lo mismo, al menos para aquellos que la entendían bien. La historia es la ciencia de los hechos sociales, es decir la sociología misma.[44]

Pero todo esto acabó en 1889, cuando el prestigio de Ernest Lavisse llegaba a sus más altas cotas. En conclusión, Durkheim y Lavisse compartían la misma ideología y tanto uno como otro se sentían complacidos con este nuevo reparto de tareas. Los historiadores, confortados en su función de aduladores de la nación y de los acontecimientos que debían llevarla hasta su cima, no percibieron que se encontraban de esta forma confinados en una mitología de tres al cuarto, mientras que la mayor parte de las herramientas que contenían un real potencial heurístico estaban en manos de las nuevas ciencias sociales.

44. Numa-Denis Fustel de Coulanges, *Histoire des institutions politiques de l'ancienne France*, París, 1889, t. 4, p. iv.

El sentido profundo, y en cierta forma dramático, de este movimiento, queda frecuentemente oculto. La violencia de los ataques contra Fustel de Coulanges en Francia tiene puntos en común con el desprecio que sufrió Lamprecht en Alemania. La derrota de estos sabios excepcionales es la marca de una época, es la grave derrota del racionalismo. La división general, dogmática y brutal, entre el estudio del funcionamiento de una sociedad y el estudio de su evolución mostraba el repliegue trágico de la ideología burguesa, que manifestaba de esta forma que las condiciones eran actualmente tales que toda evolución le parecía negativa y peligrosa. Esta ruptura tuvo, en cierta manera fortuitamente, la ventaja de constituir el marco necesario para la aparición de las ciencias sociales. Aunque se trate de un hecho que está en segundo plano, es un dato crucial en toda reflexión sobre las relaciones entre la historia y las ciencias sociales.

LOS PRINCIPIOS DEL «MÉTODO»: EL GRAN PARADIGMA

Hay que decir algunas palabras sobre el principio bifronte que sustentaba la iniciativa de los historiadores de finales del siglo XIX y que encontramos ampliamente expuesto en los manuales citados anteriormente. Estas dos caras pueden denominarse de forma aproximada *plausibilidad* y *expresión directa de la realidad por las palabras*.

Fue únicamente la lenta introducción de los principios de la filología[45] y de la crítica interna lo que permitió poco a poco (apenas antes del último cuarto de siglo en Francia) valorar como una delimitación esencial lo que habíamos considerado como la oposición metafísica entre lo auténtico y lo falso («falsificado», «interpolado», «legendario»). Pero los propios criterios sobre los cuales se construyó esta oposición (lo que designamos en el presente con la ayuda del término despreciativo de «positivismo») eran excesivamente burdos y, dejando a un lado cierto tipo de confusión, crearon a su vez desviaciones mayores cuyos efectos están aún vigentes. Negándose a distinguir la sociedad concreta y los sistemas de representación, esta forma de historia se negaba toda reflexión sobre las mismas nociones que le servían para comprender las realidades históricas, y transformó así en instituciones eternas las nociones del sentido común del siglo XIX: para nuestro tema de estudio, esta forma de proceder abocaba inevitablemente a la producción de una Edad Media modificada, aunque siempre ficticia.

Los manuales insistían ante todo en los medios prácticos para distinguir lo verdadero de lo falso, el *documento auténtico* del *fraguado*; de ahí los catálogos

45. La cuestión de la significación de los supuestos de la filología en sus efectos sobre la interpretación histórica que implica es raramente expuesta. Hellmut Flashar, Karlfried Gründer y Axel Horstmann (ed.), *Philologie und Hermeneutik im 19. Jahrhundert. Zur Geschichte der Geisteswissenschaften*, Götingen, 1979. Mayotte Bollack y Heinz Wismann, *Philologie und Hermeneutik im 19. Jahrhundert II. Philologie et herméneutique au 19e siècle*, Götingen, 1983; véanse principalmente las observaciones de Jean Bollack, t. 1, pp. 399-400, y t. 2, pp. 17-24, «Pour une histoire sociale de la critique».

de medios de discriminación de la crítica externa y de la crítica interna.[46] Todo esto suponía listas cronológicas precisas de personajes, diccionarios topográficos, repertorios de formas diplomáticas, una cronología fonética detallada; todo lo que llamamos los grandes instrumentos de trabajo. Inmensa labor de datación, sin la cual el desarrollo ulterior de la historia medieval era imposible. Bajo esta consideración, «el método» fue una herramienta de gran eficacia, aunque en general no se detalle el criterio sobre el que se basaba: la plausibilidad. El punto de partida de comparación de testimonios implica en cada momento escoger el más creíble; el historiador es considerado como un ser capaz de determinar sin dificultad lo que es y lo que no es aceptable. Prevalece por completo el buen sentido, es decir el sentido común contemporáneo y la psicología ordinaria. Resultado: una historia a retazos. El medievalista es simplemente aquel que maneja con destreza la herramienta de criba: por un lado lo que retiene, por otro lo que rechaza, que cae sin miramientos en el vasto recipiente donde se mezclan lo falso, lo erróneo, lo mentiroso, lo interpolado, lo legendario, lo ficticio...

Una vez que esta fase, llamada «crítica», había acabado, el trabajo se daba por terminado: *bastaba* en efecto reproducir uno tras otro, en un orden simple, los diversos pasajes juzgados como auténticos. Después, las tijeras y el pegamento. Los testimonios auténticos son los que proceden de testigos fiables (es decir, los más directos posibles) y, una vez que los hemos aceptado, sólo queda ordenarlos para obtener las descripciones y las narraciones que nos proporcionan en estado bruto. Algunas veces, aunque raramente, una «palabra difícil» necesita una glosa, pero es una situación excepcional, ya que el testigo verídico nos ofrece sin intermediarios la visión más exacta, por encima de la cual no podemos sino caer en la ficción, que es lo que precisamente se trata de evitar. Por tanto, no se planteaban nunca dos cuestiones (vinculadas): ¿qué significan las palabras de los documentos?, ¿por qué elegir interesarse por tal objeto y no por otro? Naturalmente, la articulación de los diversos objetos de estudio no era objeto de ninguna reflexión. Basta abrir no importa qué volumen de la serie de Lavisse para entender lo que es un proyecto hecho a retazos: una yuxtaposición de capítulos consagrados a diversos sectores de la realidad, distribuidos según una sucesión más o menos canónica desprovista de toda lógica, a no ser que sea vagamente juridicista: vínculo, más bien oscuro, entre las formas del «gobierno de los hombres», el «régimen» (político) y los «estatutos» de las personas. En los volúmenes de esta serie se trasluce de manera evidente la mitología republicana que la fundamenta y de la que el *Ensayo sobre las costumbres* de Voltaire constituyó la primera expresión: el burgués como conductor, en cualquier época, del progreso y de la libertad.

46. Encontramos aún la expresión de esta creencia infantil en Robert Marichal, «La critique des textes», en Charles Samaran (ed.), *L'Histoire et ses méthodes*, París, 1961, pp. 1247-1366: «Frecuentemente, la crítica debe ir más lejos: debe, del texto etiquetado, depurado, rescatar los "hechos", pasar del documento a la realidad, del signo a la cosa significada. Esta es la tarea que los especialistas han llamado "la crítica de la sinceridad y de la exactitud, el establecimiento de los hechos particulares" (Seignobos)» (p. 1341).

C. SIGLO XX: ESFUERZOS Y FRAGMENTACIÓN

Después de un siglo XIX —relativamente— apacible, el siglo XX nos ofreció el espectáculo de abyectas guerras como nunca antes la humanidad había conocido. La exacerbación de violentas tensiones sociales, nacidas de los efectos de una revolución industrial generalizada en Europa,[1] desembocó en el nacionalismo belicista y en dictaduras terroristas que surgieron en los años 20, aunque algunas se prolongaron incluso hasta finales de los años 70, con el beneplácito de las clases dominantes de las grandes potencias occidentales obnubiladas por el espectro del colectivismo. La revolución soviética se presentaba como el final del orden capitalista. Sobresaltos económicos de una inusitada amplitud hicieron que se pasara, durante algunos decenios, varias veces de la euforia a la desesperación.

En este marco tan desestabilizador, los medievalistas reaccionaron de diversas maneras, aunque todas, muy inciertas.[2]

INERCIA GENERAL, TENTATIVAS

Hasta la primera mitad de siglo en Gran Bretaña y en Francia, y hasta los años 70 en otros países, sobrevivieron, a menudo en posición dominante, concepciones y prácticas fruto del siglo XIX: descripciones y relatos cándidos en un marco inspirado en el juridicismo individualista. La tentativa austro-alemana de crear una historia económica fracasó. Las famosas tesis de Henri Pirenne eran muy poco realistas para tener una influencia a largo plazo. Los trabajos de François Simiand apenas interesaron a los medievalistas. Fue la historia rural la

1. Interesantes documentos (correspondencia) en Ursula Bähler, *Gaston Paris dreyfusard*, París, 1999. En una carta de 1898, Gabriel Monod escribía: «estamos amenazados por una revolución militar que nos puede enviar a prisión o al exilio —o tal vez a algo peor...».

2. Para comprender lo que sigue a continuación no podemos dejar en la sombra cifras fundamentales: entre los antiguos alumnos de la École Nationale Supériéure (ENS) de la calle Ulm, la guerra de 1914-1918 se cobró 240 muertos; entre los antiguos alumnos de la Escuela de Chartes, 51 muertos.

que proporcionó la base para la primera renovación duradera. En Francia, los trabajos de Marc Bloch junto con los de André Déléage tuvieron principalmente el mérito de abrir perspectivas.[3] El proyecto colectivo inglés, bajo la dirección de Michael Postan, culminó con los volúmenes —de imponderable importancia— de la *Cambridge Economic History* : es a partir de ese momento cuando empezamos a preocuparnos en localizar y luego en describir los grandes movimientos de la población y de la producción. Esto que, a finales del siglo XX, nos parece (casi) natural, y de lo que se apartan los ávidos de novedades (inmediatas), data de hace menos de medio siglo. A pesar de todo, como el inglés se leía poco, el cambio real en Francia, data de 1962 con: *Economía rural y vida campesina en el Occidente medieval*.[4] Haría falta preguntarse por qué, menos de veinte años después, y en el momento en que el proyecto de investigación apenas había comenzado, la opinión ortodoxa de los medievalistas dio un giro brusco, decidiendo que todo esto era antiguo y suficientemente conocido.

Partiendo lentamente de entreguerras, la reorientación del conjunto de la historia medieval se trasladó hacia los *grupos sociales*, analizados de forma cada vez más detallada dentro de un marco regional. Una vez más encontramos el nombre de Marc Bloch, que intentó desmarcarse en dos frentes. Por un lado, del juridicismo, del tipo Esmein o Chénon (entre muchos otros); por otro, del neocatolicismo sansulpiciano, del tipo Léon Gautier: contra la fórmula jurídica, contra la efusión (seudo) mística. Pocos saben que Marc Bloch había emprendido en 1924 una gran *historia económica de la Edad Media*, en dos volúmenes. Trabajó enérgicamente, pero tropezó con una materia elaborada hasta ese momento de forma excesivamente fragmentada y desigual.[5] El proyecto de *sociedad feudal* era más acorde a su gusto y esta síntesis considerable la realizó en menos de cuatro años (sin abandonar en ningún momento el proyecto de historia económica). Olvidamos frecuentemente considerar las palabras de los subtítulos de los dos volúmenes en los que se dividía la materia: «dependencia», «clases»; aquí era donde mejor se transparentaba la orientación que Marc Bloch daba a la definición «estructura social, con sus vínculos».[6] Para Marc Bloch, la sociedad estaba compuesta de grupos, de «clases», y su función como historiador era observar estos grupos y sus relaciones. Para él, el único método era comenzar por la observación concreta y a partir de ella reconstruir estos vínculos; no presuponer conceptos normativos que la realidad permitiría ilustrar más o menos claramente, como hacían los historiadores del derecho, de las instituciones y de la Iglesia. Y

3. Pierre Toubert, «Préface» a la reedición de los *Caractères originaux de l'histoire rurale française*, París, 1988, pp. 5-41. No disponemos de una reseña equivalente para André Déléage.

4. Georges Duby, *L'Économie rurale et la Vie des campagnes dans l'Occident médiéval (France, Angleterre, Empire, IXe-XVe siècles). Essai de synthèse et perspectives de recherche*, París, 1962, 2 vol.

5. Un conjunto de informaciones sobre este punto se encuentra en la correspondencia con Henri Berr, recientemente editada: March Bloch, *Écrire «La Societé féodale». Lettres à Henri Berr (1924-1943)*, París, 1992.

6. Marc Bloch, *La Société féodale*, París, 1939-1940, reed. 1968, p. 16: «Es el análisis y la explicación de una estructura social, con sus vínculos, lo que nos proponemos intentar aquí.»

es en esto que, sin duda, Marc Bloch traducía la visión de Durkheim, *considerar los hechos sociales como cosas*. La idea consistía explícitamente en examinar todos los aspectos de una realidad social con el fin de intentar percibir los vínculos entre ellos, para llegar finalmente a la reconstrucción de una estructura. La sociedad *no es* la realización, más o menos lograda, de nociones normativas preexistentes, con las que podríamos contentarnos siguiendo su destino tortuoso.

Ahora bien, esto es precisamente lo que había hecho la inmensa mayoría de medievalistas del siglo XIX y de las primeras décadas del siglo XX, influidos ya sea por la cuestión de la «propiedad» y de las «instituciones», o por la cuestión de la Iglesia (eterna) y de la perpetuidad del dogma. Vemos así como el esfuerzo, obstinado y solitario de Marc Bloch, marcó una ruptura decisiva.

La toma del poder de los «grupos sociales»

A pesar de tenaces reticencias, muchos medievalistas se lanzaron tras la brecha abierta por Marc Bloch; desde finales de los años 40, aparecieron elementos de renovación que se difundieron a velocidad variable. Ni la *Verfassungsgescichte* ni el neotomismo estaban muertos. El estudio de la aristocracia laica de la región de Mâcon de Georges Duby precisó el gran fresco creado por Marc Bloch sirviéndose de documentación local condensada;[7] poco después, los comerciantes de Toulouse ilustraron de la misma manera la vida urbana y la actividad de intercambio en un análisis profundo también circunscrito.[8]

Sustancialmente, en esto consiste el balance de lo que se ha hecho de útil en el siglo XX. Después de la época de las clasificaciones y de las ediciones, vino la de las descripciones detalladas. Evidentemente, los trabajos de catalogación y de edición prosiguieron, aunque a un ritmo más lento; muchos filólogos se conformaban con volver a publicar textos ya editados, sin que ello significara un progreso sensible. La preeminencia del «método» fue discutida, y no es que sus fundamentos fuesen cuestionados, sino que simplemente el centro de gravedad de las preocupaciones se había deplazado. Y debemos aquí interrogarnos, sucintamente, sobre el desarrollo de las relaciones con las ciencias sociales y sobre los supuestos que implicaba esta nueva tendencia de la historiografía.

El propósito no era enteramente nuevo: Augustin Thierry ya había emprendido una historia del Tercer Estado[9] y el mismo Léopold Delisle se había preocupado de las clases rurales.[10] Pero, hasta la segunda guerra mundial, se trataba casi siempre de estudiar los «estatutos» y no las actividades, ni el número o la ri-

7. Georges Duby, *La Société aux XIe et XIIe siècles dans la région mâconnaise*, París, 1953.
8. Philippe Wolff, *Commerces et marchands de Toulouse (vers 1350-vers 1450)*, París, 1954. «Mes quatre rencontres avec Marc Bloch», en H. Atsma y A. Burguière (ed.), *Marc Bloch aujourd'hui*, París, 1990, pp. 43-45.
9. Augustin Thierry, *Essai sur l'histoire de la formation et des progrès du Tiers État*, París, 1850.
10. Léopold Delisle, *Études sur la condition de la classe agricole et l'état de l'agriculture en Normandie au Moyen Age*, Évreux, 1851.

queza. Es difícil no ver un eco, directo o indirecto, de las ideas de Durkheim en la definición que daba Marc Bloch de su última gran obra: «Es el análisis y la explicación de una estructura social, con sus vínculos, lo que nos proponemos intentar aquí.» Por lo demás, el simple título de la obra, en 1939, no era anodino. Georges Duby abría su introducción en 1953 con una declaración precisa: «Queriendo observar la sociedad, y especialmente la sociedad laica, durante los dos grandes siglos feudales, conduje voluntariamente mis investigaciones al marco estrecho de una pequeña provincia...»; continúa con «trasformación», «historia social», «estructura comunmente llamada feudal», «estado social», «cambios económicos, políticos y sociales». No obstante, en la bibliografía de la misma obra, se cita en más ocasiones a Ganshof que a Marc Bloch.

Sin embargo, el estudiante de finales de los años 60 podía tener efectivamente la impresión (recuerdo personal) que el tema «economía y sociedad» era un tema importante, *y antiguo*, en la investigación de la historia medieval.[11]

VOX CLAMANS IN DESERTO

Tanto en las notas como en las bibliografías de Marc Bloch o de Georges Duby, buscamos en vano una referencia a la sociología.[12] El texto tampoco comporta reflexiones de método: nada para justificar las nociones empleadas, nada para explicar la forma de utilizar el vocabulario de los documentos. Según mi conocimiento, el único medievalista que se aventuró a trazar algunas perspectivas más allá del empirismo necio y agresivo de la corporación fue Jacques Le Goff. En la «Introducción» de *La Civilizacion del Occidente medieval* (1964), texto que conserva toda su mordacidad treinta años o más después de su publicación, Le Goff avanzaba una comparación general entre la sociedad medieval y las sociedades primitivas:

> Marx y Engels, de los que no se puede sospechar que minimizaban la función de lo económico dentro de una civilización, han subrayado que las estructuras familiares, por ejemplo, definían quizá tanto la sociedad feudal como las relaciones de producción. Está claro que esto es acercar la sociedad feudal a las sociedades primitivas y legitimar el recurso a las ciencias especializadas en el estudio de estas sociedades.

Repentinamente, la llamada era explícita, Claude Lévi-Strauss notoriamente citado:

> Recurriré, tanto como pueda, a las enseñanzas de las ciencias hermanas de la historia, más apropiadas, me parece, para captar y hacer comprender una sociedad

11. Lo que, retrospectivamente, y tras una investigación, parece extraño. Pero sólo se trata de un ejemplo entre otros muchos, que ilustra el carácter de miopía y amnesia que marcó la práctica de los historiadores.

12. Excepción, el libro extraño y sin continuidad de Marc Bloch, *Les Rois thaumaturges*, París, 1923.

> y una civilización que los métodos de una historia vinculada a la ideología de las clases dominantes tradicionales, aristocracia y burguesía, idealizan en exceso. Más aún que la sociología, la antropología y la etnología me parecen esclarecedoras en el estudio de la civilización del Occidente medieval.[13]

La notoriedad y el prestigio excepcional del autor de estas líneas no sirvieron para nada: esta llamada apenas tuvo eco.[14] Por lo demás, ¿podría haber sido de otro modo? ¿Qué hacer con las declaraciones de un medievalista que se enfrenta a «la ideología de las clases dominantes»? Respuesta práctica: ¡nada! Yo mismo he tenido cien veces la ocasión de oir a medievalistas de toda clase y condición adoptar el mismo tono agrio y falsamente burlón para descalificar sin argumento la orientación definida por Jacques Le Goff. Pero, por otra parte, debo reconocer, por haber caído en la tentación de tomar ese punto de vista en serio, que no adquirimos una formación operacional de etnólogos en un abrir y cerrar de ojos, compulsando tres o cuatro manuales.

Para las restantes ciencias, sociología, lingüística, e incluso «ciencia económica», me costaría mucho trabajo señalar un rastro de interés concreto por parte de uno u otro medievalista. Volveré sobre los efectos de esta ignorancia, pero una conclusión se impone: si es verdad que la historia medieval, en algunos países al menos, inició un giro en los años 30, giro que en seguida se tradujo en la producción historiográfica a partir de los años 50, éste se efectuó sin ningún tipo de contacto ni adquisición directa de las ciencias sociales. El «grupo social» se convirtió en una noción clave; se preocuparon más de actividades que de normas; se emprendió modestamente la enumeración, aunque frecuentemente se contentaban sólo con impresiones, con el extraño pretexto de que la Edad Media había sido una era «preestadística». Descripción tras descripción, se puede decir que el siglo XX ha producido un conjunto sustancial de conocimientos sobre la sociedad y la vida social de la Edad Media. Pero hemos visto el carácter aislado de la tentativa de Jacques Le Goff: la idea de preguntarse cuáles eran los resortes globales específicos de esta sociedad permaneció ausente. Y quién recuerda la frase de Fustel: «¿qué fuerzas han mantenido la unidad y la cohesión de cada sociedad?» La «sociedad» vista por los medievalistas ha permanecido como una yuxtaposición de «grupos», cuando no como una simple colección de «tipos».

Hechos sociales elementales y sustancialismo

De manera disimulada vuelve a surgir la pregunta: ¿verdaderamente hay alguien que haya dejado de utilizar la técnica de recortar y pegar? Responder a ésto obliga a recordar brevemente las evoluciones de los veinte últimos años. Por un lado en efecto, no podemos dudar que las técnicas de recortar primero y

13. Jacques Le Goff, *La Civilisation de l'Occident médiéval*, París, 1964, pp. 17-19.
14. El contraste es conmovedor, y constituye un motivo útil de reflexión. Destacaremos aquí solamente que ni Guizot ni Fustel tuvieron, como medievalistas, herederos intelectuales.

pegar después sean aún herramientas fundamentales. La tesis de Georges Duby está totalmente concebida según este paradigma, como todas aquellas que la han seguido, incluso las más recientes. Con relación a la práctica de finales del siglo XIX, sólo ha cambiado el tipo de motivación. Actualmente, se recorta en los documentos de los «hechos sociales elementales» que se suponen plausibles (no se utiliza generalmente ningún medio para constatar seriamente la veracidad de estos documentos), se intenta acumular suficiente información como para localizar las tendencias, y de esta forma se da el trabajo por concluido. Se encuentra a los *siervos* o no se los encuentra; los cargos municipales son *burgueses*, ricos o pobres; los *señores* se casan; los *monjes* tienen tierras; el *rey* imparte justicia... Como todo esto es aburridamente ordinario y repetitivo, se vuelve a las crónicas, y se retoma la maravillosa historia de las relaciones entre los capetos y los «grandes feudatarios». Y el *Ordre seigneurial, XIe-XIIe siècles*, de Dominique Barthélemy (1990), recuerda como un hermano al volumen siniestro de Achille Luchaire, *Les Premiers capétiens (987-1137)* de la *Histoire de France* de Lavisse (1901).[15]

TENTATIVAS MARXISTAS

La medievalística conoció después de 1945 otra transformación que habría podido tener un alcance decisivo: la aparición de trabajos efectuados bajo la enseña del marxismo. Retrospectivamente, se percibe hasta que punto las condiciones de trabajo eran detestables y planteaban en definitiva obstáculos insuperables. En la URSS y en las democracias populares, el reinado de las burocracias ineptas, que concedían un valor religioso a los ucases de Stalin, asfixiaba cualquier actividad propiamente intelectual, es decir crítica e inventiva. Las consignas como «las masas hacen la historia», o la noción grotesca de «ley económica fundamental», elevadas al rango de dogma, no sirvieron más que de afeites aplicados a manuales de historia que copiaron servilmente las obras burguesas más tradicionalistas de finales del siglo XIX, sin olvidar por lo demás la connotación nacionalista.

Lo esencial radica en que las nociones de «economía política del feudalismo» (Porchnev) o de «teoría económica del sistema feudal» (Kula) eran estúpidas y peligrosas, y desde entonces, no se ha hecho ninguna reflexión suficiente sobre esta noción de «economía» y se tiende *de facto* a la definición ordinaria en la cual todo está articulado alrededor de la noción de mercado como institución dominante y unificada, noción de la que podemos decir en principio, y sin que haga falta ninguna discusión compleja, que es incompatible con un análisis realista (y *a fortiori* marxista) del sistema feudal.[16] La utilización ingenua y

15. Achille Luchaire, *Les Premiers Capétiens (987-1137)*, París, 1901 (Ernest Lavisse (ed.), *Histoire de France depuis les origines jusqu'à la Révolution*, 2-II). De esta analogía se preciaba el propio D. Barthélemy (*Cahiers de civilisation médiévale*, 39-1996, pp. 356-358).

16. Es necesario ponerse de acuerdo: Porchnev y Kula fueron excelentes historiadores, y no

acrítica de la noción de economía constituyó la piedra angular de la historiografía del feudalismo de los «países del Este», determinando así, en esta área geográfica, la ausencia del más mínimo progreso en la reflexión sobre este tema.

En los «países occidentales», el marxismo ha sido utilizado por los medievalistas con poca precisión, y sólo de manera tardía y aislada.[17] Una sola excepción, que hay que examinar atentamente: la tradición anglosajona, que parte de Dobb[18] y Hilton hasta Brenner[19] y Wickham.[20] Lo que tiene esta tradición de singular y de interesante es que se había expresado, incluso materializado, en una serie de debates, esencialmente bajo la forma de artículos. Si se intenta conseguir una visión sintética, podemos decir globalmente que estos debates han aportado una serie de contribuciones importantes, aunque se encerraron dentro de unos límites (no percibidos) que restringieron singularmente su trascendencia. En dos palabras: cuestiones esenciales han sido expuestas y críticas definitivas enunciadas; pero el aspecto de (re)construcción se mantuvo insignificante y deberíamos intentar comprender el motivo.

El debate fue abierto por Paul Sweezy, que era economista, es decir, no era historiador y mucho menos medievalista. *Y su pregunta merece más que ninguna otra volver a ser expuesta*: «¿Cuál ha sido el factor generador del cambio dentro del desarrollo del feudalismo en Europa occidental?» Rodney Hilton consideraba, en 1976, que «todos los participantes en el primer debate han rechazado la idea de que el modo de producción feudal haya podido ser estático y capaz de mantenerse y que no podía producir las condiciones previas a su propia trans-

podemos más que inclinarnos ante el valor y la lucidez intelectual de este último (véase sobre todo Witold Kula, *Reflexiones sobre la historia*, México, 1984; original polaco, 1958). Pero la noción de «teoría económica del sistema feudal» implicaba inevitablemente que se admitiera que existía *un* mercado y que éste funcionaba, sin mayor coerción, según su propia lógica, lo que es incompatible con lo que sabemos de Polonia de los siglos XVI-XVIII. Evidentemente, Kula que no era Rostow, se interrogó sobre la validez de los métodos y de los conceptos que utilizó. Aunque finalmente, y a pesar de algunas reservas sobre la noción de «racionalidad económica», juzgó posible aislar las relaciones sociales que fueran específicamente «económicas» y que, sobre todo, formaran, en tanto que tales y sólamente ellas, «sistema». Si queremos rendir cuentas del funcionamiento y de la evolución de esta sociedad, hay que partir exactamente de la hipótesis contraria (lo que, precisando, no significa que los fenómenos de producción y de intercambio sean considerados como secundarios). Por lo demás, admitiendo *de facto* la noción de «mercado mundial» desde el siglo XVI, Kula no puede percibir el carácter crucial de las transformaciones globales del siglo XVIII, que entrañaban necesariamente una modificación profunda de la significación de aquello que por entonces ocurría en Polonia, *incluso si, en apariencia, no intervenía ninguna transformación concreta importante.*

17. Se trata de trabajos frecuentemente de gran calidad, aunque la presente obra no tiene por objeto construir un historial. Salvo en España, y hasta cierto punto, estos trabajos permanecieron de hecho aislados.

18. Maurice Dobb y Paul M. Sweezy, *The Transition from Feudalism to Capitalism*, Londres, 1976 (1ª ed., 1954; trad. fr., *Du féodalisme au capitalisme: problèmes de la transition*, París, 1977).

19. Trevor Henry Aston y Charles H. E. Philpin (ed.), *The Brenner Debate. Agrarian Class Structure and Development in Pre-Industrial Europe*, Cambridge, 1985.

20. Chris Wickham, *Land and Power. Studies in Italian and European Social History, 400-1200*, Londres, 1994.

formación...». Es aquí donde se sitúa exactamente el corazón del problema; Sweezy planteó la única cuestión que verdaderamente merece ser expuesta: ¿en qué consiste el resorte de la dinámica feudal? Lamentablemente, buscó su respuesta en Pirenne, quien no propuso más que una versión tibia de ideología volteriana. El coro de protestas de los medievalistas fue amigable, pero propusieron sólo una alternativa inconsistente, que se remonta también a finales del siglo XVIII, y que era la vieja letanía del antagonismo señores contra campesinos, de la que, a mi parecer, nadie ha conseguido demostrar que fuera el resorte de esta supuesta dinámica: presión señorial y resistencia campesina (muy reales, cierto) son, al contrario, la imagen perfecta de un sistema bloqueado. Y resulta necesario volver a las observaciones pertinentes de Paul Sweezy: crítica de una noción de vasallaje, pobre y vaga, que obliga necesariamente a afirmar el «carácter profundamente conservador y refractario al cambio» de este sistema social, salvo que se hagan intervenir suplementariamente nociones metafísicas, como «la rivalidad entre señores» y/o «el aumento de la población», incluso «las necesidades crecientes de la clase dominante».[21]

En 1952, Rodney Hilton terminaba su intervención, conclusiva de la primera fase de la discusión, con una declaración que estoy dispuesto a hacer mía: «la sociedad y su movimiento deben ser estudiados en su totalidad». Esta intención permaneció lamentablemente *votum pium*, y no nos queda más que reafirmar que la «controversia Dobb-Sweezy» quedó en tablas, cada uno habiendo destruido eficazmente los argumentos del otro sin que apareciera ninguna solución original, que hubiera permitido escapar a la aporía.

Dentro de la revista *Past and Present*, Robert Brenner reavivó las hostilidades en 1976. Comenzaba por una crítica viva de lo que llamaba el modelo demográfico y el modelo de la comercialización. Los ataques apuntaban principalmente a Postan y a Le Roy Ladurie; Brenner mostraba claramente que el crecimiento de la población o de la masa monetaria venían dados como *primum movens* y por tanto, desde entonces, no podía hablarse de explicación. Por su parte, proponía ubicar en el centro del análisis la noción de «*agrarian class structure*», lo que le permitía descubrir otro *primum movens*, «*the differing balances of class power*»; y anunció que, del estudio de estas variaciones, se podía deducir que «*the key was to be found in the capitalist structure of agriculture*». ¡El viejo esquema teofánico se volvía a poner de manifiesto! ¿Por qué entonces los caracteres particulares de la «*agrarian class structure*» inglesa (de los que no sabemos de dónde provienen) habrían tenido un efecto específicamente productivista?, y ¿por qué iban los beneficiarios de tal desarrollo a buscar una modificación del sistema que condenaba su modo de dominación? Como respuesta, Postan evocó las nociones de inversión, renta, tecnología... Le Roy Ladurie, el capitalismo agrario francés. J. P. Cooper se aferró pertinentemente a la misma noción de capitalismo agrario: es fácil encontrar numerosos ejemplos contrarios a la tesis de Brenner, uniendo ca-

21. Estas nociones, que no salen de ninguna parte, que nadie explica, pero que presumen de explicar las diferencias, son manifestaciones perfectas de una verdadera e implícita «filosofía de la historia».

pitalismo agrario e incremento de la productividad. Examinando la argumentación de este último, se percibe que no llega en ningún momento a salir de la vieja alternativa *desarrollo del mercado* contra *empleo de la fuerza,*[22] y sus críticos no se privaron de lanzar las acusaciones simétricas de *economicismo* y de *politicismo*, unas veces en su contra y otras a su favor. Por lo demás, se observa también con cierto asombro que un autor que afirmaba poder explicarlo todo a través de los enfrentamientos de clase, tratara el paso del feudalismo al capitalismo sin mencionar ni la revolución inglesa ni la revolución francesa. Todo este debate aporta en total muy poca novedad, tan sólo una crítica un poco mejor elaborada del argumento demográfico y del neomaltusianismo.

No llego a comprender por qué lo que puede llamarse esquemáticamente la escuela de los medievalistas marxistas ingleses ha permanecido prisionera de un marco conceptual tan estrecho, tan anacrónico y, en definitiva, tan ineficaz por insuficiente. El ejemplo de Moses Finley, inglés precisamente, muestra que era (y que es siempre) posible leer a los antropólogos, a Polanyi por ejemplo y, porque no, a Maurice Godelier.

Estoy completamente perplejo al constatar que tantos autores, que hacen referencia a Karl Marx con tanta insistencia, parecen haberlo comprendido de forma muy esquemática, por no decir superficial. En fin, dentro de una perspectiva que no es la que nos ocupa, el único pasaje elaborado que Marx consagró a ciertos aspectos de la evolución de la Europa feudal, sigue siendo el capítulo del libro I del *Capital* consagrado a la «supuesta acumulación primitiva».[23] Incluso una lectura rápida es suficiente para mostrar que Marx buscaba esclarecer una transformación social profunda, una modificación de la trama de las relaciones sociales, y que apenas le preocupaba la acumulación concreta y menos aún la inflexión en el «rendimiento» de las prácticas agrícolas. Si hubo acumulación, fue en buena parte gracias al comercio triangular: «Régimen colonial, deudas públicas, exacciones fiscales, protección industrial, guerras comerciales, vástagos todos ellos del período manufacturero...»[24] En materia de «*agrarian class structure*»,[25] hablaba principalmente de la eliminación pura y simple de los campesinos y, tratándose del comercio, apenas concedía lugar a nada que se pareciera al mercado, «libre juego de la oferta y la demanda». Sin duda, Marx ni había visto ni había comprendido todo, pero cualquiera que haya leído su prosa con un mínimo de atención no puede dejar de irritarse por el estrecho esquematismo de muchos de los autores que lo invocan, ignorando tal vez que su obra mayor comienza por el análisis del «fetichismo de la mercancía», en el que fundaba toda su construcción.

22. Esta terrorífica dialéctica resurgió aún más claramente en su tesis, *Merchants and Revolution. Commercial Change, Political Conflict and London's Overseas Traders, 1550-1653*, Cambridge, 1993.

23. Karl Marx, *Das Kapital. Kritik der politischen Ökonomie*, Hamburgo, 1867, ed. Dietz, Berlín, 1966, libro I, capítulo 24, «Die sogenannte ursprüngliche Akkumulation», pp. 741-802; trad. fr., revisada por el autor, París, 1872-1875. (el título en francés no incluye el término «sogenannte».)

24. Ed. Dietz, p. 785; trad. fr., t. 3, p. 199.

25. «Es la gran industria la que, junto con las máquinas, crea la explotación agricola capitalista» (*ibid.*, p. 190).

Se pueden discutir las concepciones de Polanyi, y en particular su carácter de tipología no histórica;[26] pero, al menos, éste tuvo el mérito de llamar la atención sobre el hecho de que las sociedades preindustriales no conocían el *Mercado*, en el sentido en el que nosotros lo entendemos, como institución unificada y dominante.[27] Aunque en cierta manera, no daba más que una versión empobrecida del análisis realizado por Marx sobre el fetichismo de la mercancía, que los medievalistas harían bien en leer y meditar.

Naciones

Que muchos medievalistas estén dispuestos a reconocer que el marco nacional ejerce un efecto negativo sobre su actividad, pertenece al dominio de la intuición. Se hace alguna observación de pasada, pero, que ya sepa, no ha habido ninguna reflexión metódica amplia sobre este asunto. Laguna excesivamente molesta y preocupante, que impide percibir una parte importante, tal vez preponderante, de los supuestos que estructuran la disciplina.

A pesar de las evoluciones del último medio siglo se observa, mirando retrospectivamente, que la aplicación de los principios del racionalismo crítico a este tema choca con obstáculos difíciles de superar. Esto se debe a que en este punto apenas podemos desembarazarnos de las adhesiones y los rechazos personales subyacentes: se trata de objetos que ponen en juego valores fundamentales, tanto individuales como colectivos. Y en este caso, no se ven los medios con que podemos separar crítica racional abstracta y crítica social. ¿Cómo mantener en estas condiciones, la integridad, la coherencia y la exacta adecuación a la realidad de una reflexión puramente intelectual? El riesgo de introducir en el razonamiento elementos que no deberían figurar limita la evidencia. Sin embargo, por otro lado, la cobardía por omisión genera efectos peores, dejando subsistir un enorme agujero negro en medio del análisis.

Para complicar aún más la dificultad, por lo que a mí respecta sólo tengo (lo lamento aunque lo reconozco) nociones reales sobre la historiografía francesa; sólo conozco la producción de otros grandes países europeos de manera superficial y puntual: los errores de perspectiva son por tanto inevitables.[28]

26. Documentación muy útil fue publicada en los *Annales ESC*, 29-1974, pp. 1309-1380 (Lucette Valensi, Nathan Wachtel, Georges Duby, Maurice Godelier *et al.*).

27. Karl Polanyi, Conrad Arensberg y Harry W. Pearson (ed.), *Trade and Market in Early Empires*, Nueva York, 1957. Véase Marguerite Mendell y Daniel Salee (ed.), *The Legacy of Karl Polanyi*, Londres, 1991. Kari Polanyi-Levitt (ed.), *The Life and Work of Karl Polanyi*, Nueva York, 1990.

28. Se trata probablemente de uno de los campos en el que una serie de análisis historiográficos críticos bien hechos podrían aportar resultados más útiles.

LAVISSE, FUSTEL, BLOCH

La actividad de Ernest Lavisse como mitógrafo al servicio de la IIIª República ha sido analizada con más o menos fortuna. La *Historia de Francia* está modelada por un evolucionismo simplón que hizo de «Francia» el agente privilegiado si no exclusivo de la civilización y de la felicidad del género humano. Es fácil descubrir ahí los rasgos que justifican y fundamentan el espíritu de revancha que resurgió ruidosamente en las postrimerías del siglo XX anegándolo todo. Estamos tentados de relacionar lo que se nos presenta como una gran debilidad, o al menos como una desviación mayor, con un «método» histórico que nos parece también rudimentario, si no indigente. Pero esta relación directa es una conveniencia engañosa. Porque ¿qué constatamos si miramos a otros historiadores a quienes por el contrario felicitamos cuando hablamos de rigor y de inventiva?

El caso de Fustel es flagrante: toda su inmensa obra de medievalista está dominada completamente por una actitud antigermánica manifiesta, una voluntad de restablecer una historia totalmente despojada de cualquier forma de dominación «exterior».

La actividad de Marc Bloch, que contiene rasgos en apariencia contradictorios, puede ayudar a delimitar mejor ciertos supuestos y ciertas determinaciones. Con frecuencia se ignora que Bloch y Febvre desplegaron obstinados esfuerzos, entre 1921 y 1928, para crear una revista de historia internacional, proyecto que iba en la línea de «la historia comparada» propuesta por Henri Pirenne, quien además apoyaba el proyecto. Bloch y Febvre tropezaron, no obstante, con la mala voluntad general.[29] Algunos años más tarde (1933-1935), Marc Bloch, entonces candidato al Colegio de Francia, presentó un programa de «historia comparada de las sociedades europeas», presentándose como medievalista a pesar de las dificultades que esta extraña etiqueta suscitaba.[30] Hemos de considerar, además, que había pasado un año (1908-1909) en Berlín y Leipzig.[31] Por tanto, no podemos discutir el hecho de que una de las orientaciones principales de su actividad fue su negativa a encerrarse dentro de un único marco nacional, es decir su voluntad de traspasar metódicamente las fronteras.

Sin embargo, por otro lado, no encontramos en Bloch ninguna crítica organizada del marco nacional. Su gran fresco de la historia rural *francesa* se tituló *Caracteres originales*, sin que esta originalidad estuviera sustentada por un análisis europeo que aunque único, sin duda, hubiera permitido delimitar esta originalidad. En *La Sociedad feudal* Marc Bloch habla de «tonalidad de civilización común».[32] Abundan las alusiones a los países situados en las cuatro esquinas del continente

29. Carole Fink, *Marc Bloch. Une vie au service de l'histoire*, Lyon, 1997, pp. 119-121.
30. *Ibid.*, pp. 160-169.
31. *Ibid.*, p. 37.
32. Marc Bloch, *La Sociedad feudal*, París, 1939-1940, reed. 1968, p. 15: «Sin embargo, por acentuadas que hayan podido ser estas diversidades, ¿cómo no reconocer, por encima de ellas, una tonalidad de civilización común: la de Occidente?»

europeo, aunque las articulaciones principales se basan en la documentación y en la historia de Francia y las referencias externas apenas aportan los matices o ampliaciones. Un historiador italiano, español, alemán o inglés no habría podido articular su desarrollo como lo hizo Marc Bloch. En fin, un análisis detallado sería sin duda esclarecedor, pero el hecho fundamental no plantea dudas: la historia de Marc Bloch era esencialmente la historia de Francia y no parece que el gran historiador se haya interrogado jamás de manera coherente sobre los efectos de este marco. Todo esto, consecuentemente, no puede ser artificialmente separado de su participación en las dos guerras mundiales y de su postrer compromiso. El patriotismo era para Marc Bloch uno de los valores fundamentales y estaba excluido de toda discusión.

Con respecto a esta adhesión, no parece que podamos encontrar más que matices o grados entre Fustel, Lavisse y Bloch. Este punto merece ser señalado y en ningún momento debe perderse de vista.

El clero y las monarquías

Sólo dispongo de algunos puntos de referencia retrospectivos, insuficientes y demasiado elementales. Pero es necesario comenzar. La prehistoria no es indiferente: fue la inserción de las diversas variedades de historia eclesiástica en los marcos monárquicos. Es sobre todo destacable, más allá de las diferencias o incluso de ciertas oposiciones innegables, que desde el siglo XVII, el clero secular, los jesuitas y las congregaciones benedictinas se instituyeron en defensores y propagandistas de las grandes monarquías «absolutas». Las historias del monaquismo medieval redactadas en Francia o en España en los siglos XVII y XVIII transmitían con vehemencia juicios retrospectivos fundados exclusivamente sobre las pretensiones contemporáneas de las monarquías francesa o española.[33] La historiografía «racionalista» adoptó de entrada una actitud ambigua. El caso de Voltaire es uno de los más claros. Por un lado, y en primer lugar, *El Siglo de Luis XIV*, se ubicaba por así decirlo espontáneamente en el marco francés, fuertemente (e implícitamente) valorado. Después el *Ensayo sobre las costumbres* intentaba dar una visión europea incluso mundial. La afirmación fue, en este caso, la de ciudadano del mundo. El idealismo alemán manifestaba la misma oscilación, entre el *Volksgeist* de Herder y el *Weltbürger* de Kant.

Recuperación y cambio: el Estado burgués

Bonaparte determinó y selló la instauración de un nuevo orden, completamente burgués. El aparato de Estado monárquico fue recuperado y reestructurado como soporte esencial de este nuevo orden: constitución, derecho, propiedad

33. Patrick Henriet, «Moines envahisseurs ou moines civilisateurs? Cluny dans l'historiographie espagnole (XIII^e-XX^e siècles», *Revue Mabillon*, 11-2000, pp. 135-159.

se sustentaban recíprocamente. Pero surgió un elemento nuevo, palabra de rasgos explosivos y de un potencial inimaginable, la nación. Es una gran banalidad recordar que durante todo el siglo XIX europeo se debatió sobre la dialéctica del Estado y de la nación. *Sanctus amor patriae dat animum*: la historia fue registrada de distintas formas en función de situaciones locales. De ahí surgió una Edad Media burguesa y nacional, en resumen muy extraña. La teoría de la alianza de la burguesía y la monarquía a partir del siglo XII se convirtió en artículo de fe. Cada uno recuperaba sin la menor vergüenza una serie de documentos y de personajes, que se suponía justificaban todas las reivindicaciones y que adornaban con todas las virtudes una «patria» salida de la noche de los tiempos. El *regnum* de Clovis se convirtió en la imagen casi perfecta de la monarquía prusiana, y Luis VI en el padre de Luis Felipe.

De esta evolución, surgieron varios resultados espectaculares:

1) una acumulación de furibundos anacronismos, que nos remitían a la mitografía pura;

2) una serie de historias medievales, la mayoría con una pretensión general (europea), pero totalmente incompatibles entre sí;

3) una deriva inevitable del rumbo de la historia europea hacia una historia de los Estados, una historia diplomático-militar modelada en el marco de las guerras y de los tratados de los siglos XVIII y XIX.

Siempre es una sorpresa para el medievalista francés, que abre una historia de Francia recientemente editada en Alemania, ver como esta historia comienza en 843.[34] Lo contrario sería parecido (la distinción resulta esencialmente del hecho de que historias de Alemania redactadas en Francia son escasísimas).

Marco de pensamiento sin alternativa

El problema ético y práctico es conocido: el llamado marco «nacional» se utiliza, desde hace más de dos siglos, como soporte principal de los valores colectivos y de la noción de interés general.[35] Pero al mismo tiempo era utilizado como fundamento de un Estado que estaba organizado esencialmente para la salvaguarda y el sostén de los intereses de los dominantes. Cuando la burguesía y los grupos dominantes se sentían amenazados en su dominación (sobre todo a partir de finales del siglo XIX) se utilizó este marco sin vergüenza ni reticencias como justificación y cimiento de una política de violencia pura, interior y exterior. De ahí nació la síntesis del orden burgués «nacional»: xenofobia, matanzas, dictaduras.

34. Bernhard Töpfer, *Frankreich. Ein historischer Abriß. 1. Von den Anfängen bis zum Tode Heinrichs IV*, Berlín, 1980.

35. Es necesario recordar siempre que el santo y seña de una buena parte de la burguesía francesa de los años 30 fue: «¡antes Hitler que Léon Blum!», recordatorio indispensable si queremos comprender, aunque sea de forma aproximada, lo que el patriotismo ha podido tener de esencialmente progresista en los años que siguieron.

Este tema ha sufrido, entre 1945 y 1970, evoluciones decisivas. Para un intelectual cuyos marcos de pensamiento se han formado en la época de las luchas contra el colonialismo y el imperialismo, y que valora la apariencia pacífica del conjunto europeo que emerge, la noción de «patriotismo» parece al contrario problemática. La adhesión activa se ha debilitado por no decir que prácticamente ha desaparecido, aunque el uso del marco «estatal-nacional» tradicional no ha desaparecido en absoluto, ni tampoco nadie parece realmente dispuesto a abandonarlo, sobre todo a falta de una alternativa práctica, tratándose en particular de la definición de «colectivo» en el sintagma «intereses colectivos».[36]

Desde un punto de vista abstracto, parece como si el control del contenido de la idea de nación constituyera una encrucijada esencial de la sociedad europea desde hace dos siglos. Es lícito preguntarse, tal vez, por el significado de aceptar este asunto como encrucijada y lo que esta aceptación ha podido implicar e implica aún:

1) La implicación más notoria y más extravagante es la absolutización de las fronteras contemporáneas: la historia de la Francia medieval es prácticamente la historia de aquello que pasó en los «límites del hexágono». Todos sabemos que esto es un simple artificio, pero nadie propone una alternativa. No hablemos de la Bélgica medieval, ni de las fronteras orientales de Alemania. Artificio que entraña la inconsistencia de todo «comparatismo» basado en tales marcos.[37]

2) Cada una de estas «historias medievales» recibió una tonalidad marcada por la presencia de un elemento específico: la conquista normanda, la querella de las investiduras, la *Reconquista*, el avance de los capetos desde Hugo Capeto a Felipe el Hermoso, etc. Se trata de nociones de tipo político-militar, de las que podemos legítimamente preguntarnos si la importancia que les otorgamos no sería completamente desproporcionada en relación al lugar que ocupaban en su época concreta. Existen también las pérdidas de perspectiva (*Völkerwanderungen* contra Grandes Invasiones), lo más grave son las nociones sin equivalente

36. Una sola cosa está clara: si volviéramos a caer en una definición más restringida del marco (del tipo regiones, y diversas seudonaciones que se multiplican) sería una grave regresión. Sin embargo, la posibilidad de una comunicación mínima es una condición para que puedan ser aprehendidos y discutidos los «intereses colectivos»; las diferencias lingüísticas constituyen graves barreras.

37. Esta observación está cargada de consecuencias. Significa en primer lugar que la noción de «comparatismo» es una inepcia tratándose de sociedades europeas: estas sociedades, desde el final de la Antigüedad por lo menos, no son más que elementos de un único conjunto, del que importa comprender la estructura y la evolución general antes de adentrarse en las variantes, que de todas formas hay que articular y no «comparar». Este error fundamental de método es particularmente llamativo en la tradición historiográfica sobre lo que ha sido llamado las «vías» de paso al capitalismo; existiría la «vía inglesa», la «vía prusiana», la «via francesa», etc.; el paso de Europa al capitalismo es un proceso único, una cuestión importante —aunque no la primera— si se intenta comprender lo que han significado en el marco de este proceso las desigualdades de ritmo entre las zonas, y la diversidad de las modalidades; se trata de examinar desigualdades y diversidades en su relación y en el seno de un movimiento de conjunto (donde únicamente adquieren sentido) y no de «comparar» entidades que hayan sido supuestamente desarrollos propios, perspectiva completamente equivocada que no conduce más que a una acumulación de contrasentidos.

real, porque no llegamos a saber si se trata de una especificidad real o sólo de un efecto de la tradición historiográfica (*Villikation* o «señorío banal»).

3) La organización de todas las reconstrucciones alrededor de estas nociones y dentro de estos marcos impidió *de facto* toda historia de Europa, salvo la elaborada con la técnica de recortar y pegar, lo que resulta grotesco. Esto es particularmente visible con relación a la Iglesia y al papado, que son tratados como si se tratara de un ente específico, una «potencia» europea entre otras. La idea de una lógica general es impensable y en la práctica inaccesible. ¿Cómo, en estas condiciones, se puede esperar reconstituir la dinámica de la sociedad medieval europea?

4) El fracaso de Bloch y Febvre (1921-1928) aún no ha sido superado.[38] No existe, según mi conocimiento, ninguna publicación periódica de historia medieval estructurada a escala europea, y seguramente aún menos de alguna organización profesional. Incluso si, bajo varios puntos de vista, las temáticas y los métodos son parecidos, los medievalistas de cada país se preocupan poco de las publicaciones de los países vecinos (esto es particularmente notable en Francia), no tanto por razones lingüísticas sino porque no existe ningún medio cómodo para acceder a visiones ya construidas parcialmente. En la época de la pretendida «globalización», el horizonte de la gran mayoría de los medievalistas europeos permanece limitado por las fronteras seculares. Las «escuelas nacionales» nacidas en el siglo XIX, estructuradas por las perspectivas sesgadas e irracionales que venimos mencionando, perduran *de facto*. La ignorancia de lo que se hace «allende las fronteras» es masiva y no se perciben más que esfuerzos puntuales para encontrar alguna herramienta provisional o parcial que permita superar o evitar estas dificultades.

Es difícil no poner esta situación, que en apariencia raya la paradoja, en relación con lo que hemos dicho sobre los efectos de la doble fractura conceptual del siglo XVIII, y de las causas profundas de su permanencia. Durante los años 60 se podía suponer, aparentemente, una estabilidad de la oposición economía contra política, pero actualmente la situación parece por el contrario problemática. El análisis y la interpretación de las evoluciones más recientes son tan peligrosas como indispensables. Los indicios disponibles son numerosos, pero es difícil distinguir la anécdota de la estructura.

Crisis del Estado en el siglo XIX y manipulación industrial de la opinión

Podemos comenzar interrogándonos sin duda sobre la significación de esta ausencia de alternativa: los Estados europeos se disgregan sin que se manifieste una estructura susceptible, *mutatis mutandi*, de desempeñar sus funciones. La primera respuesta nos lleva a una observación elemental: los Estados del siglo

38. Cf. Nota 29, p. 58. sobre el papel y el fracaso de Lucie Varga, Peter Schöttler (ed.), *Lucie Varga. Les Autorités invisibles*, París, 1991.

XIX eran fundamentalmente los garantes materiales del orden burgués. Se ve a primera vista que el orden burgués de finales del siglo XX ha sido tomado por los militares (mercenarios) de los Estados Unidos, legitimados y justificados en sus intervenciones por las «organizaciones internacionales». Es tan sencillo como eficaz. Segunda observación: si usted quiere hacer fotos, puede elegir entre Kodak o Fuji, en un gran supermercado o en una tienda de barrio la situación es rigurosamente idéntica. Nada distingue las dos películas, sólo el color de la envoltura. No se trata en ningún caso de una elección, sino de una ilusión de elección, y es fácil ver que esta ilusión es crucial para el buen funcionamiento del sistema. La ilusión de libertad es el garante fundamental de la adhesión masiva de la población a su explotación. La ideología made in USA del «interés del consumidor» es una astuta superchería, y no es más que un elemento entre otros de un verdadero sistema de manipulación de la opinión, según el principio captación-ficción-seducción. Las técnicas de manipulación de la opinión, que se desarrollaron en la postguerra, han llegado a un estado de sistematización y de industrialización admirable. Las prácticas y las ambiciones más salvajes e intolerables devienen indoloras e incluso se revalorizan desde que una «política de imagen» apropiada se pone en marcha. Según una excelente expresión de un autor suizo contemporáneo, vivimos en el «soft goulag».[39]

En estas condiciones, ninguna noción de «interés colectivo» es viable salvo que no esté en estricta conformidad con los intereses de las firmas multinacionales, brazo secular de la gran burguesía. La explotación capitalista salvaje se ha convertido en la base de toda ética, en particular bajo el pretexto de la ideología de los «derechos del hombre», cuya única lógica es la maximización de la eficacia en la explotación de la mano de obra. Es fácil ver que esta evolución apenas favorece el desarrollo e incluso el mantenimiento de cualquier estructura que pudiera expresar una orientación no conforme a la lógica del interés privado.

En Europa en particular, los resultados de las increíbles manipulaciones vinculadas a esta lógica son variadas pero difíciles de clasificar dentro de la escala de lo absurdo.[40] Se podría retener como ejemplo la adhesión masiva de la población británica hacia la espantosa Mrs. Thatcher;[41] o los delirios regionalistas de la antigua «Europa del Este» y el increíble baño de sangre yugoslavo.[42] En Francia, se invoca de forma lacerante la Vulgata totalitaria de los «co-

39. Yves Velan, *Soft Goulag*, Vevey, 1977.

40. La tendencia a la disgregación toma formas variadas según los emplazamientos. Anne Morelli (ed.), *Les Grands Mythes de l'histoire de Belgique, de Flandre et de Wallonie*, Bruselas, 1995. Juan Sisino Pérez Garzón, Eduardo Manzano, Ramón López Facal y Aurora Riviere, *La gestión de la memoria*, 2000.

41. Que hace aún (octubre 1998) causa común con el general Pinochet amenazado de arresto en Gran Bretaña.

42. Encontramos por toda Europa, en diversos grados y escalas, este género de reivindicación «nacionalista», que es tan sólo regionalista y que no corresponde más que a la desestabilización de fracciones dominantes antiguas, cuyos intereses son principalmente locales. Presintiendo la desaparición en tanto que fracciones dominantes, han recurrido, con una total amoralidad y en oposición total con los intereses reales de las poblaciones de la región, a manipulaciones de opinión destinadas a suscitar (más que a resucitar) los sentimientos de pertenencia colectiva, que degeneran fre-

misarios europeos», es decir, esto que llaman el «libre juego de la competencia»; políticos y altos funcionarios se comprometen con frenesí en la destrucción programada de cualquier punto de vista no rentable. Al mismo tiempo, aumentan las prerrogativas de los «colectivos locales», lejos de todo control,[43] encargados de «administrar» el alumbrado público, las rutas provinciales y los temas de vecindad, de forma que restringen la noción de «interés colectivo» a una escala miserable y a cuestiones de tercera importancia. La clase dominante, agrupando diferentes tendencias, se ha lanzado en cuerpo y alma a defender la consigna «imperativo europeo», disolviendo y descalificando en el mismo movimiento toda noción de interés que no sea la financiación a corto plazo. La ausencia de cualquier movimiento político a escala europea es extraordinariamente significativa. Y, exactamente paralela, en apariencia al menos, a la ausencia de la más mínima estructura a esta misma escala entre los medievalistas.

De estos análisis, podríamos sacar la triste satisfacción de haber actualizado un argumento suplementario para demostrar el vínculo de la medievalística con las estructuras de la primera mitad del siglo XIX. Todo sucede como si los marcos en proceso de disolución no debieran ser reemplazados. Se divisa en el horizonte una historia medieval atomizada y desarticulada, organizada según la moda americana, según el paradigma postmoderno del Rastro. Yo hablo, tu charlas, nosotros chismorreamos...

---

cuentemente en enfrentamientos histéricos y sangrientos. No son más que caricaturas horrorosas de los nacionalismos del siglo XIX.

43. Una vez más, recaemos sobre una paradoja llena de enseñanzas. Parece que en el momento en que entramos dentro de una sociedad mediática, observamos, a escala local, la desaparición de todo pluralismo de la información. Dos o tres «grupos de prensa» controlan todo el país, se han repartido las zonas, y no queda más que excepcionalmente algún diario regional-local. Se trata, por supuesto, de empresas puramente comerciales, obsesionadas por la asepsia de la información. Ningún periodista puede permitirse la menor indagación crítica sobre los «electos locales».

D. ESTRUCTURAS PROFESIONALES

El análisis de las evoluciones más recientes y de la situación actual de la medievalística es una operación difícil por múltiples razones; el riesgo de establecer un cuadro de honor más o menos complaciente es considerable y existen muchos motivos de caer en ello dado que mantenemos relaciones personales que pueden ser excelentes (o incluso aún mejores) con un gran número de aquellos de quienes se supone que hablamos de forma abstracta. Comenzando por un examen de las formas prácticas de la organización social, se dispone un marco (necesario en sí mismo) que puede ayudar a establecer y mantener algunos jalones menos subjetivos.

Prehistoria y primera aparición de la medievalística profesional

Es indispensable volver la vista a tiempos pasados para comprender mejor los caracteres propios del período actual. Remontándonos a la prehistoria de la medievalística, llegamos a los hagiógrafos (Bolandistas) y a los historiadores del monaquismo (Benedictinos). Los resultados más importantes se obtuvieron en los siglos XVII y XVIII debido a que, tanto en un caso como en otro, disponían de rentas copiosas y de grupos de individuos bastante numerosos con conocimientos sólidos que podían consagrar todo su tiempo incluso toda su vida a esta actividad sin tener que preocuparse de otra cosa.

No obstante, esto quedaba bastante limitado desde todos los puntos de vista. En un primer análisis, se puede retomar la frase de Georges Lefebvre: «El siglo XIX ha visto un cambio completo; por todas partes se crean archivos, bibliotecas, museos; las universidades se fundan, se multiplican, se organizan. En todos estos establecimientos se ofrecen empleos dignos, suficientemente remunerados para aquéllos que, habiendo hecho el aprendizaje del oficio de historiador, disponen de posibilidades para continuar sus estudios personales. Se ha constituido un medio social de historiadores profesionales.»[1] Es un lugar común evocar el

1. Georges Lefbvre, *La Naisance de l'historiographie moderne*, París, 1971 (curso de 1945-1946), p. 276.

destacable avance de la ciencia histórica alemana en el siglo XIX: admiramos a Karl von Stein por haber trabajado en la creación de los MGH, y a la Academia de Berlín por haber tomado a su cargo la confección del CIL. Es justo recordar también los nombres de los hermanos Grimm, de Franz Bopp, de Karl Lachmann. Pero olvidamos con demasiada facilidad que este movimiento: 1) estaba estrechamente vinculado a las universidades, más activas entonces en Alemania que en ninguna otra parte; 2) estaba fuertemente apoyado en el plano material por los diversos Estados, en primer lugar por Prusia; 3) era directamente dependiente de diversas variantes de idealismo crítico (Herder, Fichte, Hegel, Humboldt, entre otros). Dicho de otra forma: este movimiento estaba protegido por una fuerte armadura, tanto material como intelectual, pues no existe generación espontánea de la ciencia.

Nos confunden las desviaciones nacionalistas de esta producción, pero es necesario sobre todo subrayar su intelectualismo y su racionalismo. Lo que caracteriza esta historiografía y explica indiscutiblemente su fuerza, es haber comprometido todos sus medios materiales y humanos en un movimiento unificado donde no aparecía ninguna traza de lo que más tarde (y sólo más tarde) se enunció como la distinción entre historia y erudición.

En Francia, fue el propio Guizot quien, después de sus fulgurantes síntesis de 1820, creó el *Comité de los trabajos históricos* y patrocinó la *Colección de los documentos inéditos*, abrió el museo de Cluny, creó la Comisión de los archivos y reorganizó la Escuela de Chartes. Pero estos esfuerzos fueron de una amplitud mucho más limitada que en Alemania, Guizot tuvo más en cuenta a los «comités de sabios» que a los funcionarios: no hay que buscar en otra parte la causa del famoso «retraso» francés. Fue en 1850 cuando apareció el decreto que reservaba las funciones de archivistas para los «cartistas», y fue la conmoción de 1870 lo que provocó un despertar tardío, en particular con el comienzo de un apoyo efectivo a una verdadera política universitaria. En Francia, la primera cátedra de historia de la Edad Media fue creada en la Sorbona, para Fustel de Coulanges, en 1883. De este retraso y de estos desfases arrancan los enfrentamientos que marcaron, y envenenaron, el paisaje historiográfico francés durante largos decenios, entre profesionales y aficionados, entre la Escuela de Chartes y la Sorbona.

De 1850 a 1930 (en sentido amplio) dominó el trabajo de inventario, de catalogación y de edición. La gran mayoría de los medievalistas profesionales eran conservadores, esencialmente de archivos y bibliotecas.

Marasmo y reestructuración

Después de la carnicería demencial de la primera guerra mundial, los veinte años de entreguerras marcaron un despliegue de irracionalismo y de odio pequeño burgués.[2] Olvidamos recordar, lo que sin embargo habría que recordar a cada

2. Los documentos publicados por Olivier Dumoulin testimonian la santurronería mediocre de Maurice Prou, director de la Escuela de Chartes hasta 1930, y la atmósfera clerical reaccionaria que

instante, que si Marc Bloch no fue profesor en el Colegio de Francia, como él deseaba (y merecía más que cualquier otro), fue esencialmente a consecuencia de la brillante política de Gaston Doumergue de disminución del número de funcionarios y de restricción del presupuesto de las universidades. La lamentable debacle de 1940 y la terrible pesadilla de la Francia de Vichy fueron todo lo contrario de un acontecimiento inopinado.

La posguerra, por el contrario, marcó profundas evoluciones. En medio siglo, la estructura de la medievalística profesional conoció un cambio radical. En los archivos, las bibliotecas y los museos, la actividad de los conservadores no tuvo apenas relación con la Edad Media. Si dejamos aparte algunas instituciones especializadas (una fracción del Louvre, el museo nacional de la Edad Media, la sección antigua de los Archivos nacionales, el Gabinete de los manuscritos de la Bibliothèque Nationale de France, BNF), lo esencial del trabajo de los conservadores se centra en el período contemporáneo. Fue un completo retroceso, cuyos efectos, acontecidos y potenciales, no han sido todavía examinados. Por otro lado, se ha producido en los últimos veinte años un crecimiento brusco en el número de empleos precarios en la arqueología metropolitana, de la que una parte afectada son las excavaciones de emplazamientos medievales. En suma, mientras que la Centre National de la Recherse Scientifique (CNRS) reclutaba un centenar de ingenieros (esencialmente en el Instituto de investigación y de historia de los textos) y algunas decenas de investigadores, las universidades han visto como se multiplicaban enormemente sus efectivos, más o menos al ritmo de multiplicación de los estudiantes. Actualmente, en Francia, hay varios centenares de universitarios medievalistas que constituyen la mayor parte de los medievalistas en activo.

Mencionemos aquí un hecho que no es indiferente, la desaparición del clero de la escena de la medievalística. En el siglo XIX, las órdenes religiosas, reorganizadas sobre nuevas bases, comenzaron a participar al menos en ciertos aspectos del movimiento intelectual. Iniciativas más antiguas, como las AASS, fueron retomadas, se emprendieron vastas compilaciones, y el apoyo de Roma al neotomismo alentó diversas iniciativas. En Francia al menos, la ley de separación de 1904 provocó una primera ruptura. A partir de los años 30, aquellos que más tarde aparecerían como los inspiradores del concilio Vaticano II buscaron en la historia argumentos a favor de sus tesis. Y el período del concilio coincidió en efecto con la cima de la notoriedad de algunos de estos teólogos experimentados en la utilización de la documentación medieval.[3] Aunque sin duda, al contrario de lo que esta generación esperaba, este concilio significó más bien un final que un comienzo; de forma más general, la rápida evolución de las sociedades occiden-

---

reinaba entonces en ese establecimiento (O. Dumoulin, «Deux correspondances de médiévistes», *en* Daniel-Odon Hurel, *Correspondance et sociabilité*, Rouen, 1994, pp. 113-124). En Alemania, la situación era sensiblemente más grave: Peter Schöttler (ed.), *Geschichtsschreibung als Legitimationswissenschaft, 1918-1945*, Frankfurt am Main, 1997.

3. Étienne Fouilloux, *la Collection «Sources chrétiennes». Éditer les Pères de l'Église au XXe siècle*, París, 1995.

tales a partir de ese momento comportó simultáneamente una caída de los efectivos del clero y un desinterés casi total de los elementos subsistentes hacia cualquier reflexión histórica. El movimiento se retrasó algo en los países donde las instituciones públicas, sobre todo universitarias, continuaron dando a los clérigos un apoyo sustancial, aunque el efecto global resultó poco diferente.

Debemos profundizar en esta perspectiva caballera, ya que la evolución de las líneas generales queda desprovista de sentido si no se analiza la lógica interna de la actividad en estas profesiones, lógica sobre la que muy pocos colegas o compañeros se preguntan, tanto es así que la práctica cotidiana, marcada por el calendario escolar o por los presupuestos anuales, tiende perfectamente a generar la ilusión de que la tarea cumplida es en sí misma su propia justificación.

Los conservadores atenazados

En los archivos, las bibliotecas y los museos encontramos una gran cantidad de conservadores que han recibido una muy buena formación en medievalística. Hemos visto incluso a un medievalista de primer orden dirigir durante bastantes años los Archivos de Francia. Sin embargo, la participación de estos conservadores en el movimiento científico de la medievalística es nula. Poco a poco se ha desarrollado en estos oficios una actitud puramente de «gestión».[4] El mejor depósito de archivos es el que publica cada año el mayor número de artículos, que consigue tener la actividad de «comunicación» más «visible». La importancia de un depósito se mide en kilómetros lineales.

Es innegable que a comienzos de los años 60 se salía con dificultad de medio siglo de estancamiento, por no decir de regresión. Creímos obrar correctamente siendo enérgicamente modernos, alborotadores incluso. A continuación, una sucesión de catástrofes se cernieron sobre unas profesiones ya de por sí desestabilizadas. La catástrofe más antigua, insidiosa, que ha ganado terreno poco a poco como la gangrena, ha sido la invasión conjunta de la alta administración y de la mayoría de las sedes ministeriales por antiguos alumnos de la ENA. El «molde uniforme de las oposiciones» no es más que apariencia folclórica comparada con el de la ENA. A la inversa de lo que pretendían sus promotores, la ENA ha reclutado a sus alumnos teniendo en cuenta únicamente criterios ideológicos extremadamente conformistas, y sus ejemplares alumnos se han empleado poco a poco en remodelar la república según las normas y los intereses del capitalismo

4. La observación era ya perfectamente posible a finales de los años 50, como testimonia la constatación de un jefe de conservadores de la Biblioteca nacional: «Como, en Francia al menos, la progresión numérica del personal no ha ofrecido jamás relación razonable con la de los libros que hay que conservar (y por tanto mantener), y que hay que prestar (y por tanto vigilar), el bibliotecario ha sido apartado cada vez más de sus tareas tradicionales y... ha tenido que sacrificar una parte considerable del tiempo que requerían sus obligaciones esenciales, en tareas totalmente ajenas a toda preocupación científica... Es una evolución de la que los historiadores y los investigadores de todas las disciplinas no pueden alegrarse» (Pierre Josserand, en Charles Samaran (ed.), *L'Histoire et ses méthodes*, París, 1961, pp. 1115-1116).

más agresivo y dominante.[5] Bajo la vigilancia estrecha de este grupo de choque, el Estado se ha transformado lentamente en empresa colectiva al servicio de emprendedores privados. De ahí la sacrosanta «racionalización de las resoluciones presupuestarias», es decir la aplicación de criterios de rentabilidad capitalista a cualquier tipo de actividad, en particular colectiva y (en principio) desinteresada. Las sumas destinadas a los Monumentos históricos no tienen otra justificación que «hacer trabajar a las empresas especializadas»; los museos deben organizar exposiciones «rentables» (¿más rentables que Disneyland?); un antiguo alumno de la ENA explicó recientemente con aplomo y convicción por qué era necesario hacer pagar a los lectores de las bibliotecas públicas; y un primer ministro (siempre dentro de la misma escuela) ha dirigido a todas las administraciones una circular ordenándoles enviar a editores privados toda forma de publicación que no sea estrictamente interna.

La segunda catástrofe es la aceleración del desmembramiento de la autoridad pública por el movimiento llamado de la «regionalización». Los consejos generales se han convertido en sistemas de clanes, los presidentes se comportan como caciques mejicanos.[6] A la cabeza de las provincias hay verdaderos sátrapas, a quienes sólo la vanidad puede moderar un poco lo arbitrario. En todos estos casos, el dinero público se gasta fuera de todo control real, en función de intereses particulares y de redes electorales. Cualquiera que haya trabajado en una instancia nacional sabe hasta qué punto la organización de un presupuesto de investigación es una operación compleja, que requiere a la vez de un detallado conocimiento del medio y de una gran familiaridad para valorar los problemas científicos bajo su aspecto más novedoso. ¿Quién podría honestamente reprochar a un consejo regional gastar su «presupuesto de investigación» de forma equivocada, fuera de toda lógica científica? Los presupuestos de todas las instituciones de conservación son bastante restringidos. Si estas instituciones aún funcionan es a pesar de esta «descentralización» inepta, porque entre los conservadores queda aún mucho de abnegación y de ideal profesional.

El tercer desafío, menos perceptible, y de hecho aún más difícil de reconstruir, es el del nauseabundo cambio de rumbo ideológico de los veinte o veinticinco últimos años, que podría definirse globalmente (y sin paradoja alguna)

5. Precisemos: no se trata aquí de retomar la cantinela «no a la ENA», ni tampoco «reformemos la ENA y todo irá bien». En otros países no disponen de esta maravillosa institución, pero están igualmente reglamentados por altos funcionarios que se erigen en defensores de las multinacionales y de los criterios exclusivos de rentabilidad financiera a corto plazo. Pero he ahí, que en Francia, la ENA existe, y los integristas musulmanes están menos convencidos de las verdades del Corán que los antiguos alumnos de la Escuela Nacional de Administración (ENA) de la ineluctabilidad de los criterios de la rentabilidad financiera pura, fe inquebrantable que los lleva a utilizar en cada momento el refrán de las constricciones de la globalización y de los márgenes de maniobra inexistentes. Lo que no impide destacar que un buen número de antiguos alumnos de esta escuela dispongan de una excelente cultura, se interesen por el arte románico, o incluso intenten distinguir un edificio del siglo XII de uno del XIII. Pero un cuerpo no es la suma de sus individuos.

6. Podemos hacer aquí la misma observación que en la nota precedente. No es difícil citar una gran cantidad de electos locales cultos y llenos de buena voluntad. Pero esto no cambia en nada el movimiento global.

como la exaltación de las raíces. Las manifestaciones son diversas: el virus genealógico, la jactancia patrimonial, la locura conmemorativa. Esta ideología juega el papel clásico de compensación-justificación. En el momento en que se acrecientan los movimientos migratorios de toda índole y la precariedad se generaliza, todas las formas posibles de un sistema de representación y de ritos que exalten el enraizamiento no pueden menos que desplegarse para jugar el papel compensador que esperamos de ellas. Este movimiento es recibido con tanto o más fervor por los grupos dominantes porque permite, por decirlo a título de *by-product*, reforzar la justificación de la estabilidad de la propiedad privada, elevándolo al rango de ideal ético primordial.

Es necesario reconocer que esta actividad presenta para los conservadores el innegable interés de contrapesar, a cualquier precio, al menos en parte, las normas de restricción de los «gastos improductivos» de la ENA. ¡Pero a qué precio! La marea negra de la genealogía llena (a tope) las salas de lectura de los archivos departamentales, práctica fundada sobre supuestos que se oponen directamente a toda perspectiva propiamente histórica.[7] El «patrimonio» es un objeto que se basta a sí mismo, y al que se le supone un valor intrínseco; no es por tanto cuestión de considerarlo como un simple documento. Todo lo que podemos hacer es intentar explicarlo un poco mejor para conferirle un valor suplementario. En cuanto a las conmemoraciones, son simples celebraciones. Si algunos «científicos» son invitados es siempre como garantes en apariencia de un sentido definido sin contar con ellos. Pero ¿es la ciencia compatible con la más mínima conmemoración?[8] Nadie advierte el hecho decisivo de que conmemoración-celebración y amnesia son las dos caras de una única moneda: se haga lo que se haga, el desarrollo de una es estríctamente inseparable del desarrollo de la otra.

Lamentablemente el resumen no presenta ninguna dificultad: los conservadores están atenazados entre las administraciones centrales bloqueadas por altos funcionarios imbuidos de lo que creen es su conocimiento de todo, y que no aplican más que criterios ruinosos de rentabilidad financiera, y los «electos locales» fundamentalmente obsesionados por su reelección, y únicamente sensibles a las operaciones «visibles», que piensan les reportarán un mayor crédito ante sus electores. Los museos, los monumentos históricos, pronto las bibliotecas, y en

7. Esta reconstrucción sólo puede estar fundada sobre la idea extravagante de la existencia de un sentido al relacionar a individuos que no hayan tenido jamás un vínculo social; este vínculo sería exclusivamente de orden biológico. Es una negación perfecta de la idea de sociedad, y por tanto de las ideas de evolución y de historia. En conclusión, no nos cansaremos nunca de recordar que la genealogía como práctica masiva es una invención de la alemania nacional-socialista (desde mediados de los años 30, cada familia alemana tuvo que hacer su genealogía para demostrar su ascendencia aria...).

8. Es el tipo de cuestión que la mayor parte de los historiadores no desean escuchar. Una minoría elogia con placer y tranquilidad de conciencia; los demás justifican esta práctica por la facilidad de encontrar dinero en las instituciones que consideran útil elogiar. ¿Se mantiene la libertad de juicio sobre un asunto que se trata *a priori* de celebrar? (Pero ¿qué diantre viene a hacer aquí la libertad de juicio?). Una relación documentada e inconformista sobre la celebración del bicentenario en 1989 ha sido propuesta por Steven L. Kaplan, *Adieu 89*, París, 1993. Un modelo.

espera los archivos, son frecuentemente presa de los ambiciosos proyectos de reorganización de las empresas de «ingeniería cultural» que los poderes públicos remuneran con tarifas exorbitantes, proyectos destinados a transformarlos en empresas de espectáculo (o de simple animación) y en productos de consumo diario. ¿Quién podría concebir que todo esto tuviera una relación, aunque fuese lejana, con la actividad científica? Quedan todavía conservadores que confeccionan inventarios serios y otros instrumentos de trabajo, y que consagran una parte de su tiempo a las investigaciones que se apoyan en los documentos de los que se encargan. ¿De quién obtienen el más mínimo reconocimiento? No hay «visibilidad», el público no comprende nada, los políticos se burlan, los superiores jerárquicos no ven más que tiempo perdido y despilfarro, los universitarios no reparan en ello. Para continuar a pesar de estos obstáculos, hace falta una abnegación estoica, que sólo puede estar fundada sobre el sentido del interés colectivo abstracto, del que los últimos vestigios se diluyen.

El lector comprenderá por qué en este punto me planteo diversas preguntas. En la práctica, la actividad de los conservadores sigue actualmente un eje discernible: almacenar los archivos de las Administration des Postes, Télégraphes et Téléphones (PTT), consagrarse al apostolado de la lectura pública, organizar exposiciones de artistas contemporáneos, reparar los tejados podridos de los palacios del siglo XVIII y, de forma más general, cazar patrocinadores. Se percibe sin gran esfuerzo que las actividades de este género no necesitan más que una instrucción rudimentaria, y no justifican en grado alguno la presencia de conservadores que hayan recibido una formación larga y compleja, y que persigan carreras honestamente remuneradas. Es probablemente esta contradicción evidente lo que explica, al menos en parte, las grandes dificultades por no decir el gran fiasco, de la reciente «Escuela del Patrimonio».

Los conservadores están atenazados, como he intentado demostrar. Sin embargo, me parece que el porvenir de estos cuerpos está principalmente en sus propias manos: o bien son capaces de redefinir y de reorientar enérgicamente su actividad en la dirección de trabajos científicos serios, o serán aplastados (en un tiempo que puede ser más corto que el que las previsiones más pesimistas podrían llegar a creer). Se trata además de un problema que concierne (de manera más fundamental de lo que parece) a toda «la elite intelectual de la nación», que se deleita con su «patrimonio», dejándolo transformar *de facto* en una baratija ordinaria.[9] Llegados a este punto, sería sin duda útil examinar precisamente lo que pasa en los países vecinos. Señalaremos al menos que en Alemania, los archivistas continúan siendo parte activa de la investigación histórica, y de la medievalística

9. Una prueba, entre otras muchas, la tenemos en la adhesión al tema de la «excepción cultural», que no es más que una capitulación, viciosa, ante la lógica dominante. Es la noción misma de excepción la que es inaceptable, cuando lo que haría falta sería exactamente lo contrario, establecer la lista restrictiva de los ámbitos donde se pueda aceptar el desarrollo de una competencia más o menos salvaje; pero lo peor es el argumento utilizado, que consiste en anteponer los intereses del «mercado francés»; la única alternativa es demostrar que un control social de las actividades debe ser la norma, y el «mercado» una excepción cuidadosamente encuadrada. Pero sería necesario sin duda demostrar también que Adam Smith era un ilusionista y un pícaro.

en particular: los conservadores alemanes no se han transformado en almacenistas de informes contemporáneos, lo que demuestra que, en un país que va en cabeza del desarrollo, se puede conseguir sin graves inconvenientes que los archivistas consagren una gran parte de su tiempo a la investigación propiamente dicha. Para retomar un expresión de Pierre Josserand citada más arriba,[10] la cuestión es saber quien tendrá la lucidez suficiente como para devolver a escena el único asunto que merece la pena, y que es saber lo que se entiende por «deberes esenciales» de un conservador.

Es en todo caso una cuestión que harían bien en plantearse explícitamente los directores de las administraciones centrales implicadas y todos sus inspectores generales. Verdaderamente, ¿sería demasiado pedir que el progreso tuviera ampliamente en cuenta el trabajo y las publicaciones propiamente científicas?, y no olvidemos que sólo podemos conservar bien lo que conocemos bien, y que es difícil pretender conocer verdaderamente los objetos conservados si no hemos dedicado jamás un mínimo de tiempo a la investigación seria y continuada.

Crecimiento ambiguo de la enseñanza superior

La finalidad de la enseñanza superior, como su nombre indica, no es la investigación. Es suficiente con observar el funcionamiento de las «comisiones de especialistas» encargadas, en el seno de las universidades, del reclutamiento de nuevos medievalistas. Los criterios decisivos de este reclutamiento son las «capacidades pedagógicas» junto con el «valor de la tesis». Hay que resaltar que la evaluación de las capacidades pedagógicas se basa por una parte en las oposiciones y por otra, llegado el caso, en el número de años dedicados a la enseñanza secundaria, lo que implica estrictamente la equivalencia de la «pedagogía» en todos los grados de la enseñanza. En cuanto al «valor de la tesis», los criterios no son apenas menos escolares: cantidad de trabajo aportado y claridad de la exposición. La aportación científica es un argumento secundario y poco eficaz. Pero lo que en definitiva es más significativo es la ausencia total de preocupación, por parte de dichas comisiones, en los programas de investigación de los candidatos; la imaginación, el espíritu crítico, la capacidad de crear métodos aunque sean poco innovadores, son asuntos de los que todo el mundo se mofa.[11] La «investigación» es siempre considerada como un asunto «personal», una especie de lujo, hasta cierto punto necesario al estatus universitario, pero ajeno a la actividad fundamental de la enseñanza. En los «consejos científicos» de las universidades, se discute de todo menos de ciencia.

10. Cf. Nota 4, p. 68.

11. No necesariamente. Ya que ocurre más frecuentemente de lo que creemos que se trate de argumentos muy importantes, en sentido negativo. La imaginación y el espíritu crítico asustan naturalmente a todos aquellos que, concientemente o no, se sienten poco preparados. Descartar cuidadosamente a los candidatos que podrían hacer sombra a tal o cual mandarín es una preocupación constante en muchas instituciones, incluso en aquellas que pasan por ser las más prestigiosas.

Por esto me parece que hay cierta ambigüedad al incriminar a las oposiciones la responsabilidad casi exclusiva de la anemia de la investigación en la enseñanza superior, tal y como lo hacen Jacques Le Goff y Jean-Claude Schmitt: «Evoquemos sobre todo los condicionantes cada vez más abrumadores que pesan sobre los profesores de la Universidad y los privan actualmente en gran medida de la necesaria libertad para ejercer la investigación fundamental. La sacrosanta preparación para las pruebas, a la que dedican todos sus esfuerzos tanto los profesores de la Universidad como los estudiantes, es responsable de este estado, que es propio de Francia.»[12] Es decir mucho o demasiado poco. No podemos, de esta forma, quedarnos a mitad de camino, sin interrogarnos sobre la naturaleza y la finalidad de los diversos tipos de actividad. «Es indispensable que los universitarios que lo deseen puedan consagrar más tiempo a su investigación, sobre todo en el extranjero.» No, al contrario: si la investigación científica es parte integrante de la actividad de los medievalistas de la enseñanza superior, este «deseo» es contradictorio y si consideramos que se trata de un pasatiempo facultativo, honorable ciertamente, pero de carácter privado, entonces este «deseo» no se puede justificar. Me parece preocupante ver a dos medievalistas de tan alto rango esquivar con tan poca habilidad la simple pregunta que implica su planteamiento: ¿la investigación científica es una actividad profesional?

Prevalece lamentablemente en el espíritu de muchos colegas una completa confusión entre dos consideraciones, fundamentales, muy distintas: 1) la ciencia, en tanto que progreso de los conocimientos racionales, no tiene, en esencia, ninguna finalidad práctica, sea del orden que sea; 2) el nacimiento de la ciencia, en el siglo XVIII, y su desarrollo en el XIX, estuvieron intrínsecamente vinculados al surgimiento de un ámbito profesional; la ciencia depende estrictamente de los medios y del grado de autonomía concedidos por la colectividad pública a los científicos. Y esta es la razón por la que los grandes progresos científicos han tenido lugar en las sociedades ricas, liberales (en el sentido propio del término), y lo suficientemente maduras como para no inquietarse con la incertidumbre que es consustancial al trabajo de los científicos.

Que el «gran público» no esté en disposición de comprender estas dos consideraciones, es posible (aunque no está demostrado); sin embargo nos debería asombrar que los científicos, incluso entre ellos, tengan tan poco claro la naturaleza y los fundamentos de su actividad. Nadie se rebela contra las dos imágenes opuestas de un juego de espejos, Pasteur bienhechor de la humanidad y mito del sabio loco. Sin embargo, estas imágenes equivalentes descansan sobre una confusión dramática entre la producción de los *conocimientos* y su aplicación; que hay un vínculo, está fuera de toda duda, pero ¿cuál? No podemos naturalmente aplicar los conocimientos que no tenemos. Y se puede también, en sentido opuesto, desarrollar inmediatamente aplicaciones prácticas a partir de progresos intelectuales puramente abstractos. Muchos de los responsables científicos intentan obtener los medios necesarios para este género de aplicaciones presen-

12. Jacques Le Goff y Jean-Claude Schmitt, «L'histoire médiévale», *Cahiers de civilisation médiévale*, 39-1996, p. 24.

tándolas de manera seductora, aunque esencialmente deshonesta. Pero esto no cambia nada en cuanto al fondo: la producción de conocimientos racionales es un fin en sí mismo, que es la definición misma de la ciencia, y si este fin no hubiera tenido la amplia autonomía que se le acordó, no habría pasado nada, ya que la ciencia es un todo en sí mismo, y en ciertos sectores, se puede en efecto obtener aplicaciones prácticas juzgadas socialmente como útiles, no siendo esto más que un *by-product* local de un movimiento general donde la coherencia de conjunto es un carácter esencial.

Tratándose de historia, la situación se traduce inmediatamente en términos que todos conocemos de memoria: la aplicación, en materia de historia, es la función ideológica de los mitos (grandes y pequeños) que ella misma está encargada de sostener. Y todos sabemos perfectamente que no hay nada peor para el progreso de la investigación histórica que las presiones perversas, y sin embargo recurrentes, que tienen su origen en las aplicaciones de la misma ciencia: toda historia enrolada está en peligro inmediato, y es un mal menor si únicamente se hunde en los caminos de obstáculos y de callejones sin salida. Conocemos abundantes casos de regresiones brutales, de pudrideros y de cambios de rumbo envenenados: lamentablemente el destino trágico de la historia científica es estar en permanente confrontación con las seducciones y los cambios de rumbo que oscurecen a cada instante la lucidez de sus mejores artesanos. Pero a pesar de estas coacciones, de estas seducciones o, más prosaicamente, de la irreflexión ordinaria, no veo, por mi parte, que exista ningún argumento coherente para rechazar que la investigación científica sea una actividad profesional de pleno ejercicio, respondiendo únicamente a una finalidad propia, ajena a toda consideración práctica. Es por esta razón que la existencia del CNRS, que dispone de investigadores titulares, no puede ser considerada más que como un gran éxito del dispositivo científico francés, y las distintas recriminaciones en su contra son debidas exclusivamente a la pereza intelectual, a la incompetencia, cuando no al oscurantismo puro y simple (que es más frecuente de lo que creemos).[13]

La lógica de base de la enseñanza de la historia en las universidades francesas es la formación de los futuros profesores de la enseñanza secundaria. Los estudiantes más esforzados y mejor preparados apuntan hacia la obtención de un puesto de profesor en un colegio o en un instituto. Objetivo legítimo y apreciable. Los universitarios están ahí para completar su bagaje de conocimientos imprescindibles, tan organizado y copioso como sea posible, ofreciéndoles a la vez los medios para ejercer su capacidad de formulación y de expresión. Sin ningu-

13. En Francia, por ahora, la CNRS es la única estructura donde las consideraciones individuales no arrastran sistemáticamente a todas las demás con ocasión de no importa que elección. Es elemental observar que hay formaciones profesionales superiores que requieren pocas relaciones con la investigación científica; por el contrario, sectores enteros de investigación con mínimos resultados profesionales no justifican de ninguna manera grandes estructuras de formación. Por lo demás, la definición de los campos de investigación y sus límites puede ser fácilmente modificados en el seno de un gran organismo de investigación, mientras que las definiciones de cátedras de enseñanza responden a una lógica que las inmobiliza.

na duda, es importante que estos conocimientos estén actualizados, aunque se puede ver esto desde otras lógicas: transmitir conocimientos y verificar la buena recepción es una cosa, pero producir conocimientos inéditos es otra. No sólamente no existe ningún vínculo intrínseco entre estas lógicas, sino que la observación demuestra que al confundirlas se introducen graves desviaciones en la práctica científica sin ningún beneficio para la enseñanza.

La importancia creciente de los cursos magistrales y de los manuales es un fenómeno masivo. Es lo que llamamos algunas veces la «secundarización de la enseñanza superior». A la inversa de la tendencia observada a finales de los años 60 y durante los años 70, el curso magistral aparece de nuevo como un elemento clave y apreciado. No sólamente en el marco de la formación de los futuros profesores: yo mismo he visto a los profesores de la VI Sección de la École Pratique des Hautes Études (EPHE), cuyos seminarios, hacia 1970, eran verdaderos calderos donde bullía el talento, retirarse insensiblemente al extremo de su clase —frecuentemente sobre un estrado—, crear entre ellos y los estudiantes un espacio poco a poco transformado en barrera, dejar evaporarse toda posibilidad de discusión, para acabar dando clases tan pomposas como ritualizadas, durante los cuales un estudiante debe carecer de todo sentido práctico para atreverse a levantar el dedo.[14]

A fuerza de construir cursos impecables y editar manuales absolutamente impecables, numerosos profesores sucumben a la ilusión que ellos mismos crean, la de creer que son capaces de exponer situaciones y evoluciones límpidas, cuya articulación y mecanismo no tienen ningún secreto. Desde este punto de vista, los «balances de trabajos» publicados estos últimos años son ejemplares: no vemos aparecer ninguna contradicción, ninguna laguna, y si aparece es mínima y en el lugar en que puede ser subsanada; en resumen, sabemos todo sobre todo. Es exactamente lo contrario de un proceso científico, que es propiamente impensable si no se parte de un análisis de las incoherencias, de las inconsistencias, de las carencias de todo tipo; y si, durante el trayecto, no se desarrollan discusiones, críticas, polémicas, rechazos, retrocesos y reorientaciones. Ciertamente, existen algunas raras colecciones, como la «Nouvelle Clio», que incluyen estructuralmente (más en las intenciones que en la realidad) una exposición de dificultades, de incertidumbres, de contradicciones. Pero ¿cuántas veces no he escuchado a respetables profesores asegurar con una emocionada convicción que este género de manual era «de un nivel demasiado elevado para la mayor parte de los estudiantes»?

Por último, esta pretendida «presión de los estudiantes» es tal vez aún más

14. La valorización del curso magistral y de la investigación en la enseñanza superior son contradictorios. Naturalmente, existen formas de enseñanza vinculadas a la investigación, pero estas formas implican diálogo permanente, discusiones, confrontaciones, rectificaciones, comparaciones, y una orientación completa sobre los conceptos, las técnicas y los métodos en general. Un resultado, considerado en cierto momento como coherente y asequible, es decir provisto de una estabilidad mínima, debe enunciarse por escrito. Dictar una clase era un procedimiento eficaz en el siglo XIII, hoy en día no es más que tiempo perdido e impostura.

desastrosa de lo que parece. En efecto, hemos asistido a un crecimiento considerable del número de medievalistas en la enseñanza superior, y esto es debido al crecimiento del número de estudiantes. Pero esta proporcionalidad global suponía una condición estricta, que olvidamos fácilmente: que la historia medieval continúa formando parte de los cursos obligatorios de todo estudiante de historia. ¿Cómo evoluciona la proporción de estudiantes que, en el momento de tener que preparar una especialidad, se vuelven hacia la historia medieval? No he oído decir que ésta fuera en aumento. Y las evoluciones generales apenas parecen favorables: conocimiento del latín en dosis homeopáticas, desaparición de toda familiaridad con los elementos más esenciales del dogma y de la liturgia católica; carencias que no parecen compensadas por una mayor destreza en las matemáticas o en las lenguas vivas. Por lo demás, la parte de la Edad Media incluida en las famosas «oposiciones» se va reduciendo, y desde hace muchos años, se puede pasar brillantemente las oposiciones de letras sin conocer la literatura francesa medieval de otra forma que no sea por «traducciones».[15] Es necesario carecer por completo de espíritu de observación para no darse cuenta de que la aparente pujanza de la historia medieval en las universidades oculta una incuestionable fragilidad que la disminución reciente de efectivos manifiesta de forma dolorosa.

Ambivalencia de las evoluciones

La medievalística propiamente dicha, en tanto que actividad científica, no existe en el vacío. Se encontraba y se encuentra aún, vinculada a un antes y a un después, si podemos denominar de esta forma a las estructuras de conservación por un lado, y a las estructuras de enseñanza por otro. El encuentro de dos dinámicas, la de una lógica inevitable del desarrollo de los conocimientos, y la de la evolución de las sociedades europeas, ha hecho que se desplace el centro de gravedad del antes al después. Ningún medievalista, por poco perpicaz que sea, puede perder de vista estos dos puntos sin graves consecuencias:

1) la actividad de producción de conocimientos racionales sobre la Europa medieval es una actividad profesional *sui generis*, que no se confunde ni con la conservación ni con la enseñanza;

2) la no confusión no es en manera alguna la ausencia de vínculo pero, desde este punto de vista, toda reflexión debe fundarse sobre una perspectiva bastante global y equilibrada (por no decir estructural), salvo que se derive rápidamente hacia el irrealismo y el todo vale.

En Francia, la reciente evolución es un poco extraña. En el antes, los conser-

15. Hasta finales de los años 60, la enseñanza del francés en los institutos estaba estructurada por el examen continuado de los «siglos», lo que implicaba un mínimo de perspectiva histórica. Pero esta práctica ha desaparecido, reemplazada por una mezcla sistemática, organizada en particular alrededor de la noción de «temas» pretendidamente presentados desde los orígenes hasta nuestros días. Que este género de sinsentido haya podido tenerse por un progreso demuestra bastante la inconsistencia y el fracaso de la enseñanza tradicional de la historia.

vadores han visto revalorizadas sus carreras, y la ideología del Patrimonio parece corresponder al aumento del interés del público por los períodos antiguos; en el después, el crecimiento rápido de los efectivos estudiantiles entraña un crecimiento del cuerpo de profesores, tanto es así que parece que jamás hubiera habido tantos medievalistas. Visto de forma más cercana, la situación es desilusionante. Los conservadores están atenazados entre los altos funcionarios, que imponen con acritud los criterios de rentabilidad financiera, y los «electos locales» obsesionados por la «visibilidad»; la participación de los conservadores en el movimiento propio de la medievalística tiende de manera asintótica hacia (casi) nada. La enseñanza superior, aunque sólo sea por el hecho del crecimiento de los efectivos, se «secundariza» poco a poco; el curso magistral prima en todas partes, seguido de sus efectos inevitables de petrificación del saber; el interés por una innovación intelectual real tiene tendencia a debilitarse. Además, la parte de la Edad Media dentro de la enseñanza general de la historia disminuye sensiblemente. Los factores coyunturales de crecimiento no producen así ningún efecto positivo visible sobre la propia medievalística. Por simple prudencia, nos contentaremos con calificar esta situación de ambivalente.

E. DERIVAS Y CALLEJONES SIN SALIDA

SIN CUADRO DE HONOR

Después de haber examinado el marco general y las estructuras prácticas, queda aún por ver lo esencial: intentar caracterizar en términos abstractos la evolución de la disciplina en el curso de los treinta últimos años. Una vez más hay que repetirlo: el cuadro de honor ya ha sido redactado,[1] será suficiente pues con referirnos a él. Llegados a este punto, propongo un análisis del movimiento mismo, esforzándome en actualizar al menos algunos elementos de su lógica interna. No se trata de evaluar tal o cual resultado, aún menos de erigir un pedestal. En todo caso, aunque las cosas no vayan muy bien, no se trata de responsabilizar individualmente ni a unos ni a otros, ¿quién podría dudarlo razonablemente? En mi ánimo no existe sombra de ambigüedad: si por las razones anteriormente expuestas juzgo negativamente tal o cual tipo de práctica, cosa que me parece difícil de evitar (ésto incluso ¿quién lo dudaría?), no significa de ninguna manera que incrimine a nadie en particular. Si juzgo una práctica profesional, no juzgo a los individuos (salvo excepciones explícitas, naturalmente). Tanto peor si alguien rechaza esta distinción. No veo otra alternativa y, según la expresión común, asumo las consecuencias.

UNA ESTRUCTURA TURBULENTA

Se puede comenzar retomando la útil observación de Jacques Le Goff y Jean-Claude Schmitt:

> Si nos preguntamos... sobre las razones que han llevado a los medievalistas... a interesarse por ejemplo en el fenómeno urbano, en la «génesis del Estado mo-

1. Michel Balard (ed.), *Bibliographie de l'histoire médiévale en France (1965-1990)*, París, 1992; *L'Histoire médiévale en France. Bilan et perspectives*, París, 1991. Para Alemania, Hans Werner Goetz (cf. Nota 4, p. 21). Para España, *La historia medieval en España. Un balance historiográfico (1968-1998)*, Pamplona, 1999 (XXV Semana de Estudios Medievales de Estella).

dermo», en la familia, en la cultura popular, en la muerte, en la memoria, en el individuo, en las imágenes, en lo político, veremos fácilmente dibujarse en estas elecciones algunos de los ejes de los cambios políticos, sociales y culturales de nuestra propia sociedad y de las tensiones que éstos han engendrado, tanto si se trata de la urbanización acelerada, la ocultación de la muerte y de los muertos, la omnipresencia del Estado (y de su crítica), el crecimiento tentacular de los medios de comunicación, etc. En suma, conscientemente o no, la elección de un tema de historia no es nunca arbitrario, responde a encrucijadas de la sociedad. Es por tanto insuficiente pensar que esta elección procede únicamente de inspiraciones del momento (escogeríamos asuntos que están «en el aire») o de alguna escala implícita de legitimidad que llamara la atención sobre unos temas más «dignos» que otros o más eficaces para hacer carrera...[2]

La lista de temas nuevos mencionados es sin duda poco exhaustiva, aunque también estaban, por ejemplo, «los marginales» o «la oralidad». Sería sin duda esclarecedor precisar la cronología de esta sucesión. Estamos sorprendidos sobre todo por la asombrosa heterogeneidad de esta retahíla. Además de lo dicho, algunos de estos temas desaparecieron casi tan rápido como habían aparecido; otros se han beneficiado de una importante cobertura editorial y mediática, y otros del apoyo institucional. De esto resulta una decena de «temas» en veinte o veinticinco años (este fenómeno data de finales de los años 60); incluso admitiendo amplios desdoblamientos, cada tema tiene una longevidad de pocos años en el mejor de los casos.[3]

En términos abstractos, se trata de una estructura turbulenta. Esta estructura, que parece en parte como acabada (o al menos muy debilitada), presenta dos caracteres notables en los que nadie parece haber reparado: 1) no tenía ningún precedente; 2) ha dejado tras de sí un paisaje devastado.

Condiciones de aparición y justificaciones de esta estructura

Me parece que existe una clara concordancia entre el hundimiento del sistema antiguo de referencias y valores (Estado y nación) y la emergencia de esta estructura que, desde muchos puntos de vista, debe una gran parte de su éxito al hecho de llenar un vacío (del que nadie, en ese momento, tenía conciencia). Pero, precisamente, este nuevo entorno implicaba una lógica inédita: operaciones comerciales, efecto de publicitar, búsqueda de visibilidad. Estas condiciones, excesivamente desconcertantes, han entrañado varias sorpresas y errores de

2. Jacques Le Goff y Jean-Claude Schmitt, «L'histoire médiévale», *Cahiers de civilisation médiévale*, 39-1996, p. 17.

3. Esta observación no es de gran originalidad; otros medievalistas más experimentados y ponderados que yo ya lo han dicho, como el director del Instituto histórico alemán de Roma, Arnold Esch: «Was man in den letzten drei Jahrzehnten an Prognosen und Visionen hören konnte, hat sich überwiegend als kurzlebig erwiesen.» (A. Esch, J. Fried, P. J. Geary, *Stand und Perspektiven [cf. nota 4], p. 31*).

interpretación. En un primer momento los éxitos aparentes han sido innegables, un efecto de estímulo y de dinamización. Pero sobre esta aparente efervescencia se desarrolló una «teoría» completamente falsa. Esta teoría resultaba simplemente de la unión de un juicio y de una consigna. El juicio era el de «la historia, hija de su tiempo», idea desarrollada entre otros por Marc Bloch y acuñada por el sentido común. Cada época, y cada sociedad tienen una «práctica histórica» que les corresponde. Esto que hace un siglo habría sido difícil de comprender o de admitir, se considera actualmente una banalidad: ciertas características de una sociedad contribuyen de forma decisiva a formar la práctica de los historiadores que viven y trabajan en esa sociedad. La consigna era la de «historia-problema», que puso de moda Lucien Febvre. Idea que también nos parece actualmente bastante común: el historiador escogía sus documentos y de ahí seleccionaba los elementos que le interesaban; es preferible que sepa explícitamente lo que le interesa, es un medio elemental para escapar de la inconsciencia tradicional. Sobre este segundo punto, no hay nada más que decir, sino que se trata de una etapa crítica rudimentaria, que está lejos de permitirle escapar del paradigma del recorta y pega.

Así pues, la «teoría» de los años 70 ha consistido en trasformar la primera constatación en consigna y unir las dos. De lo que resulta aproximadamente: «Para hacer buena historia, cojamos los problemas actuales y apliquémoslos a las sociedades del pasado, en este caso la Europa medieval.» Una barbaridad. Por mil razones, todas y cada una suficientes. ¿Cómo se puede llegar a confundir un planteamiento científico, que que sólo puede nacer de una reflexión laboriosa a partir de hipótesis (difícilmente construidas) relativas al funcionamiento del objeto estudiado, con lo que llamamos «problemas de sociedad», ¿nebulosas inconsistentes estrechamente vinculadas, según la conveniencia, a la coyuntura y a la ideología más simple?[4] La idea de que existían «grandes problemas» en cualquier tiempo y en cualquier lugar reposa sobre un inmovilismo conmovedor, que es la negación misma de la historia y que no puede generar más que un cúmulo de anacronismos ridículos.

Esta perspectiva, necesariamente inoperante, ha tenido el efecto muy lamentable de desacreditar la noción misma de problemática. Se ha imaginado bajo este término cualquier partición más o menos arbitraria y el correspondiente «planteamiento». Esta forma de proceder implicaba en realidad la negación total de toda coherencia del objeto estudiado y, finalmente, un completo irrealismo. Lo que entrañaba una perfecta imposibilidad de juzgar la pertinencia de tal o cual análisis, pues todas las construcciones eran independientes las unas de las otras. Un observador atento podía llegar sin tardanza a esta conclusión: no importa lo que se diga sobre no importa qué asunto, siempre que tenga la etiqueta de «nuevo».

4. ¿Es necesario, a pesar de todo, recordar que los «problemas de sociedad», elaborados en las oficinas ideológicas corrientes (sobre todo grandes semanarios), no son más que alteraciones e interpretaciones retorcidas de los obstáculos y de las contradicciones reales que encuentra una sociedad?

«SIN PIES NI CABEZA» Y *REVIVALS*

Y se ha visto en efecto, desde comienzos de los años 80, la aparición de un género nuevo, que sugiero llamar el «sin pies ni cabeza». Algunos se han dado cuenta de que la operación de las tijeras conducía a lanzar a la nada una gran parte de los textos. Ahora bien, un breve vistazo basta para darse cuenta que ahí hay un filón de primer orden, el filón de lo raro y de lo incomprensible. El proceso no es complejo: invirtiendo el criterio de elección cogemos lo que parece más extraño. Éxito de librería garantizado. Unas pocas palabras y las crónicas descabelladas de los «grandes feudatarios» palidecen. ¿Tiene sentido todo esto? Esa si que es buena, las «gentes de la Edad Media» no pensaban como nosotros, y por lo demás las crónicas de los grandes feudatarios, bien examinadas, son bastante pasmosas. En 1979 apunté que nadie había propuesto una explicación aceptable del auge general de los siglos XI y XIII y podemos decir otro tanto de la supuesta crisis de los siglos XIV y XV, así como de una multitud de otros temas. *Ergo omnia licita sunt.*

Con el pretexto de presentar «informes» u otras tipologías, se tiende a hacer aparecer como obras serias, incluso de vanguardia, textos donde la pura rareza es un fin en sí mismo, a pesar de todos los desmentidos.

Otro producto de la estructura turbulenta apareció poco después del anterior, y es simplemente el regreso a las «problemáticas» paleolíticas, en las que la antigüedad (es antiguo, como dicen los anticuarios...) parece avalar lo serio. Sólo se trata de preocupaciones corrientes en el siglo XIX, el Estado y el individuo. Se necesita un valor sorprendente para resucitar el fantasma fascista de Ernst Kantorowic. La ideología juridicista más osificada se manifiesta con actitud arrogante. Sin embargo, el avatar más invasor de los últimos diez años ha sido el de la biografía, que se continua considerando neciamente como un «género histórico». Alejandro Dumas, Georges Lenôtre, Henri Troyat, André Castelot aparecen en escena. Por otra parte, Alain Decaux llegó a ser ministro, lo que alentó a otros ministros, que rivalizaban en la confección de biografías de todo género apoyadas por eficaces promociones mediáticas. Como lo recordó hace algunos años, sin ironía, uno de nuestros políticos, cuando se sobrepasan los límites, ya no hay límites... El éxito de la historia sobrepasa en efecto todos los límites.

La loable voluntad de difundir los resultados de la investigación ha derivado en la historia-espectáculo, y se ha descendido rápidamente al nivel cero de la pura fanfarronería. ¿Sería temerario, llegados a este punto, presentir la derrota del espíritu crítico, la desaparición de toda referencia?

Los paladines actuales del individuo, del Estado y del folclore nos repiten hasta la saciedad que sus trabajos no reproducen los del siglo XIX y que avanzan en una perspectiva de historia social. Esta aseveración no es por completo falsa, en el sentido de que una parte de ellos (una parte solamente) no cae más que moderadamente en el juridicismo y en la psicología universal. Pero, hay que destacar que, a pesar de todo, la psicología y la historia del derecho más estúpida-

mente tradicionales se manifestan en algunos sin ningún pudor, y no podemos evitar de subrayar que estos temas, cualquiera que sea la forma con que son abordados, no tienen otra utilidad que fortalecer las bases esenciales de la ideología burguesa, y trabajan en falso con relación a las necesidades de una aproximación racional a la historia medieval.[5] Debo insistir aquí: este *revival* imbécil es en gran parte consecuencia de las grandes debilidades de las perspectivas de los años 40-70; debilidades que defino como el efecto de la total incapacidad de los historiadores de este período para establecer el más mínimo diálogo con las ciencias sociales, *a fortiori* para reunificar el campo de las ciencias del hombre. Bajo el pretexto irrisorio de «desconfianza hacia las grandes teorías», toda reflexión abstracta sobre los métodos[6] y los conceptos ha sido *de facto* radicalmente proscrita, y este ostracismo prohibía sin remisión toda aproximación a las ciencias sociales. Al rechazar la abstracción con una obstinación tan odiosa, los historiadores en general, y los medievalistas en particular, se han privado ellos mismos de los medios para adquirir las herramientas intelectuales indispensables para construir las hipótesis aptas a dar cuenta racionalmente de la dinámica del sistema feudal, y finalmente de la historia de Europa en general.

Triunfo y desvanecimiento de la «historia cuantitativa»

El análisis un poco más profundo de un ejemplo preciso debería proporcionarnos una visión más rica y mejor articulada de una evolución cuyos efectos no son otros que la situación actual. Lo que llamamos la «historia cuantitativa» presenta la notable ventaja de constituir un conjunto fácilmente discernible, y la de haber conocido una trayectoria relativamente lineal, en la que podemos reconocer sin demasiada dificultad los elementos y el significado. Es verdad que la historia medieval sólo ha sido tratada escasamente por este movimiento, pero los infortunios de la «historia moderna» en este tenebroso asunto presentan características que todo medievalista puede comprender.

1. *Lo elemental: los precios, la demografía*

El «cuantitativismo» histórico, en su período de desarrollo (1945-1975), se basaba ante todo sobre dos pilares: la historia de los precios y la demografía histórica.[7] Un primer examen nos lleva a pensar que esta situación resultó sencillamente de la existencia de fuentes fácilmente asequibles: listas de precios y re-

5. Excelentes observaciones sobre este asunto de José María Monsalvo Antón, «Crisis del feudalismo y centralización monárquica castellana (observaciones acerca del origen del "estado moderno" y su causalidad)», en Carlos Estepa y Domingo Placido (ed.), *Transiciones en la antigüedad y feudalismo*, Madrid, 1998, pp. 139-167.

6. Cf. Nota 344, p. 180.

7. Consideraciones sintéticas en dos excelentes entradas del diccionario *La Nouvelle Histoire* (Jacques Le Goff (ed.), París, 1978): Jacques Revel, «Démographie historique», pp. 133-139; Maurice Aymard, «Prix», pp. 473-475.

gistros parroquiales. Advertimos en seguida que estas dos zonas de investigación corresponden a dos temas que preocupaban en Europa occidental a partir de la primera guerra mundial, la inflación y las incertidumbres demográficas. En la reflexión aparecen los posibles asuntos clave de estas consideraciones numéricas: asuntos fiscales, militares, comerciales, es decir, los sectores de la sociedad que eran cruciales para el establecimiento y la reproducción de la dominación social de la burguesía desde el siglo XVII. Ante esta perspectiva, nos preguntamos por qué la historia de los precios y la demografía histórica se han desarrollado de forma tan escasa y tardía, y por qué hoy en día está este desarrollo prácticamente detenido.

Esta aparente paradoja nos remite al menos a dos órdenes de hechos (vinculados): 1) la pasmosa debilidad de los dos «modelos» asociados a estos dos campos de investigación, que podemos denominar aproximativamente *monetarismo* (que remite al antiguo debate Bodin-Malestroit), y *demografía* (elaborado por el apenas más reciente Th. R. Malthus); 2) la perfecta incapacidad de estas investigaciones, con pretensiones sin embargo globalizantes, de dar cuenta tanto de los grandes conflictos (revoluciones, guerras mundiales) como de las transformaciones sociales (establecimiento de la dominación burguesa, fases de industrialización, imperialismo, auge de las ciencias).

Este panorama un tanto sombrío permite comprender mejor el prestigio excepcional que envuelve la obra de Ernest Labrousse, puesto que fue el único que propuso, de forma plausible, la relación de una curva de precios con un gran acontecimiento, en concreto los precios de los alimentos a finales del siglo XVII y el estallido de la Revolución francesa. Aunque se comprende pronto la debilidad de esta tentativa: si parece aceptable suponer una relación entre la exacerbación de una curva de precios y un tumulto plebeyo, nos quedamos a mucha distancia de poder formular una explicación de la Revolución francesa, conmoción de unas dimensiones que no se pueden comparar con la efervescencia del verano de 1789.[8]

Y ¿qué decir de François Simiand? La idea de que existirían «fases largas» (llamadas A y B) de crecimiento y de decrecimiento del conjunto de los indicadores expresados en valores monetarios ha sido en general aceptada (ciertamente por error). Pero el monetarismo subyacente no es reconocido y nadie parece tener las ideas claras sobre la naturaleza de estas fases.[9] No parece que nadie se haya tomado el trabajo de examinar los textos de Simiand en el plano de las técnicas numéricas; es una lástima, ya que su indigencia merecería ser puesta en evidencia.

8. Jean-Yves Grenier y Bernard Lepetit, «L'expérience historique: à propos de C.-E. Labrousse», *Annales ESC*, 44-1989, pp. 1337-1360. David R. Weir, «Les crises économiques et les origines de la Révolution française», *Annales ESC*, 46-1991, pp. 917-947.

9. Maurice Lévy-Leboyer, «L'héritage de Simiand: prix, profit et termes d'échange au XIX siècle», *Revue historique*, 493-1970, pp. 77-120. Jean Bouvier, «Feu François Simiand?», *Annales ESC*, 28-1973, pp. 1173-1192. No se cita casi nunca a François Simiand, *Statistique et expérience. Renarques de méthode*, París, 1922 (extractos en Pierre Bourdieu, Jean-Claude Chamborédon y Jean-Claude Passeron, *Le Métier de sociologue*, París, 1973, pp. 218-221).

La evolución global se resume en muy poca cosa. Desde la segunda mitad del siglo XIX, algunos eruditos (Rogers, D'Avenel, Wiebe) compilaron vastas series de precios. El movimiento se aceleró y reforzó después de la primera guerra mundial con la creación de un *Comité internacional de historia de los precios.*[10] ¿Qué se ha hecho con estas cifras? Se han calculado algunos índices compuestos, utilizado a veces logaritmos, contentándose por lo general en concluir que: de la fecha *a* a la fecha *b*, los precios aumentaron un *x* por ciento; después, de la fecha *b* a la fecha *c*, bajaron un *y* por ciento, etc. Diversos autores han decidido ver en estos movimientos oscilaciones cíclicas, y de esta forma una decena de nombres están relacionados con ciclos de períodos y de amplitudes variadas.[11] Aunque nadie está verdaderamente seguro de su existencia, y es fácil perderse en conjeturas sobre las causas de ciclos tan inciertos.

Es necesario recordar cual era «el estado de las cosas». El interés de los matemáticos por las «crónicas», a partir de los trabajos de Fourier (comienzos del siglo XIX), se había concentrado sobre las cuestiones de ciclos y períodos. Un paso adelante práctico fue realizado por el meteorólogo holandés Buys-Ballot en 1847, en el momento que propuso un sistema de tablas que permitían «intemporalizar» las crónicas.[12] Medias diferenciales e investigaciones de tendencia aparecieron tímidamente en los años 20; la noción de resto aleatorio no parece anterior a 1945. Debemos recordar la energía material considerable que requería entonces la constitución de métodos que nos parecen actualmente de una desarmante simplicidad. Los medios, tanto abstractos como materiales, de tratamiento de las crónicas siguieron siendo rudimentarios hasta los años 50. Por tanto, no podemos reprochar a los historiadores que hayan trabajado, digamos antes de 1970, el hecho de no haber utilizado métodos más elaborados que los que entonces estaban disponibles. Pero esto no impide subrayar el carácter borroso de los resultados obtenidos entonces, y la necesidad de retomar, hoy en día, casi a partir de cero, los análisis entonces efectuados.

La demografía histórica no ha salido mejor parada. Los materiales recogidos en el siglo XIX de los empadronamientos y del funcionamiento de las administraciones de estado civil forman una enorme masa. Es a partir de este material que pudo ser elaborada una obra tan destacable como *El Suicidio* de Émile Durkheim (1897).[13] No obstante los historiadores tardaron mucho en empezar a utilizar esta documentación. En Francia, la obstinación de un alumno de la Escuela Politécnica de París, Louis Henry, condujo a la construcción de un conjunto de técnicas numéricas relativamente simples, destinadas a establecer series de indicios a partir de comprobaciones de registros parroquiales y de estado

10. Olivier Dumoulin, «Aux origines de l'histoire des prix», *Annales ESC*, 45-1990, pp. 507-522.

11. Gaston Imbert, *Des mouvements de longue durée Kondratieff*, Aix-en-Provence, 1959.

12. Presentación en Marc Barbut y Claude Fourgeaud, *Éléments d'analyse mathématique des chroniques*, París, 1971, pp. 158 y ss.

13. Sobre el no-encuentro entre Durkheim y la estadística, Hanan Selvin, «Durkheim, Booth and Yule: the Non-Diffusion of an Intellectual Innovation», *Archives européennes de sociologie*, 17-1976, pp. 39-51.

civil.[14] Pero se trata ante todo de una serie de recetas y advertencias más que de un manual de estadística. Las monografías ejecutadas según estas directivas constituyen descripciones serias y útiles,[15] pero esta orientación encontró rápidamente sus límites:[16] de un pueblo a otro, las diferencias son escasas; y sobre todo, estas descripciones, en las que los hombres no están apenas más individualizados que las hebras de un pajar, aportan tan sólo al estudio de las estructuras sociales, en cuanto a su funcionamiento y a su evolución, elementos de una fatigante pobreza.

Uno de los mejores historiadores de la época, Jean Meuvret, realizaba en 1961 un texto sintético sobre «Los datos demográficos y estadísticos en la historia moderna y contemporánea».[17] Lo esencial de su exposición estaba consagrado a la presentación de lo que se ha llamado más tarde las *fuentes seriales*; todo su arsenal técnico se limitaba a las medias y a las medianas diferenciales, apenas mencionaba los logaritmos. Si intuyó la importancia que tenía el estudio sistemático de la forma de las distribuciones, no obtuvo ninguna consecuencia práctica. Generalmente, tanto para él como para todos los «cuantitativistas», las cifras, correctamente establecidas, hablaban por sí mismas.[18]

Se produjo una modificación a finales de los años 60. Las «máquinas de oficina» se habían extendido poco a poco desde finales de los años 50, lo que se ha llamado la mecanografía. Cintas y tarjetas perforadas hacían surgir la posibilidad de aumentar, en enormes proporciones, la cantidad de datos a tomar en consideración. Los ordenadores hicieron soñar. Esta evolución dio un sentido nuevo a la práctica y a la noción de encuesta. La práctica remonta al menos a los Mauristas del siglo XVIII, y se conocían las grandes encuestas realizadas por la Administración francesa en el siglo XIX. Marc Bloch y Lucien Febvre, entre otros, retomaron la idea en el período de entreguerras, y no podemos olvidar la gran encuesta sobre la arquitectura rural francesa, que produjo 1759 buenas monografías, entre 1942 y 1945. Se trataba aún de una empresa para-administrativa. En los años 60, la VI Sección de la EPHE bajo la batuta de Fernand Braudel, juntando el trabajo serial y el ordenador, realizó una serie de encuestas donde la nueva tecnología, emparejada con una división del trabajo bastante jerarquizada, debía permitir a los «equipos» en número más modesto (cinco a veinte personas

14. En particular Michel Fleury y Louis Henry, *Nouveau manuel de dépouillementet d'explotation de l'état civil ancien*, París, 1965 (1985³). Louis Henry y Alain Blum, *Techniques d'analyse en démographie historique*, París, 1988².

15. Sería útil, por ejemplo, examinar en detalle la argumentación crítica de Jacques Dupâquier, «Statistique et démographie historique. Réflexions sur l'ouvrage d'A. Croix, *Nantes et le Pays nantais au XVI*e», *Annales ESC*, 30-1975, pp. 394-401.

16. Mezcle precio y demografía, sazone con una pizca de estado de ánimo, usted obtiene títulos que bien merecen el viaje: Pierre Caspard, «Conceptions prénuptiales et développement du capitalisme dans la principauté de Neuchâtel (1678-1820)», *Annales ESC*, 29-1974, pp. 989-1008.

17. Jean Meuvret, «Les données démographiques et statistiques en histoire moderne et contemporaine», en Charles Samaran (ed.), *L'Histoire et ses méthodes*, París, 1961, pp. 893-936.

18. Lo que Bernard Lepetit estigmatizaba con la fórmula: «creer en la evidencia convincente de los yacimientos documentales» (*Histoire & Mesure*, 4-1989, p. 195).

a lo sumo) obtener rápidamente las respuestas a algunas preguntas «cuantitativas» juzgadas importantes. De ahí salieron un pequeño número de buenas monografías, series de artículos útiles, y algunas compilaciones numéricas.[19]

A pesar de las capacidades de cálculo de las nuevas máquinas, los tratamientos numéricos siguieron siendo lo que habían sido en la fase precedente. La problemática de la mayor parte de estas «encuestas» siguió siendo su gran simplicidad, las respuestas se situaron por fuerza al nivel del cuestionario.

2. *Las reflexiones de algunos historiadores cuantitativistas*

La lectura de algunos textos sintéticos de cuatro historiadores franceses de gran renombre, Braudel, Vilar, Chaunu, Furet, puede ayudar a comprender mejor las estrategias y los asuntos clave. Apuntamos de entrada que se trata de cuatro modernistas: el «cuantitativismo», si ha captado a hombres de opiniones diversas, tiene, durante esta época, interesados ante de todo a historiadores que se ocupaban del período 1500-1820. Fue incluso un cuasi-dogma creer que habrían existido «economías preestadísticas» o, variante, sociedades en las que la economía no jugaba un papel tan grande como en las nuestras, estas sociedades permanecieron, casi ontológicamente, fuera del dominio de aplicación de los estudios cuantitativos.

El ensayo de Fernand Braudel sobre «Los precios en Europa de 1450 a 1750»[20] está construido a partir de datos recogidos (y cálculos efectuados) por Franck Spooner. Sombrerazo a Labrousse, y enunciado de una regla esencial: siempre volver a lo concreto y a la *historia general.* Consideraciones sobre las monedas. Examen de la «tendencia secular», con una viva preocupación por la geografía diferencial. Estudio de las «fluctuaciones cortas»: ciclos y movimientos cíclicos (Kondratieff, Baehrel, Labrousse, Juglar, Kitchin). Advertencias contra los errores de escala demasiado fáciles: no explicar una «crisis» local por la simple consideración de los acontecimientos concomitantes. Búsqueda de una tipología de los ciclos. Conclusiones; sólo una: los metales de América no bastan para explicar el alza de los precios del siglo XVI. Braudel reclama otras series, se interroga sobre el *primum movens*, ¿el metal o la población? Y desea para terminar que la historia de los precios sea «inscrita en el gran debate del crecimiento económico... y dentro de aquel, primordial, de la evolución social». Tres nociones surgen de esta exposición prudente: tendencia, ciclo, crecimiento.

En el mismo momento, Pierre Vilar, además de su monumental *Cataluña*,[21] escribió varios textos abordando este mismo tema: una advertencia firme contra

19. Por ejemplo la encuesta sobre el consumo, véase el informe publicado en los *Annales ESC*, 30-1975, pp. 402-632.

20. Fernand Braudel y Franck Spooner, «Les prix en Europe de 1450 a 1750», en F. Braudel, *Écrits sur l'histoire II*, París, 1990, pp. 31-165 (versión inglesa abreviada in *The Cambridge Economic History of Europe IV*, Cambridge, 1967, pp. 374-486).

21. Pierre Vilar, *La Catalogne dans l'Espagne moderne. Recherches sur les fondements des structures nationales*, París, 1962.

la «econometría retrospectiva»,[22] las «Observaciones sobre la historia de los precios»,[23] y un gran estudio sobre «Crecimiento económico y análisis histórico».[24] Acometiendo contra las concepciones de J. Marczewski, demuestra la imposibilidad de aplicar las nociones y las herramientas de la contabilidad nacional antes del aparatoso final del siglo XVIII; y, de forma más general, la ingenuidad de una «historia económica» que intenta tratar como «exógenas» las rupturas mayores, los hombres y hechos excepcionales. Con relación a las tesis de E. J. Hamilton, P. Vilar ataca la alternativa insostenible «moneda o demografía», recuerda las nociones esenciales de unidad de la materia histórica y de interacción continua. Estas nociones aparecieron en todo su esplendor en su informe a la Conferencia de Estocolmo, que es considerado justamente como uno de los textos clásicos de la historiografía francesa contemporánea. Analiza sucesivamente la población, la producción, el movimiento de las rentas y el balance de los intercambios, mostrando como cada uno de estos aspectos de un todo social es a la vez un *signo*, una *consecuencia* y un *factor*. En cada página vuelve al mismo *leitmotiv*: utilizar las cifras cuando las haya y otras indicaciones cuando no las haya; pero sobre todo el recuerdo de que la definición de los objetos enumerados debe siempre dar lugar a un esfuerzo especial, y que las relaciones entre magnitudes son generalmente complejas, pero posibles al precio de un esfuerzo suficiente. La reversibilidad de la significación de tal o cual «indicador» es un fenómeno frecuente y es razonable suponer una gran variabilidad en el dominio de una actividad sobre otra. En resumen, de estos textos de Pierre Vilar, retenemos las nociones de signo, de interacción, de totalidad, y el rechazo de la noción de *primum movens*. No podemos dejar de notar la ausencia de toda consideración técnica sobre las manipulaciones numéricas.

Pierre Chaunu, en 1969, adopta un tono polémico y programático.[25] Aboga con vehemencia por la noción de «serial», proponiendo reservar «cuantitativo» para la única contabilidad nacional retrospectiva de Marczewki, lo que limita mucho el uso de este segundo término. «La historia es serial desde hace veinte años, al límite, incluso, sólo es serial». ¡Diablos! Sigue con un vasto fresco de la historiografía de los precios, al que nuestro autor pega la «historia geográfica», y luego la «historia demográfica». De paso, denuncia con gusto las tentaciones demasiado presentes: «una tendencia implícita a valorizar lo que se mide con la mayor precisión», «una demasiado estrecha subordinación a los modelos de explicación económica frecuentemente precarios», la «ciclomanía». Estamos sor-

22. Ibidem, «Para una mejor comprehensión entre economistas e historiadores, «¿"Historia cuantitativa" o econometría retrospectiva?», *Revue historique*, 1965, pp. 293-312, reeditados en *Une histoire en construction*, París, 1982, pp. 295-313.

23. Ibidem, «Remarques sur l'histoire des prix», *Annales Esc*, 1961, pp. 110-115, reeditado en *Une histoire en construction*, pp. 174-180.

24. Ibidem, «Croissance économique et analyse historique», en *Première conférence internationale d'histoire économique, Stockholm*, París-La Haya, 1960, reeditado en *Une histoire en construction*, pp. 13-86.

25. Pierre Chaunu, «L'histoire sériele. Bilan et perspectives», *Revue historique*, 494-1970, pp. 297-320 (conferencia pronunciada en Bucarest en 1969).

prendidos por la veracidad de las observaciones y la precisión de las advertencias críticas, y por el interés de las perspectivas abiertas. Estamos cuando menos un poco sorprendidos al enterarnos de que todo a comenzado en los años 30, como si la crisis de 1929 hubiera sido una especie de revelador universal; todo lo que se había producido anteriormente no era más que «materiales», «anécdotas». ¡Caramba!

En 1971, François Furet intenta picar muy alto[26] y revelar la clave de esta aventura. Son por tanto invocados Marczewski, Vilar, Chaunu, Crouzet, Le Roy Ladurie, Goubert, Baehrel, Richet, Fleury, Vovelle: verdadero cuadro de honor de fin de curso... del que fue descartado Braudel. Después de haber rechazado el punto de vista de Marczewski sobre la base de un compromiso en claroscuro entre Vilar y Chaunu, F. Furet retoma la noción de «serial» de Chaunu, que define como *una forma* de historia, e insiste particularmente sobre la noción de *fuente serial*. De ahí, salta a una dicotomía de más largo alcance: por un lado el acontecimiento, la finalidad, el relato; por el otro, la serie, el problema. Y aprendemos que la historia serial «distingue por necesidad los niveles de la realidad histórica, y descompone por definición toda concepción previa de una historia "global"». De repente, llegamos a la equivalencia: acontecimiento = ilusión teleológica. Nos deslizamos a continuación hacia los desfases cronológicos entre series, que serían considerados demostrativos de la no correspondencia entre «niveles de realidad». Tres proposiciones, *a priori* un poco sorprendentes, resumen la originalidad de F. Furet:

1) la afirmación de que «el análisis cuantitativo... ha constituido, por último, en objeto científicamente mensurable la dimensión de la actividad humana que es su razón de ser, el tiempo»;

2) la afirmación de la equivalencia general, relato = teleología;

3) la afirmación de que la historia serial «atomiza la realidad en fragmentos tan distintos que compromete la pretensión clásica de la historia de aprehender la globalidad».

Tal como se presenta, el texto de F. Furet es notablemente ambiguo. No comprendemos si la oposición recurrente en el seno de este artículo concierne a la realidad histórica (acontecimientos contra series) o a la práctica de los historiadores (historiadores de los acontecimientos contra historiadores serialistas).[27] Lo que era en Chaunu provocación estimulante se metamorfosea en Furet en bricolage ideológico. La oposición ontológica, acontecimiento contra serie es una proposición extraordinaria: ¿qué es lo que separa el deceso-acontecimiento del deceso-serie? Los hombres no han esperado a F. Furet, ni siquiera la historia cuantitativa (y/o serial), para darse cuenta de que todo deceso es un aconteci-

26. François Furet, «L'histoire quantitative et la construction du fait historique», *Annales ESC*, 26-1971, pp. 63-75, reeditados en Jacques Le Goff y Pierre Nora (ed.), *Faire de l'histoire I*, París, 1974, pp. 42-61.

27. En resumen vemos una notable convergencia entre los puntos de vista de François Furet y los de Raymond Aron, claramente anteriores, (*Introduction à la philosophie de l'histoire*, París, 1938. Cf. A. Guerreau, «Raymond Aron y l'horreur des chiffres», *Histoire & Mesure*, 1-1986, pp. 51-73). ¿Coincidencia?

miento en un cierto marco, y que un conjunto de decesos forman una magnitud enumerable. Pero la labor del historiador es precisamente llegar a *combinar racionalmente* los dos puntos de vista. El texto de F. Furet, además de revelar los principios políticos del autor (el silencio sobre Braudel es en sí mismo una falta de erudición y un método grosero, que destruye *ab ovo* todas las pretensiones del autor de cientificidad y de no-teleología), es sintomático de las aporías graves subyacentes en la práctica de la historia serial desarrollada a partir de la posguerra. Para Furet, es serial toda fuente de la que se pueden obtener números, y es la posibilidad de operar sobre estos números lo que garantiza que estamos del lado de la historia científica y no-teleológica. Los números existen en sí mismos, dotados de virtudes milagrosas. ¡Estamos en plena numerología medieval! Una inocencia tan sorprendente es directamente proporcional a una competencia técnica en materia de estadística cercana a cero.

Ninguno de los cuatro autores que acabamos de examinar propone la menor observación propiamente estadística. El primer manual francés de estadística para historiadores no apareció hasta 1981.[28] Querer cuantificar (o con mayor motivo teorizar la cuantificación) sin poseer los elementos básicos de las técnicas *ad hoc*, revela tarde o temprano incompetencia. Despreciada, la técnica se venga. La aproximación *incontrolada* gira, sin advertir a nadie, hacia el todo vale.

3. *Después de 1975*

La falta de perspectiva implica muchos riesgos en cualquier tentativa de síntesis que trate la evolución de los veinticinco últimos años. Es sin embargo un paso obligado si pretendemos delimitar la significación de las tendencias actuales. Distingamos en principio las transformaciones internas en el campo histórico y las evoluciones del entorno.

Sobre el modelo de la historia de los precios o de la demografía histórica, se ha empezado a enumerar otras realidades, principalmente «culturales[29]». La productividad de tales operaciones ha decrecido rápidamente. Las «grandes encuestas», tal y como fueron concebidas en los años 60, tienen una rentabilidad que tiende a cero. Los modelos simplistas susceptibles de fundar semejantes investigaciones, monetarismo o pandemografismo, han sufrido críticas decisivas.[30]

28. El manual más antiguo es inglés: Roderick Floud, *An Introduction to Quantitative Methods for Historians*, Londres, 1973, 2ª ed. 1979, trad. alemana, Stuttgart, 1980. Seguido por Norbert Ohler, *Quantitative Methoden für Historiker. Eine Einführung. Mit einer Einführung in die EDV von Hermann Schäfer*, Munich, 1980. Finalmente, Jean Heffer, Jean-Louis Robert y Pierre Saly, *Outils statistiques pour les historiens*, París, 1981. Igualmente, Pierre Saly, *Méthodes statistiques descriptives pour les historiens*, París, 1991. Helmut Thome, *Grundkurs Statistik für Historiker*, Köln, 1989-1990, 2 vol.

29. Ejemplo estándar: Guy Rosa, «Comptes pour enfants. Essai de bibliométrie des livres pour l'enfance et la jeunesse (1812-1908)», *Histoire & Mesure*, 5-1990, pp. 343-369. Jean-Philippe Genet, «La mesure et les champs culturels», *Histoire & Mesure*, 2-1987, pp. 137-169.

30. Por ejemplo Robert Brenner, «Agrarian Class Structure and Economic Development in Pre-industrial Europe», *Past and Present*, 70-1976, pp. 30-75.

Más por intuición que por razonamiento, la inmensa mayoría de historiadores han llegado a la conclusión de que la pretensión de objetividad, incluso de la prueba, exhibida por la *historia serial*, no estaba de ninguna forma fundada.[31] El mismo ordenador se ha visto revestido de una imagen negativa de instrumento de poder, sin ninguna eficacia propiamente científica.

Un análisis sucinto de los ritmos de aparición de los diversos tipos de artículos en los *Annales ESC* ofrece una posible referencia. Hasta 1975, lo «cuantitativo» representaba un poco más del 25 por ciento de los artículos, aunque los artículos técnicamente «elevados» eran entonces excepcionales. Debemos de todas formas subrayar la notable rapidez de instauración del análisis de las correspondencias. Elaborado a finales de los años 60 por el matemático francés Jean-Pierre Benzécri,[32] este procedimiento de cálculo apareció en 1972 en un artículo de historia medieval firmado por Michel Demonet y Christiane Klapisch.[33] Pero el hecho más destacable es el hundimiento del «cuantitativismo» entre 1976 y 1982. En seis años, la proporción de artículos que recurrían a él pasó del 25 por ciento al 7 por ciento; de 1984 a 1986, esta proporción remontó ligeramente, para estabilizarse alrededor del 10 por ciento. Desde 1986, se manifiestan dos fenómenos: 1) la reducción sensible de los ámbitos históricos en los que se utilizaban los procedimientos cuantitativos; en 1989-1991, ningún artículo «cuantitativo» trató los períodos anteriores a 1500, esta aproximación se concentró en el período 1740-1940; 2) la aparición, por primera vez en cantidad significativa (por encima de la barrera del 5 por ciento), de artículos que remitían a procedimientos que podemos denominar estadísticos; estamos bastante lejos de la econometría de los alumnos de la Escuela Politécnica, pero una ligera tendencia a no rechazar sistemáticamente un mínimo de técnica parece abrirse paso en los *Annales*.

Es reconfortante observar que Paul Bairoch, en una gran encuesta sobre la evolución de las publicaciones de historia económica, concluyó que 1975 marcó una inflexión, el auge de lo «cuantitativo» parecía detenerse en esta fecha.[34] Por otro lado, la creación por la CNRS de la revista *Histoire & Mesure* en 1986 parece apuntalar la idea de que en la mitad de los años 80 se concretó la preocupación de ciertos historiadores de pasar de lo cuantitativo a lo estadístico, y de in-

31. Es importante subrayar que la evolución ha sido sensiblemente diferente en los investigadores que trabajaban con materiales arqueológicos, que empezaron a utilizar lentamente los números, pero poco a poco han pasado a la utilización de procedimientos estadísticos *stricto sensu*, que naturalmente les dan servicios de los que no tienen intención de privarse. Tratándose por ejemplo de la numismática, véase el muy rico volumen de Charlotte Carcassonne y Tony Hackens (ed.), *Statistics and Numismatics. PACT* —5, Estrasburgo, 1981. Charlotte Carcassonne, *Méthodes statistiques en numismatique*, Louvain-la-Neuve, 1987.

32. Jean-Pierre Benzécri *et al.*, *L'Analyse des données. I. La Taxinomie. II. L'Analyse des correspondances*, París, 1973, 2 vol. Las publicaciones anteriores circulaban sobre todo bajo forma de curso (el primer programa de AFC data de 1963).

33. Christiane Klapisch y Michel Demonet, «"A uno pane e uno vino". La famille rurale toscane au début du XV^e^ siècle», *Annales Esc*, 27-1972, pp. 873-901.

34. Paul Bairoch y Bouda Etemad, «La littérature périodique d'histoire économique contemporaine», *Annales ESC*, 42-1987, pp. 369-401.

corporar a la erudición básica procedimientos hasta este momento juzgados exóticos.[35]

Curiosamente, ciertos autores han procedido a una asimilación *ex post* entre esta forma de investigación y la que se autodefinió en los años 70 como la «nueva historia». Ciertamente, los *Annales* han publicado buen número de gráficos y de cifras en los años 60 y 70. El artículo definitorio de François Furet, «La historia cuantitativa y la construcción del hecho histórico», apareció en esta revista en 1971. Los críticos, tanto de izquierdas como de derechas, de la «nueva historia» se han equivocado conmovedoramente, demostrando a la vez su incapacidad de leer correctamente las fuentes y su profunda ignorancia técnica.[36] En realidad, los historiadores que han tenido un papel de primer orden en la elaboración del «cuantitativismo», como Michel Fleury o Bertrand Gille, pueden difícilmente ser clasificados unánimente bajo la enseña de la «nueva historia». Y los alumnos de la Escuela de Chartes han padecido cursos obligatorios de informática y de estadística[37] mucho antes que los aprendices de historiador de la VI Sección. Si es verdad que los fanáticos de la «historia-relato» son en su mayor parte bastante diferentes de todos aquellos que se juntan en el cajón de sastre de la «nueva historia», no se debe sin embargo perder de vista un punto esencial: se encontraban defensores del «cuantitativismo» de toda clase, lo que es bastante coherente con el hecho generalmente observado de que las técnicas, incluso las intelectuales, no tienen vinculación biunívoca directa con tal o cual ideología.

La coyuntura «externa» responde a otro *tempo*. Como hemos señalado antes, lo «cuantitativo» histórico nació y se desarrolló en un contexto material que aparece, retrospectivamente, como ascético: papel blanco, lápiz, algunas veces la regla de cálculo; la herramienta de trabajo más eficaz era el papel pautado. Los manuales de estadística consagraban por lo demás amplias explicaciones para la utilización de las tablas, los ábacos y otros procedimientos de simplificación de cálculos. La creciente importancia de los ordenadores en los años 60 tuvo efectos radicalmente diferentes entre los historiadores y los estadísticos.

Entre los historiadores, el ordenador excitó el viejo demonio de la búsqueda de la exhaustividad. Vimos por tanto florecer las «grandes encuestas», en el marco de una acentuación de la división del trabajo. El acceso al ordenador se convirtió en un símbolo de poder, herramienta de poder, pero sin que cambiaran los

35. Haría falta consagrar un extenso análisis a los desarrollos de la historia cuantitativa en Alemania. Heinrich Best y Reinhard Man (ed.), *Quantitative Methoden in der historischsozialwissenschaflichen Forschung*, Stuttgart, 1977. Franz Irsigler (ed.), *Quantitative Methoden in der Wirtschafts- und Sozialgeschichte der Vorneuzeit*, Stuttgart, 1978. La importante asociación *Quantum* publicó una revista *Historical Social Research / Historische Sozialforschung*. Heinrich Best y Wilhelm Heinz Schröder, «Quantitative historische Sozialforschung», en Christian Meier y Jörn Rüsen (ed.), *Historische Methode*, Munich, 1988, pp. 235-266.

36. François Dosse, *L'Histoire en miettes. Des «Annales» à la «nouvelle histoire»*, 1987, sobre todo pp. 184-188 («Fétichisation du quantitatif»). Hervé Couteau-Bégarie, *Le Phénomène «nouvelle histoire»*, París, 1983, sobre todo pp. 114-120 («La producción de los nuevos historiadores durante los veinte últimos años lleva frecuentemente la marca de un cuantitativismo triunfante»).

37. A partir de 1971.

procedimientos de análisis. «Informática» en Francia, «EDV» en Alemania, sonaban como las consignas de una política... que estaba por inventar. Notas informativas revelaron a los nuevos iniciados el *full text*, el *thesaurus*, el banco de datos. Y para colmo una nueva Revelación: la IA, inteligencia artificial. Gracias a Dios, este estruendo se ha atenuado un poco, pero ha tenido el desagradable efecto de reforzar las prevenciones de una mayoría de historiadores, enamorados sobre todo de la retórica, hacia todo «tratamiento de datos».

La rápida expansión de las calculadoras electrónicas, a partir de 1975, pasó un poco desapercibida. No pasó lo mismo con los microordenadores, sobre todo a partir de que IBM, después de haber menospreciado este producto, dio un giro de 180 grados y propuso su primer PC a finales de 1981. Después de una veintena de años, de precios estables o a la baja, la potencia de estas herramientas no ha cesado de crecer, sobrepasando ampliamente las capacidades de muchos de los «grandes» ordenadores de los años 70. Este objeto, provisto de programas de tratamiento de textos y de gestión de ficheros, se ha vuelto en pocos años un estándar de equipamiento, tanto entre los historiadores como en las restantes profesiones. Sin embargo, la práctica de investigación de los historiadores no parece aún haber sido afectada más que marginalmente por esta nueva máquina (que, contrariamente a los ordenadores anteriores, no parece susceptible de generar efectos de poder, al contrario).

Aunque limitado, el empleo de los números por parte de los historiadores no es sin embargo una rareza; aunque se impone una observación: la mayoría de los historiadores que se mezclaron con las cifras, o, peor aún, que quisieron tratarlas de forma abstracta, no se molestaron en adquirir los primeros rudimentos, ni siquiera se informaron de las reflexiones de algunos matemáticos sobre las relaciones de los «números» con la «realidad». De ahí que surjan prácticas indigentes, incluso erróneas,[38] y consideraciones, generales por lo menos insuficientes, frecuentemente incoherentes si no rotundamente desquiciadas.

4. *Causas y consecuencias de una debacle subrepticia*

Es esencial intentar que aparezcan las consideraciones que forman estructura:

1) Los promotores de esta corriente no eran historiadores. El caso de Louis Henry es esclarecedor, y es necesario añadir que en segundo plano se encontraban personajes como Adolphe Landry o Alfred Sauvy, y sus preocupaciones sobre la población. Para Simiand y Labrousse, era apenas diferente, y vemos que

38. Una de las faltas más groseras, por tanto bastante corriente, es la de la divisón de los porcentajes de variación. Citemos por ejemplo F. Braudel («Les prix en Europe de 1450 à 1750» [cf. Nota 20, p. 86], p. 66: «subida lenta, entre 1450 y 1500, de 50 *por ciento, o sea 1 por ciento por año*», o Raymond Grew y Patrick J. Harrigan, («L'offuscation pédantesque. Observations sur les préoccupations de J.N. Luc», *Annales ESC*, 41-1986, pp. 913-922) que pretenden dar lecciones de estadística y afirman de buenas a primeras (p. 916): «una tasa de crecimiento real de 10,6 por ciento sobre un período de diez años daba una tasa anual de 1,06 por ciento».

sus reflexiones eran conducidas directamente por una consideración estrictamente contemporánea relativa a la inflación, a su carácter desestabilizante de absoluta novedad (en el período de entreguerras). Dicho de otra manera, se trata de una importación de temas exteriores y contemporáneos por individuos al margen de la profesión.

2) La mercancía así importada estaba poco elaborada y era de mediocre calidad. No nos cansaremos de repetir que los «cuantitativistas» no usaron jamás la estadística, y que las hipótesis subyacentes a sus principales razonamientos eran de una indigencia para llorar.

3) Esta verdadera miseria intelectual estaba estrechamente relacionada con el supuesto fundamental de la «cantidad» como cantón autónomo si no completamente independiente de la realidad histórica. Los «cuantitativistas» creían en la existencia de magnitudes enumerables constituyendo una especie de bloques erráticos, apartados de las otras estructuras sociales, dotados de una lógica (rudimentaria) propia, y además capaces de influir sobre la sociedad, pero sin el menor efecto de retorno. Finalmente, la observación fundamental es que la noción de coherencia del todo social era estrictamente incompatible con el «cuantitativismo», que se situaba exactamente en las antípodas de semejante perspectiva.

En términos generales, las consecuencias catastróficas de este episodio son muy visibles: 1) el fiasco lamentable de esta experiencia ha convencido a una mayoría de historiadores (demasiado felices) de que toda consideración numérica es redundante; 2) por tanto, nadie ha visto que la pretensión de los «cuantitativistas» de ocuparse de un sector particular de la realidad era tan excesiva como insana; todo lo contrario, se ha reforzado la idea de la existencia de tales sectores «autónomos»; 3) nadie ha notado que el «cuantitativismo» se ha desvanecido antes de haber sido sometido a la menor crítica racional; la mayor parte de los historiadores interpretan esta desaparición en terminos de «moda»; era la moda, ya no es la moda... Ahora bien, quien dice moda, dice insignificancia. ¿Cómo considerar la posiblidad (*a fortiori* la utilidad) de una crítica racional si todo vale, y el criterio último es estar a la moda?

Me parece (es una impresión, aunque no tengo indicios en sentido contrario) que estas observaciones de conjunto se aplican bastante bien, *mutatis mutandis*, en la mayor parte de los «temas» mencionados más arriba. No es por tanto indispensable hacer aquí una revisión detallada del campo de ruinas que estas prácticas han dejado tras ellas.

La ciencia histórica en los intersticios

Incluso delante de tal estropicio y de tantos escombros, no podemos alejarnos de la idea de que muchos de los temas señalados más arriba eran y continúan siendo dignos de interés. Los historiadores, medievalistas en particular, se encontraron atrapados, sin comprender lo que les ocurría, en un remolino que no podían controlar, principalmente por su relación acrítica e inconsciente con

una serie de postulados que impedían toda reflexión organizada y racional sobre las prácticas sociales, pero sobre todo intelectuales, que son el fondo del oficio.

Evoluciones caóticas, errores acumulados, estancamiento y regresiones no impiden constatar, sin embargo, que algunos progresos han tenido lugar. Ningún movimiento histórico es homogéneo, las contradicciones y los distanciamientos se observan por todas partes, con tal que se examinen los temas de cerca. Después de largo tiempo, la ciencia histórica propiamente dicha, en contradicción con la lógica social dominante, sólo sobrevive porque la estructura presenta intersticios suficientes. El aspecto mismo de la evolución de los treinta últimos años ha vuelto lento y enfermizo el necesario proceso de decantación al término del cual se disciernen las innovaciones reales y las contribuciones más importantes de una época. A la contra de una elemental prudencia, voy a exponer aquí aquello que no puede ser más que una opinión personal. Considero que estos avances han tenido lugar en tres direcciones.

Lo más claro es la contribución de la arqueología medieval, sobre la cual volveré en detalle más adelante. Han aparecido elementos completamente nuevos, como las estructuras de madera de la alta Edad Media. Tengo por fundamentales las aportaciones (frecuentemente ignoradas) de la arqueobotánica y de la arqueozoología, que obligan a replantearse períodos enteros de la historia medieval. Se han realizado diversos *corpus* de gran importancia, otros están en pleno desarrollo, como el de los tesoros monetarios o el de los vitrales. Vemos perfilarse, gracias a los nuevos soportes, *corpus* iconográficos que también podrían producir fuertes modificaciones.

Una evolución mucho más abstracta, pero igualmente de gran significación, parece ser aquella que quiere emerger de los nuevos campos de estructuración potencial. En lugar de temáticas blandas y brumosas aparecen nociones que se refieren mucho más claramente a la noción de estructura, y tienden a poner al día coherencias ignoradas. Señalemos cuatro (existen seguramente otras). En lugar de la vieja historia de la arquitectura, donde triunfa el famoso «ojo» del historiador del arte, la historia de la construcción pone en el centro de sus preocupaciones el proceso, fundamentalmente social, de construcción. Continuando por la noción, que tuvo su utilidad, de «mentalidad», la preocupación por las representaciones indica que se trataba de señalar un elemento preciso de la realidad social, el ideal, y mostrar la función y la estructura. Desde la corriente de los años 70, el interés por la estructuración del espacio en la sociedad medieval ha dejado aparecer rápidamente su extrema pertinencia,[39] en lugar de ambiguas consideraciones sobre un espacio-tiempo muy incierto. Por último, y tal vez sobre todo, una perspectiva, en principio definida bastante desgraciadamente como «historia de la familia», se estructura y se afirma en estrecha vinculación con el

39. Jacques Le Goff, *La Naissance du purgatoire*, París, 1981. Alain Guerreau, «Quelques caractères de l'espace féodal européen», en Neithard Bulst, Robert Descimon y A. Guerreau (ed.), *L'État ou le Roi. Les fondations de la modernité monarchique en France* (XIV^e-XVII^e *siècles)*, París, 1996, pp. 85-101.

aparato conceptual del análisis del parentesco,[40] lo que permite escapar al sustancialismo ordinario y ubicar la reconstrucción de las relaciones y de sus vínculos en el centro del trabajo. Esta perspectiva podría ayudar a reorientar profundamente toda la interpretación tradicional de la sociedad medieval y ayudar, por fin, a pensar en su dinámica.

Estas evoluciones no son las más evidente, sólo podemos presentirlas a partir de un conjunto de indicios. Pero son las más prometedoras, porque su desarrollo y su éxito aparecen como la única vía para escapar al recorta y pega y producir por fin el cambio de paradigma que necesita la medievalística para encontrar las herramientas de un nuevo progreso.

La tercera dirección es aquella que la mayoría de medievalistas aceptan menos gustosamente, cuando se trata de hecho de la más sustancial: la creación de nuevos conceptos, en relación con los campos de donde surgen, pero representando una forma estable que designe un nudo específico de relaciones. Tratándose de espacio, los dos conceptos asociados de *incastellamento*-enceldamiento[41] ayudan a percibir mejor la reestructuración fundamental del siglo XII. En materia de parentesco, el concepto de topolinaje[42] permite pensar una estructura de parentesco que obtiene su lógica de un proceso que no pertenece precisamente al campo del parentesco, gracias a lo cual se puede percibir mejor los elementos de la lógica global de la sociedad medieval.[43]

La supervivencia indefinida de las «historias especiales»

Si el análisis no es completamente falso, estas conclusiones aportan al menos elementos ineludibles a toda empresa de reflexión sobre el futuro de la medievalística. Pero debo aún abordar un punto que no he mencionado hasta el presente. Si es verdad, como Koselleck ha mostrado, que *la Historia* nació en la segunda mitad del siglo XVIII, esto no ha impedido a *las historias* sobrevivir, las «historias especiales» como se decía en el siglo XIX: historias de la lengua, de la literatura, de la música, de la pintura, de la arquitectura, del derecho, de las ciencias, de la filosofía, etc., etc. Todas estas historias especiales prosperan en el siglo XIX, paralelamente a la historia general. Para ellas también, éste fue el siglo de su organización, que se tradujo, a finales de ese siglo o a comienzos del XX,

40. Anita Guerreau-Jalabert, «Parenté», en Jacques Le Goff y Jean-Claude Schmitt (ed.), *Dictionnaire raisonné de l'Occident médiéval*, pp. 861-876. Jerôme Baschet, *Le Sein du père. Abraham et la paternité dans l'Occident médiéval*, París, 2000.

41. Robert Fossier, *Enfance de l'Europe. Aspects économiques et sociaux*, París, 1982. A. Guerreau, «Un tournant de l'historiographie médiévale», *Annales ESC*, 41-1986, pp. 1167-1176. Pierre Toubert, *Les Structures du Latium médiéval. Le Latium méridional et la Sabine du IX^e siècle à la fin du XII^e siècle*, Roma, 1973; «Histoire de l'occupation du sol et archéologie des territoires médiévaux: la référence allemande», *Castrum*, 5-1999, pp. 23-37.

42. Anita Guerreau-Jalabert, «Sur les structures de parenté dans l'Europe médiévale», *Annales ESC*, 6-1981, pp. 1028-1049.

43. Si careciera de modestia, añadiría tal vez *dominium* y *ecclesia*...

en la publicación de grandes manuales que adquirieron muy pronto el estatuto de clásicos. Y Achille Luchaire, en el manual ya citado, consagró varias páginas a la Chanson de Roland, a Guillermo IX y al arte románico. No se trata sin embargo más que de breves resúmenes, yuxtapuestos sin excesiva habilidad a los desarrollos de la historia llamada general.[44] Sería extremadamente instructivo seguir la evolución de estas diversas historias especiales, en particular para examinar la adaptación de cada una de ellas a las evoluciones ideológicas globales. Algunas palabras sobre la historia de la literatura. En Francia, contrariamente a lo que pasaba en otros países, entre los que Alemania ocupaba el primer lugar, los medievalistas no estuvieron jamás obligados a recibir una formación, incluso sumaria, de filología. De ahí la ausencia casi completa de historiadores franceses en este terreno, y la dependencia de los filólogos franceses de los trabajos efectuados allende el Rin. Un importante papel lo desempeñó Gaston Paris, que llegó a dominar de forma asombrosa el conjunto de conocimientos disponibles en este ámbito durante la segunda mitad del siglo XIX. Se le debe reconocer a la vez un espíritu ilustrado, una gran inteligencia y un vasto interés por la civilización medieval en general, sobre todo por las literaturas de la mayor parte de los países de Europa. Nos sorprendemos por el carácter licencioso y la vivacidad de su *Historia poética de Carlomagno* (1865), que merece ser leída, y que no tiene nada que ver con la imagen sansulpiciana que, en nuestros días aún, se atribuye a las «leyendas épicas» en manuales que parecen redactados *ad usum delphini*. Sin embargo, leyendo los artículos de Gaston Paris, nos vemos sorprendidos por una multitud de observaciones sobre el «realismo» de tal pasaje, sobre la «delicadeza psicológica» de tal episodio o, al contrario, sobre los «desarrollos aburridos» y las «aventuras insípidas» que hacen pesada tal o cual novela. A pesar de la gran variedad de sus intereses, G. Paris apenas se incomodó por juzgar los textos con el rasero de una estética de aspecto lansoniano.

Estableceríamos constataciones análogas, *mutatis mutandis*, para todas las otras «historias especiales». Estamos de entrada sometidos por el exclusivismo de cada una de ellas: existirían así los «hechos literarios», los «hechos arquitectónicos», al igual que los «hechos filosóficos» o los «hechos jurídicos» en cualquier lugar y época, y sería poco razonable intentar relacionar «hechos arquitectónicos» (por ejemplo) con otra cosa que no fueran «hechos arquitectónicos», según el principio intangible, «a hechos arquitectónicos, causas arquitectónicas» (se practica, en este caso, la noción universal de «influencia»).[45] El procedimiento es de una simplicidad evangélica: basta comparar tal edificio con las edificaciones ya datadas de la misma época (pero ¿lo están todas?), o de una época ligeramente anterior: todo lo que se parece es atribuido a las influencias; el residuo es declarado original, o sea nacido de la creatividad del artista. Cosa que habría que demostrar. La indefinible noción de estilo (impermeable a

44. Achille Luchaire, *Les Premiers Capétiens (987-1137)*, París, 1901 (Ernest Lavisse (ed.), *Histoire de France...*, 2-II), pp. 389-411.

45. ¿Un ejemplo? Entre miles: Jean Vallery-Radot, *Églises romanes. Filiations et influences*, París, 1931. Conmovedora nulidad...

cualquier otro que no sea el historiador del arte) permite, detrás de un juicio fundamentalmente estético, hacer desaparecer toda cuestión sobre la naturaleza y el sentido de los edificios observados.[46]

Vemos inmediatamente que la permanencia de estos estudios remite a dos órdenes de hechos bastante conocidos. Por un lado, el sustrato material e institucional está asegurado por las cátedras universitarias unidas a las formaciones particulares. Lo que, dicho sea de paso, demuestra más allá de lo necesario los efectos negativos de la dependencia de los campos de investigación a la consideración de las particiones universitarias. Pero es necesario reconocer también que esta división irracional sólo conviene a los defensores del rechazo de la coherencia general de una sociedad y de una civilización, que utilizan las instituciones como bastiones de defensa de dogmas.

LA AMNESIA ESTRUCTURAL

A finales del siglo XX, la medievalística continúa viviendo en el olvido metódico de su propio pasado. Las líneas de análisis que acabo de exponer a grandes trazos me incitan por el contrario a llamar la atención sobre la no linealidad de la evolución y sobre dos momentos decisivos, que vieron producirse vigorosas revisiones del campo intelectual, cuyas consecuencias son, aún hoy en día, actuales:

1) El último tercio del siglo XVIII y los primeros años del XIX fueron el momento de la doble fractura conceptual: estallido de la *ecclesia* y del *dominium*, nacimiento simultáneo de la *política*, la *economía* y la *religión*. Este nuevo juego de macroconceptos ha sido *ab ovo* concebido para pensar la sociedad nueva y para *descalificar a la antigua*. En tanto que los medievalistas no tomen seriamente este último punto en consideración, ninguna hipótesis coherente podrá ser construida para dar cuenta de la sociedad feudal.

2) El final del siglo XIX vio instaurarse la puesta entre paréntesis de la diacronía, sustrato indispensable en el nacimiento de las ciencias sociales. La historia ha sufrido de frente el choque de esta *epoché*, y se ha encontrado en la situación de la rama descerebrada: no se ha repuesto. Destaquemos también, volveremos a esto, que, apartadas del tiempo, las ciencias sociales han podido elaborar sus conceptos básicos y realizar así los ordenamientos decisivos; aunque, un siglo después, siguen sin encontrar el tiempo, y se consumen de tristeza.

46. Cuando no se trata de consideraciones subjetivas de un dudoso mal gusto: Wilhelm Schlink, «The Gothic Cathedral as Haevenly Jerusalem: a Fiction in German Art History», en Bianca Kühnel (ed.), *Studies in Honor of Bezalel Narkiss*, Jerusalén, 1998, pp. 275-285.

II

RENOVACIONES POTENCIALES

Warte nicht auf beßre Zeiten

WOLF BIERMANN

Sería una broma de mal gusto presentar aquí algunos temas suplementarios creyendo, por oscuras razones, que podrían ocupar con ventaja el lugar lastimosamente abandonado por los precedentes. En el curso de los análisis que acabamos de ver han aparecido, de forma furtiva o de manera explícita, problemas sin resolver, pistas posibles aunque aparentemente obstruidas, proyectos únicamente insinuados. Una parte de estas observaciones concernía de hecho a las evoluciones que, todo y teniendo resonancia en la práctica de la historia medieval, la sobrepasan o se desarrollan más o menos fuera de ella. Trazar perspectivas susceptibles de conducir a alguna parte supone que se comience por evaluar e intentar explotar las herramientas, las circunstancias, las tendencias que puedan tener, mediante un esfuerzo adecuado de adaptación, usos y efectos benéficos en el marco de las prácticas de elaboración de conocimientos inéditos sobre la sociedad medieval. Se proponen aquí algunas reflexiones sobre tres ámbitos, de amplitud y forma diferentes, que sin embargo nos parece que contienen un potencial de primer orden: las excavaciones y el análisis de los objetos; las evoluciones técnicas vinculadas con la electrónica y los procedimientos estadísticos que éstas permiten; la semántica, es decir, el ámbito inmenso de todas las prácticas y procedimientos que buscan el desciframiento del sentido de los documentos, textos u objetos.

A. LA ARQUEOLOGÍA

El primer eje de renovación, que concierne específicamente a la medievalística, es la arqueología.

Una vez más, la «Introducción» de Jacques Le Goff de 1964, enunciaba sin duda por primera vez, una perspectiva decisiva:

> La arqueología, después de haber restituido los vestigios más nobles,... reencuentra hoy en día los aspectos... que los sabios polacos llamaban la cultura material: arqueología de la vivienda, técnicas rurales y artesanales, de la alimentación... Los documentos han terminado de explicar toda la realidad medieval. De esta forma una nueva Edad Media está naciendo, renaciendo.[1]

DESASTRE PROFESIONAL

¿Qué ocurre treinta y cinco años después? El cuadro es contradictorio. Algunas investigaciones se han realizado en las direcciones sugeridas por Jacques Le Goff, y se han obtenido resultados extraordinariamente innovadores; desafortunadamente, han pasado casi ignorados, o bien han sido demasiado confidenciales. Otras vías, más tradicionales, han seguido utilizándose, pero las observaciones que se han presentado no siempre han sido las más interesantes. Sin embargo, lo más preocupante por no decir desastroso, es la situación práctica y profesional. Un crecimiento excesivamente rápido, en particular durante los años 80, ha conducido a desengaños dramáticos: una masa de empleos precarios, ocupados por un personal mal pagado y mal formado (insuficientemente formado) pero que ostentan sin embargo el monopolio de la práctica de las excavaciones; un control cada vez más oneroso del ministerio de Cultura, que administra las excavaciones como se administran los museos; es decir los organismos de conservación, cuya orientación hacia la museología parece más importante que la misma historia del arte. La idea de que una excavación es una operación de

1. Jacques Le Goff, *La Civilisation de l'Occident médiéval*, París, 1964, p. 16.

búsqueda y no de conservación, y que esta operación de búsqueda debe ser llevada a cabo por investigadores y no por administradores, parece haber fracasado. Nos consolamos a veces señalando que la situación apenas es más brillante en los países vecinos; esto debería por el contrario incitar a una mayor reflexión y no a una capitulación. Sin embargo, lo peor, por más nocivo, son sin duda los «arqueólogos» poco o mal formados, que se jactan de lo que se llama ostentosamente una «gran experiencia de campo», y que siguen esa pendiente, en el peor sentido del término, que consiste en considerar los propios objetos como realidades históricas, adormeciéndose más allá de lo imaginable sobre caracteres insignificantes y practicando un sustancialismo generalizado: una pareja de espuelas significa automáticamente una residencia aristocrática; un cementerio, una comunidad; tres o cuatro casas, un pueblo.

Irreflexión metódica

Por el momento, la irreflexión es aún más patente y grave que entre los «cuantitativistas» de los años 60. Pero, *mutatis mutandis,* el paradigma es siempre el mismo: un extremo de muro o un esqueleto, desde que son datados y, llegado el momento, descritos de manera grosera, constituyen por sí mismos la materia histórica. Tanto si es una construcción, una zona habitada, o una zona de inhumación, el objetivo esencial es descubrir las fases (cuantas más mejor).[2] Como los objetos hablan por sí mismos, se obtienen al instante las disertaciones sobre el modelo indicado. Esto crea una historia bastante diferente de la historia habitual, pero todo el mundo se acomoda: los arqueólogos afirman haber descubierto el «pueblo de los arqueólogos», y los historiadores no se preocupan por ello, burlándose excesivamente de los esqueletos y de los restos de murallas arrasadas. Las disertaciones vacías de sentido de la mayor parte de los supuestos «arqueólogos» los han convencido desde hace tiempo que remover la tierra es, en el mejor de los casos, un pasatiempo tolerable para jóvenes sin empleo ni cualificación.

Un objeto en tanto que entidad material está estrictamente desprovisto de sentido

Antes de preguntarse cuales podrían ser los medios de hacer evolucionar una situación en apariencia tan perfectamente bloqueada, es indispensable intentar hacerse una idea del significado de lo que ha podido ser observado y de lo que podría observarse posteriormente.

2. No deja de tener interés observar que esta multiplicación infinita e insensata de las fases es de hecho similar a la de los ciclos entre los cuantitativistas. Como Pierre Chaunu hablando de «ciclomanía», así podríamos hablar de «fasemanía». Diseccionando el objeto infinitamente éste queda en nada, y entonces se está dispensado de toda explicación...

La mayor dificultad proviene de que un objeto, *en tanto que entidad material*, no tiene *ningún sentido*, mientras que la mayor parte de los arqueólogos creen lo contrario. La razón es sin embargo elemental: el sentido resulta exclusivamente del uso social; ahora bien, es verdaderamente excepcional que el modo de empleo figure en el objeto desfigurado que se extrae del suelo. Y si incluso figurara, el historiador estaría lejos de terminar con sus penas, ya que el empleo de un objeto según una modalidad concreta determinada, no tiene sentido más que en relación con el conjunto de las prácticas alternativas o complementarias que se desarrollan en la sociedad concerniente, en el momento en el que este objeto estaba en uso: el sentido remite por definición a los caracteres de una práctica social específica, considerada en su relación con otras prácticas, el todo formando una estructura. El restablecimiento de este sentido supone necesariamente por tanto, un conjunto de reconstrucciones abstractas. Y he aquí el porqué de la distancia abismal que separa al técnico de excavación más experimentado del historiador que excava.

Antes de intensificar la crítica, advertiremos a los colegas que jamás han dirigido una excavación, o que no han tomado parte activa en ninguna de ellas, que se trata de un ejercicio largo, laborioso, físicamente agotador, que se efectúa en grupo y que necesita por tanto, una multitud enojosa de gestiones con vistas a obtener los fondos indispensables, además origina un increíble número de tareas vinculadas a la gestión humana y económica del yacimiento. Y todos estos esfuerzos para un resultado con frecuencia puntual, pobre y difícil de interpretar. En una palabra: el acercamiento a los vestigios enterrados es en todos los casos aleatorio, oneroso y poco gratificante.

Consideramos brevemente tres grandes sectores: los edificios del culto, los «cementerios bárbaros», las observaciones sobre la «cultura material».

Los edificios del culto

Los edificios del culto fueron el objeto alrededor del cual tomó cuerpo la arqueología en Francia a partir de 1830, que fue rápidamente dominada por los trabajos y a la influencia de Arcisse de Caumont y más tarde a la de Jules Quicherat. El objetivo era definir los medios de descripción y precisar los medios de datación. Quicherat era un verdadero historiador y las reglas de descripción que elaboró estaban sólidamente fundadas. A pesar de esto tuvo pocos seguidores. Durante la segunda mitad del siglo se consolidó la tendencia inversa, que consistía en considerar las edificaciones como objetos últimos de análisis, en lugar de intentar ubicarlos en la civilización que las había producido con una finalidad determinada.[3] La institucionalización generalizada en Europa de la historia del

3. Jean Hubert, «L'archéologie», en Charles Samaran (ed.), *L'Histoire et ses méthodes*, París, 1961, pp. 275-328. Podemos citar decenas de publicaciones sobre excelentes excavaciones de lugares eclesiásticos medievales; entre ellas, Andrea Hampel, *Der Kaiserdom zu Frankfurt-am-Main, Ausgrabungen, 1991-1993*, Nußloch, 1994.

arte como cantón universitario cerrado presionó fuertemente en este sentido y sigue teniendo un peso considerable. ¡Desgraciado el historiador que pretende hablar de arte románico! ¡No es competente! Si pretende considerar estos objetos como unos documentos más entre otros, aún peor, tiene una visión «reductora», el pobre...

Recordemos sin embargo algunos hechos elementales: las edificaciones anteriores a 1200 están en la mayoría de los casos mal fechadas[4] (es decir, han sido propuestas varias cronologías sin que un argumento claro permita escoger) e incluso la cronología precisa de las edificaciones de los siglos XIII y XIV comporta frecuentemente grandes incertidumbres; no incluimos aquí los remedos (individuales o en serie) que han sido glosados como objetos medievales (¡ah! el ojo del historiador del arte...) La historia del arte enmudece al tratar de explicar la evolución de los objetos que pretende monopolizar (salvo, aunque es una opinion minoritaria, evocando la evolución de las técnicas y de la organización de los yacimientos, es decir un aspecto, pero un aspecto únicamente, de la historia general). Ciertos historiadores economistas se han sorprendido de los gastos «desmesurados, desproporcionados» que fueron necesarios para estas construcciones, pero los historiadores del arte se burlan de esta cuestión y, salvo excepciones, no se preguntan jamás la razón por la que estos edificios fueron construidos, ni *a fortiori* que función podían desempeñar.[5] Estas diversas aporías están estrechamente vinculadas: fechar, explicar las evoluciones, aclarar la función y el significado, lo uno no puede ir sin lo otro.

Ahora bien, la evolución actual va exactamente en sentido contrario. La ausencia de toda reflexión general es evidente. Las llamadas síntesis son banales yuxtaposiciones de resúmenes de monografías (siempre el recorta y pega). Vemos multiplicarse las monografías ya no sobre una edificación, sino sobre una parte de la edificación. Para diseccionar un edificio, convocamos a ocho o a diez «especialistas», y cada uno redacta quince o veinte páginas: las columnas, los capiteles, las bóvedas, los portales, las vidrieras, los mosaicos, etc., y es siempre

4. Edson Armi en, *Masons and Sculptors in Romanesque Burgundy*, University Park, 1983, propone, en un anexo, una tabla sugestiva de cronologías propuestas a partir de 1900, tratándose de las diversas partes de la abadía de Tournus. Una quincena de «sistemas» diferentes, casi todas las partes del edificio «flotante» en una horquilla de aproximadamente un siglo. Ante esta tabla, la mayor parte de los «historiadores del arte» manifiestan una irritabilidad más o menos agria, considerándola como la suma de los errores del pasado, estando él mismo «casi seguro» de su propia cronología. Lo molesto es que las proposiciones continúan divergiendo ampliamente, por lo demás no había aparecido ningún acuerdo sobre la formalización de los criterios que podían permitir decidirse por una u otra. Será necesario redactar algún día la crónica de todos los remedos modernos tomados como auténticas obras medievales por los «grandes historiadores del arte», remedos sobre los que se han basado «sistemas cronológicos» enteros.

5. En una obra documentada y meditada, Roland Recht, *Le Croire et le Voir. L'art des cathédrales (XII^e-XV^e siècles), París, 1999,* no se plantea ni por un instante la cuestión «¿qué era una catedral en la Europa de los siglos XII y XV?». Para un europeo de comienzos del siglo XXI, es un edificio *religioso* o un objeto de *arte*. Para un hombre del siglo XII no era, no podía ser ni lo uno ni lo otro, y los medievalistas deberían reflexionar y preguntarse con mayor frecuencia lo que realmente era. Esto evitaría muchas divagaciones.

al final cuando se preguntan por qué y cómo ha sido construido este edificio.[6] El medievalista «común» no se plantea esta cuestión porque cree que no pertenece a su ámbito. Por lo demás, si se la planteara, sería en el marco de la historia «religiosa», es decir, fuera de las cuestiones sociales principales...

LOS *REIHENGRÄBER*

La entidad, aunque menos amplia, de los «cementerios bárbaros» o «cementerios merovingios» (alias *Reihengräber*) no es menos elocuente. Las excavaciones comenzaron a mediados del siglo XIX. En muchas regiones, el empleo de arados más eficaces hizo que aparecieran los vestigios. Lo esencial era la búsqueda de objetos: armas y joyas, accesoriamente objetos de cristal o de cerámica. Algunos de estos objetos han llegado finalmente a los museos; la mayor parte, demasiado mediocres, han desaparecido. Habitualmente, una publicación periódica local, culta o no, menciona simplemente: «Varias decenas (centenas) de tumbas han sido descubiertas en el municipio *x*, en el lugar *y*; la mayor parte de los esqueletos estaban orientados este-oeste, se han encontrado armas y joyas». Incluso los planos simplificados del conjunto han sido durante bastante tiempo una excepción.

En el siglo XX, poco a poco se han ido efectuando excavaciones más minuciosas; generalmente son arqueólogos alemanes los que han permitido los avances más claros al establecer una tipología de los adornos y de las joyas descubiertos en la zona entre el Loira y el Elba, y al fijar las horquillas cronológicas de cada clase. A partir de ahí, las tumbas que contenían un mínimo de mobiliario han sido más datables.

Por lo demás, desde el siglo XIX, se ha pretendido que estas tumbas y estos objetos dijeran muchas cosas que no decían ni dirán nunca: según los casos, tendríamos tumbas cristianas o paganas, germánicas o galoromanas. Este es el punto de vista expuesto durante los años 50 del siglo XX por Édouard Salin.[7] Las dudas han comenzado a despuntar durante los años 70. Pero estas dudas no son legítimas: la tesis es inconsistente, porque no existe ningún medio de demostrar que uno u otro de los elementos apuntados hubiera tenido la significación que se le había querido atribuir con una generosidad fundada sobre una perfecta irreflexión. La orientación, la disposición del cuerpo, la presencia o ausencia de joyas, de armas, de depósitos funerarios, todo esto no tiene un sentido intrínseco. Los objetos más claramente cristianos (cruz u objeto que lleve un elemento perteneciente a la simbología cristiana) encubren como mucho un embrión de sentido, pero no tienen ninguna vinculación necesaria o unívoca con una pertenencia religiosa o étnica.[8] En muchos cementerios, algunas tumbas contienen un ajuar im-

6. Un ejemplo, entre otros, desolador: Paula Lieber Gerson (ed.), *Abbot Suger and Saint-Denis*, Nueva York, 1986.
7. Édouard Salin, *La Civilisation mérovingienne*, París, 1950-1959 (vol. 2, *Les Sépultures*).
8. Bailey K. Young, «Les nécropoles, IIIe-VIIIe siècles», en Noël Duval (ed.), *Naissance des arts chrétiens*, París, 1991, pp. 94-121.

portante, mientras que otras apenas tienen el esqueleto. Al instante, las primeras son bautizadas como «tumbas de jefes». ¡Qué necedad infantil!

No veo más que dos cuestiones importantes: ¿cuál era la relación entre estos cementerios y el o los habitantes?, ¿cuál era la relación entre estos cementerios y los lugares de culto? Lo único que parece demostrado es que los *Reihengräber* en zonas rurales no estaban situados al lado de un hábitat, y menos aún en posición central. Para el resto el vacío. De esta forma, en el actual estado de los conocimientos, sólamente podemos concluir que ha existido, en una parte de Europa, entre los siglos V y VII y en zonas rurales, un modo de inhumación muy particular que no encontramos ni entre los antiguos Romanos ni entre los antiguos Germanos, y que desapareció a más tardar en el siglo VIII. Los detalles importan poco y no pueden ser interpretados, de tal manera que no sabremos dar cuenta de la originalidad fundamental de la organización topográfica de este sistema de inhumación. Se trata de uno de los ejemplos más evidentes de un tema medieval ampliamente atestiguado y documentado, y sobre el que los medievalistas europeos son por completo incapaces de sostener un discurso coherente.

La supuesta «cultura material»

El interés por una arqueología de la «cultura medieval» se desarrolló en Francia a partir de los años 60, y las observaciones de Jacques Le Goff suponen un jalón de primera importancia. Dos factores han intervenido simultáneamente: el crecimiento del interés por los aspectos económicos y el ejemplo anglosajón. Los equipos de investigadores polacos fueron invitados por la VI Sección de la EPHE para iniciar a algunos voluntarios franceses en los trabajos de la arqueología: fue el programa de los pueblos abandonados.[9] Los esfuerzos de Jean-Marie Pesez y Gabrielle Démians d'Archimbaud han conducido a la publicación de dos grandes excavaciones: Rougiers en Provenza[10] y Brucato en Sicilia.[11] En Caen, Michel de Boüard se interesó sobre todo por los hábitats aristocráticos, en particular por las haciendas feudales. Le debemos la creación de la revista *Archéologie médiévale*, que se convirtió en el principal medio de expresión y de discusión para este tipo de investigación en Francia.[12] Una reorientación progresiva, aunque finalmente consolidada, de los centros de interés se ha producido durante los años 80: la ar-

9. Aunque su nombre no aparece claramente. Witold Hensel fue el principal animador de este grupo y de este programa. *Archéologie du village déserté*, París, 1970, 2 vol.

10. Gabrielle Démians d'Archimbaud, *Les Fouilles de Rougiers (Var). Contribution à l'archéologie de l'habitat rural médiéval en pays méditerranéen*, París, 1980.

11. Jean-Marie Pesez, *Brucato, histoire et archéologie d'un habitat médiéval en Sicile*, Roma, 1984; *Archéologie du village et de la maison rurale au Moyen Age. Vingt études sur l'habitat paysan dans la France médiévale*, Lyon, 1999.

12. Michel de Boüard, *Manuel d'archéologie médiévale. De la fouille à l'histoire*, París, 1975. Un excelente manual se debe a Günter Fehring, *Einführung in die Archäologie des Mittelalters*, Darmstadt, 1987 (reed. aumentada y revisada, 2000). En el momento actual, todos los grandes países europeos disponen de una revista de arqueología medieval propia.

queología urbana y principalmente, el estudio de los hábitats rurales de la alta Edad Media, caracterizados por construcciones de madera localizables por la huella de los agujeros de las estacas. Sobre este último punto, las investigaciones siguen siendo dinámicas y aportan materiales importantes para el conocimiento del hábitat rural de los siglos V y VI, hasta el momento desconocidos.

AVANCES REALES: GRANDES SUPERFICIES, PLANTAS Y ANIMALES

En la situación actual, consecuencia de las evoluciones de los últimos quince años,[13] estoy sorprendido por tres hechos:

1) Las excavaciones sobre grandes superficies han conocido un desarrollo masivo. Este punto resulta de una intervención sistemática a causa de los «grandes trabajos»: construcción de autopistas,[14] vías férreas, zonas aeroportuarias o industriales, parques de atracciones, grandes proyectos urbanos. En cada ocasión, se localizan decenas de emplazamientos importantes, hasta el momento desconocidos y, algunos son excavados; entre ellos, algunos emplazamientos medievales. Debido a estas circunstancias hemos podido observar numerosos hábitats de la alta Edad Media. La ventaja específica considerable de este género de acercamiento es permitir, de alguna manera, el acercamiento a un emplazamiento completo y la obtención de una idea plausible de su extensión total, incluso de sus relaciones con las zonas vecinas. Es una ventaja de hecho inédita, susceptible de aportar información determinante. Un especial esfuerzo debe concentrarse en esta dirección. Se trata nada más y nada menos que de la contribución de la arqueología al conocimiento de la estructura del espacio en el plano local, que constituyó una cuestión histórica crucial, y sobre la que consecuentemente la arqueología puede aportar informaciones sin equivalente y rápidamente explotables.

Señalemos aquí el lamentable atraso de Francia en la búsqueda por prospección del suelo. Existe un trabajo ejemplar de Élisabeth Zadora que demuestra la eficacia de este método y las ricas informaciones que podemos esperar de él.[15] Para este método sería altamente deseable un esfuerzo especial.

13. En 1989, con ocasión del «año de la arqueología», una exposición importante fue organizada en el Grand Palais, el catálogo había sido concebido como una presentación general de los métodos y de los resultados: Jean-Pierre Mohen (ed.), *Archéologie de la France. 30 ans de découvertes*, París, 1989. Diversos tipos de balances se publican a intervalos regulares. Las direcciones regionales de arqueología también publican boletines, frecuentemente anuales. Todos estos esfuerzos se pierden por dos razones principales: 1) su difusión es confidencial, y los textos cuasi *inaccesibles*; 2) su contenido es totalmente heterogéneo; el medievalista, según el caso, descubrirá entre un 5 y un 20 por ciento de material que le interese, presentado de forma puntual e incoherente, es decir casi *inutilizable*. Publicaciones nacionales (o, porque no, europeas), por períodos, serían mil veces más útiles que todo este regionalismo inepto.

14. Un ejemplo entre muchos: «Découvertes archéologiques sur l'autoroute A5», *Archéologia hors-série*, Dijon, 1994 (programa coordinado por Claude Mordant).

15. Élisabeth Zadora-Rio, «Archéologie du peuplement: la genèse d'un terroir communal», *Archéologie médiévale*, 17-1987, pp. 7-65 (un modelo que hay que aplicar con urgencia). Alain Ferdière y Élisabeth Zadora-Rio (ed.), *La Prospection archéologique. Paysage et peuplement*, París, 1986.

2) Algunos estudios extremadamente innovadores resultan de las primeras síntesis a partir de observaciones y de enumeraciones de restos vegetales y animales en los contextos medievales. En Francia, los trabajos de Marie-Pierre Ruas proporcionan las mejores perspectivas sobre la evolución de las culturas cerealistas.[16] La aparición masiva del centeno en el siglo V es sin duda, la constatación fundamental del paso de una organización económica a otra.[17] La importancia de la espelta en la época carolingia debería ser relativizada, aunque su uso es igualmente un buen indicador de la organización económica y social.[18] El cereal medieval más importante fue sin duda la comuña, a pesar del prestigio sin igual del trigo candeal.[19]

En relación a los animales, gracias a Frédérique Audoin-Rouzeau, conocemos actualmente el porcentaje de las diversas especies consumidas, según los lugares y los momentos, y obtenemos por añadidura una idea precisa del tamaño medio de diversos animales. El cuadro es apasionante.[20] Admitimos actualmente, lo que no era el caso hace una veintena de años, que la caza, incluso para la aristocracia, tuvo un papel alimentario insignificante. Por el contrario, el carácter aristocrático del cerdo en toda la alta Edad Media queda establecido. Lo más sorprendente es la evolución del tamaño de los animales. Entre el Bajo Imperio y la alta Edad Media, se observa una caída espectacular en las estaturas medias: por lo menos de una tercera parte a la mitad. El cambio de sistema tuvo consecuencias drásticas y particularmente visibles. Se pasó en pocos decenios de una ganadería comercial con selección de los individuos a una ganadería extensiva, apenas controlada, destinada al consumo puramente local. Esta caída se había notado ya en ciertos países, sin embargo aparece ahora en toda su dimensión. Lo que sigue es aún más sorprendente. Se podría esperar una disminución en la épo-

16. Marie-Pierre Ruas, «Les plantes exploitées en France au Moyen Age d'après les semences archéologiques», en *Plantes et cultures nouvelles en Europe occidentale au Moyen Age et à l'époque moderne*, Flaran, 1991, pp. 11-35. «The Archeobotanical Record of Cultivated and Collected Plants of Economic Importance from Medieval Sites in France», *Review of Palaeobotany and Palinology*, 73-1992, pp. 301-314.

17. Jean-Pierre Devroey, Jean-Jacques Van Mol y Claire Billen (ed.), *Le Seigle. Histoire et ethnologie*, Treignes, 1995. Excavaciones recientes permiten observar más claramente la relación entre la aparición del centeno y las nuevas formas de organización agraria en el siglo V (ejemplo de emplazamiento de Gaillon-le-Bas a Herblay, Val-d'Oise, comunicación de Alain Valais en el coloquio «L'époque romaine tardive en Île-de-France», París, 14-15 marzo 1996).

18. Jean-Pierre Devroey y Jean-Jacques Van Mol (ed.), *L'Épeautre (triticum spelta). Histoire et ethnologie*, Treignes, 1989.

19. Destaquemos también la fecundidad de los análisis de carbones de madera (antracologia), que permiten restituir la evolución del manto arboreo: Aline Durand, *Les Paysages médiévaux du Languedoc (Xᵉ-XIIᵉ)*, Toulouse, 1998.

20. Frédérique Audoin-Rouzeau, *La Taille du bœuf domestique en Europe de l'Antiquité aux temps modernes*, Juan-les-Pins, 1991; *La Taille du mouton en Europe de l'Antiquité aux temps modernes*, Juan-les-Pins, 1991; *Hommes et animaux en Europe de l'époque antique aux temps modernes. Corpus de données archéozoologiques et historiques*, París, 1993; *La Taille du cheval en Europe de l'Antiquité aux temps modernes*, Juan-les-Pins, 1994; «Compter et mesurer les os animaux. Pour une histoire de l'élevage et de l'alimentation en Europe de l'Antiquité aux temps modernes», *Histoire & Mesure*, 10-1995, pp. 277-312.

ca merovingia seguida de un estancamiento o de un lento restablecimiento. Pero no es así. Al contrario, todo indica una tendencia a la baja, débil pero innegable, hasta el siglo XIII. Algunos lotes de animales de mayor tamaño aparecen a finales de la Edad Media, y se da un aumento bastante generalizado en el siglo XVI, para confirmarse en el XVII. Dicho de otra manera, incluso en la época del «gran crecimiento» (XI-XIII), la ganadería no había sido objeto de ninguna atención en particular, el carácter extensivo de la ganadería de la alta Edad Media se encaminó, probablemente sin esfuerzo, hacia la comercialización.

Estos dos pequeños incisos sirven sólo para ilustrar (demasiado sucintamente) el potencial oculto, verdaderamente considerable, de ciertos tipos de objetos contenidos en contextos datados y localizados con precisión. Volveremos sobre este problema, bastante arduo, de las técnicas de selección y de análisis que se deben plantear para recoger la información pertinente.

Obstáculos que vencer

3) A pesar de las perspectivas inéditas y potencialmente ricas ofrecidas por las excavaciones de gran extensión, o por las síntesis a partir de series de materiales, la arqueología medieval en Francia pasa actualmente por graves dificultades: desprecio, desánimo y desorganización son los términos que caracterizan en el presente esta actividad. ¿De qué quejarse?

Lo más desastroso es sin duda la política del ministerio de Cultura y la voluntad de monopolio del personal del AFAN. Los buenos medievalistas dedicados a la excavación se encuentran en la Universidad y en el CNRS, y algunos en los museos; son apartados de los depósitos de excavaciones en nombre de consideraciones políticas y administrativas que guían la actuación de los responsables de los servicios regionales de Arqueología.[21]

La acumulación de resultados puntuales y de apariencia repetitiva ha hecho desaparecer el carácter exultante de los descubrimientos de los veinte primeros años. En esta época, muchas excavaciones aportaban elementos originales que atraían la atención. Pero ¿qué hacer con el enésimo horno de cerámica, el enésimo suelo de cabaña, la enésima ruina fortificada?

El «reconocimiento social» se debilita, tanto del lado de las instancias intelectuales como de los responsables políticos y del gran público. De ahí la doble tentación: por un parte, el propio repliegue y la autoproclamación de una competencia específica, que haría de la arqueología una disciplina cerrada sobre sí misma; por otra parte, acciones de prestigio y de «notoriedad», en particular las exposiciones. En los dos casos, el remedio es peor que la enfermedad. Los ex-

21. Es gracioso constatar, tal y como señalaba recientemente un excelente colega, que los Profesores de arqueología medieval, cuya labor oficial es formar futuros excavadores, deben actualmente pasar bajo las horcas caudinas de comisiones administrativas nombradas (¿por quién?) y con conocimientos no siempre evidentes, para obtener, tal vez, la autorización de excavar en Francia.

cavadores que pretenden autolegitimarse sólo acrecientan la desconfianza en ellos. En consecuencia, sabotean así la única finalidad real de su trabajo, que es contribuir al progreso de los conocimientos históricos. La búsqueda de notoriedad es un engañabobos. Los objetos resultantes de la arqueología metropolitana tienen un aspecto en general mediocre, por no decir algo peor, de ahí, la decepción de muchos visitantes. Sobre todo, los catálogos que pretenden, contra todo buen sentido, convertirse en instrumentos científicos son para la mayoría sacos de confeti, colecciones heterogéneas de noticias puntuales carentes de sentido.[22] Para reforzar todo esto, con demasiada frecuencia e inopinadamente, los arqueólogos que organizan estas exposiciones sienten la necesidad de un «marco histórico» y recurren por esta razón a los «especialistas» del período en cuestión, escogiendo para ello a los historiadores más provocadores o a los más extravagantes, agravando así las prevenciones de las que ya son más o menos objeto.

TODOS LOS MEDIEVALISTAS DEBEN EXCAVAR; ¡SÍ TODOS!

Todos los medievalistas, tanto si se dedican a la excavación como si no, deberían tener como interés primordial el control de todos los detalles aportados por esta práctica, con el fin de obviar los cambios de rumbo que amenazan esta actividad y de reaccionar de manera que su enorme potencial pueda contribuir al progreso de nuestro conocimiento de la evolución de la civilización medieval.[23]

Lo primero que hay que hacer es repetir tantas veces como sea necesario y en toda ocasión, que cualquier objeto medieval es esencialmente un documento para la historia medieval y que, recíprocamente, fuera de la historia medieval, no tiene ninguna significación.[24] Nadie puede dudar que los textos constituyen la base de nuestro saber sobre la Europa medieval; también las imágenes forman parte de esta base; los objetos, hasta ahora, sólo se han tenido en cuenta limitadamente. Según algunas opiniones, los grandes objetos, que se designan a veces como monumentos, y que han sido monopolizados por los historiadores de arte y por su punto de vista esencialmente estético, deberían formar parte también de esta base. Será necesario un trabajo considerable para comenzar a utilizar las edificaciones como documentos de historia. Esencialmente, hay que tener presente que cada emplazamiento medieval convenientemente excavado produce un conjunto documental suplementario: es la única vía por la que se enriquece la base concreta de nuestros conocimientos. Como se ha sugerido anteriormente,

22. A lo que hay que añadir que estos catálogos no tienen en la mayoría de los casos más que una difusión local, no llegan a las bibliotecas universitarias más que de manera aleatoria, y son por tanto *de facto* inexistentes.

23. Miquel Barceló, *Arqueología medieval en las afueras del medievalismo*, Barcelona, 1988.

24. Es únicamente en Gran Bretaña donde esta idea simple parece haber encontrado respaldo. Véase por ejemplo la obra muy útil de David A. Hinton, *Archaeology, Economy and Society. England from the Fifth to the fifteenth Century*, Londres, 1990. La bibliografía es copiosa y atractiva, aunque la mayor parte de las obras citadas no se encuentran en la bibliotecas francesas.

los esfuerzos bien dirigidos pueden conducir a una abundante cosecha. Ningún medievalista serio puede considerar esta cuestión como marginal. Todos los medievalistas deben unirse[25] para que se reconozca, de manera explícita, que la excavación de los emplazamientos medievales y el estudio de los objetos medievales son esencialmente asunto de los medievalistas. Es decir, es un asunto de personas que tengan conocimientos profundos sobre el conjunto de los distintos aspectos de las sociedad medieval. En caso de necesidad no hay que olvidar, que la «técnica de excavación» se aprende en pocas semanas.

Esta afirmación implica una gran contrapartida, y es ahí donde nos aprieta el zapato: es necesario que los medievalistas excaven. La gran mayoría de los historiadores de la Antigüedad clásica y de Oriente Próximo han participado al menos en algunas excavaciones. ¿Por qué no va a ser lo mismo para los medievalistas? Corresponde a los dirigentes y a los responsables de la corporación tomar medidas enérgicas y rápidas en este sentido. Los *stage* de excavación deberían, a partir de ahora, ser parte de la formación de base, mínima, de todo medievalista, cualquiera que sea su supuesta «especialidad». Esta será la única manera de hacerse entender por las autoridades administrativas (que hacen oídos sordos), y además es una *conditio sine qua non* para considerar metódicamente los objetos y las observaciones de excavación como documentos históricos. Esta reestructuración del *cursus* representa una apuesta fundamental para el futuro de la medievalística.

Una prioridad absoluta: datar

Una segunda orientación atañe a la práctica misma de las excavaciones. Aunque es una idea antigua, no se ha insistido sobre ella lo suficiente: un objeto no datado o mal datado no tiene ninguna significación. Según la palabra sencilla y precisa de Jean Hubert, «lo esencial no es describir, sino datar». Repitámoslo: incluso una cronología relativa no sirve para nada, en tanto que no dispongamos de un punto de referencia. En último caso, es mejor no tener nada que tener objetos datados de manera errónea, puesto que en estos casos los conocimientos no progresan, sino que van hacia atrás; nos conducen hacia ficciones nocivas que obstruyen el avance de la reflexión. Llegamos a un grado de nocividad aún superior cuando aparecen tipologías cronológicamente erróneas, ya que entonces el error se propaga, y se encadenan falsas dataciones sobre falsas dataciones.

Por esta razón, es primordial convencer a los responsables de los yacimientos para que dediquen la máxima atención y tiempo posible a todos los procedimientos de datación absoluta, sabiendo que el método de las tipologías no es más que un sucedáneo, en el mejor de los casos incierto y frecuentemente peligroso. Una buena utilización del ^{14}C tiene infinitamente más valor que una construcción

25. Desearíamos que la «Sociedad de los Historiadores medievalistas de la Enseñanza Superior Pública» tomara verdadera conciencia de que se trata de un asunto central y urgente. Pero ¿son capaces sus responsables?

sofisticada basada en estratigrafías y tipologías. En caso de contradicción, este método no admite duda. Hay que considerar como prioritarias todas las investigaciones que posibiliten datar con cantidades ínfimas de carbono (objetos minúsculos que sólamente admiten trazas de carbono). Así mismo, todas las investigaciones que apuntan a mejorar y a simplificar las dataciones de tierras cocidas por dosis de termoluminiscencia deben ser apoyadas enérgicamente. La reticencia general de los excavadores a recurrir a este método nos deja estupefactos, ya que las cerámicas constituyen frecuentemente lo esencial del mobiliario de un emplazamiento,[26] y todas las tipologías de las cerámicas entre el siglo V y el siglo XIII apenas tienen valor.[27]

BUSCAR LOS OBJETOS METÁLICOS CON TODAS LAS TÉCNICAS DISPONIBLES

Así mismo, estamos asombrados al constatar el poco interés mostrado hacia los objetos metálicos.[28] Las herramientas, incluso los fragmentos, tienen un elevado potencial de información histórica. Y ¿qué decir de las monedas, únicos objetos medievales directamente datables y cuya significación es incomparable? Todos estos objetos son de tamaño liliputiense y no reparamos en ellos más que en excavaciones muy minuciosas (o por azar). Las condiciones prácticas son en general tales que no podemos aplicar este procedimiento más que en algunos contextos seleccionados, de volúmenes modestos, todo el resto se trata de manera extensiva (en el mejor de los casos). Entre el 75 y el 99 por ciento de las monedas de un emplazamiento desaparecen. No obstante, la cuasi totalidad de los excavadores rechaza tenazmente el uso de un detector de metales: obstinación tan irracional como catastrófica.[29] Debería estar prohibido

26. Ortolf Harl, *Keramische Bodenfunde aus Wien. Mittelalter-Neuzeit*, Viena, 1982.

27. Señalemos la calidad excepcional de dos síntesis realizadas a partir de dos series de análisis sobre las casas de Lübeck, fechando los ladrillos por un parte, y las piezas de madera por la otra: Christian Goedicke y Jens Christian Holst, «Thermolumineszenzdatierung an Lübecker Backsteinbauten. Probleme und Entwicklungen»; Sigrid Wrobel, Jens Christian Holst y Dieter Eckstein, «Holz im Hausbau. Dendrochronologisch-bauhistorische Reihenuntersuchungen zum Hausbau des 13.-17. Jahrhunderts in Lübeck», en Rolf-Hammel Kiesow (ed.), *Wege zur Erforschung städtischer Häuser und Höfe. Beiträge zur fächerübergreifenden Zusammenarbeit am Beispiel Lübecks im Spätmittelalter und in der frühen Neuzeit*, Neumünster, 1993, pp. 251-271 y 183-249 (debo la referencia de esta obra a Joseph Morsel). Hay que resaltar que, en todos los casos donde ha sido posible comparar el resultado de la datación por dosis de termoluminescencia con la fecha de construcción precisa conocida antes, la desviación es casi siempre inferior a 40 años: la horquilla es menos amplia que la obtenida con ^{14}C, y estamos protegidos de las numerosas incertidumbres de la dendrocronología (que reclama de todas maneras numerosos indicios).

28. La paleometalurgia está bien orientada (por ejemplo Paul Benoît y Philippe Fluzin (ed.), *Paléométallurgie du fer et cultures*, Belfort, 1995). Es una investigación útil, pero que no reemplaza de ninguna forma el tratamiento sistemático del mobiliario metálico de excavaciones comunes. Un ejemplo interesante lo proporciona Ewart Oakeshott, *Records of the Medieval Sword*, Woodbridge, 1991.

29. Recordemos a todos aquellos que lo ignoran (muchos aparentemente) que en Dinamarca está prohibido sacar de una iglesia una sola palada de tierra sin haberla pasado antes por un detector de metales.

abrir un depósito arqueológico si no se dispone de un detector de metales de buena calidad.

¿Por qué tan pocas prospecciones?

La extrema rareza de las prospecciones sistemáticas de superficie es asimismo desconcertante. Se trata sin duda, de operaciones relativamente pesadas y que despiertan poco entusiasmo (a la inversa de las prospecciones aéreas). Pero en todas las zonas donde las labores cubren más de las tres cuartas partes de la superficie, es igualmente un método fructífero, que permite recoger datos cubriendo vastos espacios, lo que una excavación no permite más que excepcionalmente.[30]

Estas observaciones están destinadas únicamente a sugerir que una consideración más reflexiva y metódica de la significación histórica potencial de las observaciones debería conducir a evoluciones serias en las estrategias de excavación y de análisis primario de los objetos. Queda aún la cuestión capital del análisis secundario, etapa central de los trabajos, ya que permite pasar de la extracción de un objeto de su ganga terrosa a un movimiento de reflexión histórica.

Publicar para los medievalistas

En el curso de los últimos diez años, la mayor parte de los responsables han tomado conciencia del increíble despilfarro que representa esta multitud de excavaciones, algunas veces bien dirigidas pero nunca publicadas. Desde entonces los esfuerzos realizados han desembocado en progresos nítidos, pero aún queda mucho por hacer. Muchos excavadores creen ser propietarios de sus observaciones. La duración de la no comunicabilidad de los informes de excavación se ha reducido bastante, y podemos esperar una rápida difusión de esta información primaria con la ayuda de las nuevas directrices. Pero sería muy deseable modificar incluso el estatuto de las publicaciones. Hay que romper el encierro a cal y canto de colecciones y periódicos especializados o de boletines locales. Los responsables de revistas históricas «generalistas», o de «grandes colecciones», deben ser conscientes de esta necesaria transformación, y acoger al menos publicaciones parciales de excavaciones que aporten observaciones originales.

Nos queda por comentar que el objeto o el emplazamiento, incluso reubicados en su contexto local, no tienen más que una significación limitada. La aportación verdadera de los objetos acontece cuando las series son estructuradas y meticulosamente articuladas, en el tiempo y en el espacio. Desde este punto de vista, los trabajos franceses son de una gran indigencia, y vamos con retraso en

30. Cf. Nota 15, p. 109.

relación con países como Gran Bretaña.[31] Esta elaboración, que podemos llamar secundaria, pasa al menos por dos tipos de publicaciones: los manuales para el análisis, y los ordenamientos históricos.

VARIAS SERIES DE MANUALES

La ausencia de manuales es un freno particularmente dañino. Lo ideal sería disponer, para cada tipo de material y de objeto, de una serie homogénea de obras que expliciten de manera práctica, clara, tan detallada y técnica como sea posible todos los métodos de observación, desde los más elementales hasta los más complejos, exponiendo precisamente todo lo que constituye la «elaboración» de tal forma que cada responsable de yacimiento pueda proceder eficazmente, tratándose en primer lugar de observación, de extracciones, de medidas y seguidamente de tratamientos sumarios, incluso de una primera elaboración; y pueda saber asimismo en qué consisten exactamente los tratamientos más complejos y lo que se puede esperar exactamente de ellos.[32]

En la crónica anual de las excavaciones publicada en *Archéologie médiévale*, los redactores se lamentan de forma lancinante de la pobreza de noticias que reciben y, más aún, de la indigencia de los métodos de excavación: una excavación, escriben con razón, no tiene como finalidad esencial actualizar los conjuntos de muros arrasados. La única manera de combatir esta tendencia espontánea sería poner en manos de todos los excavadores obras prácticas, que sean a la vez concretas y detalladas, que les permitan hacerse una idea del conjunto de los métodos de observación y de análisis disponibles. Bajo esta consideración, una obra ejemplar, que hace referencia a una materia próxima a la excavación, es la de Jean-Paul Saint-Aubin, *Le Relevé et la Représentation de l'architecture*;[33] las herramientas y los instrumentos de medida por una parte, y de restitución por la otra, están claramente presentes, y todos los métodos de la cadena de tratamiento están expuestos de forma notable. Un modelo a seguir.

Hace más de treinta años que han aparecido en Francia las nuevas tendencias de la arqueología medieval y el interés por la «cultura material». Los pioneros han cedido su turno. A partir de ahora, todo el mundo tiene derecho a esperar las

31. Véase por ejemplo a Peter Davey y Richard Hodges (ed.), *Ceramics and Trade. The Production and Distribution of Later Medieval Pottery in North-West Europe*, Sheffield, 1983. Michael R. McCarthy y Catherine M. Brooks, *Medieval Pottery in Britain. AD 900-1600*, Leicester, 1988. Síntesis notable de Richard Morris, *The Church in British Archaeology*, ed. Revisada, York, 1998. John Schofield y Roger Leech (ed.), *Urban Archaeology in Britain*, Londres, 1987. John R. Kenyon, *Castles, Town Defences and Artillery Fortifications in Britain and Ireland. A Bibliography*, Londres, 1990. John Blair y Carol Pyrah (ed.), *Church Archaeology Research. Directions for the Future*, York, 1996.

32. Y comprender así por qué los análisis secundarios no pueden ser realizados con seriedad más que por laboratorios públicos, los únicos que tienen capacidad para responder con un punto de interrogación. Toda publicación fundada sobre análisis «privados» debe ser *a priori* considerada como inexistente y no conforme. Las «directivas europeas» no son reglas científicas.

33. Jean-Paul Saint-Aubin, *Le Relevé et la Représentation de l'architecture*, París, 1992.

primeras síntesis. Del otro lado del Canal, ya existen trabajos.[34] En Francia, nada, o casi nada.

¿Para cuándo las síntesis por tipo de objeto o de material?

Observamos principalmente, para cada categoría de objetos, algunos repertorios de hallazgos, clasificados por épocas y por zonas. Según lo que yo sé, en Francia, el catálogo de los tesoros monetarios medievales es la única obra que existe de este tipo.[35] Para las herramientas de talla de piedra, es muy útil la obra de Jean-Claude Bessac,[36] pero queda por establecer un repertorio de herramientas concretas, y uno de fragmentos de herramientas. Deben también articularse por una parte las investigaciones técnicas sobre la consistencia de las rocas, y por otra, las investigaciones sobre la metalurgia de las herramientas. Esperamos también investigaciones sobre la carpintería y el maderamen: vemos aquí una vía decisiva por la que la arqueología puede aportar una contribución irremplazable a la historia de la construcción, contribución que podrá y deberá integrarse en el conjunto de las fuentes permitiendo reconstituir estos procesos bajo ángulos técnicos, económicos y sociales.[37]

Para la agricultura, podemos esperar muchas síntesis sobre el polen y los macrorrestos por una parte, y sobre las herramientas por otra.

Un trabajo de síntesis que merece una mención especial es el de Paul Van Ossel, sobre el final de las *villae* galo-románicas en la Galia del Norte.[38] Este investigador ha efectuado un trabajo exhaustivo en Francia, examinando centenares de revistas, miles de artículos, consultando centenares de analogías de excavaciones inéditas, visitando decenas de yacimientos arqueológicos en Alemania, Luxemburgo y Bélgica. De todo esto ha obtenido un repertorio sin equivalente de emplazamientos rurales excavados de los siglos III, IV y V entre el Sena y el Rin. Excavaciones frecuentemente antiguas, raramente realizadas con la meticulosidad deseable, con fases de ocupación y de abandono generalmente

34. David Parsons, *Churches and Chapels. Investigating Places of Worship*, Londres, 1989 (Practical Handbooks in Archaeology).

35. Jean Duplessis, *Les Trésors monétaires médiévaux et modernes découverts en France, I. 751-1223, II. 1223-1385*, París, 1985-1995 (846 tesoros enumerados). Podríamos de todas formas comparar a Mark A. Blackburn y Hugh Pagan, «A Revised Chek-list of Coin Hoards from the British Isles, c.500-1100», en M.A. Blackburn (ed.), *Anglo-Saxon Monetary History*, Leicester, 1986, pp. 291-313 (307 tesoros), y Xavier Barral I Altet, *La Circulation des monnaies suèves et visigotiques*, Munich, 1976 (dos docenas de tesoros y un poco menos de 200 piezas aisladas).

36. Jean-Claude Bessac, *L'Outillage traditionnel du tailleur de pierre de l'Antiquité à nos jours*, París, 1986.

37. Debemos citar aquí los trabajos de tres investigadores del CNRS: Danièle Foy, *Le Verre médiéval et son artisanat en France méditerranéenne*, París, 1988; Dominique Cardon, *La Draperie au Moyen Age. Essor d'une grande industrie européenne*, París, 1999; y la útil actualización de Christian Sapin (ed.), *enduits et mortiers. Archéologie médiévale et moderne*, París, 1991.

38. Paul Van Ossel, *Établissements ruraux de l'Antiquité tardive dans le nord de la Gaule*, París, 1992.

datadas de forma muy imprecisa. Una reflexión metódica, estructurada y prudente, le ha permitido construir el devenir de estas *villae* en esta zona, una lista clarificadora, que muestra en particular de forma irrefutable el declive general de las *villae* (resultado de la reconstrucción constantiniana) en la segunda mitad del siglo IV y su desaparición definitiva a mediados del siglo siguiente. Queda por construir, en el presente, un cuadro equivalente de la instalación de edificaciones con estructura de madera, que es en lo que P. Van Ossel trabaja actualmente. Ningún razonamiento sobre algunos textos dispersos de finales del siglo IV y V puede reemplazar un trabajo de semejante envergadura.

Lamentablemente, se trata de una excepción que deseamos sea provisional. Sin embargo, estamos un poco apesadumbrados al observar que existen numerosos repertorios y *corpus*, unos decorosos y otros excelentes, que proporcionan informaciones bien clasificadas sobre ciertas categorías de objetos o de edificaciones, sin que ningún investigador haya tenido, hasta ahora, la idea de emprender una explotación organizada. Las filigranas de los papeles de los siglos XIII-XVI han sido catalogadas después de largo tiempo y ofrecen una materia de una homogeneidad y de una precisión increíbles. El *corpus vitrearum* está en proceso. Un atlas de los castillos feudales está disponible. Se ha señalado anteriormente el *corpus* de los tesoros monetarios medievales. La materia es abundante, aunque las herramientas y los métodos apropiados para el tratamiento de informaciones voluminosas existen sólo desde hace algunos años. ¿A qué esperamos?

Para terminar citemos sólamente una observación de un arqueólogo de la vieja escuela: «La arqueología no exige únicamente espíritu de observación y sentido crítico; exige también espíritu de síntesis, que es lo único que permite formular las explicaciones. Debe tender a presentar un cuadro coordinado, a la vez en el tiempo y en el espacio, de los hechos. Es por esto que su práctica necesita imperiosamente la comprensión de los conjuntos.»[39]

39. Jean Hubert, «L'archéologie médiévale», en Charles Samaran (ed.), *L'Histoire et ses méthodes*, p. 322.

B. LOS NUEVOS SOPORTES DE LA INFORMACIÓN, LA ESTADÍSTICA

UN NUEVO SÍSTEMA TÉCNICO

Un eje esencial de reflexión sobre la renovación de la investigación en historia medieval está vinculado al cambio del medio técnico. Un auténtico *sistema técnico*[1] inédito, aparece con una rapidez que, a escala histórica, no tiene precedentes. La electrónica está presente en todas partes, con efectos ya considerables que probablemente serán infinitamente mayores en el futuro. El propio proceso de adopción es desconcertante: tan pronto como hemos hecho el esfuerzo de adaptación a las últimas modificaciones surge una novedad que vuelve obsoletos los materiales y la mayoría de los métodos que tan sólo cinco años antes representaban la vanguardia. La evolución a medio plazo es imprevisible, debido a que todos los parámetros son susceptibles de cambio: capacidades y métodos de almacenamiento, de trasmisión, de tratamiento de la información. La capacidad y la rapidez (del material electrónico) interactúan con los métodos; aparecen nuevas utilidades, que desplazan el centro de gravedad del sistema. Enormes intereses económicos entran en juego, desarrollando estrategias sorpresivas y de aceleración a escala mundial. Algunos medievalistas se han aventurado dejándose la piel en el intento.

La corporación de los medievalistas intenta justificar, con estas experiencias inciertas, su lentitud y su inmovilismo tradicional. Sería más oportuno plantearse la cuestión: ¿qué nuevas posibilidades ofrece este novedoso medio con relación a los problemas específicos de los medievalistas? A medida que la moda de efecto nocivo de los años 60 y 70 va desapareciendo, se generaliza, por el contrario, el empleo de estas herramientas ofimáticas habituales: tratamiento de textos, gestión de ficheros simples, correo electrónico. Hasta el presente estas herramientas sólo han entrañado algunas modificaciones en la manera práctica de redactar y de editar artículos y libros, y no han tenido ningún efecto notable sobre los procedimientos de investigación propiamente dichos. Aunque, en nuestra

1. Bertrand Gille, «Prolégomènes à une histoire des techniques», en ID. (ed.), *Histoire des techniques*, París, 1978, pp. 3-118.

reflexión, se deben considerar estos efectos a más amplio término están, por un lado, los procesos complementarios de difusión y de documentación y, por otro, los procesos de tratamiento propiamente dichos de la «información», procesos sobre los que deberé insistir.

Los nuevos soportes: almacenamiento, difusión, acceso indexado

El primer aspecto es el que figura comúnmente bajo las rúbricas de «publicación y difusión» y de «bibliografías-instrumentos de trabajo». Un libro de 400 páginas con 3.500 caracteres por página «cabe» en un disquete cuyo coste actual (2000) es de unos 2 francos.[2] Tardaremos algunos segundos en hacer una copia en un aparato de los que habitualmente encontramos en cualquier oficina. A pesar de la velocidad todavía lenta de trasmisión por «la red», y gracias sobre todo a sencillos procedimientos de compresión, una obra de ese tamaño podría ser transmitida a cualquier lugar del mundo en pocos minutos, y casi de forma gratuita. Ante esta situación, la función y la posición de los editores y de los impresores en el proceso de difusión de la información científica se encuentran, de forma radical, necesariamente trastornadas. Sería insensato jugar a ser profeta, pero también es ridículo no querer ver la realidad. Los procedimientos de la multicopia ligera y poco onerosa han engendrado una proliferación de folletos de información y de literatura gris, con un estatuto más que incierto. Esto no es más que un pequeño adelanto de lo que en el futuro será la explosión que tendrá que producirse cuando una red de establecimientos disponga de un acceso generalizado y a bajo coste. La noción misma de publicación tendrá que ser radicalmente revisada, y el estatuto y la naturaleza de todas las publicaciones científicas, principalmente las que son periódicas, se verán revolucionados.[3]

No podemos dudar del impacto que han tenido las transformaciones de la naturaleza misma de los instrumentos de investigación. Actualmente, el catálogo informatizado de la mayor parte de las grandes bibliotecas europeas y norteamericanas es de libre acceso a través de la red, es decir, cualquier persona puede acceder desde su oficina. Por esta razón, las bibliografías deben, en poco tiempo, reconvertirse y hacer que desaparezca la distinción particularmente lamentable entre bibliografía habitual y bibliografía retrospectiva. La importancia de las palabras clave y de los métodos de indexación se verá multiplicada: la facilidad de los enlaces hará operatorio un modelo de aproximación que hasta el momento es rudimentario y/o impracticable.

2. En un disquete de formato comprimido ordinario («zip»), cabría la totalidad del texto latino de la Vulgata.

3. Investigaciones eficaces sobre los métodos de compresión de los ficheros de imágenes han conducido a resultados sorprendentes, que permiten almacenar y hacer circular cantidades considerables de imágenes (incluso con una compresión rudimentaria —en relación al estado de las cosas en 2.000— se puede fácilmente almacenar más de 2.000 fotografías a color de buena calidad en un CD-ROM, es decir por cerca de 5 francos, es decir menos de un euro).

Todos los «instrumentos de trabajo» sufrirán trasformaciones análogas: repertorios geográficos y biográficos, enciclopedias de todos los géneros, diccionarios. Hoy en día, el coste de reproducción de una enciclopedia en CD-ROM es mínimo, a pesar de que este soporte permite una exploración más ajustada, cómoda y completa de toda la información reunida. Podemos aventurarnos a pronosticar simultáneamente una caída de los costes de reproducción y de difusión de la información y un aumento considerable en la comodidad de acceso a esta información. ¿Cuál será el efecto sobre la medievalística? Este cambio pone a prueba las estructuras actuales: puede surgir lo mejor o lo peor de ellas. Lo peor, sería la dislocación, la acentuación de una subdivisión ya de por sí infinita, la creación y el refuerzo de microcírculos de autoadulación que se autodefinen como «grupos de especialistas»; el debilitamiento de los medios de control de las instancias de discusión y de evaluación puede perfectamente conducir a la proliferación de microsectas dogmáticas e irracionalistas; o, más sencillamente, a la proliferación exponencial de textos y de referencias la mayor parte mal concebidos y mal elaborados, especie de jungla en la que la reproducción excesiva podría ahogarnos.

En sentido contrario, la mejora de las redes de la información podría producir una liberalización, la supresión de las barreras basadas en la retención de la información, en la voluntad de exclusivismo y detentación de un monopolio en nombre de una pretendida «especialización». Debido a la mejora de la accesibilidad, el investigador puede crearse rápidamente y de manera detallada una idea sobre cualquier tema que atañe a su investigación, incluso aquellos que en apariencia son colaterales, y, llegado el caso, aprehender de forma rápida no sólo «el último estado de la cuestión», sino también las diversas posiciones, e incluso la evolución misma que ha permitido llegar a ese estado.

En otras palabras, las grandes transformaciones de los sistemas de información, con las que nos sentimos comprometidos, en lo esencial están aún por llegar. Es un buen momento para reflexionar, colectivamente, sobre ésto; puesto que si queremos evitar cambios de rumbo y aprovechar mejor los nuevos potenciales hará falta adoptar formas de organización inéditas hasta el momento capaces de orientar la utilización de estas nuevas técnicas en función de las necesidades propias del trabajo científico de los medievalistas.

¿Qué es un «tratamiento»?

Al mismo tiempo que reconocemos que frecuentemente existen vínculos estrechos entre el aspecto de la difusión y el del tratamiento de la información, no se pueden confundir impunemente, ya que en el segundo caso, estamos ante el núcleo del proceso científico en sí mismo. En el país de Descartes, deberíamos saber que las operaciones más complejas son en definitiva conjuntos bien ordenados de operaciones elementales; lo que implica examinar de cerca dos aspectos distintos: «conjunto de operaciones elementales» y «bien ordenados».

Las operaciones elementales de un ordenador se pueden reducir a tres tipos: 1) las comparaciones: ¿dos elementos son idénticos, o bien, uno es superior al otro?;

2) los cálculos: todas las operaciones son más o menos fácilmente ejecutables, incluso las fórmulas más complejas, a condición de que estén exactamente definidas; 3) los gráficos planos: la pantalla está constituida por puntos, ordenados en líneas y columnas, se puede actuar sobre cada punto para obtener cualquier tipo de imagen. Operaciones todas que el ordenador ejecuta con una perfecta exactitud y con una rapidez que desafía al entendimiento. Por ejemplo, la clasificación: permite ordenar una serie de comparaciones; un ordenador al que se confían varias centenas de millares de palabras las ordena en orden alfabético en pocos segundos, sin equivocarse. El ordenador es capaz de ejecutar en una fracción de segundo series de operaciones particularmente complejas, y puede ejecutar la misma serie las veces que sea necesario, con cifras diferentes, y siempre de forma veloz.

La rapidez de la que disponemos desde hace más de una treintena de años, y que no cesa de aumentar, se ha visto reforzada con el impresionante aumento de capacidad, es decir, de la masa de información que puede ser almacenada y tratada; los ordenadores habituales en cualquier oficina han sobrepasado en mucho la capacidad de las «grandes máquinas» de comienzos de los años 80. Más aún, la microinformática y su progreso vertiginoso ha provocado la generalización de una tercera característica de base: la interactividad, es decir, la aptitud de la máquina para ofrecer al usuario múltiples elecciones, y para responder inmediatamente a las demandas de éste en relación con sus requerimientos; se puede de esta forma modificar los parámetros, modificar los métodos de tratamiento y obtener sucesivamente, sin esperar, los resultados que corresponden a cada una de estas elecciones. Muchas de las viejas querellas sobre los métodos no tienen ya razón de ser: aunque se tenga interés en confrontarlas para poder comparar los resultados. Espectaculares progresos atañen especialmente al ámbito de los gráficos y al de la cartografía, cuyo concepto mismo está en plena renovación debido a estas posibilidades.

Incluso suponiendo que se utilice el viejo sistema de fichas, la simple capacidad de indexación y de clasificación de un microordenador multiplica las posibilidades de utilización en proporción tal que conducen *de facto* a modificar el principio mismo del método.

Sin embargo, este primer aspecto es relativamente marginal en relación al segundo, «bien ordenados». Aquí radica la mayor dificultad, y la perspectiva más prometedora. En efecto, la posibilidad (estríctamente inédita y sin ningún tipo de precedente, cosa que con frecuencia se olvida) de efectuar en un abrir y cerrar de ojos miríadas de operaciones elementales ofrece a los investigadores, desde hace treinta años, la comodidad de imaginar como ellos quieran los más complejos «algoritmos», con la certeza de que esta estructura de operaciones será efectivamente ejecutable. Hasta los años 60, la mayor parte de los científicos habían trabajado bajo el condicionante de lo que podríamos llamar la «ejecutabilidad» de todas las operaciones de tratamiento de la información, en primer lugar los cálculos. La desaparición de este condicionante ha revolucionado las prácticas a menudo seculares y ha significado desarrollos acelerados en diversas direcciones que estaban bloqueadas por este obstáculo puramente concreto, y que por eso no eran frecuentadas por nadie.

¿Existen desarrollos potenciales de este género que puedan ser propios a la medievalística o que, por lo menos, le conciernan directamente? La respuesta es indiscutiblemente afirmativa: bajo dos aspectos que, aunque imbricados, conviene en principio examinar por separado y que son la manipulación de las fuentes y el conjunto de los procedimientos estadísticos.

Cambios en las técnicas auxiliares

La informática modifica profundamente todas las actividades que de manera tradicional han sido clasificadas bajo la etiqueta falaz de «ciencias auxiliares» (=técnicas auxiliares). Como ya hemos señalado, un diccionario en CD-ROM presenta una serie de ventajas destacables. En los próximos años se accederá, en condiciones análogas, no sólo a los propios textos (esto ya ocurre en parte), sino también a las imágenes de los manuscritos; a series de fotos y planos de edificaciones, en el conjunto de los documentos contenidos en lo que se llama «informes de excavación»; a vastos conjuntos de reproducciones de objetos y de imágenes. Naturalmente, en todos los casos, y particularmente para los objetos e imágenes, se ha planteado y se planteará la espinosa cuestión de la indexación. Los resultados obtenidos, demuestran que se pueden tener esperanzas razonables. *Para los textos, las perspectivas de conjunto son* extraordinarias, ya que se puede acceder fácilmente a las mismas formas, a través de conjuntos de varias decenas, incluso de varias centenas de millones de palabras. Podemos imaginar de aquí a muy pocos años un acceso casi directo a lo esencial de los textos ya editados y que fueron redactados entre 500 y 1500 (o 1600). ¿Es posible pensar que ésto no tenga importantes consecuencias en la aproximación y la explotación de los documentos?

La estadística

La abundancia desconcertante, en tan poco tiempo, de materia disponible en relación a los textos y a las palabras será (ya es) un obstáculo temible. Las estadísticas nos llevan a abordar los métodos permitiendo, entre otras cosas, resolver numerosos temas. Si hasta ahora, los medievalistas han hecho de ésta sólo un uso homeopático, la situación podría evolucionar, sólo por el hecho de las enormes cantidades disponibles, léxicas en particular. El tema es extenso, e incluso una visión superficial necesitaría la dedicación de algunas páginas más. Deberé contentarme aquí con anotaciones puntuales.

Vimos más arriba el lúgubre destino de la «historia cuantitativa». El desmoronamiento y la debacle de esta «especialidad» durante los años 80 estuvo causada sólo de manera tangencial por la ausencia de resultados significativos; de momento, no se ha emprendido ninguna crítica metódica y el desarrollo de los usos estadísticos formales ha sufrido con ello una gran contrariedad. Debido a *que el «cuantitativismo» no necesita de ningún aprendizaje* verdadero bastará un

poco de habilidad para poder avanzar algunos «resultados» sin que sea necesario exponer detenidamente, con un vocabulario técnico apropiado, los procedimientos utilizados. Por otra parte, el carácter *a priori* restringido del campo del «cuantitativismo» permitió a los historiadores tener la conciencia tranquila, al considerar que este campo era ajeno a su dominio.

Sin embargo, la derrota piadosa del «cuantitativismo» ha tenido al menos dos efectos positivos:

1) se ha desmoronado la idea de que se puede hacer cualquier cosa útil con la aritmética y sus cuatro operaciones, y es menos difícil hacer entender que los números son una realidad *sui generis*, que necesitan métodos apropiados que no se dominan en quince días (contrariamente a la técnica de excavación...);

2) la oposición cardinal entre cuantitativo y cualitativo también ha sido considerada de manera incorrecta y a partir de esto es bastante más fácil hacer entender que los postulados del «cuantitativismo» corresponden a una visión torcida y falaz de la realidad social.[4]

La situación se hizo por tanto confusa y la ausencia prolongada de todo manual (digno de este nombre) de estadística para historiadores es el indicio patente de una dificultad mayor. Incluso después de largos años de práctica, sigo sintiéndome incómodo cuando tengo que presentar los rasgos más característicos de este aspecto fundamental del proceso del historiador racionalista.

DIFÍCIL ENCUENTRO ENTRE LA HISTORIA Y LA ESTADÍSTICA

La estadística nació aproximadamente al mismo tiempo que las otras ciencias, es decir en el siglo XVIII.[5] El recuerdo de nombres como Bernouilli, Euler, d'Alembert, Condorcet y sobre todo Gauss es suficiente. Nos podríamos conformar con la definición «antigua»: *estudio metódico de los hechos sociales por procedimientos numéricos.* Aunque esta disciplina ha conocido después desarrollos extraordinarios; los más antiguos no siempre son los más fructíferos y sorprendentes: lo que todavía hoy seguimos llamando estadística «clásica» data de

4. Incluso al nivel de generalidad superficial en el que estamos, se debe recordar que el bagaje matemático medio de los alumnos de un instituto (de la rama llamada abusivamente, «científica») no tiene más que una relación lejana con lo que son las matemáticas en tanto que actividad científica. Para hacerse una idea general por ejemplo en Philip J. Davis y Reuben Hersh, *L'Univers mathématique*, París, 1985 [orig. 1982]; Ian Stewart, *Les Mathématiques*, París, 1989 [orig. 1987]. Si se pueden conseguir, se leerá con agrado y provecho dos números especiales de las revistas de divulgación: «Les nombres», *La Recherche*, número especial 278-1995; «Le hasard», *Pour la science*, número especial abril 1996.

5. Alain Desrosières, *La Politique des grands nombres. Histoire de la raison statistique*, París, 1993. Jacques Mairesse (ed.), *Estimation et sondages. Cinq contributions à l'histoire de la statistique*, París, 1988. Michel Armatte, «Robert Gibrat et la loi de l'effet proportionnel», *Mathématiques, informatique et sciences sociales*, 33-1995, pp. 5-34. Elementos que es necesario ubicar en el marco general de la historia de las matemáticas; ver, entre muchos otros, Jean-Paul Collette, *Histoire des mathématiques*, Montreal, 1973-1979.

entreguerras,[6] los métodos llamados (presuntuosamente) de «análisis de datos» han tenido su apogeo en los años 70,[7] y bloques enteros (fractales,[8] análisis espacial[9]) no pasaron al estado de aplicaciones practicables hasta los años 90. La situación se hizo increíblemente inestable porque se trataba, casi por definición, de una «rama aplicada» de las matemáticas. El medievalista que busca en una librería «manuales de estadística» sucumbe bajo una avalancha de obras, todas más o menos equivalentes, destinadas principalmente a los economistas y minoritariamente a los estudiantes de medicina, que presentan bajo un desagradable aspecto algebráico, conjuntos de procedimientos (la mayor parte «clásicos», es decir anteriores a 1960, es decir de un alcance y de una utilidad restringidos) de los que resulta imposible imaginar su utilización en historia medieval.

Las estadísticas sirven sobre todo para ganar dinero:[10] previsiones de venta, seguros, especulaciones bursátiles; elección de nuevos medicamentos, de nuevos productos para la cultura o la enseñanza; determinación del emplazamiento de una prospección petrolífera; tests de reclutamiento; clasificación de los clientes por perfiles; encuestas de opinión para vender mejor un producto o un discurso político. Lo que se llama púdicamente «previsión» o «ayuda a la decisión». Globalmente, se trata de formas diversas de extrapolaciones: conociendo ciertos elementos de una situación, ¿cómo construir una visión lo más exacta posible de lo que no se conoce y que aún no se ha producido? Se podría tener la impresión de que la estadística ha permanecido encerrada en el marco de su nacimiento, el problema del juego y de las apuestas resuelto por Pascal. Afortunadamente, después de mucho tiempo, hemos caído en la cuenta de que una buena

6. Resumen conciso y muy claro: André Vessereau, *La Statistique*, París, 1947 (varias decenas de reediciones...).

7. Rápida presentación de Gilbert Saporta, *Théories et méthodes de la statistique*, París, 1978 (que articula métodos clásicos y métodos multidimensionales). Desarrollos muy eficaces en Philippe Cibois, *L'Analyse factorielle*, París, 1983; *L'Analyse des données en sociologie*, París, 1984.

8. Benoît Mandelbrot ha desempeñado un papel decisivo, ya que ha visto la extrema generalidad de aplicación de las leyes de Pareto-Lévy y ha forjado el neologismo de *fractal*. B. Mandelbrot, *Fractals. Form, Chance and Dimension*, San Francisco, 1977. Para los datos cronológicos, trabajo fundamental de Daniel Zajdenweber, *Hasard et prévision*, París, 1976. Para los datos espaciales, Pierre Frankhauser, *La Fractalité des structures urbaines*, París, 1994. André Dauphiné, *Chaos, fractales et dynamiques en géographie*, Montpellier, 1995.

9. Graham J. Upton y Bernard Fingleton, *Spatial Data Analysis by Example*, Nueva York, 1985-1989. Noël A. Cressie, *Statistics for Spatial Data*, Nueva York, 1993. Más acequibles, Christine Voiron, *Analyse spatiale et analyse d'images*, Montpellier, 1995. Michéle Béguin y Denise Pumain, *La Représentation des données géographiques. Statistique et cartographie*, París, 1994. En este ámbito, señalaremos únicamente el desarrollo extremamente rápido de un nuevo tipo de herramienta, la base de datos espaciales, bautizada ordinariamente SIG (sistema de información geográfica). Stewart Fotheringham y Peter Rogerson (ed.), *Spatial Analysis and GIS*, Londres, 1994.

10. Bernard Coutrot y Fernand Droesbeke, *Les Méthodes de prévision*, París, 1984. En la medida en que estas previsiones no son profecías, y son frecuentemente empleadas como herramientas de manipulación (en el sentido negativo del término), provocan a menudo una desconfianza basada en un empleo, no siempre fundamentado, de un espíritu crítico armado más de buena voluntad que de competencia real: Jean-Louis Besson (ed.), *La Cité des chiffres, ou l'Illusion statistique*, París, 1992.

previsión reposaba más sobre el conocimiento de la estructura correspondiente que sobre la masa de «datos» disponibles, si bien la mayor parte de los esfuerzos de los estadísticos ha recaído sobre la actualización de la organización del objeto observado, y sólo secundariamente sobre las extrapolaciones. De tal forma que una gran masa de «procedimientos estadísticos» posee una considerable eficacia fuera de toda perspectiva previsionista.

Propiedades estadísticas de los «datos» medievales

Dos grandes dificultades no tienen aún una solución netamente establecida: 1) ¿qué significa la noción (fundamental en estadística) de *probabilidad*, aplicada a los fenómenos ocurridos hace mucho tiempo?,[11] 2) ¿cómo segregar, no sólo los métodos puramente previsionistas, sino también todas las implicaciones de esta perspectiva en los sectores que están aparentemente indemnes?[12] Estas dificultades son el reverso de aquellas con las que uno se tropieza si intenta organizar un *corpus* coherente de los métodos que podrían constituir una *estadística histórica* propiamente dicha: entendiendo que el objetivo es exclusivamente actualizar las estructuras, las fuentes disponibles determinan ineluctablemente los caracteres fundamentales de los «datos» propiamente históricos que, según el ángulo bajo el que se les considera, son:

1) Incompletos; el medievalista lo sabe mejor que nadie: dispone de algunos datos para un cierto intervalo, en una cierta zona, de algunos fragmentos de otro lugar, de un bloque más compacto también de otro lugar, etc. Con estas piezas y fragmentos, es necesario por tanto intentar reconstruir un tejido continuo...[13]

2) Desviados; las lagunas no se disponen al azar; dicho de otra forma, los «datos» no son de ninguna forma asimilables a un patrón aleatorio; todo lo contrario, es necesario en general suponer las condiciones diferenciales de conservación (y de representatividad); pero estas desviaciones son inevaluables *a prio-*

11. En el marco «clásico», la dificultad se marcaba sobre todo por la distinción (no del todo clara) entre «probabilidades» y «estadísticas descriptivas» (véase por ejemplo los dos excelentes manuales de un antiguo director de l'INSEE, Gérard Calot, *Cours de calcul des probabilités*, París, 1964; *Cours de statistique descriptive*, París, 1965). Se encuentra la misma dificultad en: Armin Bunde y Shlomo Havlin (ed.), *Fractals in Science*, Berlin, 1994, que distinguen «*deterministic fractals*» y «*random fractal models*» (pp. 2-17). Reflexión más profunda de Maurice Allais, «Fréquence, probabilité et hasard», *Journal de la société de statistique de Paris*, 1983, pp. 70-102 y 144-221.

12. Un caso reconocible es el del uso irreflexivo del método de previsión planteado por los dos estadísticos ingleses G. E. Box y G. M. Jenkins. Este método es hoy en día uno de los más eficaces en el terreno de la previsión. Método en extremo empírico, que tiene en cuenta los modos de fluctuación de una curva y de la tendencia final: en cierta manera, se acerca más a un tratamiento puramente gráfico. ¿Pero, por qué no utilizarlo para llenar las lagunas por interpolación? La etapa siguiente, que consiste en examinar el residuo que queda de una lectura con este método, es una acrobacia en la que se juega con números vacíos de cualquier significado.

13. Tentativa a partir de archivos contables: A. Guerreau, «Analyse statistique des finances municipales de Dijon au XV^e^ siècle. Observations de méthode sur l'analyse factorielle et les procédés classiques», *Bibliothèque de l'École des Chartes*, 140-1982, pp. 5-34.

ri y lo que ocurre con más frecuencia es que ellas mismas son también variables...[14]

3) Heterogéneos; el análisis de la estructura de una población supone que esta población sea homogénea, al menos bajo el ángulo de los caracteres que se estudian; si dos poblaciones de efectivos comparables están mezcladas, las gradaciones de cada carácter y con mayor motivo los vínculos entre caracteres se hacen indetectables. Se puede considerar que, *grosso modo*, la estadística es el arte de las comparaciones razonadas; lo que implica no comparar más que lo que es comparable: se podrán hacer todos los cálculos imaginables y aportar resultados matemáticamente exactos, pero si se aplican estos procedimientos a objetos que no tengan ninguna relación entre ellos, estos resultados estarán desprovistos del más mínimo sentido; la pieza más temible bajo este punto de vista es la llamada de las «series largas»: más allá de un cierto intervalo de tiempo, los objetos casi idénticos en apariencia no tienen (y no pueden tener) el mismo sentido, se encuentran formando parte de estructuras sociales muy diferentes;[15] la comparación tiende entonces a sugerir una continuidad ficticia y la ilusión gráfica apoya el contrasentido...

Actualmente, existen diversas posibilidades para afrontar estos problemas y es cierto que los esfuerzos apropiados permitirán constituir un conjunto más rico y articulado de soluciones específicas. Pero estos caracteres propios de los datos históricos no cambian en nada el hecho de que los llamados datos medievales, como todos los datos de las ciencias sociales, deben someterse completa e integralmente a los métodos estadísticos que, desde múltiples perspectivas, constituyen una herramienta heurística irreemplazable. Nos limitaremos aquí a algunas reflexiones reagrupadas alrededor de cuatro palabras claves: exploración, indicador, modalidad, gráfico.

Exploración

Los procedimientos estadísticos son exploratorios, y es difícil creer que puedan ser de otra manera. Es un contrasentido rechazable y obstinado atribuirles virtudes demostrativas, con mayor motivo explicativas.[16] La estadística no elabora ni datos ni hipótesis y no puede reemplazar los razonamientos. Permite, y esto es bastante, examinar las propiedades de un conjunto numérico, precisar las relacio-

14. Tentativa sobre tres series de datos de vendimias: A. Guerreau, «Climat et vendanges (XIV^e-XIX^e siècles): révisions et compléments», *Histoire & Mesure*, 10-1995, pp. 89-147.

15. Una lección de método ejemplar sobre la imposibilidad de dar crédito a apreciaciones subjetivas enlazadas la da Ezio Ornato, «L'exploitation des sources narratives médiévales dans l'histoire du climat: à propos d'un ouvrage récent», *Histoire & Mesure*, 3-1988, pp. 403-449. Otra tentativa, mostrando la imposibilidad de determinar los conjuntos entre los deanes cluniacenses del siglo XII si se ubican en la misma tabla los recursos de los dominios y los que provienen de las rentas: A. Guerreau, «Douze doyennés clunisiens au milieu du XII^e siècle», *Annales de Bourgogne*, 52-1980, pp. 83-128.

16. Henry Rouanet, Marie-Paule Lecoutre, Marie-Claude Bert, Bruno Lecoutre y Jean-Marc Bernard, *L'Inférence statistique dans la démarche du chercheur*, Berna-Berlín, 1991.

nes entre dos o más conjuntos numéricos. Pero contrariamente a los matemáticos, susceptibles de considerar los números por sí mismos, el historiador no emplea éstos más que como indicadores relativos de las realidades históricas. Éstas últimas no podrían reducirse a números. El razonamiento estadístico, considerando sólo números, se aplica pues a datos heterónomos,[17] y por tanto sólo puede tener un papel auxiliar, a menudo necesario pero en ningún caso suficiente.

Inevitablemente, todo conjunto de «datos» resulta de una serie de elecciones, toda aplicación de un procedimiento estadístico es el fruto de una serie de elecciones; hay que saberlo y, desde cualquier punto de vista, es preferible explicitar estas elecciones. Dicho esto, la noción de *exploración* adquiere todo su sentido. Después de haber seleccionado los conjuntos de indicadores numéricos relativos a las realidades históricas que se intentan desarrollar, el investigador intenta extraer información de estos indicadores. Éstos, en efecto, guardan frecuentemente información *potencial*, pero *indiscernible* en el sentido de que las relaciones de las que estos indicadores llevan la huella no se manifiestan, siendo incluso a menudo estrictamente inapreciables en una lectura directa. Los tratamientos estadísticos sirven simplemente para extraer esta información potencial, para hacerla *disponible*. En cualquier exploración, los conocimientos y las habilidades técnicas, pero también la imaginación, la obstinación y la paciencia desempeñan un papel decisivo. Una vez que los indicadores han sido explotados, hay que volver a considerar el objeto de investigación, a partir de este momento, más *esclarecido*. El paso de la información potencial a la información disponible, parece ser la mejor definición del uso de la estadística en lo que tiene de exploración.

Indicadores

La práctica histórica consiste frecuentemente en intentar comprender una magnitud poco accesible, estudiando otra realidad, de la que se piensa, en base a razonamientos fundados, que está estrechamente vinculada a ella, y que en general es proporcional. El conocimiento del conjunto de la vestimenta de un individuo puede dar una idea bastante precisa sobre su talla, e incluso sobre su peso. De esta forma, se ha intentado con éxito, evaluar la talla de los aristócratas de los siglos XV y XVI estudiando series de armaduras datadas.[18] Actualmente, conocemos la gran investigación sobre los diezmos en la Francia moderna que, una vez censados, permiten una evaluación de la evolución de la producción agrícola global. Un tema candente.[19] Una de las genialidades de Jacques Le Goff ha con-

17. Talla, cantidad, frecuencia son *entre otros* caracteres intrínsecos de las relaciones. Si se pretende analizar una relación sin tenerlos en cuenta, pasaremos de largo de informaciones decisivas, pero si nos imaginamos que estos caracteres numéricos tienen un sentido en sí mismos, inevitablemente les haremos decir cualquier cosa.

18. Jean-Pierre Bocquet y Jean-Pierre Reverseau, «Estimation de la stature de la classe féodale d'après les armures du XVIe siècle», *Ethnologie française*, 1-1979, pp. 85-94.

19. Joseph Goy, «Dîmes, rendements, états des récoltes et revenu agricole réel», *Studi storici*,

sistido en formular la hipótesis de una equivalencia entre el hecho urbano en la Francia medieval y el acta de implantación de los conventos de las Órdenes Mendicantes.[20]

Estos ejemplos deberían ser generalizados: una de las mayores tareas del historiador es descubrir buenos indicios, que tal vez sería más razonable denominar *indicadores*: operación puramente científica, ya que es necesario *imaginar una relación abstracta*, imaginar que perfilamos algo inaccesible recurriendo a un aspecto disponible de la documentación que aporta una visión tan numérica como sea posible del fenómeno que se quiere alcanzar.

Un caso que merecería convertirse en clásico es el de la determinación de las secuencias de la composición de páginas en los primeros tiempos de la imprenta.[21] Los impresores retoman el sistema del códice medieval, formado por cuadernos producidos al plegar una hoja en cuatro o en ocho, e imaginaron casi inmediatamente que podían imprimir cada cara de la hoja (cuatro u ocho páginas) en una sola pasada de la prensa. El texto estaba por tanto fragmentado: en un pliegue *in-quarto*, un lado de la hoja recibía las páginas 1-4-5-8, el otro lado las páginas 2-3-6-7, el texto era dividido en cinco segmentos. Si se supone que el impresor disponía de bastantes caracteres como para componer las ocho páginas, pero no más, la composición continua, en el orden del texto, era lenta; de ahí la idea de dividir desde un principio el texto manuscrito en varias partes para poder componer simultáneamente varias páginas. La cuestión que se plantea es: ¿cómo se dividía el texto manuscrito?, ¿cuántas páginas se componían simultáneamente? Nos gustaría en particular separar las originalidades de cada zona y sus evoluciones. La idea de Ezio Ornato parte de una observación: los incunables reproducían los modos de escritura de los manuscritos, en particular utilizando numerosas abreviaturas comunes. La división de los textos antes de la composición era necesariamente aproximativa; el tipógrafo debía «ingeniárselas» para que sus páginas compuestas correspondiesen exactamente al texto previo, siendo suficiente con aumentar o disminuir la frecuencia de las abreviaturas para llegar a un «ajuste» exacto. Contando el número de abreviaturas por página, y estudiando atentamente la repartición de los excedentes y de los defectos en

---

3/4-1968, pp. 794-811. Joseph Goy y Emmanuel Le Roy Ladurie (ed.), *Les Fluctuations du produit de la dîme: conjoncture décimale et domaniale de la fin du Moyen Age au XVIIIe siècle*, París, 1972. Véase también Philip T. Hoffman, «Un nouvel indice de la productivité agricole: les baux de Notre-Dame de Paris, 1450-1789», *Histoire & Mesure*, 6-1991, pp. 215-243.

20. A. Guerreau, «analyse factorielle et analyses statistiques classiques: le cas des Ordres Mendiants dans la France médiévale», *Annales ESC*, 36-1981, pp. 869-912; «Observations statistiques sur les créations de couvents franciscains en France, XIIIe-XVe siècles», *Revue d'histoire de l'Église de France*, 70-1984, pp. 27-60. Se ha mostrado, también, cómo es posible caracterizar los barrios de Saint-Flour a partir del único análisis de datos concernientes a los jardines que poseían los habitantes de cada uno de estos barrios: «Notes statistiques sur les jardins de Saint-Flour (XIVe siècle)», en Jean-Louis Biget (ed.), *Les Cadastres anciens des villes et leur traitment par l'informatique*, Roma, 1989, pp. 341-357.

21. Dominique Coq y Ezio Ornato, «Les séquences de composition du texte dans la typographie du XVe siècle. Une méthode quantitative d'identification», *Histoire & Mesure*, 2-1987, pp. 87-136.

función de la composición de los cuadernos, se puede llegar a identificar con precisión las «zonas de ajuste», y deducir de ahí los puntos de corte *a priori* y, finalmente, el orden de composición. Si diferentes incunables impresos en un mismo lugar y en un mismo momento manifiestan la misma estructura de irregularidades, la solución del problema inicial está a la vista.

En este caso, el número de abreviaturas por página, contado sobre cientos de páginas en decenas de incunables, es, hablando con propiedad, un *indicador* de las secuencias de composición. La noción de *indicador generalizado* debería ser objeto de una atención y de una reflexión continuada.

MODALIDADES

El éxito fulgurante de la noción de modalidad en los veinte últimos años, estrechamente unido al desarrollo de los análisis multidimensionales, es consecuencia de la eficacia prodigiosa de esta herramienta. Los estadísticos tradicionales se han sorprendido de esta eficacia, quedando perplejos por ello, o al menos reticentes. No se ha hecho aún una reflexión abstracta sobre esta noción, sospechosa de cierta ilegitimidad.[22] Esta noción está llamada indudablemente a convertirse en el hecho primordial de la práctica estadística, al menos en las ciencias sociales.

En primer lugar, recordemos brevemente de que se trata. Supongamos que el análisis lo realizamos sobre un grupo de individuos, de los cuales se quiere examinar por ejemplo la edad, el color de los ojos, los ingresos, la profesión, las opiniones políticas, religiosas, etc. En cada una de estas perspectivas (=«caracteres»), separaremos sin mucha dificultad, del abanico del total de posibilidades, un cierto número de clases (=«modalidades»), quedando ubicado cada individuo en una (al menos) de estas clases; el caso más simple es el conjunto binario (dos modalidades: si/no, presencia/ausencia), no hay límite teórico superior. En la práctica rutinaria de los análisis multidimensionales, el análisis se inscribe en tablas rectangulares, cada línea corresponde a un individuo; a cada modalidad de cada carácter estudiado le corresponde una columna; sobre cada línea (individuo) se pone 1 en la intersección con todas las columnas que corresponden a modalidades a las cuales el individuo pertenece, y 0 en los demás casos. La tabla no tiene más que 0 y 1; se le puede aplicar una variedad considerable de tratamientos estadísticos. Los análisis estandarizados permiten reagrupar a los individuos que se aproximan a los criterios escogidos, o analizar las diversas correlaciones entre criterios; lo más interesante y eficaz es llegar a efectuar simultáneamente estas dos operaciones.

22. Henry Rouanet, Brigitte Le Roux y Marie-Claude Bert, *Statistiques en sciences humaines, 1. Procédures naturelles*, París, 1987, pp. 16-17. No podría dejar de recomendar la lectura de tres volúmenes publicados bajo la dirección de Henry Rouanet (con la colaboración de B. Le Roux, M.-C. Bert y J.-M. Bernard), que constituyen una de las aproximaciones más reflexivas y coherentes de una estadística entendida como estrictamente combinatoria: 1. *Procédures naturelles*, 2. *Analyse inductive des données*; y 3. *Analyse des données multidimensionales*, París, 1987, 1990 y 1993.

Mencionemos esquemáticamente un ejemplo histórico simple.[23] El conjunto a estudiar está constituido por algunos miles de manuscritos producidos en el norte de Francia entre el siglo IX y XV. De cada uno, se conoce con más o menos precisión la fecha de composición, el lugar de la copia, la categoría de los textos contenidos, la paginación, la materia (pergamino o papel), el tamaño (longitud-altura), y cierto número de otros caracteres técnicos. El medievalista que conoce la codicología puede sin esforzarse mucho dividir cada carácter en modalidades: por la fecha, los siglos; por el lugar, las diócesis; por el contenido, Biblia/patrística/teología/liturgia/derecho, etc.; por la paginación, líneas largas o una o dos columnas; por las dimensiones, se puede separar el *continuum* de las medidas en un cierto número de clases, etc. A partir de ahí, son posibles una multitud de tratamientos, ya sea sobre la población total, o sobre los subconjuntos, con el fin de determinar correlaciones, totales o parciales, oposiciones, tendencias globales, originalidades localizadas en el tiempo, en el espacio, según el tipo de texto, etc. Como se puede ver, no existe otro límite aquí que la paciencia y la imaginación del investigador. Es fácil concebir que una investigación de este tipo sea susceptible de aportar sobre la producción de los manuscritos en la Francia medieval puntos de vista enteramente inéditos, capaces en sí mismos de enriquecer sustancialmente nuestro conocimiento de la sociedad en esta época.

Es difícil imaginar un carácter que no pueda dividirse en modalidades, *cualquiera que sea la forma a priori del carácter*: *continuums* numéricos, respuestas a una cuestión u opinión, cualidades o propiedades. La práctica demuestra, más allá de toda discusión, lo que un razonamiento abstracto habría permitido establecer después de mucho tiempo: la oposición cualitativo/cuantitativo, a la que muchos han atribuido una significacion propiamente metafísica, no es más que un aspecto lateral y secundario de las realidades, cuando no se trata de un artefacto producto de un dogma de oscuros fundamentos.

La universalidad del campo de aplicación de la noción de modalidad se explica en pocas palabras: ningún *fenómeno* puede existir si no tiene alguna magnitud de tamaño, intensidad, frecuencia y orden. El lenguaje corriente, que refleja la aprehensión inmediata de la realidad, aporta la prueba en cada frase; este lenguaje está en efecto basado ampliamente en redes de oposiciones que ponen permanentemente en juego este aspecto consustancial a toda realidad: grande/pequeño, claro/oscuro, rico/pobre, plausible/increíble, notable/insignificante, general/particular, frecuente/infrecuente, caminar/correr, preguntar/responder; todas estas parejas reposan, necesariamente (aunque de forma implícita), sobre procedimientos de comparación. Ahora bien, la estadística puede definirse como el arte de las comparaciones razonadas. La noción de modalidad, aplicándose a cualquier realidad, y permitiendo así precisar y afinar los procedimientos de comparación (incluso los más sofisticados) sobre cualquier tipo de carácter, es por tanto, en toda lógica, la herramienta privilegiada de generalización del empleo de la estadística.

23. Ejemplo directamente inspirado en Carla Bozzolo y Ezio Ornato, *Pour une histoire du livre manuscrit au Moyen Age. Trois essais de codicologie quantitative*, París, 1980, *suplemento*, París, 1983.

GRÁFICOS

Jacques Bertin[24] ha tenido el gran mérito de llamar la atención de los investigadores sobre la eficacia de los gráficos *bien concebidos*, que pueden ser más que simples medios de referencia y de ilustración. Demostró de forma definitiva que existen buenos y malos gráficos. ¡Cuántos gráficos ilegibles e inútiles encontramos al azar en libros y revistas! Habría que resumir sus enseñanzas de forma contundente bajo la fórmula «reglas de Bertin», que sería deseable inculcar sistemáticamente a los estudiantes.

Los micro-ordenadores representan en esta perspectiva un cambio radical. Existen excelentes programas gráficos que permiten presentar bajo formas variadas los diversos tipos de datos, univariados, bivariados, multivariados, cronológicos, y todo esto modificando *ad libitum* las escalas, los informes, las inscripciones. Estos gráficos se proyectan sobre la pantalla en pocos segundos y pueden imprimirse en pocos minutos. Se ha facilitado considerablemente la exploración preliminar de los datos; la visualización de los resultados intermedios se efectúa en un abrir y cerrar de ojos, filtros, ajustes, análisis factoriales. Jugamos alegremente con las selecciones, las anamórfosis, los zooms, incluso las animaciones.[25]

Sin embargo, es necesario mantener la cabeza fría. Si este género de procedimiento es ideal para examinar con una rapidez óptima la forma de una distribución o de una nube de puntos, no existe utilidad real si no es correlativa con una buena formación estadística. ¿Para qué localizar la forma de una distribución si no se tiene presente una gama suficiente de formas estándar, lo que permitirá limitar la elección de posibles ajustes, después de efectuar la división en clases más apropiadas o de determinar los parámetros más representativos? Una distribución que, a primera vista, parece simétrica, podrá ser declarada no simétrica por un simple test y confirmar en definitiva que contiene alguna anomalía interesante.

En dos palabras: las exploraciones gráficas son irremplazables, pero hay que tener cuidado con las ilusiones gráficas. Los gráficos aportan una ayuda preciosa pero no pueden reemplazar los cálculos.[26] Los comentarios finales de un trabajo deben estar siempre apoyados por un análisis de cifras relacionadas con las

24. Jacques Bertin, *Sémiologie graphique. Les diagrammes, les réseaux, les cartes*, París, 1967; *La Graphique et le Traitement graphique de l'information*, París, 1977.

25. No se trata de una *posibilidad*, pero sí de una *necesidad*: la realización de un gráfico implica en todos los casos una serie de elecciones, en función de las cuales los resultados visuales podrían ser bastante diferentes, incluso opuestos. La labor de exploración consiste precisamente en intentar sucesivamente numerosos valores de parámetros, evaluar las diferencias e interpretarlas. Es a través de este proceso, que puede ser largo, como se llega finalmente a ver cómo «se mueven las estructuras», lo que puede ponernos en la vía de la identificación de las relaciones pertinenentes. Colette Cauvin, Henri Reymond y Abdelaziz Serradj, *Discrétisation et représentation cartographique*, Montpellier, 1987.

26. Contrariamente a lo que J. Bertin ha dado a entender. Aunque él razonaba en un época en la que la estadística se efectuaba con tablas numéricas y ábacos, y su finalidad consistía en simplificar los cálculos.

realidades sociales. No se debe aceptar en ningún caso a título de «prueba» o de conclusión, los enunciados del género: «sobre el gráfico 3, se ve bien que los puntos que representan ésto están a la derecha, y que aquellos que representan lo otro están a la izquierda...», o incluso: «sobre el gráfico 4, se ve bien que las variables a y b aumentan mucho, la variable c netamente menos»... Aún peor es que un autor proponga gráficos *en lugar* de datos: se raya la superchería; y, en cualquier caso, nos salimos del marco de una publicación científica.

EJEMPLOS PERTINENTES

Señalaremos brevemente dos (tres) ámbitos en los que a partir de ahora esperamos tener resultados sustanciales: la arqueología y la estadística léxica.

Los excavadores por naturaleza están, por así decirlo, confrontados con las masas de objetos más o menos informes y difícilmente distinguibles. No es pues sorprendente que hayan sido los primeros entre los cientificistas sociales que se han esforzado en aplicar los procedimientos estadísticos disponibles, incluso en inventarlos.[27] François Djindjian, que puso en marcha un procedimiento original y eficaz de reconstitución del proceso de extensión de los cementerios (topocronología), es también el autor del único manual de estadística[28] sobre datos de naturaleza histórica que está completamente articulado.

La estadística léxica se encuentra en una situación extraña. Se han obtenido resultados interesantes, aunque los fundamentos teóricos de las distribuciones léxicas no han sido aún verdaderamente aclarados. La cuestión puntual de la clasificación de los manuscritos por familias en función de las variantes, que interesa particularmente a los medievalistas, recibe una solución relativamente simple utilizando el análisis factorial de las correspondencias. Se pueden calcular suplementariamente los coeficientes de proximidad, ponderados eventualmente en función de la importancia que se le atribuye a tal o cual variante.[29] Otra dificultad con la que los medievalistas tropiezan corrientemente es la identificación de textos anónimos o no fechados. Se han experimentado diversos procedimientos, pero los resultados no son claros y lamentamos que las investigaciones, comenzadas a partir de los años 60,[30] no sean más activas. Sin embargo, es un sec-

27. Henri Ducasse (ed.), *Panorama 1985 des traitements de données en archéologie*, Juan-les-Pins, 1985. Charlotte Carcassonne, *Méthodes statistiques en numismatique*, Louvain-la-Neuve, 1987.

28. François Djindjian, *Méthodes pour l'archéologie*, París, 1991; «Nouvelles méthodes pour l'analyse spatiale des sites archéologiques», *Histoire & Mesure*, 5-1990, pp. 11-34 (número especial sobre las estadísticas aplicadas a la arqueología).

29. Jean Irigoin y Gian Piero Zarri (ed.), *La Pratique des ordinateurs dans la critique des textes*, París, 1979. A. Guerreau y Marie-Anne Polo de Beaulieu, «Classement des manuscrits et analyses factorielles. Le cas de la *Scala coeli* de Jean Gobi», *Bibliothéque de l'École des Chartes*, 154-1996, pp. 359-400.

30. Pierre Guiraud, «L'évolution du style de Rimbaud et la chronologie des *Illuminations*», *Problèmes et méthodes de la statistique linguistique*, Dordrecht, 1959, pp. 127-138.

tor del que podemos esperar mucho.[31] Por último, el estudio de la frecuencia de las ocurrencias y de las co-ocurrencias, que es susceptible de aportar una ayuda decisiva en el análisis del significado mismo de los textos, chapotea en un callejón sin salida del que le cuesta escapar. Por supuesto, la simple lectura de una concordancia aporta informaciones esenciales de naturaleza diferente a las impresiones producidas por una lectura, por más atenta que sea. Pero la comparación de las frecuencias, sin la cual no se puede hablar de estadística léxica, supone conocer suficientemente los caracteres de las distribuciones llamadas frecuencias. Los trabajos ya antiguos de Benoît Mandelbrot,[32] o más recientes de Marc Barbut,[33] han demostrado indiscutiblemente que estamos dentro de un universo en el que todo procedimiento fundado sobre distribuciones normales o binomiales (o derivados) no puede conducir más que a perfectos errores de cálculo. Un enorme programa para los años venideros.

Haremos una simple alusión al problema de la metrología medieval. Hasta ahora las investigaciones en este dominio han sido poco numerosas y dirigidas con una perspectiva excesivamente estrecha y árida, la de la determinación del valor de las antiguas medidas. Si en efecto se trata de uno de los objetivos a alcanzar, la investigación no puede ser fructífera más que combinando consideraciones socio-económicas (el uso concreto de las medidas),[34] intelectuales (manipulaciones numéricas)[35] e ideológicas (significación de los números y de las magnitudes de los objetos medidos en el marco del sistema de representación medieval).[36] En la práctica, el tratamiento de las fuentes necesita de cálculos cuya dirección implica sólidas nociones de estadística.

ALIUD EXEMPLUM

Lo que está en juego es lo bastante importante como para que insista un poco más, volviendo un instante sobre un ejemplo que he tratado en otro momento: la relación de las ciudades y los conventos de las Órdenes Mendicantes en la Fran-

31. Visión de conjunto en: «Analyse discriminante textuelle», en Ludovic Lebart y André Salem, *Statistique textuelle*, París, 1994, pp. 241-282.

32. Benoît Mandelbrot, «On the Theory of Word Frequencies and on Related Markovian Models of Discourse», en Roman Jakobson (ed.), *Structure of Language and its Mathematical Aspects*, Providence, 1961, pp. 190-219.

33. Marc Barbut, «Note sur l'ajustement des distributions de Zipf-Mandelbrot en statistique textuelle», *histoire & Mesure*, 4-1989, pp. 107-119; «Une remarque sur l'expression et l'ajustement des distributions de Zipf-Mandelbrot en statistique textuelle», *Mélanges André Lentin*, París, 1996.

34. Witold Kula, *Les Mesures et les hommes*, París, 1984 [1970].

35. Guy Beaujouan, «Nombres», en Jacques Le Goff y Jean-Claude Schmitt (ed.), *Dictionnaire raisonné de l'Occident médiéval*, París, 1999, pp. 834-844.

36. Konrad Hecht, *Maß und Zahl in der gotischen Baukunst*, Hildesheim, 1979. A. Guerreau, «L'analyse des dimensions des édifices médiévaux. Notes de méthode provisoires», en Nicolas Reveyron (ed.), *Paray-le-Monial. Brionnais-Charolais. Le renouveau des études romanes*, Paray-le-Monial, 2000, pp. 327-335; «Mesures du blé et du pain à Mâcon (XIVᵉ-XVIIIᵉ siècles)», *Histoire & Mesure*, 3-1988, pp. 163-219.

cia medieval.[37] Al principio, utilizaba la hipótesis de trabajo, original y considerable, elaborada por Jacques Le Goff, que consiste en considerar los conventos de las cuatro principales Órdenes Mendicantes como un *indicador* de pertenencia de una localidad a la red urbana. De esta etapa, hay que subrayar dos puntos esenciales: 1) la hipótesis es la elección de un *indicador*; ningún indicador es perfecto, pero en lo esencial, la estadística social se sirve de indicadores, que son la herramienta habitual para entender realidades más o menos abstractas que no se pueden medir directamente; 2) la hipótesis es global; no se trata de producir una cantidad de referencias puntuales, sino de definir una *red*, y es por esto precisamente por lo que la hipótesis es verdaderamente consistente. Partiendo por tanto de esta hipótesis, me pregunté sobre las propiedades de este indicador en el aspecto en que se le considera de alguna forma como la imagen de una red, y es a partir de eso que, a mi vez, he construido una doble hipótesis, referente a las propiedades de equilibrio de esa red, por un lado en su repartición espacial, y por el otro en su estructura jerárquica. Para concluir, creo poder afirmar que existían dos redes distintas, una en la Francia del Norte, la otra en la Francia meridional; el examen de la dinámica de creación de nuevos conventos me ha llevado a sugerir que el acta de los conventos mendicantes en el primer cuarto de siglo XIV daba directamente una visión satisfactoria de la red urbana septentrional; por el contrario, en la parte meridional aparecieron graves dificultades que me condujeron a definir criterios de restricción que, una vez aplicados, permitían igualmente pasar del mapa de los conventos mendicantes al de la red urbana. Se trata ahí, de forma completamente habitual, de la localización y de la corrección de una desviación del indicador.

En una nota de su bella tesis sobre el Condado Venaissin a finales de la Edad Media, Monique Zerner rebatió parcialmente mi trabajo:[38] se queja de que mi análisis conduce a no considerar Carpentras como una ciudad. Para Zerner, está fuera de toda discusión que Carpentras era una ciudad. Se trata de un ejemplo típico de una objeción inválida: demostraremos por qué. Las objeciones pueden ser de dos tipos: un error en el razonamiento estadístico, o bien un resultado globalmente discutible. Si ninguno de estos dos aspectos se cuestiona, un comentario parcial tiene poco sentido; todo lo más que puede hacerse, es apuntar el caso excepcional, la anomalía, saliéndose claramente del marco producido por la conclusión del estudio; pero entonces hay que aportar argumentos ubicándose en el marco analítico adoptado, y éste no es manifiestamente el procedimiento de Monique Zerner. En el fondo, la única objeción coherente (fuera del aspecto técnico) que podría hacerse, sería decir simplemente: el criterio escogido pone el listón demasiado alto, numerosas localidades que son desechadas, deberían ser al contrario consideradas parte de la red urbana. Pero esta objeción no es aceptable si no explica los elementos de definición de pertenencia a esta red.

37. Cf. Nota 20, p. 129.

38. Monique Zerner, *Le Cadastre, le Pouvoir et la Terre. Le Comtat Venaissin pontifical au début du XV^e^ siècle*, Roma, 1993, p. 35.

Nos enfrentamos aquí al problema corriente y general de la segmentación por cortes horizontales de una estructura arbórea. En toda zona habitada, las localidades consideradas según un indicador de tamaño se ordenan en un árbol, desde la ciudad más importante hasta las casas más aisladas. Por supuesto, las funciones de las localidades de cada nivel del árbol varían, y estas variaciones difieren sensiblemente según sea la organización de la sociedad considerada. Como frecuentemente ocurre, estas variaciones son graduales, y es necesario por tanto fijar uno o varios umbrales precisos para obtener subpoblaciones casi homogéneas. El indicador suministrado por las Órdenes Mendicantes tiene la inmensa ventaja de ser conocido de forma precisa y uniforme y creo haber demostrado que, mediante una corrección bastante simple para la Francia meridional, se puede destacar una estructura en red en la cual las propiedades destacables de equilibrio parecen asegurar que se trata probablemente de una estructura real. Es más que plausible que esta red continuara hacia abajo; pero ¿a partir de qué nivel decidiremos que salimos del nivel propiamente urbano? No podemos concebir una realidad sin ubicar los umbrales que dividen los *continuum*.[39] No existen jamás soluciones óptimas, incluso si diversas consideraciones empíricas sugirieran algunas reglas prácticas, serían tan sólo simples sugerencias. En el caso de las ciudades, la dificultad radica principalmente en: ¿debemos conformarnos con una repartición binaria ciudades/pueblos, o debemos preferir un número más elevado de términos, por ejemplo ciudades/aldeas/pueblos? El umbral determinado por la utilización del indicador de las Órdenes Mendicantes implica que se escoja la segunda alternativa. Una división ternaria, que permanece manipulable, evita, tratándose por ejemplo de la Francia del siglo XIII, ubicar en la misma categoría París o Toulouse y localidades de 400 o 500 habitantes que, aunque a menudo es difícil considerarlas como pueblos, ejercen un número restringido de funciones urbanas y en un área de tamaño modesto. Aviñón era una ciudad, Carpentras era manifiestamente otra cosa.[40] Repitámoslo, la cuestión del umbral, aunque desprovista de solución óptima, se plantea a escala de la población correspondiente y no caso a caso. Un caso único no significa nada y la acumulación de casos particulares oscurece en lugar de esclareder.

39. Se trata de un problema central de la semántica, y por tanto de la historia. Es, de una forma más general, la cuestión de la relación entre frecuencia y significado, que hace que ninguna semántica sea posible más que apoyándose en consideraciones estadísticas precisas y sólidas. Lo que se comprende fácilmente: no hay significado sin distinciones, y las distinciones reposan sobre las comparaciones. Ahora bien, como hemos recordado, la estadística es el arte de las comparaciones razonadas. Pero distinguir implica decidir, o sea delimitar umbrales. Éstos, fabricados explícitamente por la sociedad misma, o instituidos por el observador, pueden con frecuencia ser ubicados en lugares diferentes y aparecer bajo ciertos puntos de vista como arbitrarios. El trabajo del investigador consiste en aclarar los efectos de la posición de los umbrales que, evidentemente, no son arbitrarios: hay más inconvenientes que ventajas, desde el punto de vista del análisis, si no se distingue los jóvenes de los viejos, los pobres de los ricos, por ejemplo.

40. Este es el fondo de la objeción de Monique Zemer: ella rechaza *a priori* (y sin justificación) ubicar un umbral entre Avignon y Carpentras.

Queda por decir, y no es un detalle, que yo no he escrito que Carpentras no fuera una ciudad, sino que únicamente esta localidad no pertenecía a la red urbana de la Francia meridional, que no es lo mismo. Sugerí incluso que, en esta zona habían existido localidades (numerosas) de carácter urbano no pertenecientes a ninguna red. Se trata de una hipótesis, discutible, pero que está fundada en el análisis preciso de un indicador, a escala de toda Francia. No tengo claro lo que viene a hacer aquí un caso individual.

La estadística obliga a precisar aquello sobre lo que se habla: no prohibe de ninguna manera las elecciones o las aproximaciones, pero aproximaciones definidas y controladas. Impone condicionantes, a menudo penosos, pero estos condicionantes, correctamente comprendidos y utilizados, es decir con rigor e imaginación, constituyen tanto para los medievalistas, como para todo historiador, una herramienta de una eficacia sin igual. En muchos casos, es el único medio para «poner orden» en un conjunto de datos que aparecía, en principio, más como una acumulación que como una estructura. Habiendo evolucionado el estado de las técnicas como lo ha hecho, no podemos rechazar indefinidamente inscribir la estadística entre los *Hilfswissenschaften* de base. Con ello conseguiremos progresos insospechados.

C. LA SEMÁNTICA HISTÓRICA

La tercera orientación práctica sobre la que es indispensable insistir es ciertamente la más importante con relación al futuro de la medievalística. Se trata de la cuestión del significado de las palabras, dicho de otra manera, de la semántica histórica.

TRADUCCIÓN E INGENUIDAD

En mi época de estudiante, solía frecuentar asiduamente, con placer y gran provecho, varios de los seminarios dados por los más ilustres medievalistas. En algunos (algunos solamente) la discusión estaba esencialmente organizada alrededor de los documentos. Generalmente, se efectuaba una traducción que rara vez era comentada. Aunque jamás escuché a ninguno de mis maestros insistir en la pregunta: ¿cómo establecer el significado de una palabra? Recurrir al diccionario apropiado era la *ultima ratio*. Después, he tenido ocasión, gracias a mi esposa, de observar como se confeccionan los artículos del gran diccionario de latín medieval en proceso de redacción.[1] Para cada palabra, se señalan los significados «según el contexto» (es decir, cinco a diez palabras antes y después), se escogen algunos ejemplos para cada significado, y se redacta un breve compendio, en lo posible, con una única palabra francesa equivalente para cada rúbrica. Este último detalle no es anodino; demuestra al contrario con toda la claridad deseada cuál es el postulado fundamental: se trata de llegar a una simple traducción. ¿Se debe traducir la crónica de Radulfus Glaber como traduciríamos un artículo de *Le Monde* al alemán, o un artículo del *Frankfurter allgemeine Zeitung* al francés? La idea de la palabra *traducción*, aplicada, a finales del siglo XX, al FAZ o a Radulfus Glaber, no puede de ninguna manera significar la misma cosa; parece que en los dos casos nunca ha emergido el espíritu de los redactores del *Novum Glossarium*, o el de los redactores del *Mittellateinisches Wörter-*

1. Evitemos todo malentendido: los diccionarios bien hechos son una herramienta fundamental; los medievalistas que no utilizan nunca diccionarios de lengua medieval son unos asnos.

buch. Lo que demuestra, dicho de pasada, que las pretensiones de la filología alemana no están tal vez tan fundamentadas como algunos lo creen.

No es fácil traducir un texto de la FAZ: muchas alusiones, llamadas, señales, segundas intenciones, propias de la cultura alemana actual, desaparecen casi necesariamente, y escapan al lector de la traducción francesa. *Aliis verbis*: el sentido de la traducción francesa será inevitablemente un poco diferente que el sentido del texto alemán. Sin embargo, no existen tantas distancias entre la cultura alemana y la cultura francesa contemporáneas: a lo sumo alusiones, matices, sutilezas. Pero, ¿y para el monje del siglo XI?

Por supuesto, es siempre útil «traducir literalmente», aunque no sea más que para verificar que hemos comprendido las formas, las construcciones y la articulación de frases: sujeto, verbo, complemento, proposición, complemento de lugar, etc. Como lo recuerdan, algunas veces, ciertos colegas inspirados, no se puede ser medievalista si no se sabe latín. Pero, ¿qué entendemos exactamente por esto?

El latín medieval: fluctuaciones, ilusiones, contrasentidos

Cuando, después de haber abierto un libro, quiero cotejar los documentos citados, frecuentemente me quedo horrorizado: no encuentro en el documento prácticamente nada de la interpretación que sobre éste se ha hecho. Examinando el documento desde todos los ángulos posibles, termino por concluir que tal término, o grupo de términos, que yo había comprendido de cierta manera, han sido «leídos» de manera diferente. ¿Cómo decidirse?

Tenía desde hace bastante tiempo dudas sobre el sentido de *curtile* en los documentos de Mâcon de los siglos X y XI. Georges Duby habla de *huerto*, aunque ahonda y escribe: «la parcela central que es el *meix*, el *mansus* en sentido estricto, y que llamamos frecuentemente el cortil (*curtilis*)...», «el cortil es un "patio" (*curtius*), un centro de explotación agrícola, pero de pequeñas dimensiones; ... comúnmente los términos (*mansus* y *curtilis*) son intercambiables y designan ya sea el único centro habitado, o la explotación entera».[2] He tenido recientemente ocasión de examinar con detenimiento todas las parcelas descritas en el cartulario de San Vicente de Mâcon del siglo X y la primera mitad del siglo XI. De muchas de ellas, tenemos las medidas, en varas y pies.[3] El *mansus* jamás ha sido medido, mientras que el *curtile* lo ha sido con frecuencia. El *curtile* es una parcela de medida pequeña o muy pequeña, y sobre todo de una forma que tiende hacia el cuadrado (a diferencia de los campos, y mas aún de las viñas). El *curtile* se encuentra frecuentemente al borde de un camino a diferencia de otros tipos de parcelas. Se encuentran menciones de *curtile cum vinea* o *curtile cum mansione*. Examinando los textos de cerca y de forma metódica, se llega a la simple

2. Georges Duby, *La Société aux XI^e^ et XII^e^ siècles dans la région mâconnaise*, París, 1953, p. 17.

3. A. Guerreau, «L'évolution du parcellaire en Mâconnais, env. 900 env. 1060», en Laurent Feller, Perrine Mane y Françoise Piponnier (ed.), *Le Village médiéval et son environnement. Études offertes à J.-M. Pesez*, París, 1998, pp. 509-535.

conclusión, que el *curtile* era una parcela, mientras que el *mansus* era una edificación o un conjunto de edificaciones. El *curtile* era, en los textos del cartulario de San Vicente de Mâcon, un «espacio cerrado», es decir una parcela cerrada, probablemente con muros. Este espacio cerrado podía incluir una edificación (*curtile cum mansione*) pero también una viña o cualquier otro tipo de cultivo intensivo que requería protección (huerto, vergel). El término *curtile*, en sí mismo, no implica ninguna edificación, aún menos una explotación.

¿Qué dice Niermeyer? Según es su costumbre, desglosa una multitud de acepciones que difieren muy poco entre sí: «1. espacio de terreno cercado que comprende la casa y el jardín... 2. patio, jardín, espacio cerrado lindante a la casa... 3. propiedad domanial... 4. emplazamiento urbano... 5. centro de explotación de un dominio de mediana importancia... 6. dominio...».[4] Claramente, las acepciones 1 y 2 demuestran que Niermeyer ha visto la importancia del muro; pero, sin que se comprenda bien por qué, incorpora la casa. Ahora bien, la mayor parte de los ejemplos que da muestran que las dos acepciones son netamente distintas. Ejemplo: «2. *curtilia, ubi potes casa et scuria super ipsas stabilire...*»: si se puede construir una casa sobre un *curtile*, esto es, me parece, que también se puede dejar de construir, y que en todo caso, en principio, no había ninguna. La investigación de los textos de Mâcon no es generalizable. Simplemente, destaco: 1) que ninguno de los seis sentidos propuestos por Niermeyer ofrece la posibilidad de comprender *curtile* como simple parcela cerrada, y esto me parece un error; 2) que Georges Duby se ha extraviado sobre este punto; es verdad que, en la medida en que la reconstrucción del sistema agrario y de los paisajes no era su objetivo, las consecuencias de esta equivocación no son dramáticas.

Primera conclusión: los diccionarios son útiles por sus ejemplos, pero poco fiables cuando dan las «traducciones». El significado de las palabras más simples no debe ser jamás considerado como evidente *a priori*, y las interpretaciones de los antepasados, incluso los más ilustres, no son las guías más seguras. Este error de dos grandes medievalistas atañe a un término que remite a un objeto concreto, y una investigación poco compleja permite clarificar la situación, al menos dentro de un marco restringido. Aunque, cuanto más abstracta es la realidad mayores son los medios que hay que utilizar.

Vinea

> *Sacrosante Dei ecclesie sancti Vincentii matisconensis civitatis. Ego Raculfus dono pro remedio anime mee unam vineam in pago matisconense, in agro salorniacense, in villa Liviniaco...*

Así comienza el documento 94 del cartulario de la catedral de San Vicente de Mâcon,[5] documento que se atribuye al segundo cuarto del siglo XI. Levigny es

4. Jan F. Niermeyer, *Mediae latinitatis lexicon minus*, Leiden, 1976, s.v. curtile (p. 294).
5. Marie-Camille Ragut (ed.), *Cartulaire de Saint-Vincent de Mâcon*, Mâcon, 1864, p. 71.

una aldea de la comunidad de Charnay-lès-Mâcon, a unos tres kilómetros de la antigua catedral. Y lo peor, es que ahí se cultiva la viña.

Lo peor simplemente porque este aire de «continuidad» material se le aparece al medievalista, crédulo por profesión, como lo que él cree ser la mejor garantía de la «traducción», *Yo, Racoux, dono para la salvaguardia de mi alma una viña situada...* Ahora bien, precisamente, «traducir» *vinea* por *viña* es una perfecta bestialidad. No un error o un contrasentido, sino un puro y simple absurdo: no hay, y no puede haber en el francés actual (o en otra lengua europea) una palabra que sea, incluso lejanamente, un equivalente aceptable del término *vinea* en un documento del siglo XI. Lo que se demuestra con facilidad.

EL CULTIVO DE *VITIS VITIFERA* EN EL SIGLO XI

Primero en el plano material.[6] Una *vinea* del siglo XI estaba sembrada con plantas muy diferentes de las variedades de vid actuales.[7] Esto es, desde finales del siglo XIX, están todas injertadas con «plantas americanas» que no existían en la Edad Media. En una viña actual, todos las plantas pertenecen a la misma variedad (gamay, chardonnay, etc.). Ahora bien, una de las características dominantes de las *vinee* medievales era precisamente estar constituidas por mezclas. Los modos de cultivo (variados) eran también radicalmente diferentes. Todas las operaciones sin excepción se realizaban manualmente, no se utilizaba ningún animal. Las herramientas eran rudimentarias (ni podadoras ni arados...). No existían abonos químicos ni productos fitosanitarios, sólo un poco de estiércol (en cantidades siempre limitadas).

Las cepas, más o menos ordenadas como en una plantación, eran frágiles y debían ser reemplazadas con frecuencia; por esto, estaban casi siempre acodadas (enterrando sumariamente un sarmiento de la planta vecina); de esta forma, en pocos años, reinaba el más simpático desorden (unido a la ausencia de empleo del arado). Cada cepa era individualmente unida a un rodrigón, que se extraía en otoño, volviéndose a colocar cada primavera (a mano, claro está). Según las regiones, e incluso según las costumbres de los labradores, los *vinee* podían así adquirir las fisonomias más diversas; las miniaturas de finales de la Edad Media son bajo este punto de vista preciosos documentos: los *vinee* parecen más bien suntuosos matorrales.

Debido a la variedad de vides en una misma parcela, las uvas nunca maduraban a la vez. La ventaja decisiva de esta variedad era que reducía los problemas: por un lado, los ciclos vegetativos estaban desfasados, lo que evitaba por ejemplo que el hielo o al contrario la podredumbre destruyeran la totalidad de la co-

6. Contrariamente a lo que podría creerse, la bibliografía sobre este asunto es muy limitada. En francés, la única obra que, actualmente, da una información coherente y sólida es la de Marcel Lachiver, *Vins, vignes et vignerons. Histoire du vignoble français*, París, 1988.

7. Síntesis actualizada: Pierre Galet, *Cépages et vignobles de France II. L'ampélographie française*, Montpellier, 1990.

secha; incluso, los insectos y orugas, arañas y microorganismos no atacaban todas las vides a la vez,[8] manteniendo la esperanza de una mínima recolección. En el conjunto, sin embargo, los rendimientos eran reducidos e irregulares, tal vez la décima parte de lo que se obtiene hoy en día con una poda severa (orden de magnitud).

Sólo mencionaremos aquí la vinificación a título de información: vendimia, prensado, fermentación dirigida según los más diversos métodos y muy a menudo tendentes a favorecer todos los gérmenes posibles. El producto[9] era poco alcohólico y, cuatro de cada cinco veces, comenzaba a estropearse en primavera...

La conclusión no admite discusión: la *vinea* del siglo XI no tenía casi nada en común con la viña actual: vides diferentes, herramientas diferentes, abonos diferentes, métodos de cultivo totalmente diferentes; y para rematar, un producto que no se puede comparar ni en cantidad ni en calidad.

VINEA/VITIS: UNA REPRESENTACIÓN

Por otro lado, el término *vinea* no aparece de la nada: se encuentra aquí en un texto perteneciente a los archivos de una catedral y es de todas formas un vocablo «latino», lengua que, en el siglo XI, sólo era conocida y utilizada por los clérigos. El clérigo que redactó este documento 94, como todos los otros, había aprendido a leer y a escribir leyendo y copiando el salterio: su latín era en lo esencial y ante todo el de la *Vulgata*, más o menos enriquecido por la lectura de textos litúrgicos, vidas de santos y tratados de san Agustín. Sería por tanto un error de método catastrófico «olvidar» que el redactor de este documento, en el momento de escribir *vineam* sobre una hoja de pergamino,[10] tenía presentes en la memoria decenas de versículos bíblicos incluyendo *vinea*. Podemos contar no menos de diez ocurrencias sólo en los Salmos, y 157 en el total de la *Vulgata* (131 en el Antiguo Testamento y 26 en el Nuevo).

No es cuestión aquí de intentar buscar el sentido de *vinea* en la *Vulgata*, esto sería el tema de todo un trabajo. Lo más curioso lo constituyen dos ausencias: una única ocurrencia de *vinea* en el conjunto de las Epístolas, y ninguna en san Juan. Constatación inquietante que nos obliga a darnos cuenta de que no se puede obviar una investigación simultánea de las ocurrencias de *vitis*, término empleado precisamente por san Juan en algunos versículos fundamentales. Resumamos en dos palabras. En el *Antiguo Testamento*, *vinea*, frecuentemente acompañada por

8. Esta resistencia diferente de las vides está precisamente ilustrada por el caso de la filoxera, que no ataca las raíces de las «plantas americanas», mientras que deteriora y destruye las vides europeas tradicionales.

9. Albert Henry, *Contribution à l'étude du langage œnologique en langue d'oïl (XII^e-XV^e siècles)*, Bruselas, 1996.

10. Este punto esencial sólo es mencionado aquí a título de recordatorio. Sobre la «archéologie du livre médiéval», Ezio Ornato, *La Face cachée du livre médiéval*, Roma, 1997.

alusiones a las higueras y a los olivos, era en principio un indicador de la actividad agrícola y de la prosperidad. De ahí que los contextos en los que se alude son esencialmente: plantar, recolectar o destruir. El Cantar de los Cantares, y sobre todo los grandes profetas (Isaías, Ezequiel, Jeremías), pasaron más o menos subrepticiamente a un sentido derivado,[11] que se encontraba en particular en Isaías (IV,7): *Vinea domini sabaoth domus Israel*. En los evangelios sinópticos, la viña aparecería a propósito del «mal trabajador» o del «trabajador enviado a la viña». En san Juan se manifiesta por fin la proclamación esencial, que remitía a los profetas: *Ego sum vitis vera* (XV,1).

De ahí, alrededor de 250 ocurrencias de *vinea* en san Agustín y cerca de 13.000 en la *Patrística latina* de Migne.[12]

Un análisis del campo semántico, incluso el más limitado, debería necesariamente incluir también las labores (tamaño, recogida, prensa), todas las partidas (racimos, sarmientos, cepas, etc.), y también el producto, elemento capital de la representación medieval del mundo. Porque el vino era la sangre de Cristo, es decir el medio de toda redención. ¿Qué medievalista, incluso el principiante menos instruido, podría pretender que la frase citada para comenzar, *dono pro remedio anime mee unam vineam*, haya podido no estar directa e íntimamente vinculada a esta representación?

Aporías

¿Quién podría entonces sugerir de buena fe que *viña* sea un equivalente aceptable de *vinea*? Frente a esta observación marcada por el más puro sello de lo empírico, la objeción común, pueril y miedosa, consiste en decir: «Sí, cierto, todo este contexto semántico existía probablemente, pero *eso no impide*, a pesar de ciertas diferencias materiales, que una viña era y es una viña, tanto en el siglo XI, como hoy en día.». Esta objeción es inconsistente; recordemos únicamente que:

1) desde un punto de vista estríctamente biológico, esto es rigurosamente falso;

2) nos gustaría saber por qué los donantes ofrecen los campos y viñas, pero nunca los bosques;

3) si toda consideración de las «realidades históricas» se lleva a una suerte

11. Erich Auerbach, *Figura*, trad. fr, París, 1993 [1938].

12. Sería superfluo insistir sobre la cantidad de trabajo analítico que supone una aproximación racional a esta masa documental, absolutamente disponible. Los métodos están aún por inventar. En este caso, el material trata de lo que los clérigos actuales llaman «exégesis» y «teología dogmática», definiciones y delimitaciones insensatas y ahistóricas que impiden toda consideración de estos textos como textos *absolutamente históricos*, al margen y con exclusión de cualquier consideración de «eternidad» o de «religión». Pero tampoco deberíamos olvidar que «grandes temas», como la embriaguez de Noé, las bodas de Caná, el lagar místico (entre otros muchos), eran elementos constitutivos básicos del sistema medieval de representaciones, de los cuales también encontramos una abundante expresión en la iconografía.

de lógica material intemporal y eterna (la «naturaleza de las cosas»), quedaría por explicar porque *vitis vitifera*, particularmente apropiada a los terrenos áridos y al clima mediterráneo, se encuentra cultivada, en el siglo XII, en el norte de las islas Británicas y más allá del círculo polar, mientras que por el contrario ninguna cepa se había mantenido en el Norte de África.

Por poco que tomemos en serio una pretendida «lógica material», que sería de alguna forma independiente de las estructuras sociales, el historiador, aquí el medievalista, corta la rama sobre la que se asienta y se impide, *a principio*, toda posibilidad de explicación de los fenómenos más numerosos de los que es responsable de rendir cuentas. Se debe, de una vez por todas, partir de la constatación de que en el siglo XI el último de los villanos y el príncipe o el obispo sabían, tanto unos como otros, que el líquido bebido por el sacerdote en el cáliz dominical provenía de una *vinea* y que de este gesto dependía en buena parte la suerte de su alma *post mortem*, suerte que les preocupaba mucho (o poco). Si un medievalista pretende lo contrario, tiene que aportar la prueba.

No hay «esencia» de la *vinea*, y *vinea* no es una «sustancia», simplemente porque «esencia» y «sustancia» son construcciones obsoletas, que no remiten a ninguna realidad y constituyen un grave obstáculo en el trabajo del historiador que se esfuerza en trabajar en una perspectiva racional. La única finalidad del oficio de historiador es mostrar como las sociedades han funcionado y se han transformado. Este finalidad impone partir de la idea de que la sociedad es un conjunto articulado de relaciones, y no otra cosa.

A estas observaciones elementales, añadiremos únicamente tres consideraciones de alcance un poco más amplio:

1) El examen de intraducibilidad se ha hecho aquí sobre *vinea*. Pero llegaríamos al mismo resultado con *campus*, *terra*, *aqua*, *murus*, *flos*, *domus*, *sedes*,[13] etc. Todo lo que se llama habitualmente el «vocabulario concreto elemental», ¡todas estas palabras «que no ocasionan problemas»! De entrada no encontramos el término *vinea* ni en Blaise ni en Niermeyer; para estos bravos lexicógrafos, «una viña, es una viña», lo diga Cicerón , Tito Livio,[14] san Agustín, san Bernardo, un cartulario del siglo XII... o nosotros actualmente. Los medievalistas deberían advertir que es exactamente lo contrario, y que una prioridad absoluta debería consistir en volver a examinar con un mínimo de atención las 500 «palabras de base» del latín medieval (antes de deslomarse sobre hápax que no son frecuentemente más que cacografías o errores de lectura). Semejante reexamen no puede de ninguna manera conducir a «traducciones», pero sí a representacio-

13. Las lágrimas son una «realidad» material y biológica a más no poder. Leer sin embargo Piroska Nagy, *Le Don des larmes au Moyen Age. Un instrument spirituel en quête d'institution (Ve-XIIIe siècle)*, París, 2000.

14. Este es un punto esencial que no se puede señalar más que de pasada: el sentido de las palabras del «latín medieval» es radicalmente distinto del sentido de las palabras del «latín clásico»; se trataba de dos civilizaciones diferentes, vinculadas a estructuras sociales casi antitéticas. *Vinea* en Virgilio y *vinea* en san Bernardo remiten a dos espacios totalmente diferentes. Es pueril imaginar que la «palabra» pueda tener el mismo «sentido» en estos dos autores.

nes estructuradas del conjunto (desmesurado) de variaciones[15] que separan estos vocablos de las palabras contemporáneas que se considera, con total irreflexión, que son la supuesta «traducción».

2) El objeto *vitis vitifera* (o *aqua*, o *murus*...) sólo es pertinente para el historiador a través de su *significado*.[16] Ningún objeto material tiene significado *an und für sich*. Pero sí exclusivamente a través de los procedimientos sociales que lo emplean, y de los que se convierte entonces en un indicador, una herramienta, una asunto clave (procedimientos sociales que, advirtámoslo de paso, son impensables e inconsistentes sin la presencia de los mismos objetos: la noción rebatida de *Geistesgeschichte* es un perverso fantasma). La vieja oposición entre *verba* y *realia* es un obstáculo dirimente en el camino de una historia un poco coherente y racional. Esta oposición, que produce la apariencia de una simplificación, conduce a una aporía. La lexicografía medieval, que no puede dejar de ser uno de los fundamentos mayores de la medievalística, está por reconstruir de arriba a abajo sobre la base de una adecuación metódica, minuciosa *y estructurada* del conjunto de procedimientos y vínculos sociales (ellos mismos fuertemente *estructurados*[17]) traducidos por cada lexema considerado. Es en esta misma perspectiva que se ubica Michel Pastoureau que recuerda la naturaleza social del sentido de las consideraciones de apariencia más material: «El color no es tanto un fenómeno como una construcción cultural compleja, rebelde a toda generalización, incluso a todo análisis... Los autores prefieren hacer juegos malabares con el espacio y con el tiempo y buscar las pretendidas verdades universales o arquetípicas del color. Ahora bien, para el historiador éstas no existen. El color es de entrada un hecho social. No existe una verdad transcultural del color, como quieren hacernos creer algunos libros basados en un saber neurobiológico mal asimilado o —aún peor— que caen en una psicología esotérica de pacotilla. Son estos libros los que obstruyen desgraciadamente este tema».[18]

3) En la práctica, la palabra aislada no existe. No existen palabras que puedan ser otra cosa que una ocurrencia dentro de un texto. Es decir, para ser breve, en un ensamblaje articulado, ensamblaje que no es más que un procedimiento social en sí mismo, *hic et nunc*. Concretamente, es esta noción (que hay que reconstruir en cada coyuntura) de *ensamblaje* la que constituye tal vez la herra-

15. Se trata de un medio relativamente simple de hacer pasar en la práctica científica cotidiana del medievalista la hipótesis fundamental de alteridad de la civilización medieval con relación a la nuestra. Se puede, y se debe, intentar, por lo demás, formular las hipótesis globales sobre los principios de funcionamiento de esta sociedad; pero estas hipótesis no podrán estar ajustadas, y llegado el caso validadas, más que en la medida en que estudios mucho mejor «dirigidos», de este género, se acumulen poco a poco.

16. Esta es la cuestión decisiva de la relación entre historia y sentido: ¿puede el historiador despreocuparse de la hermenéutica? Ralf Konersmann, *Der Schleier des Timanthes. Perspektiven der historischen Semantik*, Frankfurt am Main, 1994.

17. La dificultad consiste en evitar la segmentación y el amontonamiento más o menos arbitrario, que son la herida sangrante de la lexicografía tradicional. Una palabra es un nudo de relaciones, como no importa que «objeto» social. La partición destruye la lógica. Los artículos de Niermeyer son una de las cimas en la materia.

18. Michel Pastoureau, *Bleu, histoire d'une couleur*, París, 2000, p. 7.

mienta básica del programa de una nueva lexicografía. Es necesario salir de la noción intuitiva e imprecisa (y que, por esto, disfrutó de un cierto éxito en los círculos «posmodernos») de «contexto», que tuvo su utilidad, pero que se ha convertido en un obstáculo. Buscar el sentido de una palabra *según su contexto* o *según sus contextos* es una fórmula que manifiesta un retraso dramático con relación a las posibilidades técnicas que existen en el presente. Sería útil generalizar (y enseñar a generalizar a los estudiantes, desde sus primeros años de estudio) herramientas como la *coocurrencia* o *segmento repetido*. Tener en cuenta hábil y metódicamente las relaciones sintácticas abrirá perspectivas de análisis aún difíciles de imaginar. Pero esto supone que se afronte un trabajo de elaboración técnica y de puesta a punto de procedimientos estadísticos mucho más próximos a las realidades textuales de lo que lo están actualmente,[19] y una reflexión sistemática sobre los «enunciados medievales», los «procedimientos medievales de enunciación», y de nociones para nosotros centrales, pero hasta este momento fundamentalmente oscuras, como *palabra*, *frase*, *texto*.

Descomposición salvaje y volterianismo rastrero

Hemos focalizado aquí la atención sobre *vinea*. Pero si volvemos un instante a la frase citada, percibimos (si queremos ver las cosas correctamente) que consideraciones análogas se aplican a *ecclesia*, *sanctus*, *donare*, *anima*; términos que los medievalistas ya no cuestionan, sino de pasada y de forma puramente retórica. Ahora bien, estos cuatro términos remiten a cuatro nociones fundamentales de la civilización medieval cuya explicación es infinitamente más difícil que la de *vinea*. El documento 94, como otros miles (decenas de miles) relata y garantiza una transferencia de bienes en beneficio de la institución eclesiástica. Desde hace casi dos siglos, los medievalistas compiten por proporcionar «explicaciones» de este flujo masivo, unas más increíbles que otras: tomando las palabras de esta frase, esencialmente, en su sentido actual, nos vemos forzados a buscar en esta «donación» otros motivos que los que han sido expuestos, y así nos vemos conducidos permanentemente, *volens nolens*, a la visión volteriana: o era engaño y mentira o era ilusión e ingenuidad.

Es importante evitar los pretextos. El clérigo que redactó este documento y el laico que hizo esta donación sabían bien, tanto uno como otro, lo que era una «viña concreta». Todo el mundo, en el siglo XI, lo sabía, porque había viñas por todas partes y su cultivo no era, como hoy en día, el hecho reservado de una franja más o menos delimitada de «viticultores». Es vano e insensato suponer (sin tener por lo demás ningún indicio que aportar) que existían varias «imágenes», distintas e independientes, de la viña (la de los clérigos, la del señor, la del agricultor, etc.); de igual forma que el consumo, y el consumo excesivo, del producto no era un fenómeno reservado a un grupo en particular. Esta seudodescompo-

19. La situación apenas ha evolucionado con relación a la que presenté en «Pourquoi (et comment) l'historien doit-il compter les mots?», *Histoire & Mesure*, 4-1989, pp. 81-105.

sición salvaje no es más que el resultado de la voluntad perezosa y retorcida de aferrarse, contra toda observación empírica, a la tautología trivial e inconsistente del «una viña es una viña», principio lamentable que obliga a producir una serie de hipótesis suplementarias cojas y arbitrarias (que desgraciadamente se exponen sin pudor en la mayor parte de los manuales): Edad Media incomprehensible por haber sido desarticulada *ad ovo*.

Este documento 94 jamás ha sido traducido (que yo sepa). Los únicos medievalistas que lo han leído saben bastante latín como para tener la impresión de comprender directamente, en una «primera lectura», lo que leen. Se puede, si queremos, realizar una «traducción». Haciendo esto, no modificamos en nada su dificultad; por el contrario, nos arriesgamos a acentuar la impresión, ilusoria y falaz, de «comprender» este documento. Hagamos lo que hagamos, la cuestión permanece en pie: ¿de qué se trataba? Una de las claves del futuro de la medievalística radica exactamente aquí: hay que girar 180° y dejar de creer que hemos «más o menos comprendido» los textos que tenemos ante nuestros ojos.

Este documento 94, como tantos otros, relata un procedimiento social que los medievalistas están, hoy en día, lejos de poder explicar en términos claros, coherentes y racionales. Aquellos que sin embargo consideren semejante aclaración como posible y deseable[20] no deben asustarse por el trabajo; son las propias palabras las que son oscuras (las más «transparentes» son con mucho las más temibles) y no vemos de momento otra salida que no sea que cada uno emprenda el inventario de incertidumbres, de desviaciones con relación a lo que imaginamos ser «el equivalente», de discordancias eventuales entre los usos medievales; el objetivo, a medio plazo, es conseguir estructurar este género de inventario. Lo conseguiremos.

La hipótesis fundamental es elemental, pero debe ser explicitada y recordada a cada instante: los «objetos» no tienen ningún sentido intrínseco, su significado resulta exclusivamente de su inserción en las prácticas sociales organizadas; recíprocamente, ninguna práctica social, o sea ninguna producción de significado, es concebible sin una referencia constante y masiva a una «realidad» en gran parte material; sin materia, no hay significado. La sociedad, como el significado, resultan de la especial *fusión* de relaciones abstractas y realidades materiales.

En *vinea*, es descabellado querer separar una planta (desprovista de significado) y un conjunto de prácticas sociales abstractas (inexistentes e impensables sin soporte material). *Vinea* remite a una práctica social vinculada a un objeto determinado. Negar este vínculo fundamental es negar tanto la «realidad» como la posibilidad de una investigación histórica racional.

20. Una minoría, por no decir una franja. La extrañeza en primer grado es el fondo de comercio de la mayor parte de los medievalistas: el «hombre de la Edad Media» era un buen salvaje o un niño grande. Imagen que desgraciadamente corresponde demasiado a la que desea la sociedad contemporánea. Haría falta sin embargo admitir que no es prueba de una «ambición desmesurada» partir de la hipótesis de que la sociedad medieval estaba fuertemente estructurada y que la mayor parte de las conductas eran coherentes, respondiendo a una lógica global completamente diferente de la nuestra.

Compilación o estructuración

Las obras que apuntan explícitamente el significado de las diversas palabras vinculadas a una noción que atañe a la sociedad medieval son raras, esto es sin duda, en parte, lo que explica la notoriedad del libro del padre Michaud-Quantin, *Universitas*.[21] El autor ha seleccionado atentamente una veintena de vocablos, que examina sucesivamente. La idea de Pierre Michaud-Quantin es intentar demostrar que la noción de cuerpo-corporación-comunidad era una noción básica de la civilización medieval, y que en definitiva el significado de *universitas*-universidad (maestros y estudiantes) era una de sus más altas realizaciones. El problema surge cuando, al reorganizar el material construido, se llega a otra conclusión: la noción de comunidad era inexistente en Occidente hasta bien entrado el siglo XI. En conclusión, no vemos como se articulan los diversos vocablos estudiados. Sobre todo, cuando se intenta clasificar estos significados en grandes períodos (lo que el autor no ha hecho en ninguna parte), percibimos la cesura que forma la mitad del siglo XI (*lato sensu*). En resumen, acumulando fichas sobre vocablos considerados cada uno en sí mismo y, lo que es más, sin consideración de tiempo ni de lugar, no se llega a nada sustancial. Ahora bien, la aparición de la noción de comunidad, en la segunda mitad del siglo XI, fue probablemente una etapa mayor de la historia medieval, etapa cuyo alcance no podemos dejar de valorar.

Bajo esta consideración, debemos recomendar calurosamente la lectura del *Corpus mysticum*, obra maestra del padre Henri de Lubac.[22] Éste se ha planteado uno de los problemas más arduos y más importantes de la historia medieval: la oscilación del significado de una expresión en apariencia inmutable. No podemos resumir en pocas líneas una obra tan densa y compleja. H. De Lubac recorrió con gran inteligencia la mayor parte de los textos que trataban sobre la eucaristía entre finales del siglo VIII y mediados del XIII, concentrando su atención sobre las «querellas eucarísticas» de los siglos IX y XI. Esclareció también las feroces batallas a las que sin embargo la mayor parte de los medievalistas no conceden ningún interés y muestra como evolucionó el concepto de la «sustancia de las especies», para desembocar finalmente, hacia 1160, en el oscilación semántica: la expresión que, durante toda la alta Edad Media, remitía al pan sobre los altares, significaba desde ahora la comunidad de fieles que constituía la Iglesia; y fue exactamente en este movimiento cuando se formó la idea de la «transubstanciación», desconocida por no decir imposible anteriormente. No es sin duda obligatorio insistir sobre el alcance de este descubrimiento si se cree que hay ahí uno de los fundamentos de la teología de Tomás de Aquino, y un asunto esencial de las «guerras de religión».

P. Michaud-Quantin atomizó completamente la materia que examinaba y no produjo más que una yuxtaposición de fichas. H. de Lubac, por el contrario, leyó

21. Pierre Michaud-Quantin, *Universitas. Expressions du mouvement communautaire dans le Moyen Age latin*, París, 1970.

22. Henri de Lubac, *Corpus mysticum, L'Eucharistie et l'Église au Moyen Age*, París, 1944.

los textos preocupándose sistemáticamente de las relaciones y de sus conexiones: estructuró su tema e hizo aparecer un significado, por la razón elemental de que no existe significado sin estructura. Lo hemos dicho, y no dejaremos de insistir: el vocabulario no es un montón de palabras; éstas sólo tienen significado intrínseco, relacionando unas con otras. La historia tradicional está basada sobre la idea ingenua de una correspondencia biunívoca entre *verba* y *realia*, el sentido de cada palabra resulta de esta correspondencia según el paradigma ridículo *oculus-œil*. Esta idea es inconsistente, y fuente de incomprensiones y de errores permanentes. Todos sabemos que la mayor parte de las palabras tienen «varios significados», y que la mayor parte de las nociones pueden expresarse con varios vocablos diferentes. De donde surgen, inevitablemente, las entradas de los diccionarios. Pero esta simple observación basta para arruinar la idea de la correspondencia biunívoca. La hipótesis mínima es la de una correspondencia compleja entre las palabras y las «entidades elementales de significado». Las palabras, en la medida en que son utilizadas (siempre en un enunciado), son los elementos básicos de un sistema de representaciones, que es a la vez un producto de la realidad social y una parte integrante de éste. Ningún enunciado no «remite a la realidad» si no es pasando por una utilización exacta de este sistema de representaciones. Ahora bien, cada sociedad posee su propio sistema de representaciones, congruente con su estructura de conjunto. Dos sociedades diferentes no pueden de ninguna manera tener el mismo sistema de representaciones. *Ergo*: el significado de un enunciado permanece inaccesible en tanto que no se disponga de un conocimiento suficiente de este sistema de representaciones y de sus principios específicos de organización.

Todo esto es de una terrible simpleza y, a pesar de ello, sólo parece haber interesado a unos pocos medievalistas. El único problema que ha dado lugar a algunas observaciones es el «vocabulario de las categorías sociales». Examinando la sociedad de Mâcon a finales del siglo X, Georges Duby consagró seis páginas a esta terminología: una serie de observaciones interesantes, aunque ningún análisis organizado sistemáticamente. Las únicas consideraciones precisas están en las notas, y se ve inmediatamente que éstas son insuficientes.[23] Hay ahí muchos documentos que explotar, y un campo semántico que estructurar por medio de un análisis explícito y minucioso: ¿según qué esquemas los redactores de los documentos designaban a los personajes con los que trataban?

LA HERRAMIENTA BÁSICA: EL CAMPO SEMÁNTICO

Campo semántico: este es en definitiva el tema central, al que todo método debe adaptarse.[24]

23. Georges Duby, *La Société aux XI*

24. Jost Trier, *Der deutsche Wortschatz im Sinnbezirk des Verstandes*, Heidelberg, 1931; *Zur Wortfeldtheorie*, Berlín, 1973. Pierre Guiraud, *La Sémantique*, París, 1972. Lothar Schmidt (ed.), *Wortfeldforschung. Zur Geschichte und Theorie des sprachlichen Feldes*, Darmstadt, 1973 (funda-

Jost Trier ha sido quien ha elaborado esta noción y ha demostrado su eficacia. Estamos sorprendidos por la poca notoriedad (eufemismo...) que tiene entre los historiadores, y entre los medievalistas en particular (alemanes incluidos). *Wortfeld* y *Sinnbezirk* son los dos conceptos claves emparejados, que podríamos traducir tal vez por *espacio léxico* y *campo semántico*. La idea básica es que esta pareja, indisociable, representa la escala más adecuada para todo análisis serio del significado de las palabras, porque esta es la escala que permite reconstruir mejor una estructura: oposición, jerarquía, gradación, simetría, equivalencia, derivación, así como los parámetros sociolingüísticos: relevante, pretencioso, común, vulgar, elogioso, despreciativo, etc.

Es evidente que quedan por explicar las reglas prácticas constitutivas de un análisis metódico de los campos semánticos: es una de las tareas más urgentes que se imponen a los medievalistas en los próximos años. Entre las reglas a elaborar, señalemos por ejemplo las que deberían permitir elegir la extensión de un *corpus*, cada tipo de *corpus* implica métodos de análisis diferentes. Volviendo al ejemplo citado más arriba, el examen del vocabulario social en la región de Mâcon a finales del siglo x supone sin duda, contrariamente a lo que propone Georges Duby, comenzar por estudiar separadamente el *corpus* de los documentos, por una parte, y el de Radulfus Glaber, por otra. Incluso si el fondo es idéntico, las diferencias tendrán seguramente una significación explotable: como en todo análisis de estructura, la atención a las diferencias es una prioridad.

Dicho esto, el utillaje electrónico que hemos mencionado está llamado a jugar en este marco un papel decisivo, como por lo demás en toda aplicación de los métodos de la estadística léxica. Una simple concordancia de un texto o de un *corpus* es una herramienta irremplazable para la determinación de la extensión de un espacio léxico; a partir de aquí, se obtiene fácilmente, ya sea por orden alfabético, o por el orden del texto, el conjunto de los pasajes pertinentes, lo que permite evitar el procedimiento incierto de la búsqueda aleatoria. Es posible que los métodos estadísticos apropiados[25] permitan clasificar los contextos próximos a los diversos vocablos conservados, aunque de momento no es más que una hipótesis. Igualmente, aún no se ha experimentado un tratamiento de las relaciones sintácticas, al menos, por lo que yo sé. La fase central de estructuración de los campos es una operación propiamente histórica, que requiere la paciencia, la imaginación y el rigor del investigador. Cada campo plantea sus propios problemas, que remiten a estructuras sociales: las parcelas, las posiciones sociales, las virtudes, no pueden estructurarse partiendo de los mismos principios en cualquier tiempo y lugar.

---

mental). Horst Geckeler, *Zur Wortfelddiskussion*, Munich, 1971; *Strukturelle Semantik und Wortfeldtheorie*, Munich, 1982[3]. El análisis estructural de los campos semánticos es demasiado abstracto para los filólogos y demasiado empírico para los lingüistas: bloqueo extremadamente perjudicial en la investigación histórica.

25. Ejemplo práctico en: A. Guerreau, «Le champ sémantique de l'espace dans la *vita* de saint Maieul (Cluny, début du XIe siècle», *Journal des Savants*, 1997, pp. 363-419.

Los ejemplos son hasta el momento poco numerosos, aunque esclarecedores y sugestivos.[26] Demuestran sin ambigüedad que hay un camino abierto: las estructuras que aparecían eran completamente invisibles en una lectura rápida, pero tienen un sentido histórico importante. No es ciertamente exagerado decir que se trata de un verdadero método de relectura de los textos que elimina cantidad de espejismos y que por el contrario, hace que aparezca la articulación del sistema de representación, al punto de modificar en profundidad nuestro conocimiento de la sociedad medieval y su evolución:[27] la historia medieval no está detrás nuestro, sino delante.

ORGANIZACIÓN DEL VOCABULARIO

La civilización medieval se encontraba, en cuanto a su sistema lingüístico[28] y a sus estructuras de representación, en una situación específica: una lengua con pretensión universal, sabia, dominada ante todo por los clérigos, el latín. Lengua que era al mismo tiempo la de la Revelación y de sus comentarios autorizados. Una multitud de idiomas locales, o cuando menos regionales, orales, de uso prácticamente subordinado. Entre las dos, pero únicamente a partir del siglo XI, y de manera progresiva, las *koinés* vernáculas, utilizadas ante todo por las aristocracias y las oligarquías urbanas, pasan lentamente al estado de lenguas escritas, y durante largo tiempo exclusivamente en forma versificada. Al mismo tiempo, los clérigos y todas las personas que habían recibido alguna instrucción buscaban en cualquier enunciado significados incrustados, más o menos superpuestos. Una significación lingüística en casi todos los conceptos inversa a la nuestra.

Si no se considera más que el latín, la estructura de conjunto es bastante curiosa; paradójicamente, ha llamado muy poco la atención. Lengua viva sin duda, aunque únicamente de utilización culta, y sometida a tres fuertes limitaciones,

26. Entre los trabajos más recientes, señalemos: Gerd Wotjak (ed.), *Teoría del campo y semántica léxica*, Frankfurt am Main, 1998. Hans Schwars, *Wort und Welt: Aufsätze zur deutschen Wortgesschichte, zur Wortfeldehre und zur Runenkunde*, Münster, 1993. Otfrid Ehrismann, *Volk: mediävistische Studien zur Semantik und Pragmatik von Kollektiven*, Göppingen, 1993. German Ruiperez, *Die strukturelle Umschichtung der Verwandschaftsbezeichnungen im Deutschen: ein Beitrag zur historischen Lexikologie, diachronen Semantik und Ethnolinguistik*, Marbug, 1984. Ann-Marie Svensson, *Middle English Words for «Town»: a Study of Changes in a Semantic Field*, Goteborg, 1997. Rainer Bigalke, *Zur Diachronie des Arbeitsbegriffs im Galloromanischen: unter Berücksichigung des Spät- und Mittellateinischen*, Osnabrück, 1996. Winfried Breidbach, *Reise - Fahrt - Gang: Nomina der Fortbewegung in den altgermanischen Sprachen*, Frankfurt am Main, 1994. Christine Funk, *Fortbewegungsverben in Luthers Übersetzung des Neuen Testaments*, Frankfurt am Main, 1995.

27. Anita Guerreau-Jalabert, «La désignation des relations et des groupes de parenté en latin médiéval», *Archivum Latinitatis Medii Aevii*, t. XLVI, 1988, pp. 65-108.

28. Arno Borst, *Der Turmbau von Babel. Geschichte der Meinungen über Ursprung und Vielfalt der Sprachen und Völker*, Stuttgart, 1957-1963. Philippe wolff, *Les Origines linguistiques de l'Europe accidentale*, París, 1970.

ampliamente contradictorias: 1) Existía una referencia intangible y universal, *la Vulgata*; se aprendía a leer con el *salterio*. Todas las palabras, todas las frases de este texto eran perpetuamente escrutadas y comentadas. Se trataba a la vez de un modelo y de un repertorio último de todos los significados posibles, ya que este texto contenía la palabra de Dios. 2) Enfrente, seguramente, la necesidad de una adaptación a las ocurrencias prácticas, de donde resultaban una infinidad de neologismos, de empleos diversos y variables. 3) Pero también, se olvida frecuentemente, la presencia constante en un segundo plano de la legitimidad clásica, a través de los Padres de la Iglesia y de los poetas de la baja Antigüedad, pero también de algunos textos más antiguos, Cicerón, Virgilio, Séneca, entre otros. Ahora bien, la sociedad y la civilización romanas estaban muertas desde hacía mucho tiempo. Desde entonces, un gran número de vocablos fundamentales en Roma, que correspondían a nociones básicas de la sociedad antigua, ya no remitían a nada concreto ni preciso. De ahí un fenómeno fundamental, que ha escapado y continúa escapando a la casi totalidad de los medievalistas: la integración, por los clérigos medievales, de estos vocablos sin correspondencia en construcciones inciertas e inestables, según las circunstancias. Estas palabras estaban de hecho disponibles, y a medida que las necesidades aparecían, conocieron de esta forma aventuras semánticas variadas y más o menos extrañas, que los medievalistas interpretan frecuentemente en sentido contrario. De manera global, la Edad Media se construyó contra las estructuras de la Antigüedad romana. La mayoría de los grandes principios del sistema eclesiástico tomaban el sentido contrario al de los principios romanos. He aquí por qué el examen atento de los significados de un vocablo medieval hace aparecer frecuentemente una inversión en relación con el significado «clásico». Palabras como *lex* o *libertas*[29] estaban a priori «vacías» en la Edad Media, en el sentido que las estructuras sociales romanas a las que remitían no tenían ningún equivalente medieval. El examen de su utilización demuestra que fueron incorporadas a usos circunstanciales, a cien leguas de su empleo clásico. Hay ahí una dirección de investigación fundamental, que hasta el presente ni siquiera parece haber sido sugerida.

La conclusión de conjunto es desconcertante, pero se puede resumir en pocas palabras: los textos medievales han sido leídos como si pudieran ser en lo esencial directamente traducibles a las lenguas contemporáneas. El simulacro escolar de la «versión latina» continúa formando el único paradigma, y por lo demás, la mayor parte de los medievalistas (franceses) continúan utilizando el Gaffiot con una asombrosa credulidad para «traducir» los textos medievales... Jamás se ha elaborado ningún programa general de semántica histórica: ¿quién podría, entonces, escapar a la tentación de una sospecha generalizada? Muchos indicios convergentes dejan suponer que partes enteras de la historia medieval deberían volverse a pensar, estructurar y reescribir.

29. Informe de Johannes Fried (ed.), *Die abendländische Freiheit vom 10. zum 14. Jahrhundert*, Sigmaringen, 1991, en *Francia*, 21/1, 1994, pp. 320-326.

DIFÍCIL NACIMIENTO DE LA SEMÁNTICA

En tanto que actividad definida, la semántica es apenas anterior a 1880. Es decir, en el momento en que la lingüística tendía a hacerse autónoma con relación a la filología.[30] El siglo XIX estuvo dominado por la localización metódica de las etimologías y la descripción de las evoluciones fonéticas. Todo este trabajo analítico era en sí mismo muy útil, pero el establecimiento de todas estas cronologías jamás sobrepasó el nivel de la simple descripción: los supuestos resueltamente fijistas de los medievalistas del siglo XIX impedían que el significado de los términos pudiera ser considerado en sí mismo como un problema y tema de estudio. La constitución de la lingüística modificó el marco y se pudo al menos construir la hipótesis de una relación entre este surgimiento de una nueva disciplina ampliamente fundada sobre la noción de estructura, y la aparición de los primeros elementos de reflexión semántica. Pero la evolución fue excesivamente lenta, y el porqué es claro: la elección metódica de la sincronía implicaba un examen casi exclusivo de las lenguas contemporáneas, examen que no necesitaba de forma prioritaria un estudio del significado, siendo éste conocido *a priori*; en el mismo movimiento, la voluntad de autonomización de la lingüística conducía a rechazar fuera del programa de investigación toda eventualidad de una determinación social de las prácticas relativas al lenguaje. Esta ruptura se mantuvo, incluso se reforzó, de ahí el lugar modesto, por no decir marginal, de la semántica en el marco de la lingüística.[31] De repente, las investigaciones semánticas, y más claramente aún las investigaciones de semántica histórica, se desarrollaron, sobre todo, en relación con la etnología, el folclore y la dialectología, o incluso los estudios literarios.[32]

Es en este contexto cuando se manifestó en el espacio germanohablante la interesante corriente de la *Bedeutungsforschung*, de la que los medievalistas franceses deberían tomar buena nota. Se pueden considerar como modelos el estudio del *Ritterbegriff* en la epopeya alemana de Joachim Bumke, o el de la hermenéutica medieval de Hennig Brinkmann.[33]

30. Hermann Paul, *Principien der Sprachgeschichte*, Halle, 18862. Michel Bréal, *Essai de sémantique. Science des significations*, París, 1807. Síntesis breve en Gerd Fritz, *Historische Semantik*, Stuttgart, 1998, pp. 88-94.

31. La obra, bien documentada, de Gerd Fritz, citada en la nota precedente, ilustra el dilema: la semántica histórica se preocupa de los modos de evolución de los significados sin preguntarse por qué tal palabra tiene, en un momento dado, tal sentido, mientras que la semántica ordinaria se vuelca hacia un formalismo psicologista de muy mala calidad (del género «cognitivista») que no tiene ninguna utilidad para el sociólogo o el historiador. El primado de un análisis estructural es inevitable, contrariamente a lo que imprudentemente avanza G. Fritz.

32. Citemos aún: Luis Antonio Santos Domínguez y Rosa María Espinosa Elorza, *Manual de semántica histórica*, Madrid, 1996. Dirk Geraerts, *Diachronic Prototype Semantics: a Contribution to Historical Lexicology*, Oxford, 1997. Dietrich Busse, Fritz Hermanns y Wolfang Teubert (ed.), *Begriffsgeschichte und Diskurgeschichte: Methodenfragen und Forschungsergebnisse der historischen Semantik*, Opladen, 1994. Rolf Reichardt (ed.), *Aufklärung und historische Semantik: interdisziplinäre Beiträge zur westeuropäischen Kulturgeschichte*, Berlín, 1998. Ralf Konersmann, *Kritik des Sehens*, Leipzig, 1997.

33. Hennig Brinkmann, *Mittelalterliche Hermeneutik*, Tubinga, 1980.

El análisis del *Ritterbegriff* («noción de caballero») en la literatura alemana de los siglos XII y XIII es un modelo del género. J. Bumke no ha vacilado en enumerar (manualmente) el número de ocurrencias de *ritter* y de una serie de otros vocablos que designaban a los héroes épicos o corteses (*helt, degen, wigant, recke, guoter kneht*) en setenta textos de este período. Y el resultado es evidente: la frecuencia de *ritter* aumenta impresionantemente con la obra de Hartmann von Aue, es decir el introductor en alemán de las novelas de Chrétien de Troyes (*Erec* e *Ivain*) y verdadero creador de una literatura «cortés» en Alemania.[34] Sobre esta base, y en otras numerosas observaciones, Brumke muestra claramente que *ritter* apareció casi súbitamente en Alemania como una imagen ya constituida, un verdadero «*Schlagwort*» ideológico, utilizado por una aristocracia que no era su creadora. De ahí los considerables desfases entre caballería y *Rittertum*, que en ningún caso se pueden remitir a un denominador común. Se trata de un estudio ejemplar de la forma de utilizar la filología y el análisis de los textos para esclarecer la especificidad de una relación precisa (localizada y datada) entre estructura social e ideología.[35]

De forma más general, y sin que aquí sea posible consagrar a este punto todo el desarrollo necesario, se debe insistir sobre el carácter irremplazable del análisis estructural para actualizar el significado de numerosos relatos, incluso de la casi totalidad de los textos organizados. Tratándose de la «literatura cortés», la situación es transparente. Centenas de miles de páginas han sido consagradas a infinidad de comentarios sobre las «novelas», aunque no han desembocado en nada claro. De ahí los juicios mordaces, como aquel de Gaston Paris, de quien no se puede suponer irracionalismo o debilidad intelectual: «La *Vengeance de Raguidel* es un ejemplo bastante completo de novela bretona episódica de la segunda época. Está compuesto por una fábula principal, impregnado por una fantasía poco original y poco interesante, en la cual, o mejor dicho al lado de la cual se intercalan diversos incidentes que, en su mayoría, encontramos en otras partes bajo otros nombres y perteneciendo a lo que podemos llamar el material ambulante de esta literatura. Tanto para el relato principal como para los secundarios, es necesario sin duda admitir un fondo céltico, pero muy lejano, y se puede incluso creer que tal o cual es debido a la invención del poeta, invención que se ejerce, es verdad, según modelos anteriores.»[36] Se percibe aquí con una perfecta claridad los dos mayores defectos, estrechamente vinculados, que impedían toda comprensión: por un lado, un recorte (falto de

34. Max Wehrli, *Geschichte der deutschen Literatur vom frühen Mittelalter bis zum Ende des 16. Jahrhunderts*, Stuttgart, 1980, pp. 281-289.

35. Joachim Bumke, *Studien zum Ritterbegriff im 12. und 13. Jahrhundert*, Heidelberg, 1976²; véase también la síntesis, *Höfische Kultur, Literatur und Gesellschaft im hohen Mitelalter*, Munich, 1986. Destacable análisis sobre la relación entre esta renovación del vocabulario y estructuración de un grupo social: Joseph Morsel, «Die Erfindung des Adels. Zur Soziogenese des Adels am Ende des Mittelalter — das Beispiel Frankens», en Otto Gerhard Oexle y Werner Paravicini (ed.), *Nobilitas. Funktion und Repräsentation des Adels in Alteuropa*, Göttingen, 1997, pp. 312-375.

36. Gaston Paris, «Romans de la Table Ronde», en *Histoire littéraire de la France*, 1888, t. 30, p. 48.

toda justificación) entre la «fábula principal» y los «diversos incidentes» (o «secundarios»), y al mismo tiempo una llamada gratuita a entidades tan grandiosas como inabarcables: lo «fantástico» y el «fondo céltico» (dos variantes de la noción globalizadora de «folclore», de la que Gaston Paris era particularmente apasionado).

Hay que partir de supuestos contrarios, es decir de la idea de que todo en el texto tenía un sentido (sentido que se descubre precisamente por el examen de las relaciones entre el conjunto de los elementos proporcionados), y que globalmente el autor escribía para decir algo comprensible para sus auditores o lectores, este algo tenía en principio y ante todo relación con la sociedad de la que todos formaban parte. Actualmente la experiencia demuestra sin ambages que estos supuestos permiten en efecto dar a estos textos su coherencia y, de esta forma, explicar la postura del autor sobre la organización social subyacente en su relato.[37] Así, por vía de consecuencia y de generalización, reencontrar la significación de una serie de «secundarios», objetos, personajes, prácticas,[38] sobre los que la historia literaria tradicional no sabía que decir.

Es necesario subrayar que, por una evolución completamente lógica, la *Bedeutungsforschung* ha desbordado ampliamente el único estudio de vocabulario, para generalizar la cuestión del significado; entre los objetos de estudio de Friedrich Ohly, se encuentran también los comentarios del Cantar de los Cantares, la catedral de Siena, el *liber avium* de Hugues de Fouilloy.[39] E incluso si los vínculos con esta corriente no son directos, no podemos dejar de asombrarnos por la similitud de la iniciativa de numerosos historiadores del arte que, con diferentes perspectivas, han intentado tomar en serio la cuestión del significado de las edi-

37. Anita Guerreau-Jalabert, «Grégoire ou le double inceste. Le rôle de la parenté comme enjeu (XII^e-XIX^e siècles)», en Michel Zink y Xavier Ravier (ed.), *Réception et identification du conte depuis le Moyen Age. Actes du colloque de Toulouse — janvier 1986*, Toulouse, 1987, pp. 21-38; «Inceste et sainteté. La *Vie de saint Grégoire* en français (XII^e siècles)», *Annales ESC*, 6-1988, pp. 1291-1319; «Structure et signification d'un recit arthurien: *La mule sans frein* (XII^e-XIII^e siècle)», en Jean-Baptiste Martin (ed.), *Le Conte. Tradition orale et identité culturelle. Actes des rencontres de Lyon — novembre 1986*, 1988, pp. 167-177; «Traitement naratif et significations sociales de l'"amour courtois" dans le *Lancelot* de Chrétien de Troyes», en Danièle Queruel (ed.), *Amour et chevalerie dans les romans de Chrétien de Troyes*, Besançon, 1995, pp. 247-259. Alain Guerreau, «Renaud de Bâgé, *Le Bel Inconnu*. Structure symbolique et signification sociale», *Romania*, 103-1982, pp. 28-82.

38. Anita Guerreau-Jalabert, «Les nourritures comme figures symboliques dans les romans arthuriens», en Martin Aurell, Olivier Dumoulin y Françoise Thélamon (ed.), *La Sociabilité à table. Commensalité et convivialité à travers les âges. Actes du colloque de Rouen, 14-17 novembre 1990*, Rouen, 1992, pp. 35-40; «Aliments symboliques et symbolique de la table dans les romans arthuriens français (XII^e-XIII^e siécles», *Annales ESC*, 3-1992, pp. 561-594; «L'essart comme figure de la subversion de l'ordre spatial dans les romans arthuriens», en Élisabeth Mornet (ed.), *Campagnes médiévales: l'homme et son espace. Études offertes à R. Fossier*, París, 1995, pp. 59-72; «Fées et chevalerie. Observations sur le sens social d'un thème dit merveilleux», en *Miracles, prodiges et merveilles au Moyen Age*, París, 1995, pp. 133-150.

39. Friedrich Ohly, *Schriften zur mittelalterlichen Bedeutungsforschung*, Darmstadt, 1977; *Ausgewählte und neue Schriften zur Literaturgeschichte und zur Bedeutungsforschung*, Stuttgart, 1995.

ficaciones o de las representaciones figuradas: Bandmann, Warnke, Binding, Belting, Wirth.[40]

En definitiva, cuando se estudia el vocabulario del parentesco, una vida de santos, la caza[41] o una catedral, se llega siempre a las dos mismas conclusiones genéricas:

1) el significado no es más que una configuración particular, articulada, de un conjunto de relaciones, es decir, una estructura;

2) esta configuración es una configuración social y esto es por lo que, al estar la sociedad medieval organizada globalmente de una forma profundamente diferente de la nuestra, los caracteres generales de las articulaciones constitutivas del significado en la sociedad medieval son extraordinariamente desconcertantes y las estructuras semánticas tan difíciles de reconstruir.

Lo que no impide que se extraigan conclusiones que puedan incomodar y disgustar, como Joachim Bumke señalaba ya en 1964:

> Die Frage nach dem Verhältnis von Dichtung und Wirklichkeit in der Zeit des Rittertums ist für das Verständnis dieser Poesie ausschlaggebend... Wenn Hugo Kuhn über «die scheinbar so selbstverständliche Anschauung von der gesellschaftlichen Tatsachenbasis dieser höfischen Dichtung» schreibt: «Was man so sicher als Tatsache zu wissen glaubt, ist in Wirklichkeit nur ein modernes wissenschaftliches Schema, Ergebnis einer naiv vorausgesetzten, methodisch ungeprüften Vorstellung vom Verhältnis von Realität und Dichtung», so ergibt sich ein bestürzendes Bild vom Stand der Forschung. Diesen Punkt zu überwinden, sehe ich nur einen Weg : man muß die «scheinbar so selbstverständliche Anschauung» Stück für Stück einer kritischen Prüfung unterziehen und darf auch vor fest verwurzelten und längst für gesichert geltenden Vortellungen nicht halt machen. Und man muxx auf Wiederspruch gefaßt sein: denn diese Fragen rühren an den romantischen Kern unseres Fachs.[42]

40. Günter Bandmann, *Mittelalterliche Architektur als Bedeutungsträger*, Berlín, 1951. Martin Warnke, *Bau und Überbau. Soziologie der mittelalter-lichen Architektur nach den Schriftquellen*, Frankfurt am Main, 1976. Günther Binding, *Zur Methode der Architekturbetrachtung mittelalterlichen Kirchen*, Köln, 19932. Hans Belting, *Bild und Kult. Eine Geschichte des Bildes vor dem Zeitalter der Kunst*, Munich, 1990. Jean Wirth, *L'Image médiévale: naissance et développements (vr-xvᵉ siècles)*, París, 1989; «La place de l'image dans le système des signes», *Cahiers Ferdinand Saussure*, 50-1997, pp. 173-198; *L'Image à l'époque romane*, París, 1999.

41. Joseph Morsel, «Jagd und Raum. Überlegungen über den sozialen Sinn der Jagdpraxis am Beispiel des spätmittelalterlichen Franken», *en* Werner Rösener (ed.), *Jagd und höfische Kultur im Mittelalter*, Göttingen, 1997, pp. 255-287.

42. Joachim Bumke, *Studien zum Ritterbegriff*, p. 10. «Esclarecer la relación entre escritura y realidad en la época de la caballería constituye la cuestión clave para la comprensión de estos poemas... Cuando Hugo Kuhn, a propósito de esta "concepción aparentemente tan natural de la base social concreta de la poesía cortés", escribía: "Lo que se considera con tanta evidencia como un hecho no es en realidad más que un esquema del saber moderno, resultado de una suposición ingenua, sin verificación alguna, sobre la relación entre realidad y escritura», pone el dedo en la llaga sobre la situación desoladora de la investigación. Para avanzar, sólo veo una salida: se debe someter analíticamente a examen crítico todos los aspectos de una "concepción aparentemente tan natural"; y no debemos dejar de cuestionar nociones fuertemente enraizadas y consideradas como ciertas des-

HEREJÍAS, O: ¿DE QUÉ HABLABAN LOS TEÓLOGOS?

Llegados a este punto, apenas podemos evitar mencionar un problema central de la historia medieval, el de la herejía. Esta noción, que apareció en los últimos tiempos del Imperio romano, no tardó en prosperar, desarrollarse y constituir una estructura de significado capital. Durante más de doce siglos, en Europa, una afirmación de apariencia abstracta referente a la naturaleza de la divinidad y sus relaciones con los hombres era eminentemente susceptible de engendrar grandes revueltas y de suscitar feroces represiones.

Sería una investigación tan divertida como instructiva establecer precisamente la evolución de las opiniones y de los debates de los medievalistas sobre este asunto. Los historiadores católicos, después de haber empleado mucho tiempo en justificar una lectura en primer grado (y legitimar en el mismo movimiento todas las represiones), tienen cada vez más tendencia a minimizar estos asuntos, y a limitar los conflictos medievales a la lamentable categoría de «malentendidos», para terminar, pidiendo perdón, en nombre de la Iglesia, por las represiones juzgadas actualmente como excesivas. Prodigiosa confusión entre reflexión y farsa. Los propios librepensadores han oscilado entre dos procedimientos: tratar las querellas de manera ostensiblemente neutra, pero con un lujo de detalles suficientemente complicados como para ilustrar la noción subyacente de oscurantismo; o al contrario, atribuir a estas afirmaciones un sentido social, el tema que con más frecuencia se recuerda es el de la herejía como forma embrionaria de la lucha de clases; pero, de golpe —cuando se constata una participación en la herejía de grupos sociales diversos—, se concluye en la inconsciencia o en la falsa consciencia: «las herejías han sido las formas más agudas de la alienación ideológica.»[43] Más allá de las apariencias variadas si no opuestas, estas aproximaciones comparten un mismo supuesto básico, tratándose tanto de la herejía como de su indisociable complemento, la ortodoxia: misterios de la fe, lavado de cerebros o falsa conciencia tienen en común constituir otras tantas negaciones de los principios elementales del conocimiento racional. La Edad Media como época de la sinrazón instituida. ¿Podemos creer que una civilización entera haya sido fundada sobre semejante base intelectual?

Varias consideraciones invitan a rechazar esta hipótesis:

1) Muchos de los teólogos envueltos en las discusiones sobre la ortodoxia se encontraron con situaciones en las que debían ejercer responsabilidades prácticas importantes y complejas, que en general afrontaron eficazmente, prueba de que estaban dotados de excelentes capacidades intelectuales, así como de un agudo sentido de las realidades sociales concretas. ¿Por qué entonces habrían participado con tanta energía en batallas fantasmagóricas sobre cuestiones tan oscuras como ficticias?

---

de hace mucho tiempo. Hay que esperar que nos contradigan, ya que estas cuestiones tocan el corazón romántico de nuestra disciplina.»

43. Jacques Le Goff (ed.), *La Civilisation de l'Occident médiéval*, París, 1964, p. 387; *Hérésies et sociétés dans l'Europe pré-industrielle, 11ᵉ-18ᵉ siècles*, París, 1968.

2) Contrariamente a los clérigos medievales, que distinguían de manera habitual al menos una media docena de herejías claramente tipificadas, los medievalistas tienden a tratar toda herejía como un avatar de la «herejía» en general, amalgama arbitraria que no justifica nada. Debemos recordar enérgicamente a) que muchas de las acusaciones de herejía fueron rechazadas por los clérigos encargados de juzgarlas;[44] pero sobre todo, b) que la definición de herejía varió singularmente, en corolario con la de ortodoxia, como el padre Lubac, entre otros, ha demostrado; cualquier personaje agriamente criticado, incluso condenado, en el siglo IX, fue considerado luego precursor, para ser finalmente canonizado. Exactamente al contrario de una idea comúnmente aceptada, la doctrina de la Iglesia medieval no fue ni de lejos fija, y evolucionó radicalmente sobre una serie de puntos fundamentales.

3) No debemos olvidar aquí lo que se ha dicho antes sobre la doble fractura conceptual del siglo XVIII, en primer lugar el estallido de la noción de *ecclesia* y la creación de la noción de *religión*. La concepción sansulpiciana y neotomista de la Iglesia medieval que domina mayoritariamente en la medievalística actual[45] aparece como el origen esencial del irrealismo y de la incoherencia que adjudicamos generosamente, en total irreflexión, a los pensadores medievales.

El sentido, la sociedad

Volvamos un instante sobre la diferencia entre el método del padre Michaud-Quantin y el del padre Lubac. El primero borra la cronología y elimina así el camino a toda explicación. El segundo, al contrario, actualizando un cambio ahí donde la teología de los siglos XIX y XX aceptan a lo sumo ver «un progreso del pensamiento teológico»,[46] ha calado de forma decisiva. Ahora bien, por otro

44. El caso de Étienne de Bourbon, dominico, inquisidor y autor de la célebre recopilación de *exempla*, es de hecho sintomático. Unas veces manifiesta su irritación contra un obispo que le convoca por un asunto ridículo de viejas delirantes, otras participa activamente en la organización de hogueras en las que se quema a centenares de herejes.

45. La concepción absurda de un «cristianismo» perenne, de la que la Edad Media no habría conocido más que un avatar finalmente poco brillante, permiten los cambios de dirección más endiablados; desde este punto de vista, la noción misma de herejía se evapora, como si su existencia no se hubiera debido más que a la mala comprensión por parte de los clérigos medievales de este «cristianismo» fuera de tiempo. Y en el nombre de esta extravagante pretensión de perennidad, autores neocatólicos autorizados llegan a declaraciones absurdas: «La Iglesia ganó su combate contra los cátaros y el reino de Francia reencontró (provisionalmente) su unidad religiosa, amenazada por un instante... Sería un buen gesto de justicia y de humanidad si, en Roma, se preocuparan algún día por reconocer que la lucha llevada contra los cátaros fue singularmente carente de caridad, y merecería una petición de perdón» (Philippe Boitel, PDG de *Notre Historie. La mémoire religieuse de l'humanité*- Groupe des Publications de la Vie catholique: *ibid.*, 159/octobre 1998, p. 5).

46. Se trata de una de las palabras claves del neotomismo (Étienne Gilson, Marie-Dominique Chenu) que, considerada en toda equidad, no es más que una doctrina de falsedades: el remedo que pretende ser más verdadero que el original.

lado, todo lo que hemos dicho hasta aquí está articulado sobre la idea de que el significado de una expresión y de un enunciado dependen de una estructura, *hic et nunc* (sincronía). Hay que articular estas dos perspectivas.

De forma general, hablando con propiedad, sólo un enuciado puede tener un significado. Un enunciado es un acto de comunicación y tiene un significado porque el individuo receptor comprende aproximadamente lo que ha dicho el emisor. Si no, hay anfibología, incertidumbre, equivocación, o completa incomprensión. Para que haya un mínimo de significado, el emisor y el receptor deberán compartir (al menos) un fondo común de conocimientos léxicos y sintácticos. Es crucial comprender bien que *el significado no es intrínseco al enunciado, pero reside en el carácter efectivo del acto de comunicación.* Es decir, en un acto localizado y fechado, que supone al menos que el emisor y el receptor tienen *a priori* en común, en un grado suficiente, un mismo sistema de representaciones; que, como cualquier sistema social, es igualmente localizado y fechado (incluso si, por supuesto, las coordenadas de este marco son más amplias que las del caso puntual).

Dicho de otra manera, se puede hablar de significado, es decir de enunciado coherente y de acto de comunicación logrado, como del empleo preciso de una estructura compartida. Se trata por tanto de una realidad doblemente social: como acto de comunicación y como sistema de representaciones instaurado. *No hay significado ni más acá ni más allá de la estructura social.*

A partir de aquí se plantean dos grandes cuestiones: 1) ¿cuál es la relación entre sistema de representaciones y estructura social de conjunto?, 2) ¿cómo se produce la inserción en el tiempo de un sistema de representaciones?

FUSIÓN DE LO MATERIAL Y DE LO IDEAL

1. El sistema de representaciones es parte integrante de la estructura social global. Ninguna sociedad humana puede existir sin un sistema de representaciones que constituye uno de sus aspectos fundamentales. Pero esto no es más que una parte, y esta parte no tiene ninguna autonomía sustancial: ningún sistema de representaciones puede existir fuera de la sociedad de la que es uno de sus aspectos. O, para retomar los términos de Maurice Godelier,[47] lo «material» y lo «ideal» *social* no pueden existir independientemente uno de otro. Es naturalmente lícito en el investigador, y frecuentemente indispensable, que plantee una distinción analítica, pero en la realidad social la dependencia recíproca es el hecho esencial, fundamental: ninguna reconstrucción histórica válida es concebible sino parte del principio de esta interdependencia. Todo acto social tiene una significación supuesta que se sitúa necesariamente en el marco de esta interdependencia, y *en ninguna otra parte.* Las plantas más o menos densamente dispuestas de *vitis vitifera*, o un liquido rojizo con más o menos alcohol, no tienen

47. Maurice Godelier, *L'idéel et le Materiel. Pensée, économies, sociétés*, París, 1984.

en sí mismos ningún significado. No tienen significado más que en la estricta medida en que articulan los actos sociales relevantes de lo que llamamos, para decirlo brevemente, la agricultura, el consumo, los rituales. Estos actos concretos se producen sólo porque un sistema de representaciones, común a todos los actores implicados, permite a la vez nombrar y organizar todos estos actos en el seno de una estructura social dada. No hay organización social posible sin sistema de representaciones, no hay organización social fuera de lo concreto: la sociedad y el significado son en sí mismos la fusión de estos dos aspectos.

Ritmo y estructura son una misma y única realidad

2. No existe ninguna estructura fuera del tiempo. La distinción entre diacronía y sincronía, igual que las innumerables investigaciones efectuadas en el marco de lo que llamamos el «estructuralismo», han tenido efectos extraordinariamente fructíferos. La primacía metodológica de la sincronía no podría ser razonablemente cuestionada. Pero la inserción de cualquier estructura en el tiempo no podría ser tampoco considerada accesoria: el eje del tiempo es consustancial a toda estructura social.

Aquí se plantea una cuestión decisiva:[48] ¿de qué tiempo, de qué duración hablamos? Los historiadores se refieren desde hace casi medio siglo al esquema ideado por Fernand Braudel,[49] que presenta la hermosa ventaja de su aparente simplicidad: tiempo largo (=estructura), tiempo intermedio (=coyuntura), tiempo corto (=acontecimiento). Hay que deshacerse de esta tipología indigente, porque impide pensar tanto en la coherencia de una sociedad como en su evolución. Es un contrasentido dramático, cargado de consecuencias catastróficas, asimilar «estructura» y «tiempo largo»; para F. Braudel, las estructuras serían asimilables a todo lo que es fijo. Ahora bien, sólo tenemos posibilidad de explicar un movimiento histórico partiendo de una visión radicalmente diferente: las estructuras de una sociedad son el motor de su movimiento. En otros términos: es la propia forma del funcionamiento de la sociedad la que explica las modalidades de sus transformaciones. *Los ritmos son un elemento clave de la propia estructura.*[50]

Una estructura es un conjunto articulado de relaciones. Entre las formas de articulación, se encuentra en primer lugar la de la jerarquía: ciertas relaciones son más importantes que otras, sus efectos condicionan el conjunto. De golpe, la evolución de una relación comporta sólo efectos modestos y poco perceptibles; por el contrario, por poco que otra relación franquee el umbral de su evolución y

48. Jean Leduc, *Les Historiens et le Temps. Conceptions, problématiques, écritures*, París, 1999.

49. Fernand Braudel, *Écrits sur l'histoire*, París, 1969, pp. 41-83: «La longue durée» (original, *Annales ESC*, 1958, pp. 725-753).

50. Pierre Dockes y Bernard Rosier, *Rythmes économiques. Crises et changement social, une perspective historique*, París, 1983. Es una idea central de la notable obra de Jean-Yves Grenier, *L'Économie d'Ancien Régime. Un monde de l'échange et de l'incertitude*, París, 1996.

surjan una serie de relaciones en cadena, se podrá producir una inflexión de conjunto de la transformación de la sociedad. Por último y especialmente, en un momento dado, es la lógica de conjunto de la sociedad la que choca con sus propios límites y toda la estructura social estalla; se pasa entonces de una civilización a otra. Es la jerarquía (de las relaciones) específica de una sociedad la que determina los efectos propios de tal o cual transformación parcial en el seno de esta civilización, y por consiguiente también lo que llamamos genéricamente los «ritmos» de transformación, ritmos que dependen directa y estrechamente de la configuración de la estructura. Para el historiador, en su práctica concreta, el examen y el esclarecimiento de las formas de la diacronía pueden constituir una vía de acceso eficaz para el reconocimiento y la identificación de los elementos de la estructura y de sus relaciones. Es una aplicación simple del principio: no se «ve» bien una estructura hasta que no «se mueve».

Los efectos de una modificación de la jerarquía de las principales relaciones

Una civilización se define por su propia jerarquía de relaciones. La prioridad, la acción más importante, el desarrollo concreto más masivo de tal o cual relación, su grado de autonomización relativo, todo este conjunto específico condiciona el funcionamiento general de una sociedad. A partir de aquí, si esta jerarquía cambia, los encadenamientos ya no pueden ser los mismos, y no podemos evitar decir que la lógica global resulta alterada. Pero si tal o cual relación parece en apariencia no haber padecido más que poca o ninguna modificación, la modificación de su rango en la jerarquía, o el simple hecho de que hubiera habido permutación de relaciones más decisivas, basta para alterar su sentido, así como sus efectos. Y esta es la razón por la que no se puede en ningún caso ahorrar la explicación de la noción de civilización y de transformación general en el momento del tránsito de una a la otra.

Planteadas estas consideraciones de conjunto, se puede precisar la reflexión sobre dos puntos: 1) la cuestión de las modalidades concretas de imbricación del vector tiempo en una estructura social considerada concretamente en un momento preciso; 2) el problema (con fuerte carga ideológica) de la reutilización permanente de elementos esteriotipados, a través de períodos más o menos largos, en el seno de estructuras sociales que hayan evolucionado, o incluso que sean completamente diferentes (problema que incluye las nociones de identidad, de herencia, y de comunicación entre las civilizaciones).

Las formas observables del vector tiempo en una sociedad en un momento dado

Pierre Bourdieu es sin duda quien ha propuesto el conjunto más sustancial de nociones que permiten pensar la imbricación del tiempo en la estructura so-

cial.[51] Retendremos al menos tres: asunto clave, estrategia, costumbre. A cada instante, las estructuras se presentan, al menos en parte, como los condicionantes, como las reglas. Pero esta disposición presenta siempre, en proporciones variables, redundancias por una parte, e indeterminaciones (o vacíos) por otra: hay «juego» en todos los significados del término. De ahí las anticipaciones, los cálculos, la elaboración de objetivos frecuentemente diferentes incluso contradictorios. Tal y como P. Bourdieu había indicado, el reconocimiento común de un asunto clave es un factor determinante de cohesión social. La noción de estrategia es un complemento de la precedente: es la explicación ordenada de la definición de un proceso futuro. En sentido contrario, la costumbre traduce la incorporación de un proceso pasado, en primer lugar este proceso específico llamado educación.[52] En casi todas las sociedades humanas, los individuos jóvenes adquieren poco a poco una experiencia social compleja, dependiendo a la vez de su ubicación en la sociedad y del estado de la sociedad en el momento de esta formación. A partir de una cierta edad, este proceso está casi terminado y el individuo desde entonces reacciona ante todo en función de su formación inicial; de ahí una inercia que, por un simple efecto mecánico, hace coexistir en una sociedad tipos de reacciones vinculadas a fases sucesivas (que pueden ser muy diferentes) de la evolución histórica, lo que llamamos simplemente con el nombre de «conflicto entre generaciones».

Esta última noción basta para sugerir el primer grado de dificultad que surge tratándose de la relación significado-diacronía. La comunicación de un enunciado no puede efectuarse de la misma forma entre dos personas «de la misma generación» que entre dos personas que pertenecen a «dos generaciones distintas»: referencias casi idénticas en el primer caso, casi totalmente diferentes en el segundo. Observación trivial. La dificultad nace de la ilusión de que bastaría hablar «la misma lengua» para que todo enunciado fuera unívoco. Lo que evidentemente no es el caso: los enunciados remiten a sistemas de referencia que sobrepasan ampliamente lo que llamamos una lengua. Estar prevenido contra esta ilusión, para evitar sucumbir a ella, debería ser una de las bases del oficio del historiador. Pero si dos generaciones tienen, referencias más o menos diferentes, se debe también tener en cuenta las referencias escogidas de manera más o menos consciente: lo que designamos habitualmente bajo el nombre de «elección de la tradición» o «elección de la vanguardia». Elecciones que son elementos de «estrategia» (ver más arriba).

51. Sobre todo Pierre Bourdieu, *Esquisse d'une théorie de la pratique*, Ginebra, 1972, reed. París, 2000; *Le Sens pratique*, París, 1980.

52. Examinamos aquí el proceso bajo el ángulo individual. Haría falta preocuparse por el aspecto colectivo que es la formación de los usos, de donde derivan convenciones más o menos explícitas y formalizadas.

LAS FORMAS FIJAS ESTÁN DESPROVISTAS DE SENTIDO

Semejante consideración nos lleva directamente al segundo punto: la significación del uso de formas estereotipadas más allá de su medio de origen. Cada sociedad utiliza el tiempo según su propio modo de funcionamiento (punto fundamental). Sin embargo, es un hecho común en numerosas civilizaciones utilizar la imagen del pasado, que ella mismas se crean, o la reivindicación de antigüedad, como un modo privilegiado de valorización y de legitimación. Imagen que se apoya sobre un conjunto de huellas, reales o ficticias (frecuentemente ficticias). La sociedad antigua, por un lado y la sociedad medieval, por otro, han hecho de los elementos del pasado que estaban a su disposición usos completamente diferentes, que se distinguen radicalmente de la forma de proceder de la sociedad contemporánea. Es un contrasentido histórico extravagante imaginar que los pensadores medievales habrían buscado lo que significaban, para sus autores, los textos de Platón o de Aristóteles, de Cicerón o de Séneca, o los de los profetas de Israel. Los Padres de la Iglesia cogieron de aquí y de allá elementos sacados de su contexto sin la menor precaución y construyeron una visión del mundo totalmente nueva en la que ubicaron estos elementos con una disposición que les confería un significado que estaba a mil leguas de su sentido original.

La idea de un pretendido «redescubrimiento» de Aristóteles en el siglo XIII es una fábula burlesca. Umberto Eco señaló de pasada[53] que Tomás de Aquino, comentando la traducción de Aristóteles por Guillaume de Moerbeke, había elaborado grandes construcciones sobre las relaciones entre el empleo de *proportio* y el de *ratio*; sin darse cuenta que esta distinción no remitía más que a Guillaume de Moerbeke, ya que la palabra griega correspondiente era *logos* en los dos casos.[54] Semejante observación debería dar lugar a una investigación metódica ya que es generalizable. Las inflexiones de la organización social europea en los siglos XII y XIII necesitaron por parte de los pensadores adaptaciones importantes; fue necesario proceder a desfases, producir distinciones inéditas; para esto debía construirse un arsenal formal suplementario, pero evitando minuciosamente toda apariencia de innovación.[55] La recuperación de fragmentos desunidos en traducciones (inverificables) de textos incomprensibles, pero sin embargo marcados con un sello de autoridad, constituía una solución particularmente cómoda. Incluso en el siglo XIII, muchos clérigos denunciaron la superchería; pero sus voces fueron finalmente silenciadas, porque las nuevas construcciones erigidas con fragmentos dispares eran demasiado útiles a las necesidades del orden social para ser arrinconadas durante mucho tiempo.

53. Umberto Eco, *Le Problème esthétique chez Thomas d'Aquin*, París, 1993 [19702], p. 109.

54. De todas formas, vemos fácilmente la increíble suma de acrobacias necesarias para establecer una relación (de todas formas incomprensible) entre el hilemorfismo de Tomás de Aquino y Aristóteles.

55. Se trataba precisamente de una estructura central del tratamiento del pasado en la Edad Media.

Los condicionantes de un esclarecimiento real

A la vuelta de los siglos XVIII y XIX, el nacimiento de las nociones de *progreso*, *evolución*, *proceso,* ha creado las condiciones de una perspectiva completamente inédita, que parte de la hipótesis de que la reconstitución del significado original de un texto antiguo es un asunto largo y complejo, que supone una reconstrucción previa de todo el marco social en el cual y para el cual este texto había sido escrito. Pero de los deseos a la realidad hay mucho trecho. Tratándose de la Edad Media, no parece que, dos siglos más tarde, las simples premisas de tal programa hayan sido realizadas.

Este trabajo es en sí mismo arduo, ingrato, poco gratificante; a esto se suma que este programa de *esclarecimiento* del pasado ha chocado con la fuerte oposición de una serie de diversos puntos de vista *utilitaristas*, más duros que las cabezas de la hidra de Lerne. Una parte de la sociedad se aferra a la noción de Revelación;[56] una fracción mercantil intenta sacar beneficio de la ecuación antiguo = caro;[57] lo exótico y lo identificativo hacen buena pareja y la terrorífica noción de Patrimonio sella el triunfo de la ambigüedad institucionalizada. En cierta manera, el sintagma inglés *«cultural heritage»* es un poco menos deshonesto,[58] ya que herencia supone necesariamente deceso y todos sabemos que a partir de ahí se produce con frecuencia una selección drástica, seguida de un nuevo ordenamiento en el que se atribuye a los objetos una utilización muy diferente de la que habían tenido anteriormente. Así pues cambiar el uso, es exactamente cambiar el significado. Se puede siempre dejar al relicario del siglo XIV jugar el papel de «objeto de arte» en un museo o en la colección privada y de tema de disertación para los historiadores del arte; el medievalista preocupado por las finalidades de su profesión se preguntará sobre lo que sabe del culto de los santos en el siglo XIV y se dará cuenta de que lo esencial de lo que ha sido escrito sobre este asunto no se sostiene. ¿Cómo decirlo y a quién? En cierta manera, el documento del siglo XI está en una situación menos incómoda: la tentación de comtemplarlo como un «objeto de arte» es débil y la necesidad de una traducción, poco apremiante. Por eso es difícilmente perdonable creer, o dejar de creer, que se ha comprendido leyéndolo.

Habría que impregnarse de la idea de que una articulación sintáctica, una estructura narrativa, una «doctrina», una composición plástica o arquitéctonica,

56. Cuya variante laica es la creencia en el «valor universal de los grandes textos».

57. Emmanuel de Roux y Roland-Pierre Paringaux, *Razzia sur l'art*, París, 1999.

58. Eberhard Kuhrt y Henning von Löwis (ed.), *Griff nach der deutschen Geschichte. Erbeaneignung und Traditionpflege in der DDR*, Paderborn, 1988. John Ashworth Gregory y Peter J. Larkham (ed.), *Building a New Heritage: Tourism, Culture and Identity in the New Europe*, Londres, 1994. Carlos López Bravo, *El patrimonio cultural en el sistema de derechos fundamentales*, Sevilla, 1999. Elizabeth Ennen, *Heritage in Fragments: the Meaning of Pasts for City Centre Residents*, Groningen, 1999. Waldemar Ritter, *Deutschland — Kulturland in Europa: Betrachtungen über das europäische Kulturebe*, Bonn, 1999. Hans Belting, *Die Deutschen und ihre Kunst: ein schwieriges Erbe*, Munich, 1992; *Das unsichbare Meisterwerk: die modernen Mythen der Kunst*, Munich, 1998.

una red viaria (por citar algunos ejemplos) no tienen en sí mismos ningún sentido. A años luz de sus condiciones de producción, se les hace decir cualquier cosa. Podemos incluso convertirlas en «grandes obras», «fundadoras de identidad», invocar sin reir la noche de los tiempos y la eternidad.[59] ¿Por qué no? Simplemente, recordar (si aún se está a tiempo) que racionalismo crítico e identidad son dos nociones que no tienen ningún punto en común. En la práctica corriente (enseñanza y conservación sobre todo) la ambigüedad y el compromiso son casi inevitables. «Es necesario traducir bien.» Un compromiso implica una extrema tensión intelectual y moral si no queremos comprometernos e incluso comprometerlo todo.

Lógica global y valores

La noción cardinal de coherencia no implica ni homogeneidad ni, aún menos, uniformidad; ni ausencia de fluctuaciones ni ausencia de contradicciones. Las viejas metáforas del organismo vivo o del motor son falsas y perniciosas. Una sociedad es un todo *sui generis* que se articula según una lógica sin equivalente; pero se puede a pesar de todo decir que es un conjunto *que se mantiene* o un conjunto *que funciona*. La noción de estructura, aplicada a la sociedad, no excluye de ninguna manera la de fluidez. Y todas las formas de distinciones por oposición (lógica binaria, antagonismos) son frecuentemente perceptibles bajo la forma de *continuums*.

Ningún sociólogo dudaría que toda sociedad posee mecanismos de control y de autorregulación. Pero no hay que sucumbir a la tentación que hace de la autorregulación una «función especial», más o menos autónoma con relación al todo:[60] es la lógica profunda de la sociedad global que está organizada de tal forma que la sociedad pueda perdurar y reproducirse en tanto que tal (salvo excepción). Esta es la razón por la que una tarea fundamental del historiador consiste en reconocer, en la civilización que estudia, la naturaleza y articulación de esta lógica, que condiciona *de facto* toda la organización propia de la sociedad en cuestión. En el corazón de toda sociedad, y en todos sus componentes, residen mecanismos más o menos eficaces, más o menos visibles, de definición de prioridades. Como hemos recordado más arriba, una sociedad es un tejido fluido, de variantes, de incertidumbres, de contradicciones. Es necesario por tanto, a cada instante, que una jerarquía pueda aparecer y que, globalmente, en caso de contradicción mayor, los mecanismos de resolución permitan solventar la dificultad en el sentido de la conservación del todo social. Desde un cierto ángulo, esta ló-

59. El «valor eterno de las grandes obras» es uno de los dogmas más nefastos del sentido común, dogma que es inseparable de la noción de «problemas universales», o «grandes cuestiones que persiguen a la humanidad desde sus orígenes». Estas fantasías son, en sentido propio, metafísicas: son las que constituyen la base de la «filosofía de la historia» más propagada y más estúpida, el fijismo.

60. Esta es la tentación del «funcionalismo» como ideología.

gica global se transparenta bajo la forma de lo que algunas veces llamamos los «grandes valores» de una sociedad. En este marco, es posible decir que una civilización se caracteriza por su propia jerarquía de valores.[61] Según otra terminología, se diría que el nudo de las estructuras ideológicas está en el corazón del todo social.

Me arriesgaré aquí a enunciar lapidariamente que el principal valor de la civilización medieval residía en la noción de *salvación personal*, mientras que en nuestra sociedad se trata de *libertad individual*. Estos dos valores son en casi todos los puntos opuestos. Los principios enunciados por Jean-Jacques Rousseau están exactamente en las antípodas de los de San Agustín. La objeción más común consiste en poner en evidencia la dificultad de identificar un corte entre estos dos sistemas de referencia: no hemos pasado del uno al otro en una noche. De hecho, este corte ha constituido en sí mismo un proceso, que ha culminado en el último tercio del siglo XVIII y los primeros años del siglo XIX. El nuevo modelo, que tomó cuerpo en Inglaterra desde la segunda mitad del siglo XVII, extendió lentamente su influencia, tanto social como geográfica.

La dificultad empírica de delimitar un umbral no impide esta realidad decisiva: Europa franqueó a finales del siglo XVIII un umbral como no lo había hecho desde finales del siglo IV. Esto no es una cuestión de punto de vista, sino únicamente de observación y ponderación.[62] Negar esta oscilación es negar la diferencia entre el día y la noche con el pretexto de que existe un crepúsculo. La homogeneidad global del período que se extiende entre el siglo V y el XVII y su fuerte oposición tanto al sistema de la ciudad antigua como al de la Europa contemporánea es una base imprescindible para toda tentativa que pretenda sacar a la historia medieval de su estancamiento.

Esta constatación de la oscilación molesta a mucha gente, por ejemplo a los apologistas de una «economía» eterna. La obra, en apariencia erudita, de Odd Langholm, proporcionó un ejemplo paradigmático de la relación estrecha entre el contrasentido ordinario, factual, y la construcción fantasmagórica descabellada. O. Langholm intentó sencillamente transformar a los grandes escolásticos en inventores de la economía política. El procedimiento es elemental; según la expresión de Thomas de Chobham *quia non laborat nec periculum imminet ei*; Langholm «traduce»: *for neither does he work nor does risk threaten him.*[63] Dos contrasentidos mayores: *laborat* no puede bajo ninguna consideración traducirse por *el trabaja*, ni *periculum* por *riesgo*. Una traducción, necesariamente aproximativa, sería: «porque no sufre ninguna pena ni está amenzado por ningún pe-

61. Esta reflexión debe mucho a mis discusiones con Jacques Le Goff.

62. La cuestión de los umbrales, crucial en el marco de la semántica, constituye también una dificultad técnica mayor de la estadística, que hemos mencionado anteriormente. Si no conseguimos encontrar una solución, caemos inexorablemente en la disolución de todo conjunto y de toda estructura, y asistimos impotentes al triunfo del dogma deformado de la «irreductible variedad de lo real», todo está en todo, y lo que sigue...

63. Odd Langholm, *Economics in the Medieval Schools. Wealth, Exchange, Monney and Usury according to the Paris Theological tradition 1200-1350*, Leiden, 1992, p. 56. En el mismo movimiento, *in foro* está tomado por *the competitive market*, y todo cordialmente.

ligro». Es bastante fácil demostrar que las nociones de trabajo y de riesgo eran impensables en la Edad Media y que no aparecieron hasta el siglo XVII.[64] *Labor* remite sin alternativa a la idea de esfuerzo, de dolor, y *periculum* es el peligro, el daño material. El pensamiento de Thomas de Chobham no tiene nada de misterioso, se pregunta solamente si, en el caso que él trata, la ganancia está justificada por un esfuerzo cualquiera (según el argumento de que «todo esfuerzo merece una recompensa»). Langholm atribuye, sin duda con buena fe, a los autores de los siglos XIII y XIV discursos que jamás han tenido, desviando metódicamente el significado de los términos (términos que no son discutidos en ninguna parte). Hace así desaparecer toda diferencia entre Tomás de Aquino y David Ricardo.[65]

El sistema medieval de producción del significado

En este punto clave se articula una segunda cuestión que nos lleva al centro de toda investigación sobre los significados y sobre toda semántica histórica aplicada a la Europa medieval: el sistema de producción del significado.

Aunque se trate de un asunto de primera importancia, los trabajos que podemos aprovechar son excesivamente escasos. En los años 80, algunos autores, sobre todo anglosajones, comenzaron a interrogarse sobre las modalidades prácticas de utilización de la lengua, en particular sobre la presencia o la ausencia de escritura (*literacy*).[66] La inspiración venía de la sociolingüística y, más aún, de ciertos etnólogos, con Jack Goody a la cabeza,[67] que tuvieron el mérito de explorar las implicaciones del «paso a la escritura», análisis que les permitió *a contrario* delimitar mejor las prácticas de las poblaciones sin escritura. Desgraciadamente, esta gran oposición (*con / sin*), útil en etnología, no produjo entre los medievalistas más que fantasmas y desviaciones suplementarias. La Europa medieval ha utilizado siempre y en todas partes la escritura, pero siempre de manera parcial, categorizada y reglamentada. Por lo demás, como ya hemos recordado, el multilingüismo era por así decir la regla.

64. Bibliografía considerable, véase sobre todo Ludolf Kuchenbuch y Thomas Sokoll, «Vom Brauch-Werk zum Tausch-Wert: Überlegungen zur Arbeit im vorindustriellen Europa», *Leviathan, Zeitschrift für Sozialwissenschaft*, 11-1990, pp. 26-50. Alain Guerreau, «L'Europe médiévale: une civilisation sans la notion de risque», *Risques*, 31-1997, pp. 11-18.

65. En sentido contrario, señalaremos el trabajo ejemplar de Dominique Margairaz, *Foires et marchés dans la France préindustrielle*, París, 1988, quien, a través de un detallado análisis, demuestra que formas de organización social de apariencia material, que casi no cambiaron entre 1750 y 1850, sufrieron, durante este lapso de tiempo, un verdadero cambio de sentido, que les hizo pasar de la función de herramienta de encuadramiento restrictivo al de pasaje obligatorio (apremiando esta vez a los campesinos a integrarse en una economía de mercado).

66. Michael T. Clanchy, *From Memory to Written Record. England, 1066-1307*, Londres, 1979. Más reciente, Gadi Algazi, *Herrengewalt und Gewalt der Herren im späten Mittelalter. Herrschaft, Gegenseitigkeit und Sprachgebrauch*, Frankfurt am Main, 1996.

67. Jack Goody, *La Raison graphique. La domestication de la pensée sauvage*, París, 1979 [1977]; *La Logique de l'écriture. Aux origines des sociétés humaines*, París, 1986.

Esta estructura sociolingüística propia remitía a la lógica social global pero también, más precisamente, a un sistema de producción del significado completamente original. Cuestión que no ha sido abordada más que en el marco de la historiografía de la exégesis, punto interesante,[68] pero de amplitud práctica limitada, demasiado limitada. Señalemos aquí dos puntos:

1) Los semánticos distinguen gustosos el saber léxico (*lexikalisches Wissen*) y el saber del mundo (*Weltwissen*). ¿Qué es entonces «el mundo»? Es lo que algunos llaman las *realia* o, simplemente, «lo real». Dicho de otra foma, una realidad concebida como masiva, englobante, siempre «presente», la realidad pura e intrínseca de alguna forma. La Edad Media, toda la Edad Media, todas las categorías sociales y todos los períodos unidos, veían las cosas de otra forma, de manera bífida: Dios y la Creación. Sólo Dios era increado, pero ninguna criatura terrestre podía entenderlo. Todo lo que se podía percibir, y toda percepción misma, no era más que un efecto, directo o mediato, de la creación y de la voluntad divina. De pronto, la noción, que nos resulta familiar y corriente, de «realidad intrínseca» era simplemente impensable. Los objetos no estaban ahí por el hecho de estar ahí, sino porque Dios había querido que estuvieran allí. Y así toda aclaración del mundo no podía ser más que una aclaración de la Creación. Nada existía fuera de la voluntad divina que constituía el sustrato absoluto y omnipresente de toda especie de «significados». Recíprocamente, toda utilización de cualquier significado, o toda búsqueda de un significado remitía sin la menor alternativa a la voluntad divina. Es un sistema que nos es completamente extraño, que sólo podemos intentar reconstituir abstracta y parcialmente, y que es uno de los fundamentos mayores de la alteridad de la Edad Media, en el sentido más superficial del término.

2) La desigual repartición de los conocimientos era otro pivote de este sistema. Desde los Padres de la Iglesia, había sido enunciado con toda claridad que la Revelación era un tránsito y que este tránsito se producía gradualmente. La teoría llamada del apostolado no era de ninguna forma un corolario y el sucesor de Pedro detentaba fuertemente las llaves. Esto fue en el momento en que la autoridad pontifical, sostenida por los carolingios, adquirió un poder efectivo sobre la mayor parte de Europa, que el lenguaje de la Iglesia fue «reformado», reglamentado y homogeneizado, mientras que un éxito siempre creciente aureoleaba los textos con valor apostólico de Denys el Areopagita,[69] que sintetizaba la teoría de los grados de conocimiento en tanto que grados de proximidad a Dios,[70] al

68. Nos referimos siempre sobre este tema a Henri de Lubac, *Exégèse médiévale. Les quatre sens de l'écriture*, París, 1959-1964, 4 vol. Por el contrario, una acogida más bien hostil ha sido reservada a los notables trabajos de Pierre Guiraud (*Le Jargon de Villon ou le gai savoir de la Coquille*, París, 1968; *Le Testament de Villon ou le gai savoir de la Basoche*, París, 1970), aunque el fundamento metodológico es idéntico. Observaciones pertinentes de Max Wehrli, «Der mehrfache Sinn. Probleme der Hermeneutik», en *Literatur im deutschen Mittelalter. Eine poetologische Einführung*, Stuttgart, 1984, pp. 236-270.

69. Muy accesibles en la traducción de Maurice de Gandillac, *Œuvres du Pseudo-denys l'Aréopagite*, París, 1943 (reprod. 1998).

70. Einar Már Jonsson, *Le Miroir. Naissance d'un genre littéraire*, París, 1995.

igual que grados de órdenes sagrados (visibles, concretos, socialmente definidos e identificados). Así se cerraba el círculo con elegancia y eficacia: los usos sociales jerarquizados de las lenguas[71] eran la herramienta de los grados jerarquizados de conocimiento, es decir, de una capacidad diferencial de percepción del significado, más elevada para los individuos que, por su ubicación en la sociedad misma, se encontraban más próximos a Dios, cuya voluntad era el sustrato de toda clase de significado.

Si todo significado venía de Dios, la proximidad con relación a Dios no podía dejar de consagrar, en todos los sentidos del término, un mejor conocimiento, y el alejamiento producía inevitablemente grados jerarquizados; el buen orden consistía precisamente en que cada grado permanecía en su sitio y no transmitía al orden inferior aquello que implicaba la diferencia de distancia. El espacio polarizado, que era la matriz de todo el sistema de representaciones del mundo, encontraba ahí una forma teorizada perfectamente adecuada, que al mismo tiempo se ajustaba exactamente a la función práctica de la Iglesia como espina dorsal del sistema social. Producción del significado, prácticas del lenguaje y organización social se articulan así de una manera notable, y este hecho fue sin duda uno de los motivos de la longevidad excepcional de esta civilización.

Urgencia práctica

Estas observaciones sobre la lógica global y el sistema de producción del significado, a pesar de cierta apariencia de abstracción, son de naturaleza exclusivamente empírica y, por esta misma razón, están cargadas de consecuencias *prácticas*, en relación con el trabajo cotidiano más común del medievalista. Toda descripción precisa, toda evocación de encadenamiento de los acontecimientos («relato») reposa, casi siempre implícitamente, pero sin la menor excepción, sobre un juicio previo de pertinencia basado en la consideración de lo que, aproximadamente, podemos denominar «principios generales de una acción coherente». Y debemos constatar que, hasta hoy en día, ningún medievalista, ha reconocido claramente que *los principios generales de una acción coherente en la sociedad medieval* difieren radicalmente de los nuestros. Esta laguna abierta e inimaginable deja después de dos siglos a los medievalistas ante la misma alternativa irresoluble: ya sea hacer una elección entre los elementos observados para reestablecer una apariencia de orden, necesariamente *ficticia* al ciento por ciento, cualesquiera que sean los criterios de elección, ya sea basarse sin elección organizada en las fuentes disponibles y proponer descripciones o relatos de estilo

71. En la mayor parte de las lenguas románicas, la unidad de discurso elemental es la *parole*, palabra que viene del griego latinizado *parabolam*. Por poco que queramos tomar esta consideración en serio, nos damos cuenta de las implicaciones considerables de esta elección en el marco del sistema medieval de representaciones (Anita Guerreau-Jalabert, *«Parole/Parabole: analyse d'un champ lexical et sémantique»*, en Rosa-Maria Dessi y Michel Lauwers (ed.), *La Parole du prédicateur*, Nice, 1997, pp. 311-339).

absurdo e incomprensible (tendencia actual). Con o sin elección, el resultado sigue siendo arbitrario y falaz; de ahí las discusiones ociosas e interminables sobre la «subjetividad de los historiadores», la «irreductible variedad de puntos de vista» y otras necedades del mismo estilo.

Contra todo lo arbitrario y todo lo metafísico, una simple preocupación de orden y de claridad en el proceso debe conducir a reconocer que una elucidación mínima de estos principios generales de una acción coherente en la sociedad medieval es una *conditio sine qua non* de cualquier forma de reconstrucción realista e incluso de toda *lectura elemental de las fuentes*. Esta urgencia empírica pasa por tanto necesariamente por investigaciones apropiadas sobre la lógica global de esta sociedad y su sistema específico de producción del significado.

Estas hipótesis, al igual que una consideración seria y sustancial de los imperativos de una semántica histórica claramente articulada, constituyen la base de un vasto programa de trabajo, en el que los resultados podrían aportar una sustancial renovación de nuestro conocimiento de la civilización medieval; al límite de la conmoción.

Estadística, objetos, palabras: a cada instante y en cada perspectiva se plantea la cuestión del significado. ¿En qué consiste el significado, y cómo descubrirlo? Sólo una cosa está clara: el método de recortar y pegar, que ha sido teorizado a finales del siglo XIX y que aún tiene un amplio desarrollo, es un método de anticuario. Pero, igualmente desde finales del siglo XIX, el divorcio entre la historia y las ciencias sociales se ha prolongado, y esto explica tal vez aquello. Hemos sugerido algunas consideraciones prácticas susceptibles de dar un nuevo impulso a la reflexión y de dirigir los esfuerzos hacia investigaciones mejor articuladas sobre el tema del significado. La experiencia demuestra que estas propuestas tropiezan con una inercia tenaz, si es que no se trata de una oposición decidida. Es preciso intentar armar mejor a aquellos (más numerosos de lo que algunos piensan) que desean reiniciar la historia medieval sobre nuevas bases y, por lo tanto, retomar estos problemas de forma más global y mejor estructurada.

III

LOS GRANDES IMPERATIVOS.

Un cœur tendre qui hait le néant vaste et noir
Du passé lumineux recueille tout vestige

CHARLES BAUDELAIRE

POSIBLE Y DESEABLE

¿Se reduce la dialéctica del realismo y de la coherencia a una igualdad declarada de lo deseable y de lo posible? Veamos. Sería malintencionado pensar que, si es cierto que toda vida social está basada en el compromiso, merecemos sufrir los peores insultos si nos olvidamos de imaginar lo deseable antes de examinar lo posible en su forma más mezquina. Si es innegable que una estructura se transforma comúnmente a través de un gran número de movimientos puntuales, antes que por una reorganización general (que no obstante se produce de tiempo en tiempo), esto no impide en ningún caso la validez de limitarse a una mirada puntual sino todo lo contrario. Pues sólo las variaciones congruentes con la lógica global de la estructura tienen un efecto real, todas las demás se pierden en la marea de conflictos aleatorios. La utopía es más realista que el oportunismo. La sabiduría popular lo expresa en una frase lapidaria: hay que saber lo que uno quiere. Lo que no significa que deje de tener interés volver, una vez más, a una caracterización sintética de la situación observable.

¿QUÉ ES UN MEDIEVALISTA?

¿Cómo nos convertimos en medievalistas a las puertas del siglo XXI? Poco más o menos como a comienzos del siglo XX. Aprendiendo un poco de latín medieval, algunas palabras de francés antiguo (en los casos más favorables), adquiriendo un hábito de lectura de documentos manuscritos, y sobre todo, devorando interminables listas de nombres y de datos, todo ello salpimentado con nociones extrañas, y difíciles para el vulgo; y por último, aprendiendo, ya que es la cúspide del arte, a manipular todo esto según las normas de una retórica universitaria, formalista y superficial, es decir, saber anudar los viejos hilos inusables: un vetusto plan dividido en tres partes, transiciones supuestamente naturales, una hermosa cita para comenzar, una conclusión potente (una sospecha de paradoja pero sin exagerar), desarrollos fundados sobre el binomio inoxidable

una idea-un ejemplo, muchos nombres propios y algunos términos supuestamente técnicos (para evitar el reproche de superficialidad), un estilo «sobrio» y, si es posible, algunas fórmulas bien acuñadas. ¿Simples ejercicios escolares? Veamos. ¿Qué encontramos a continuación? La famosa tesis, más o menos densa, que estrictamente no es otra cosa que la ampliación del modelo que acabamos de ver. Que alguien me explique ¿por qué, en un artículo o en un capítulo de un libro destinado a los historiadores, todo fragmento en latín debe ser «traducido»?; ¿por qué toda discusión sobre un pasaje espinoso se hace obligatoriamente en una nota al margen?; ¿por qué los desarrollos considerados técnicos, sobre todo los estadísticos, son proscritos o, en el mejor de los casos, arrojados a un anexo?

Seré sin duda el último en negar que un historiador debe imperativamente ser capaz de expresarse de forma claramente articulada, con un lenguaje unívoco, que respete (verdaderamente) las reglas de la gramática ordinaria. Es una condición previa inexcusable, un medio del que no podemos privarnos, pero no es una finalidad ni un ideal social. Podríamos ser benignos con muchas convenciones verbosas si estas exposiciones fueran el soporte de construcciones eficaces, o al menos, tuvieran una voluntad explicativa. Pero no es así.

Estos discursos *camuflan* la ignorancia y las aporías.

Aquí se encuentra el *nodum crucis*. Un método o un procedimiento no es bueno o malo en sí mismo, o en virtud de algunas consideraciones de epistemología teórica. Un buen método es aquel que hace progresar los conocimientos racionales, y que concluye con explicaciones. Ahora bien, lo esencial de las iniciativas empíricas que constituyen aún, a comienzos del siglo XXI, la mayor parte del bagaje de la medievalística, no tiene ningún poder explicativo.

Preguntas sin respuestas

Los grandes movimientos de la sociedad medieval europea se han descrito con más o menos precisión, pero ninguno ha sido explicado. Como hemos apuntado, una parte de los trabajos de los últimos veinte años incluso ha consistido en evocar representaciones y prácticas en apariencia grotescas, sin ni siquiera simular un intento de darles algún sentido aceptable. Llenaríamos un libro entero con las preguntas, más o menos importantes, que se nos plantean al recorrer las obras de historia medieval, sin encontrar jamás respuestas satisfactorias. Por ejemplo: ¿por qué este crecimiento tendencial entre 950 y 1300?, ¿por qué una reestructuración general en la primera mitad del siglo IX?, ¿por qué la gran conmoción de las instituciones eclesiásticas en el siglo XVI? O incluso ¿por qué el final de los *Reihengräber* a comienzos del siglo VIII?, ¿por qué la aparición de la Inmaculada Concepción a comienzos del siglo XII? y ¿la de la transubstanciación medio siglo después?, ¿por qué la aparición de la perspectiva en el siglo XVI?, ¿por qué en 1215 se fija el límite de la consanguinidad prohibida al cuarto grado del canon? Corramos un tupido velo y seamos caritativos, no que-

remos disecar tal o cual desarrollo concreto: no hay razón para tomarla con este más que con aquel.

Muchos medievalistas están satisfechos con esta situación. La mayor parte de ellos considera que la noción de explicación no es pertinente en historia; otros son capaces de proclamar que las condiciones necesarias para conseguirlo están fuera de alcance. *Flatus vocis*. Es necesario más bien preguntarse qué convendría hacer para avanzar un poco. Examinemos, por tanto, las herramientas (los conceptos) y su empleo (el oficio).

A. LOS TRES TIPOS FUNDAMENTALES DE EXAMEN DEL PASADO

Estamos ahora en mejores condiciones para comprender lo que caracteriza el corazón de la investigación propiamente histórica, porque existen diversas formas de abordar el pasado y los objetos o textos antiguos. Podemos, me parece, distinguir esencialmente tres formas de aproximación: estética, normativa e histórica.

Estética

La aproximación estética es la más común: confiere el primado al contacto directo y al sentimiento, por no decir a la sacrosanta «sensibilidad». Existen, de una vez por todas (se nos dice, a pesar de todas las observaciones que demuestran exactamente lo contrario), «bellos textos» y «bellos objetos»; con relación a estas entidades insuperables la erudición no tiene otra finalidad que autentificar y fechar; los estudios de estilo, de influencias y (eventualmente) de ayuda a la interpretación son sólo prolegómenos; el ojo del *experto* debe desaparecer en definitiva ante el gusto y la sensibilidad del verdadero aficionado (comprador de antigüedades en potencia). Naturalmente, la «sensibilidad» vive en perfecta armonía con la ideología más grosera, y el éxito de la muy llamativa ideología del «patrimonio» nos lo recuerda. Esta forma de aproximación, por el hecho mismo de su banalidad, es sin duda la que mejor se presta a un estudio sociológico, pero es también, aquella sobre la que hay menos cosas que decir desde un punto de vista abstracto. Tambores, fuegos de artificio, rezos por los muertos.

Normativa

La aproximación normativa es la que parte de nociones definidas *a priori*, ahistóricas, y que únicamente tratan de esclarecer el destino y las vicisitudes del curso de la historia. Los procedimientos de los «historiadores del derecho» y de los «historiadores de la filosofía» son casi idénticos. Podríamos también denominarlos procedimientos apriorísticos.

La filosofía parte del principio de que existen «grandes problemas» que el hombre se ha planteado desde sus primeros instantes de lucidez, cuestiones que sólo tienen una limitada gama de soluciones: cada época, cada nuevo filósofo, apenas pueden proponer algunas variantes. La noción de influencia también está aquí muy presente.

El jurista, aunque sea historiador, no puede distanciarse del procedimiento de la sala judicial: en cada caso, hay que determinar el texto que se aplica, localizar la noción adecuada, precisar en los más mínimos detalles todas sus implicaciones, y concluir respetando tanto como sea posible las reglas de la lógica formal. Lo molesto es que todo juicio es puntual: el jurista no conoce los grupos, y no sabe qué hacer con las categorías. Un capitular de Carlomagno o una ordenanza de Carlos V son por definición textos legislativos, y hay que comentarlos como tales. Podríamos esperar, ingenuamente, que los «historiadores del derecho» se fijaran con prioridad en los documentos judiciales y en todas las informaciones de que disponemos sobre los procesos medievales. No es así. El gran tema es el famoso «derecho público», *aliis verbis* «las instituciones». Detrás, a gran distancia viene el «derecho privado», es decir el comentario de las costumbres. Los asuntos judiciales no se tratan más que excepcionalmente, y sobre todo para buscar los «casos» interesantes, y no para saber cómo se impartía, de hecho, la justicia. El jurista comenta una ordenanza de Jean le Bon exactamente como comenta la última reforma del Código Civil, es decir, como un conjunto de definiciones que es necesario (y basta) esclarecer, a la luz de normas formales, constituidas por principios elementales intangibles. Nos quedamos siempre perplejos al ver como los juristas hacen aparecer con destreza los principios del «derecho romano» en cualquier siglo de la Edad Media. Pero esta perplejidad no tiene razón de ser: el jurista ignora por completo la noción de anacronismo, incompatible con los principios mismos de su oficio.

Bajo este punto de vista, hay una similitud total con el filósofo, quien nos muestra sin reír a Jean Scot dialogando con Platón y a Tomás de Aquino con Aristóteles. ¿Cómo podría un pensamiento eterno estar sometido a las contingencias de la cronología?

HISTÓRICA

La historia no es relato ni escritura, y menos aún conmemoración. La aproximación histórica puede, en primer lugar, definirse por su único objeto: la evolución de las sociedades. Este objeto se caracteriza ante todo por la relación de dos elementos: la sociedad y el tiempo. Deberíamos volver una vez más a las demostraciones de Koselleck: la invención de la historia fue precisamente el descubrimiento de que las sociedades se transforman, y que los hombres no se enfrentan únicamente a oscilaciones aleatorias sino a un movimiento general. El evolucionismo del siglo XIX fue la continuación de este descubrimiento.

Desde 1830 sin embargo, una parte de la burguesía comenzó a asustarse de sus propias audacias; la aproximación normativa ganó mucho terreno y única-

mente los espíritus excepcionales no sucumbieron. No obstante, los historiadores seguían preguntándose por los fundamentos del orden social (pasado, pero también actual). La ruptura de finales de siglo fue, a muchas luces, una liberación: esta angustiante cuestión de los principios de funcionamiento fue confiada a las expertas manos de las nuevas ciencias sociales; éstas, por su parte, eran eximidas de cualquier estudio del cambio, lo que evitaba los temas más embarazosos y apremiantes. Los esfuerzos, a menudo meritorios, desplegados en el siglo XX no han permitido superar los efectos de esta demasiado útil dicotomía. Pero todos los obstáculos prácticos e ideológicos no cambian nada: una sociedad es un conjunto que funciona (que «camina»), pero una sociedad humana tiene como característica específica que todo funcionamiento es al mismo tiempo transformación. La perpetuación de una sociedad nunca es una reproducción sin variaciones, cualesquiera que sean las supuestas «intenciones de los actores». El objeto de estudio propio del historiador es llegar a demostrar, tan claramente como sea posible, la unidad de este proceso, cuyo funcionamiento y transformación no son más que dos aspectos unidos, como las dos caras de una misma moneda.

La reconstrucción de este proceso es necesariamente un procedimiento abstracto que implica la elaboración de las herramientas apropiadas. Los procedimientos estéticos y normativos no son compatibles con una visión que, de todas maneras, no puede aceptar la segmentación arbitraria y fijista del objeto social que imponen estas aproximaciones. El trabajo fundamental del historiador consiste, por tanto, en forjar las herramientas conceptuales y en construir hipótesis y utilizarlas, todo ello en un ir y venir constante entre la observación meticulosa de los objetos (las «fuentes»)[1] y la elaboración abstracta.

Un excelente amigo me decía un día: «La historia no será jamás una ciencia porque no llegaremos nunca a explicitar todos sus postulados». Afirmación que contiene un doble error: por una parte, porque un gran número de disciplinas, de las que no se discute su naturaleza de ciencias, están lejos de haber explicitado sus postulados (por ejemplo la geología o la biología molecular), y sobre todo porque la ciencia es un movimiento; nada impide comenzar a explicitar estos postulados, y es probable que la mejor forma de demostrar la utilidad de esta iniciativa sea acometerla.

El conjunto de análisis hasta aquí expuestos, dirigidos a resumir la evolución de la medievalística desde hace dos siglos, me incita a subrayar dos puntos que me parecen esenciales:

1) la ciencia histórica procede por aproximaciones sucesivas y rectificaciones;

2) el objeto de la historia, siendo por naturaleza fundamentalmente inestable —la cuestión de los límites de validez de los conceptos que se plantea en to-

1. Es siempre tema de asombro e irritación, para un cartista, observar la ignorancia casi universal de la noción de fuente, incluso entre los individuos que creemos «cultivados», y la inconsciencia sobre este punto de muchos historiadores profesionales...

das las ciencias—, no puede dejar de ser un objeto prioritario de atención por parte de los historiadores en general y de los medievalistas en particular. Se trata de un campo casi inexplorado, del que hay que esperar mucho.

No podemos pretender ser medievalistas e ignorar el idioma alemán.[2] Por esto quiero terminar estas páginas de reflexión sobre la práctica de los medievalistas con esta observación de uno de los mejores medievalistas alemanes de la actualidad:

> Die Methodologie, viel gescholten, nicht jedermanns Sache, inder deutschen Mediävistik über Gebühr verpönt,[3] gern als nebensächlich abgetan, pocht unaufhörbar auf ihre Unverzichtbarkeit. Denn was der Historiker tue, das ist seine wichtigste, die alles entscheidende Frage, über die zu reflektieren er niemals aufhören darf; sie allein und die antwort die er auf sie zu geben vermag, unterscheidet ihn von der Märchen erzählenden Amme. Absichten, «einfach die ereignisse für sich sprechen zu lassen und die Geschehnisse möglichst in ihrer ganzen bunten Fülle nachzuerzählen», ich zitiere hier aus dem Vorwort eines im Jahr 1971 erschienen wissenschaftlichen Buches über das «dunkle Jahrhundert» [Harald Zimmermann, *Das dunkle Jahrhundert. Ein historisches Porträt*, Graz-Wien-Köln, 1971], sind in Wahrheit leere Versprechen...Kein vergangenes oder gegenwärtiges «Ereignis» kann «für sich sprechen», jedes bedarf des ihm Gestalt und Sprache verleihenden, es in seiner Ereignishaftigkeit erst entdeckenden Historikes... Das 19. Jahrhundert hat der Aufsplitterung der Geschichte in zahlose Geschichten bedurft; am Ende des 20. sieht die so begründete Geschichtswissenschaft sich mit der Notwendigkeit zusammenzukitten und eine neue Synthsese anzustreben hat.[4]

2. La situación es la misma que para la historia antigua: «Un arqueólogo de la Antigüedad greco-latina que no conoce la lengua alemana no tiene acceso ni a la mitad de las informaciones necesarias para su trabajo» (Maurice Godelier, «Le métier de chercheur», en *Sciences de l'homme et de la société*, 58-2000, p. 13).
3. Y en Francia, pues...
4. Johannes Fried, «Vom Zerfall zur Wiedervereinigung. Der Wandel der Interpretationsmuster», *en* Esch, Fried, Geary, *Stand und Perspektiven* [véase nota 4], pp. 69-70. «La metodología, constantemente invectivada, poco accesible al primero que llega, prohibida contra toda lógica en la medievalística alemana, gustosamente apartada hacia márgenes inútiles, se recrea en vuestra memoria: no hay forma de renunciar a ella. Puesto que la *actividad propia* del historiador es la cuestión más importante, la cuestión decisiva, sobre la que no tenemos derecho a dejar de reflexionar. Es esta única cuestión —y la respuesta que somos capaces de darle— la que distingue al historiador de la vieja que desgrana sus cuentos maravillosos. Un designio como el de "dejar simplemente a los hechos hablar por sí mismos y relatar lo que ha sucedido en toda su colorida diversidad", cito la introducción de una obra seria aparecida en 1971 sobre el "siglo oscuro" [Harald Zimmermann, *Das dunkle Jahrhundert. Ein historisches Porträt*, Graz-Wien-Köln, 1971], que no es más que una pretensión vacía... Ningún "acontecimiento" pasado o presente puede "hablar por sí mismo", todos al contrario necesitan del historiador que les dé forma y voz, el único que es capaz de esclarecer el significado de su acontecer...El siglo XIX tuvo necesidad de romper la historia en una infinidad de historias; a finales del siglo XX, la ciencia histórica se enfrenta a la necesidad de una revisión general, para aunar todos estos fragmentos y buscar una nueva síntesis.»

B. FRECUENTAR LOS CONCEPTOS

A FAVOR DE LAS CIENCIAS SOCIALES

El llamamiento a una aproximación a las ciencias sociales, hecho entre los historiadores en general y los medievalistas en particular, es un tema que data de los años 60 y cuya necesidad es renovada periódicamente. Todo el mundo está de acuerdo en que este tipo de consigna excesivamente vaga, no ha tenido consecuencias identificables en el terreno de la investigación. No podemos ahorrarnos un breve examen de esta situación algo extraña en apariencia.

Las ciencias sociales se construyeron, hace más de un siglo, poniendo entre paréntesis el tiempo y la evolución. Hemos intentado demostrar el carácter profundamente ambiguo de las condiciones que permitieron su emergencia, y la significación no menos ambivalente del primado absoluto concedido, en este movimiento, a la sincronía. Nada permite suponer que estos condicionantes iniciales hayan desaparecido.

Son pocos los cientificistas sociales que intentan salir del paréntesis, pero no son los historiadores precisamente quienes les proporcionan la ayuda necesaria: la irreflexión metódica en este ámbito hace que los textos de los historiadores sean casi impenetrables para los investigadores de las ciencias sociales. Cuando un lingüista o un sociólogo lee los trabajos de los medievalistas, algunas veces se queda sorprendido (desconcertado) del resultado, y se da cuenta entonces de la gran cantidad de postulados implícitos, convenciones extrañas y conocimientos puramente prácticos que es necesario dominar, simplemente para comprender en primer grado lo que este o aquel historiador ha querido decir: la familiaridad como hábito profesional básico no se transmite en los manuales (es por lo demás una de sus principales características).

NI TIEMPO NI MOVIMIENTO

En sentido contrario, el historiador que mira hacia las ciencias sociales se encuentra en un territorio incomprensible e indefinidamente hostil: ¡todo funciona

pero nada se mueve! En el programa del XIV Congreso Mundial de Sociología realizado en Montreal durante el verano de 1998, enumeramos seis simposios, las sesiones de cincuenta comités de investigación, cinco grupos de trabajo, seis grupos temáticos; cualquier tema es materia sociológica, el niño, las catástrofes, el ocio, el ejército, etc.; existe incluso la historia de la sociología, pero la evolución social o *a forteriori* la dinámica de una sociedad, no figuran bajo ninguna rúbrica. La reciente obra de Jean-Claude Passeron, *Le Raisonnement sociologique*,[1] es una lectura estimulante e instructiva. Se podrían discutir ciertos puntos de vista y sugerir soluciones distintas a ciertos problemas; pero hay uno que no se plantea ni en lugar ni en momento alguno: ¿por qué y cómo se transforma una sociedad? Entre los sociólogos, el único tiempo que a veces se tiene en cuenta es el tiempo individual, el de las «trayectorias». Cuando el sociólogo compara, compara de la misma forma dos países, o el mismo país en dos momentos diferentes, negación por principio del tiempo y de la evolución que ningún historiador puede aceptar. Se observa a menudo una inflexión hacia la novedad, los «temas emergentes», las cuestiones de futuro. Pero el pasado se limita, en el mejor de los casos, a ciertas «representaciones de los actores». Reconozcamos que el interés por las sacrosantas «fechas bisagra» no es inmediatamente perceptible por el profano, sin embargo nos quedamos perplejos al constatar que muy pocos sociólogos se preguntan por qué la sociedad (la que estudian o cualquier otra) se transforma y cambia.

Utilidad social o utilidad científica

Un gran número de sociólogos practica únicamente la ingeniería social:[2] expertos pagados, por los que deciden, para responder a las cuestiones prácticas planteadas por los que deciden: ¿qué medidas habría que tomar si queremos que...? Pero, sólo si se franquea este obstáculo llegamos a percibir que las obras más útiles no son necesariamente las más recientes y que, entre las diversas tendencias de la sociología, las que otorgan mayor importancia a los métodos y a la abstracción son las que más pueden aportar, encontrándonos finalmente en situación de aprovechar un conjunto rico y variado, en el que abundan los trabajos que nos hacen reflexionar sobre lo que son los conceptos que permiten pensar las realidades sociales. No ocultaré que la lectura de las obras de Pierre Bourdieu me ha aportado elementos de reflexión decisivos e irremplazables.

La etnología tiene algo de Jano bifronte. El ejemplo analizado anteriormente demuestra que excelentes intenciones no hacen necesariamente buena ciencia. Independientemente de las visiones subjetivas, se distinguen dos grandes ten-

1. Jean-Claude Passeron, *Le Raisonnement sociologique. L'espace non-poppérien du raisonnement naturel*, París, 1991.

2. Alain Caillé, *Splendeurs et misères des sciences sociales: esquisses d'une mythologie*, Ginebra, 1986; *La Démission des clercs: la crise des sciences sociales et l'oubli du politique*, París, 1993.

dencias. Una etnología descriptiva, que desemboca eventualmente en grandes catálogos, ordenados de forma más o menos arbitraria; la universalización de las categorías occidentales toma asiento cómodamente en este marco. Por otro lado, una etnología que parte de la hipótesis sustentadora de la coherencia de las prácticas y de las representaciones indígenas. La observación activa, establecida como norma desde los inicios del siglo XX, es una herramienta privilegiada: el etnólogo, permaneciendo largo tiempo entre la población que estudia, se ve obligado a observar la mayor parte si no la totalidad de aspectos o «campos» que pueden distinguirse en esta sociedad, y su trabajo consiste entonces en relacionar todos estos campos hasta que aparecen las analogías, las homologías, las incrustaciones, las simetrías que poco a poco hacen surgir el orden y la lógica del conjunto. Bajo cualquier punto de vista, el «estructuralismo» es el resultado directo de estas experiencias. La lección, aunque mejorable, es insuperable.

Y treinta años después hay que rendir un solemne homenaje a Jacques Le Goff por haber reparado en este punto capital: «Como los primitivos, los hombres de la Edad Media nos parecen a menudo irracionales, pero, como Claude Lévi-Strauss ha demostrado, el pensamiento salvaje tiene sus razones: diferentes, pero frecuentemente más estrictas y apremiantes que nuestra flexible razón.»[3]

De mi experiencia personal, extraigo una doble conclusión: 1) no hay antropología útil que no esté fundada en primer lugar en una experiencia sustancial de la alteridad, es decir en un contacto personal suficiente con una sociedad no occidental; 2) lo que se puede «aplicar» a la Edad Media no son los conceptos entresacados puntualmente, sino una visión (la búsqueda de una coherencia explicitable), apoyada en procedimientos técnicos cuyo uso requiere, por otra parte, serios esfuerzos: no hay estructuración sin abstracción.

La lingüística ha desempeñado, desde Ferdinand de Saussure, un papel con frecuencia decisivo en el campo de las ciencias sociales. Y Claude Lévi-Strauss ha recordado repetidas veces su deuda con respecto a Roman Jakobson. El fue el sabio, entre otros, que elaboró los principios de la fonología, que ha constituido una etapa decisiva en el desarrollo de la lingüística. A diferencia de la fonética, que describe los sonidos de la voz con independencia de su valor de uso, la fonología se dedica a identificar los fonemas, es decir los sonidos pertinentes, definiéndolos simplemente como elementos que conforman la estructura sonora de la lengua estudiada (por oposición a las variantes que no son funcionales). Encontramos aquí en acción, otra vez, el vínculo entre significado, función y estructura global.

Y es una inspiración parecida la que encontramos, también en los años 30, en Jost Trier, autor de la teoría de los campos semánticos, cuyo alcance nunca será suficientemente valorado, y que constituye una herramienta de un valor excepcional.

Las lenguas tienen la doble ventaja de ser objetos abstractos y de que sus manifestaciones son lo suficientemente unidimensionales para ser sometidas a análisis casi exhaustivos de gran minuciosidad: la práctica de la lingüística repara en

3. Jacques Le Goff, *La Civilisation de l'Occident médiéval*, París, 1964, pp. 18-19.

el detalle. En Francia, lingüistas como Georges Mounin o Pierre Guiraud han sabido mostrar como esta disciplina puede aportar contribuciones de primer orden al estudio de un determinado tipo de hechos sociales. Esto se debe a que la lingüística, de la que surgió la oposición entre sincronía y diacronía, se define por una segunda *épochè*, la de la sociedad; como la mayor parte de las olvidadas, ésta no tiene sentido si no se olvida por completo. Sin embargo, es lo que hacen muchos lingüistas (y otros cientificistas sociales directamente influenciados por la lingüística), se imaginan que todo el significado puede estar completamente comprendido en la lengua misma. Se siente un asomo de sorpresa ante el éxito de un fantasma de una simpleza tan arcaica. Pero esto no debe conducir a los historiadores a alejarse de una ciencia de la que se pueden esperar herramientas particularmente eficaces.

No sería sin duda inútil hacer un recorrido por la geografía o la psicología. Pero, incluso ahí, el trabajo de localización y de selección requiere mucho tiempo y energía, sin que el resultado esté asegurado. Por el contrario, no debemos consagrar ni medio párrafo a un enjambre abigarrado de prácticas que, aunque se autodefinen a cual mejor como «ciencias», no son más que conjuntos más o menos organizados de puras recetas, vagamente adornadas con frases de apariencia abstracta y contenido exclusivamente ideológico. En la época moderna, existía en alemán el término *Kameralwissenschaften*, que era bastante elocuente: saberes empíricos (a menudo eficaces) orientados a la buena administración de la sociedad (buena desde el punto de vista de los gobernantes, se entiende). Se habla así de «ciencias» jurídicas, ciencias económicas, ciencias políticas, ciencias de la comunicación y de la información, ciencias cognitivas. Simples técnicas de organización y/o de manipulación, cualquiera que sea el grado de refinamiento.

La pelota está en el tejado de los historiadores

De esta breve ojeada, saquemos algunas observaciones generales:

1) Fieles a sus orígenes, las ciencias sociales permanecen apartadas del tiempo histórico.

2) Las prácticas de las ciencias sociales que no aspiran a una finalidad concreta inmediata comportan un trabajo de gran intensidad sobre los conceptos, del que se puede sacar mucho, pero al precio de un obstinado esfuerzo.

3) Las obras más interesantes no son las más recientes: el efecto de la moda es, en estos ámbitos, peor aún que en la historia. Y si bien, como se ha recordado al principio de este libro, la historia no goza de perfecta salud, las ciencias sociales están francamente enfermas: en los últimos quince años no han registrado ningún progreso manifiesto.

4) Todo ocurre como si la *epoché* del tiempo histórico hubiera agotado sus efectos benéficos. Y vemos, al contrario, cada vez mejor sus efectos nefastos. La historia, tal y como se practica actualmente, no está en condiciones de responder a las preguntas que se plantean ciertos antropólogos, ciertos sociólogos o ciertos lingüistas. Una toma en consideración claramente construida de la dinámica so-

cial es la llave del desbloqueo: la pelota está en el tejado de los historiadores, es a ellos a quienes corresponde realizar el necesario esfuerzo para reestructurar el conjunto del campo de las ciencias sociales, disperso desde finales del siglo XIX.

FAMILIARIDAD: SUSTANCIALISMO E INCONSCIENCIA

Volvamos a la cuestión inicial (¿cómo se convierte alguien en medievalista?) y desplacemos ligeramente el objetivo: ¿cómo se reconoce a un medievalista? La noción clave es la de familiaridad: los medievalistas se reconocen entre ellos por su familiaridad con diversos nombres y nociones herméticas no sólo para el público sino también para los historiadores de otros períodos: si los nombres Thibaut de Vermandois o Foulque Nerra le hacen estremecer de gusto, o si adopta un aire de entendido cuando se habla de *pequeño propietario de alodio* o de *señorío banal*, usted es medievalista.

Pero el fastidio está en que los dos primeros no eran más que dos miserables fanfarrones sin interés ni significación particular, y los dos términos siguientes son simples ficciones que no remiten a nada en la sociedad medieval. O se cree verdaderamente que había pequeños propietarios en el siglo X, y hay que decirlo; o entonces se quiere evitar el anacronismo que se presiente, pero hay que precisar el porqué. Señalemos únicamente *praetereundo* los significados de *allodiarius* facilitados por Niermeyer: «1) propietario de un alodio/*proprietor*; 2) en algunas regiones, los *allodiarii* eran una clase de subordinados; 3) vasallo que tenía un feudo calificado de alodio.» O para *allodius*: «tenido en feudo». Para el «señorío banal», no conozco ningún término medieval que designe el señorío (en general), y dudo de la existencia de esta noción (en el sentido que le dan precisamente los medievalistas) antes del siglo XVI e incluso del XVII. En cuanto a la noción derivada de «señorío banal», inventada por Georges Duby, es un artefacto destinado a sustantivar la distinción señorío banal contra señorío territorial. Esta oposición entre dos ficciones parte de la distinción *a priori* entre «derechos reales» y «derechos personales», es decir de la negación misma de la relación señorial, relación de dominación cuya especificidad y carácter fundamental era justamente anular semejante distinción.

Estos dos vocablos no son más que un ejemplo de un vasto conjunto que algunas veces es designado como «vocabulario técnico» y que no es más que un amasijo heterogéneo, resultado de una acumulación aleatoria de términos introducidos a conveniencia de las circunstancias y de las investigaciones, y que posteriormente han pasado a ser de uso común por consenso tácito, sin examen ni discusión. Las características de este vocabulario pretendidamente técnico son fácilmente observables:

1) se considera que cada uno de estos vocablos tiene una definición propia, independiente;

2) estos vocablos remiten a «realidades» y no a relaciones o a estructuras: traducen un sustancialismo generalizado;

3) estos vocablos, en su mayor parte, no han sido jamás discutidos; figuran

en tal o cual obra de buena reputación, son *eo ipso* válidos: por lo común, todo lo que un medievalista reconocido imprime es verdad, y puede ser utilizado sin restricción en los manuales, «síntesis», u otros trabajos. Todo el mundo aparenta no ver las contradicciones extravagantes que resultan de esta forma de actuar.

El proyecto *Geschichtliche Grundbegriffe*

Sería injusto y sería una omisión reprobable no decir ni una palabra del gran proyecto alemán *Geschichtliche Grundbegriffe*. Tres historiadores con preocupaciones diversas se reunieron para organizar una reflexión colectiva sobre la historia social de los conceptos utilizados por los historiadores.[4] La idea era pertinente, considerable, prometedora. Siempre resulta interesante hacer referencia a esta bella obra. La mayor parte de los artículos son el equivalente a un libro: muchas informaciones y mucha reflexión.

Pero el resultado es un fracaso. Tres razones lo explican:

1) La «forma diccionario» es difícilmente compatible con una reflexión estructurada; el atomismo, incluso limitado como aquí, pasa de largo del objeto verdaderamente interesante, el *instrumentarium* en tanto que sistema articulado y no como colección arbitraria de herramientas.

2) La manera de concebir la extensión de los conceptos es discutible: ¿existen conceptos que sirvan para cualquier historiador que estudie cualquier tema, en cualquier época, y en cualquier lugar? Dicho de otra forma: habría sido necesario plantear, y tratar, la cuestión prioritaria del alcance, o de los límites, de los conceptos.

3) También es discutible la misma naturaleza de los objetos analizados: ¿formas sociales prácticas o representaciones? Naturalmente, estas dos realidades están íntimamente unidas, una no funciona sin la otra. Pero, en tal momento, tal noción es una simple representación (por ejemplo, en el siglo XX, *utopía* o *feudalismo*), mientras que tal otra puede ser utilizada conjuntamente con la realidad social de la que se considera debe rendir cuentas (por ejemplo, también en el siglo XX, *Estado* o *política*). De repente, las condiciones de una posible utilización propiamente científica dejan de ser analizadas.

¿Existen nociones de «antropología general»?

Esta crítica nos conduce directamente a una pregunta más global (raramente planteada): ¿existen nociones de antropología general? ¿En qué consisten, o podrían consistir, las nociones que designan (de forma precisa y útil) las funciones, las actividades, las formas estructuradas que se encuentran en todas las sociedades humanas? Mi impresión es que tales nociones no son muy numerosas, y que son o muy abstractas o puramente formales. Por ejemplo: función de reproduc-

4. Otto Brunner, Werner Conze y Reinhart Koselleck (ed.), *Geschichtliche Grundbegriffe. Historisches Lexikon zur politisch-soziologischen Sprache in Deutschland*, Stuttgart, 1972-1992.

ción biológica, función de autorregulación; o bien (tal vez): igualdad, dominación. Estas son herramientas esencialmente analíticas, medios elementales de localización y descripción. Si avanzamos todavía más hacia lo concreto, tropezamos con dificultades cada vez más inextricables.

Es decir, «el parentesco». En la mayor parte de las sociedades estudiadas por los etnólogos, se trata de una «institución» primordial. Uno de los mayores méritos de Claude Lévi-Strauss fue demostrar que, considerando un vasto conjunto de sociedades, si se concentra la atención sobre las reglas del enlace, se llega a establecer que todos los sistemas pueden analizarse como combinaciones lógicas de un pequeño número de principios elementales. Enlace y filiación aparecen así como los dos pilares de toda «estructura de parentesco», centrada alrededor de la prohibición del incesto. La importancia excepcional de la contribución de C. Lévi-Strauss no debe enmascarar el problema del alcance de esta noción de parentesco. Si este autor limitó prudentemente su investigación a las estructuras «elementales», también dio a entender que las sociedades que no tomaba en cuenta diferían únicamente de las otras en un grado de «complejidad». Hipótesis indemostrable. En las sociedades europeas, por ejemplo, la «elección del consorte» está unida desde hace mucho tiempo a consideraciones exteriores al «campo del parentesco». Lo que implica que un estudio limitado de este campo en estas sociedades no podrá dar cuenta de la lógica de las estructuras observadas; evidentemente, existe una estructura de parentesco que genera condicionantes, pero esta estructura está enteramente dominada por una lógica que le es exterior y que, en última instancia, determina su funcionamiento.

Desde este punto de vista, la sociedad medieval está en una posición muy especial: el enlace estaba regido por reglas muy originales, pero sobre todo jugaba un papel considerable en la sociedad lo que debemos llamar el parentesco espiritual, estructura *sui generis* que no podemos definir ni como parentesco artificial (o ficticio) ni como seudoparentesco, y esta estructura desempeñaba un papel decisivo en el proceso de reproducción social. Hasta el presente, la síntesis mejor pensada y la más útil sobre el parentesco medieval se debe a un antropólogo, Jack Goody[5] (cualesquiera que sean las reticencias, mal fundamentadas, de los antropólogos, y la incomprensión, habitual, de los medievalistas). Podemos sin embargo preguntarnos que hay de común entre «el parentesco» en una tribu australiana, donde esta estructura era la espina dorsal de la sociedad, y «el parentesco» en la Europa del siglo XX, donde se trata de una estructura no desdeñable, pero al mismo tiempo secundaria. Sin duda se escudarán, a pesar de los antropólogos, en la permanencia de la relación, siempre compleja y eminentemente variable, entre esta estructura social y la función de reproducción biológica. El argumento es extremadamente dudoso. Pero hay otros ámbitos donde tal «punto fijo» no existe. Seguramente la noción de «política» forma parte de éstos.

5. Jack Goody, *L'Évolution de la famille et du mariage en Europe*, París, 1985 [1983].

LA «PPOLÍTICA»

En 1967, Georges Balandier publicó un pequeño volumen titulado *Anthropologie politique*. Ésta, declaraba él, «tiende a fundar una ciencia de lo político, considerando al hombre bajo la forma de *homo politicus* y buscando las propiedades comunes a todas las organizaciones políticas reconocidas en su diversidad histórica y geográfica. Este sentido ya estaba presente en la *Política* de Aristóteles puesto que considera al ser humano como ser naturalmente político...».[6]

Recurrir a los grandes ancestros es una vieja astucia que, en esta circunstancia, constituye un paralogismo grosero, puesto que la noción de *politikon* en griego antiguo se refería exclusivamente a la *polis*, es decir a un organismo preciso y particular; los griegos creían ser los únicos hombres verdaderos, los otros no eran más que bárbaros... Esto lo sabe incluso un historiador principiante, y Georges Balandier parece olvidarlo para justificar lo injustificable. Un argumento algo más coherente postulado por numerosos antropólogos, reside en la oposición a la existencia de sociedades «fuera de la historia»; sin embargo, la afirmación contraria no es desdeñable, ya que es difícil admitir que puedan existir en el siglo XX sociedades «fuera de la historia», en la simple medida en que la influencia y la dominación occidental han cubierto todo el planeta. Y es mediante un artificio más que discutible que muchos etnólogos continúan describiendo y analizando sociedades como si no tuvieran ninguna relación con las europeas. Por primera vez en la evolución de la humanidad, la noción de historia mundial toma un sentido concreto y observable, y a partir de ello la universalización (geográfica) de la noción de política parece imponerse: cualquiera sabe lo que el «apoliticismo» significa en este marco. Pero, cualesquiera que sean las precauciones tomadas, esta universalización no es más que la generalización de la noción europea, con el conjunto de prácticas que ella engloba. Evidentemente, esta generalización no es en modo alguno una reproducción idéntica de múltiples copias, la variedad se impone, y puede y debe ser estudiada.

Pero la generalización retrospectiva (histórica) es de naturaleza estrictamente diferente; al aventurarse con la cabeza gacha en esa dirección, Georges Balandier se enredó en las aporías y la incoherencia. Para llegar a descubrir «lo político» incluso en las sociedades «sin Estado», se ve obligado a fabricar una definición *ad hoc* de este extraño objeto, a la vez vaga y altamente discutible: «las acciones que tienden al mantenimiento o a la modificación del orden establecido». Dos observaciones:

1) Esta definición no corresponde a lo que se designa como «la política» en las sociedades contemporáneas: aquí, el término engloba *gobernación, asambleas, Estado, administración, partidos*. La noción de política implica una distinción importante entre *público y privado*, legitimado por la afirmación y la convicción de que la mejor manera de dirigir los *asuntos públicos*, «el poder», es lo que más contribuye a aumentar la felicidad de los *individuos*.

6. Georges Balandier, *Anthropologie politique*, París, 1967, p. 5.

2) La noción de *orden establecido* es una típica falsa evidencia, de la que sería útil escribir la historia. No se emplea más que en enunciados de carácter ideológico, e implica toda una serie de supuestos de los que no se puede afirmar la universalidad sin una inocencia rayando la inconsciencia.

Resumamos: el sustantivo *político* (empleado en femenino o en masculino, con o sin mayúscula, es la misma cosa) es un «macroconcepto» estrechamente vinculado a la sociedad europea contemporánea, que designa sintéticamente un conjunto, muy intrincado y organizado, de representaciones, instituciones y estrategias. Querer transferirlo a sociedades diferentes (otras de las que han estado o están en contacto con la sociedad contemporánea), es, por imperativo de la realidad, y por el hecho de que se trata de un conjunto, transferir al mismo tiempo la organización del todo social del que resulta. Lo que significa presuponer que todas las sociedades han estado y están estructuradas de la misma forma (o, lo que viene a ser más o menos lo mismo, que la noción misma de sociedad es inconsistente, y que se puede dividir esta materia *ad libitum*, sin ninguna consideración hacia las grandes articulaciones que forman la originalidad de cada sociedad, y cuya sucesión forma el movimiento de la historia).

Proyectando así este macroconcepto sobre cualquier sociedad pasada, se introducen representaciones, finalidades y procedimientos que no le son propios y, para colmo, se da por supuesta una coherencia entre estos elementos que tiende a justificar una división global de lo que se cree que es un «campo» más o menos autónomo, en realidad perfectamente ficticio.[7] Cualquier análisis realista se vuelve así imposible. La división entre «política» y «religión», que corresponde a una distinción práctica en la sociedad contemporánea, no existe nunca anteriormente, y por otra parte el capítulo «Religión y poder» de G. Balandier muestra sobradamente que su definición de la política incluye tanto fenómenos «religiosos»[8] como «políticos». Comparto ampliamente la idea de G. Balandier cuando afirma que las sociedades estudiadas por el etnólogo están a buen seguro en la historia, y cuando enuncia que toda estructura social implica dinamismo. Pero el medio escogido para llegar a estos objetivos es catastrófico: imponiendo a las sociedades preindustriales un macroconcepto inapropiado, impide *de facto* cualquier estudio coherente sobre ellas y cierra así el paso a cualquier actualización de lo que constituía su dinámica específica.

Tomar en serio la historicidad esencial de las sociedades humanas implica alcanzar una visión suficientemente clara de cada gran conjunto humano del pasado para localizar en él las principales conexiones y distinciones, y así elaborar empíricamente los macroconceptos que se adapten mejor. Este proceso, apenas iniciado, será largo y difícil: será la tarea de los historiadores del mañana.

No obstante, la primera condición para esto es la crítica metódica y el aban-

7. Una de las cimas del género (o más bien el último círculo del Infierno) se encuentra en James Henderson Burns (ed.), *The Cambridge History of Medieval Political Thought, c.350-c.1450*, Cambridge, 1988 (trad. fr., *Histoire de la pensée politique médiévale*, París, 1993).

8. Jean-Claude Schmitt, «Une histoire religieuse du Moyen Age est-elle possible?», en Fernando Lepori y Francesco santi (ed.), *Il mestiere di storico del medioevo*, Spoleto, 1994, pp. 73-83.

dono razonado del paradigma de las tijeras y el pegamento. No se puede hacer nada más con este procedimiento caduco. Y es aquí donde la frase de Jacques Le Goff citada anteriormente alcanza todo su importante valor: «el pensamiento salvaje tiene sus razones». Concretamente: todo texto medieval tiene un sentido, y si nos parece incomprensible (lo que en realidad es mucho más frecuente de lo que admitimos habitualmente), es únicamente porque no disponemos de la rejilla apropiada y de los métodos de lectura adecuados; es aquí precisamente, donde la experiencia antropológica de la alteridad puede tener plena utilidad, dado que la observación de coherencias distintas a las de la sociedad europea contemporánea puede constituir un punto de partida determinante en el esfuerzo de reconstrucción del sentido de los enunciados medievales.

CAMPOS DE RUINAS

Se podría consagrar a este punto un largo desarrollo devanando el catálogo de ejemplos de falsas nociones, que han arruinado libros enteros. La irreflexión, incluso el rechazo de la reflexión, constituye uno de los mayores obstáculos al progreso de la medievalística. Si se quiere abordar verdaderamente la cuestión del significado, es necesario emplear conceptos pertinentes; como no podemos esperar razonablemente acertar a la primera, la discusión sobre los conceptos debe convertirse en parte integrante, ineludible, del oficio.

Algunos casos elementales. Una medievalista inglesa, Juliet R. V. Barker, consagra un documentado libro a los torneos en la Inglaterra de los siglos XII y XIII.[9] Interpreta esta práctica mediante la noción *sport*. De repente, las condenas eclesiásticas, pontificales y conciliares se hacen incomprensibles, y la maniobra de Ricardo Corazón de León autorizándolos en condiciones determinadas no tiene ningún sentido. El padre J.-P. Torrel y Denise Bouthillier consagran un volumen al diablo en los textos del abad de Cluny Pedro el Venerable.[10] Todo el sistema cristiano medieval se imaginaba al diablo como el enemigo exterior que ataca al hombre desde fuera y que hay que intentar mantener alejado. Nuestros dos autores, llevados por una mezcla explosiva de consideraciones modernistas y de lecturas psicoanalíticas, sitúan al diablo en el corazón del hombre, en el fondo de su *interioridad*. De nuevo, un contrasentido de partida decanta la obra hacia lo puramente imaginario: 300 páginas para nada.

Una categoría de errores lamentablemente frecuente consiste en proyectar sobre la Edad Media formas conceptuales tardías, es decir desarrolladas en el siglo XVII y que llegan a su madurez en el XVIII. Estas nociones, correspondientes a lo que podría llamarse una fase posfeudal, tradujeron la osificación y la sustantivación de términos que hasta ese momento designaban como mucho relaciones anexas; la noción de *señorío* es sin duda la principal, pero la de *sangre* no

9. Juliet R. V. Barker, *The Tournament in England, 1100-1400*, Woodbridge, 1986.
10. J.-P. Torrell y D. Bouthillier, *Pierre le Vénérable et sa vision du monde. Sa vie, son œuvre. L'homme et le démon*, Louvaine-la-Neuve, 1988.

es menos despreciable. Esta misma época elevó a los reyes a una posición y a una función que nunca antes habían tenido, pero también es el caso de las ascendencias (genealogías), e incluso de la supuesta oposición entre derecho consuetudinario y derecho romano, invención de los juristas también tardía. Reconstruir con semejantes herramientas la sociedad anterior al fin de la Edad Media, es fabular.

Pero el rechazo a tomar en consideración un concepto pertinente es sin duda aun menos aceptable. Un ejemplo clarificador lo facilita Dominique Barthélemy. En su pequeño volumen ya citado sobre el *Orden señorial*, este autor proporciona una bibliografía relativamente desarrollada (283 números) y bastante equilibrada.[11] Ahora bien, el texto de la obra, salvo error por mi parte, no menciona ni una sola vez el término *enceldamiento* y, para colmo, no habla de la puesta en marcha definitiva de la red parroquial en el siglo XII, que el mismo Georges Duby había ya señalado en su tesis. Como no podemos suponer de ninguna manera que D. Barthélemy ignorara el término, su significación y su importancia, quiere decir que lo juzga falso, y considera que la manera más elegante de ajusticiarlo es no hablar ni pizca de él. Se comprende mal por qué, en estas condiciones, cuatro títulos de Robert Fossier figuran a pesar de todo en su bibliografía (números 47 a 50). De todas formas, el término enceldamiento fue introducido a comienzos de los años 70 por un medievalista al que nadie, salvo error, juzgaría como extravagante o de tercera categoría; de forma que el estudiante, a quien parece destinado este manual, puede ser reprochado por ignorar este término, simplemente porque D. Barthélemy ha decidido darle «el golpe del desprecio». ¿Quién consideraría tal proceder compatible con la pertenencia a un medio científico?

RECHAZAR TODA DISCUSIÓN DE LOS CONCEPTOS

Como este ejemplo testimonia casi a la perfección, el rechazo de toda discusión sobre los conceptos no se expresa jamás, por así decirlo, abiertamente. En el mejor de los casos, en intercambios orales. Una ya larga experiencia en este género de diálogos me ha enseñado que las posiciones se reducen a dos tipos principales:

1) La reacción más común es el rechazo *a priori* de la noción misma de estructura (de sociedad); el historiador estudia un objeto infinitamente diverso, complejo, variado; no encuentra jamás dos situaciones semejantes y toda conceptualización es una «reducción», arbitraria y empobrecedora; hay que dejar centellear una realidad colorista.

2) Otro argumento, menos frecuente y un poquito más hábil, consiste en declarar que todo evoluciona permanentemente; nada es fijo, todo es móvil. ¿En nombre de qué se permiten el lujo de rechazar a la vez toda estructura (supuestamente fija) y toda transformación (ya que el movimiento es continuo y esta

11. Dominique Barthélemy, *L'Ordre seigneurial, XI-XII siècles*, París, 1990.

permanencia misma no es compatible con la noción de ruptura)?; hay que dejar fluir el río de olas espumosas.

Sólo son dos variantes de un mismo punto de vista: el historiador se enfrenta a un magma, fluctuante y caótico, con el cual el espíritu humano no tiene ningún contacto real. Este punto de vista, aplicado con rigor, ocasionaría la afasia: si nada es equivalente a algo distinto, no se puede decir nada más. Por tanto, en la práctica, se adopta el lenguaje común, aún sabiendo que él mismo es fluctuante y arbitrario. De ahí un ideal bien conocido: las pequeñas descripciones lo más reducidas posible, acumuladas sin orden, indefinidamente; el tonel de las Danaides que se intenta llenar de confeti.

Esta posición no tiene ninguna consistencia pues la sociedad no presenta ninguna particularidad ontológica observable: la infinita diversidad de lo real está presente por igual tanto en la física como en la historia y no impide ni la creación ni la manipulación de conceptos apropiados a su objeto. De hecho, la teoría del magma social (si es que se puede hablar en este caso de «teoría»...) no tiene ninguna otra razón de ser que la de servir de aparente justificación al rechazo de toda discusión sobre los conceptos, estrechamente unida a la preocupación por preservar los aperos del sentido común y por ello mismo el orden social. Esta elección no tiene nada que ver con una hipótesis científica ni con un *a priori* susceptible de ser examinado y discutido, es un dogma metafísico puro que, como toda metafísica, viene determinado íntegramente por una posición (miedo) política fundamentalmente conservadora.

La piedra de toque

Tijeras y pegamento, convenciones seudosabias arbitrarias, errores en la elección de las nociones básicas, rechazo de discusión sobre los conceptos. Y no lo he dicho todo: sustancialismo generalizado, convicción de que las listas de nombres propios evitan la superficialidad, aceptación beata de desarrollos interminables sin pies ni cabeza, incapacidad de las ciencias sociales para pensar el tiempo y la dinámica de las sociedades... Es pura hipótesis de trabajo si planteo que algunos colegas o estudiantes imaginen que, procediendo de otra forma, quizá no fuera imposible esclarecer *el funcionamiento y la dinámica de la sociedad medieval* y, pensando en ellos, prosigo mi reflexión. Ahí está en efecto la alianza de términos que, en la coyuntura actual y a la vista de la evolución anterior y de los obstáculos que los procedimientos empleados hasta ahora no permiten franquear, me parece que constituye el punto de paso: se explicará simultáneamente la organización y la evolución de la sociedad medieval, su funcionamiento y su dinámica, o no se explicará nada.

Antes de formular algunas sugerencias abstractas sobre las orientaciones de la construcción conceptual, señalemos brevemente algunas implicaciones de este binomio fundamental:

1) Elegir como hipótesis básica la idea de que una dinámica estructural animaba la sociedad medieval es incompatible con el mantenimiento de las grandes

perspectivas de la historia medieval, establecidas sobre la base de nociones del siglo XVIII y articuladas alrededor de la hipótesis del inmovilismo de esta sociedad.

2) Esta hipótesis conduce asimismo a rechazar la idea de que las estructuras serían el elemento fijo, opuesto a la inestabilidad de los acontecimientos o de la coyuntura; esta oposición, cualesquiera que fueran las justificaciones teóricas aportadas, no es nada más que una manera de legitimar y de perpetuar la gran ruptura de finales del siglo XIX entre la historia y las ciencias sociales. De nuevo aquí, hay que decidirse por un abandono sin vuelta a atrás.

3) Habiendo sido la evolución lo que fue, la prioridad para los historiadores está en la estructura; no les es del todo familiar la idea de que la sociedad existe, y de que no es un conjunto aleatorio, sino *un todo que se sostiene*; y que, en consecuencia, deben proceder a una reconstrucción abstracta de ese todo desaparecido que *se sostenga* por ella misma. Las monografías son indispensables, pero sólo son andamios parciales; la síntesis por yuxtaposición no es más que un montón de materiales, no una síntesis: hay que tender a la reconstrucción y no a la acumulación. Ya hemos encontrado la piedra de toque de esta construcción lograda: ¿la estructura así elaborada da cuenta a la vez del funcionamiento y de la evolución?

Imaginación y coherencia

Imaginar[12] nuevos conceptos y materializarlos no es cosa fácil. Las dificultades van unidas a la relación incierta entre dos aspectos de los conceptos: su empleo práctico, por lo común en un marco (histórico y socialmente) determinado, y las relaciones que mantienen entre ellos, tanto en el *instrumentarium* global de los historiadores como en el repertorio (limitado) de los que son utilizados para el estudio de tal o cual sociedad.

La excesiva comodidad que representa el sistema de estudios por «campo» o por «zona» (o los dos a la vez) resulta del hecho de que la cuestión de coherencia no se plantea jamás. Por supuesto, cuando se hace alusión a él, la explicación se remite siempre a un más allá indefinido: estudiando una zona no se pueden explicar los movimientos observados porque éstos dependen de la pertenencia de esa zona a un conjunto más vasto... Pero, a nivel del conjunto, se estudia únicamente (por ejemplo) la población, o la «religión», y así, *nonobstant* las continuas proclamaciones de autonomía del campo referido, se está dispensado de dar una explicación porque se supone que ésta compete a otro campo o a la sociedad en su conjunto; pero todos los medievalistas son «especialistas» de tal o cual campo, no hay «especialistas del conjunto»...

Hemos dicho que este círculo vicioso es cómodo, pero no deja de ser un círculo vicioso; hay que salir de él, y para ello no existen mil soluciones: es necesario aceptar la idea de que una sociedad está regida por una lógica de conjun-

12. Johannes Fried, «Wissenschaft und Phantasie. Das Beispiel der Geschichte», *Historische Zeitschrift*, 263-1996, pp. 291-316.

to; como toda estructura perenne, la sociedad no podría existir como tal si no tuviera en sí misma mecanismos de autoestructuración que le permitieran mantenerse (mal que bien) y, por lo tanto, permanecer, sin dejar de transformarse. Coherencia no significa de ninguna manera rigidez o no contradicción. Es una gran simpleza recordar que las metáforas habituales del motor o del organismo no son las apropiadas. La mayor parte de las sociedades, como lo ha subrayado Pierre Bourdieu entre otros, permiten considerables márgenes de juego (en todos los sentidos del término). Pero cuando chocan elementos o subconjuntos, más o menos autónomos, todo se desarrolla como si la lógica general estuviera ahí para resolver la dificultad enunciando la prioridad según la coherencia del todo.

Plantear esta idea de lógica de conjunto implica que todo medievalista *proprio sensu* participa en su exploración y en las discusiones pertinentes. Soñamos con el día en el que ningún medievalista pueda declararse especialista sin haber antes demostrado una capacidad suficiente para entender la sociedad medieval como un todo. Esta hipótesis de coherencia de conjunto implica coherencia del conjunto de herramientas conceptuales destinadas a estudiar una determinada sociedad. La extensión en el tiempo y en el espacio de esta entidad denominada «sociedad medieval» es un objeto de análisis y de reflexión en sí mismo que no se puede pretender resolver en diez líneas. Se puede hablar de Europa occidental, si queda muy claro que este término recubre una extensión que varía en proporciones considerables durante el curso de los siglos; y soy un partidario incondicional de la «larga Edad Media», del siglo V al XVII. Pero este no es el objeto del debate. En el fondo estaría tentado de calificar a este conjunto de «economía-mundo», retomando así (deformándola) la herramienta forjada por Immanuel Wallerstein y Fernand Braudel, que me parece completamente apropiada para caracterizar un gran conjunto autocentrado, y duraderamente autocentrado (desde este punto de vista, la «larga duración» sería igualmente reutilizable, a condición de repensarla de arriba a abajo y de emparejarla con su complemento necesario, la «gran transformación»).[13]

Estando este marco supuestamente definido, será necesario establecer empíricamente la naturaleza de los grandes sectores que constituían esta sociedad, y la articulación de sus relaciones. Una única cosa está clara: la gran división canónica *política/economía/religión*, invención del siglo XVIII, es un gran obstáculo para la actualización de las grandes estructuras de la sociedad medieval. Es una tarea urgente descubrir un grupo organizado de macroconceptos que permitan pensar la sociedad medieval.

Pero también debemos ocuparnos de conceptos de menor alcance, aptos para subsumir elementos estructurados de forma singular en la sociedad medieval o procesos específicos importantes. Aquí, se pueden citar *topolinaje* y *enceldamiento*. El trabajo a realizar en esta dirección es inmenso. Y es en este punto don-

13. En el presente trabajo, se considera en general como equivalentes «Occidente medieval», «Europa feudal», «civilización medieval», o incluso «vieja Europa» (término propuesto por Jacques Le Goff, que ofrece la ventaja de su aparente neutralidad).

de se planteará de forma más aguda la cuestión de las relaciones de estos conceptos entre ellos y de su compatibilidad con los principios de la lógica de conjunto. No es seguro que todas las nociones llamadas «técnicas» actualmente en uso sean utilizables, pero hay que proceder a un inventario sin concesiones y reestructurar las nociones que puedan ser conservadas.

UMBRALES Y LÍMITES DE VALIDEZ

Al examinar anteriormente con brevedad la cuestión de la definición de las ciudades, se ha visto que un tema clave es el de los umbrales. Tratándose de elaborar conceptos, este punto constituye un condicionamiento importante. En la práctica, por más sutil que sea la clasificación, no se eliminarán las situaciones «intermedias» o ambiguas. Sabiendo que no existe una solución ideal, un medio práctico (técnica estadística probada) consiste en probar varias clasificaciones y comparar los resultados de las estructuraciones producidas: los fenómenos de polarización y/o de corte terminan por aparecer.

Una cuestión vinculada a la de los umbrales, aunque claramente distinta, es la que podemos llamar la distinción entre la norma y la excepción; de forma menos cortante, la distinción entre posición dominante y posición dominada. Si el uso retórico de los casos que «ilustran» es tan ilusorio, es porque la costumbre consiste en no distinguir el caso corriente del caso excepcional. No es una proeza demostrar con este método que lo blanco es negro: algunos «casos» ambiguos o raros bien escogidos y el círculo se cierra, puesto que nunca se ha exigido información alguna referida a la representatividad de los casos expuestos. A lo largo y ancho de la Edad Media, y sobre todo a partir del siglo XII, encontramos sin mucho esfuerzo textos más o menos extraños, o decididamente alocados, productos de espíritus originales, a veces marginales, a veces desquiciados. Es suficiente entresacar alguno de estos textos (incluso a sus autores) primero para atraer la atención (novedad, novedad...), y eventualmente para armar una «teoría» que trastoque todo lo que se sabe con anterioridad. Es una niñería ante la cual, no obstante, un gran número de colegas parecen desarmados.

Esta especie de casos, espectaculares (y esa es su razón de ser), son sin embargo poco frecuentes. Pero es de todo punto normal, y por el contrario absolutamente insidioso, el procedimiento habitual de investigación frenética de la «primera mención». ¡Victoria! ¡He descubierto un texto donde figura el término *x*, diez años más antiguo que el texto más antiguo conocido hasta ahora! Lamentablemente es muy significativo que la mayor parte de los medievalistas se dejen atrapar por este pequeño juego estúpido: el término *x* apareció en tal año; desde entonces la noción existe, y ya no hay de qué preocuparse. No obstante, ocurre todo lo contrario, y es precisamente a partir de ahí que empiezan las dificultades, porque la principal cuestión es: ¿a partir de cuándo ese término es de uso corriente? O mejor aún, ¿a partir de cuándo esa representación se vuelve dominante? Señalemos, por lo demás, que la misma pregunta es válida para los objetos y las prácticas, principalmente materiales. ¿Cuántas veces la «primera apa-

rición» se ha saldado con un fracaso? Cualquier medievalista conoce el caso emblemático del escudo de San Luis y sabe que el primer rey que en Francia acuñó realmente monedas de oro fue Felipe el Hermoso. En este caso, la desviación es menor a medio siglo. Pero en otros casos un objeto, un uso o una técnica pueden permanecer confinados durante siglos a un entorno muy limitado antes de conocer un desarrollo a escala europea. Tanto si se trata de un texto como de una técnica, el elemento aislado no tiene el mismo significado que el elemento habitual o dominante, incluso si, intrínsecamente, no ha sufrido estrictamente ningún cambio: éste es un punto metodológico crucial sobre el que no hay nada que discutir.

Pero existe aún un grado de dificultad suplementario, vinculado a las formas de distribución en el espacio. No es uno de los menores méritos de la noción economía-mundo hacer pasar al rango de elemento mayor de la estructura la variable del espacio: una estructura social es inconcebible sin esta variable, de por sí extraordinariamente compleja. Yuxtaposición, encabalgamiento, incrustación, jerarquía y red son algunas de las nociones que permiten abordar un determinado estado; pero la historia produce desfases permanentemente y, en función de estos desfases, el examen metódico de las relaciones entre zonas será probablemente una de las formas de investigación más fructífera de los próximos años. Se concibe fácilmente que tal representación o tal objeto sea corriente en tal(es) zona(s), aunque resulte raro, incluso excepcional a escala europea. Esta forma particular de rareza merece naturalmente un esfuerzo conceptual particular: es necesario poder comprender en qué medida, y por qué, tal zona presenta tal o cual desviación; siendo estas desviaciones susceptibles de tener significaciones muy diferentes, incluso opuestas. Dicho esto, una desviación sólo es una desviación: interpretar esa práctica excepcional a escala europea, rechazando considerar la lógica global de la sociedad europea bajo el pretexto de que la práctica es común en la zona observada, entraña casi automáticamente el error fatal.

Las dos caras de toda realidad social

El último aspecto sobre el que me parece oportuno insistir en el marco de la elaboración de conceptos es el de la naturaleza bífida de toda realidad social. Una sociedad es un conjunto organizado de relaciones, es decir una estructura abstracta; pero éstas son asimismo, e indisociablemente, realidades biológicas y materiales. Por regla general, los medievalistas fluctúan sin fundamento entre las dos, pero prefieren, desde que les es posible, considerar cada una de estas dos realidades objeto de una «especialidad» específica. De repente, el objeto se descompone desde el inicio del juego y pierde su sentido. El medievalista se contenta con dos «significados» ficticios sin relación uno con otro; ¿pero que más da, si la idea de coherencia general no tiene especialista?

Consideremos un objeto central de la Edad Media, el pan. Si queremos examinarlo, se debe consultar al especialista en técnicas agrícolas, en economía agraria, en artesanía urbana, en consumo, en comercio y precios; pero sin perder

de vista al de la eucaristía, es decir al de teología dogmática, pero también al de liturgia, al de prácticas religiosas y «religiosidad», y seguramente olvido unos cuantos.

Otro caso singularmente esclarecedor es el de la moneda. Por un lado están los numismáticos, que se ocupan de identificar las «especies», es decir esos pequeños redondeles metálicos. Por el otro, los historiadores «economistas», que estudian los precios y encuentran algunas monedas; encuentro que los deja a menudo perplejos, lo que no les estimula en nada para conceder a las monedas un papel significativo en su visión de la «historia económica». Tanto es así que la historia monetaria permanece como un cantón especializado suplementario, dejado en manos de numismáticos o de algunos historiadores que razonan generalmente sobre las mismas bases. Las obras así producidas rezuman un monetarismo descabellado; el descubrimiento de filones de plata o el «gran comercio» del oro «explican» toda la historia europea desde los merovingios hasta los Grandes Descubrimientos (e incluso después, por supuesto).

Cuando algunos economistas abordan con planteamientos exactamente opuestos la moneda en la Francia del siglo XVI, las monedas desaparecen y no queda más que una relación social abstracta, muy poco diferente del sistema contemporáneo. ¿Nos daremos cuenta algún día de que las monedas medievales son a la vez, e indisolublemente, objetos (mercancías) y un conjunto de relaciones sociales abstractas? Hasta que no seamos plenamente conscientes de este punto, la oscuridad continuará reinando.

Desde el momento en que no estamos dispuestos a admitir que la historia es un relato ingenuo, indistinto de no importa qué ficción narrativa, esta cuestión de los conceptos no puede dejar de estar en el corazón de toda reflexión sobre la práctica histórica.[14] Aspectos fundamentales de esta reflexión, como el de la articulación de los conceptos entre ellos (sistema conceptual) o el de los límites de validez, constituyen planteamientos básicos para todo análisis concreto de la adecuación de tal o cual noción a la realidad social que se considera que ayuda a reconstruir. Pero el enunciado de estas perspectivas propiamente intelectuales no debería separarse de los análisis y propuestas relativas a la organización práctica del ejercicio de la profesión, tanto es verdad que la ciencia histórica, como cualquier ciencia, es esencialmente un oficio. La definición del presente objeto es simple: con relación a la indispensable reconceptualización de la investigación de la historia medieval, ¿cuáles son los tipos de actividad que es necesario privilegiar?, ¿cuáles son las formas prácticas de organización que es preciso intentar remodelar y reestructurar?

14. «Combate aún y siempre doloroso, incluso cuando parece ganado: encontrar palabras que todavía no existen para pensar lo que ha estado oculto con palabras todopoderosas» (Louis Althusser, *Solitude de Machiavel*, París, 1998 [1978], p. 302.

C. REORGANIZAR EL OFICIO

Erradicar la lógica diabólica de la fragmentación

La dificultad central es la de la supuesta especialización. Hay que recordar en dos palabras su lógica práctica y sus principales características.

La lógica práctica es esencialmente la de la definición de las plazas, en el marco de la constitución de los expedientes de candidatura y de la justificación de un eventual crecimiento de los efectivos de profesores y de investigadores. Para ser reclutado en una universidad donde la mayor parte de los medievalistas son etiquetados como «especialistas en Europa del Sur», es preferible presentarse con la insignia «Europa del Norte»; si ya hay suficientes «especialistas en la baja Edad Media», puede ser oportuno demostrar que se está cualificado para la alta Edad Media. Y así sucesivamente. De igual modo, una universidad que quiera crear una plaza alegará que no dispone de «especialista en Europa del Norte» o de «especialista en la alta Edad Media». Y los despreocupados, deseosos de conquistar rápidamente un amplio lugar al sol, apenas tienen otra posibilidad que la de hacerse a medida una «nueva especialidad».

Este sistema presenta dos ventajas destacables: es de fácil funcionamiento y tranquilizador. La definición de una nueva especialidad no requiere ningún esfuerzo de abstracción: basta con dividir la materia existente, y la división habitual, según los lugares y los tiempos, es un asunto de pura oportunidad. A pesar de esta facilidad desconcertante, que debería más bien inquietar, el sistema tranquiliza: aparece como una forma de división del trabajo, y todo el mundo cree saber, desde Adam Smith, que la división del trabajo es uno de los motores del progreso humano; además, el término «especialista» está envuelto en una aureola de prestigio que le conceden ciertas profesiones, sobre todo médicas o jurídicas.

El principal efecto de este sistema de especialización es bajar el nivel medio de exigencia profesional y desarrollar una miopía general cada vez más pronunciada. Siendo la Europa medieval lo que ha sido, y tal como ha sido estudiada, todo buen medievalista no debería poder eximirse de leer fácilmente cuatro o cinco lenguas vivas, sin contar tres o cuatro lenguas medievales: el especialista en la comarca de Perche durante el siglo XIII se creerá gustosamente dispensado

de estas exigencias. Y si el ideal legítimo consiste en haber leído todos los documentos de los siglos XI al XIV que conciernen a Perche, uno no se privará de hacer saber que toda pretensión de esclarecer la estructura de conjunto de la Europa medieval es una aspiración impertinente.

Esta tentación perversa de glorificación de la miopía genera y refuerza continuamente los dos caracteres dominantes de este sistema de división a ultranza: la cerrazón exaltada y el hermetismo construido a partir de nada. Cada «especialidad» produce rápidamente sus criterios específicos de apreciación; pero allí donde podríamos eventualmente esperar encontrar un análisis de procedimientos técnicos y, de forma más general, de capacidad para dominar una materia en particular, sólo se descubren consideraciones sobre el respeto a rituales formalistas y superficiales, cuya única finalidad es la de servir de test de reconocimiento y de copertenencia. Y se ve claramente el vínculo con el hermetismo: sólo hay que comunicarse con el no-especialista muy parcamente, y de una manera parcial que resulte lo más oscura posible; de esta forma el que no es especialista llegará a pensar que la materia es ardua, los conocimientos acumulados superfluos y la competencia del especialista ineludible. Si por casualidad alguien que no es especialista pretende expresarse, una verdadera batería de procedimientos de descalificación puede entrar en acción: desde la simple sonrisa despreciativa (rechazo a todo debate) hasta el lapidario «todo esto es mucho más complejo de lo que usted imagina», pasando por el ejemplo puntual totalmente desconocido elevado para la ocasión al rango de paradigma, o por la referencia al último artículo aparecido en un periódico confidencial y cuya lectura es declarada absolutamente decisiva (incluso, aún mejor, por el enunciado del título en inglés de una tesis doctoral americana no publicada, y provista apodícticamente de virtudes incluso milagrosas). Con frecuencia, lo más sencillo consiste solamente en decir: «usted tiene su opinión, yo tengo la mía»; lo que significa negar *a priori* toda distinción entre afirmación gratuita y argumentación.

Estas niñerías son sin embargo moneda corriente y no ridiculizan a sus autores. Frente a este desenfreno de seudocompetencias y de esoterismo de pacotilla, es necesario recordar con firmeza la unidad de la civilización medieval, la dominación de una lógica de conjunto, la ausencia de sentido fuera de la relación de las partes con el todo, y la necesidad de valorar cualquier aportación puntual en la escala de los conocimientos generales sobre esta civilización. La *ultima ratio* del medievalista, de todo medievalista, puede enunciarse sin florituras: tal o cual desarrollo ¿en qué ayuda a comprender mejor la dinámica de la sociedad europea medieval?

Nuestro análisis del uso de los conceptos ha mostrado que, contrariamente a la opinión común, muchos de los textos producidos, mal concebidos, no sólo no contribuyen en nada al progreso sino que lo hacen retroceder, oscurecen la visión, extravían a los lectores. Durante el último medio siglo, se han cometido muchos errores en el campo de la historia medieval, y algunos incluso han pasado al estado de nociones comunes. En otros casos, subsisten opiniones irreconciliables. Recordemos aquí las palabras de Marc Bloch: «Si vuestro vecino de la izquierda os dice que dos por dos son cuatro, y vuestro vecino de la derecha que

dos por dos son cinco, no lleguéis a la conclusión de que dos por dos son cuatro y medio».[1]

UNIDAD FUNDAMENTAL DEL OBJETO

Es importante comprender bien por qué este proceso de especialización *incontrolado* produce necesariamente esta clase de efectos: ninguna focalización de las investigaciones tiene justificación científica si su finalidad no está cuidadosamente subordinada a una visión general. Se olvida demasiado fácilmente que las especialidades médicas tienen todas la misma finalidad, la salud del enfermo, y que siempre la salud (global) del enfermo es el criterio del éxito de cualquier terapéutica, objetivo único en relación al cual ningún éxito local tiene sentido si deteriora el equilibrio general. Toda reivindicación de independencia de un sector local debe ser erradicada, y la misma autonomía encuadrada sin debilidad.

Concretamente: el único objeto del medievalista es la sociedad medieval. Si alguien desea consagrar su carrera a los tiestos de Lorena de finales de la Edad Media, o a la escritura de títulos provenzales de los siglos XI y XIII, debe también saber que esa elección implica un nivel de técnico de segundo rango, en el mejor de los casos. Debe incluso saber que su trabajo no tendrá sentido si no es reinterpretado por un medievalista *proprio sensu*, el único que tendrá capacidad para evaluar y aclarar sus posibles aportaciones. Esto no significa de ninguna forma que la focalización de las investigaciones, los análisis en detalle, las compilaciones laboriosas y las elaboraciones puntuales no tengan valor; muy al contrario, son indispensables, e instamos a cualquier historiador serio a que aporte su contribución. La mayor dificultad reside en la adecuada articulación entre labor empírica y reflexión conceptual. La solución hay que buscarla, me parece, en la pluriespecialización.

Como ya han destacado varios colegas alemanes, una reunión de «especialistas» no ha producido jamás ninguna síntesis, ninguna visión general mínimamente articulada: es por esto que nos ha parecido necesario hacer pública la lógica diabólica del encierro y el hermetismo. El único diálogo posible entre especialistas es el que se desarrolla en el interior de la cabeza de un mismo investigador. De repente, se puede enunciar una regla simple: hay que exigir a cualquier candidato a medievalista que disponga de «conocimientos elevados» al menos en dos o tres «especialidades» no conexas; saber manejar la pala así como leer documentos, ocuparse del cultivo del trigo así como de la concepción de la eucaristía en Tomás de Aquino, analizar las herejías tanto como rechazo organizado de las representaciones dominantes como perturbación concreta del orden social, y sobre todo y ante todo, saber articular convenientemente sus ángulos de ataque a la dinámica de conjunto de la investigación sobre la historia de la Europa medieval.

1. Discurso de entrega de premios en el liceo de Amiens, julio 1914, reproducido en los *Annales ESC*, 5-1950, p. 3 (citado por Carole Fink, *Marc Bloch*, p. 49).

Nadie podría sin daño perder de vista que todo programa científico es en esencia una utopía, ya que se trata de enunciar la concepción de aquello que nunca ha sido concebido. A despecho de las apariencias, la idea de pluriespecialización como norma profesional entre los medievalistas aún no se ha producido: debemos recordar constantemente el ejemplo de los antiquistas, tanto filólogos como excavadores. No obstante, el paradigma más evidente es el del antropólogo. Cuando llega a su «terreno» debe comportarse como «omniespecialista» para realizar su programa, de lo contrario corre el riesgo de descuidar un campo de observación que oculta elementos decisivos para el análisis global de la población considerada. La capacidad de observar y de analizar la mayoría de las formas de actividad de una sociedad forma parte de las habilidades normales que se le exigen al antropólogo debutante. ¿Qué habría pues de descabellado en pedirle lo mismo al medievalista?

El pulular incontrolado de monoespecialistas, enunciando para sí mismos juicios esotéricos, es uno de los fundamentos esenciales del actual marasmo de la medievalística. Una rearticulación razonada, paralela a la reflexión de conjunto sobre los conceptos y sobre el *instrumentarium* científico, no puede dejar de ser uno de los elementos clave de la refundación de la medievalística. En este marco, la exigencia de pluriespecialización parece una herramienta susceptible de una seria eficacia.

Apología del arcaísmo intemporal

En mayo de 1994, Werner Paravicini, director del Instituto histórico alemán de París, pronunciaba un «Elogio de la erudición».[2] Amparándose en la retórica pactada de la falsa provocación, se esforzaba en justificar una forma fundamental de la actividad del historiador por medio de argumentos que, si se tomaran en serio, arruinarían la demostración y correrían el peligro de desembocar exactamente en lo contrario de lo que pretendía su autor: *scilicet* la prueba de la perfecta vacuidad de las obras así producidas. El discurso de W. Paravicini reposa íntegramente en la separación y la oposición entre «lo sólido», «lo que va a permanecer», «el saber tradicional», «el trabajo erudito como tal», el célebre «seamos primero buenos artesanos», y el resto, todo el resto: «los señores de la pluma y del pensamiento», «las síntesis», «los conceptos», «la teoría». Naturalmente, W. Paravicini es demasiado hábil como para no defender con ardor «la unidad de la ciencia histórica, una e indivisible», «los dos caminos indispensables que conducen al mismo fin»... No se olvida tampoco de evocar la necesidad de renovación de la erudición.

Pero la cuestión es: ¿se puede aceptar la voluntad de eternizar y convertir en absoluta esta oposición, cuando incluso se concluye con la complementariedad? «Las dos ciencias, las dos culturas históricas no son más que los dos aspectos de

2. Werner Paravicini, «Éloge de l'érudition», en Id. (ed.), *Les Ateliers de l'Institut historique allemand*, París, 1994, pp. 7-19.

la ciencia histórica...» Tal presentación manifiesta una serie de errores. Error esencial en lo que es una ciencia, error en cuanto a los límites de la ciencia histórica, error en sus finalidades, error en su funcionamiento. La ciencia no es un *stock* de conocimientos, es el movimiento de construcción de conocimientos racionales. Simple observación que basta para arrasar la fantasmagoría de una pretendida «erudición pura», fuera del tiempo. Todos los trabajos que clasificamos comúnmente dentro de esta categoría están fechados, sin excepción; se han inscrito en un movimiento, y pueden ser llamados científicos en la justa medida en la que han contribuido al progreso. Wendelin Förster se hizo célebre por su edición de Chrétien de Troyes[3] como Lavoisier por la identificación del oxígeno. Alexandre Micha describió la tradición manuscrita de los textos de Chrétien de Troyes.[4] El trabajo de Förster se basaba en un determinado desarrollo de la filología románica, y el de Micha en un avance suficiente de la catalogación de manuscritos medievales a través de toda Europa. Todo esto se inscribe en un movimiento general; anotemos de paso que el trabajo está en efecto terminado: ya no es necesario reeditar más a Chrétien de Troyes como no es indispensable redescubrir el oxígeno. Aunque, por el contrario, la honestidad nos obliga a añadir que el sentido histórico de los textos en cuestión, a despecho de las miríadas de obras que les han sido consagradas, permanece profundamente oscuro. Cuando escribía *Yvain*, Chrétien de Troyes abordaba un objeto sobre el que pretendía expresar una opinión; trataba un problema intentando construir una solución. Y toda la cháchara infinita sobre el «amor cortés», suponiéndolo *a fortiori* «maravilloso», no es más que papel malgastado y manchado de tinta: el movimiento de reconstrucción del sistema de representaciones medieval todavía no ha llegado a un punto de desarrollo suficiente para permitir una lectura histórica clara y coherente de este texto, como de muchos otros, por otra parte. ¿La enésima edición de Chrétien de Troyes o de otra novela del mismo género hará avanzar la cuestión? Sin duda hay mejores cosas que hacer: no se ha emprendido nunca un análisis en profundidad del vocabulario de estos textos; la estructura semántica elemental de los relatos de Chrétien de Troyes no ha sido aún clarificada. *Hic jacet lepus*: ¿qué métodos hay que emplear para alcanzar este objetivo? Seguramente no los de la «crítica literaria tradicional», palabrería inconsistente. Sin embargo, la constitución de esos nuevos métodos de análisis, por inventar, ¿es «erudición» o «teoría»?

Las grandes series de ediciones de textos medievales, los grandes instrumentos de trabajo no están por rehacer; fueron realizados con el utillaje intelectual del siglo XIX, que ha dado de sí lo que podía dar. Esta fase, fructífera, también ha pasado. Lo que no significa que ya no sea necesario continuar trabajando sobre las fuentes, muy al contrario. Pero, después del siglo XIX, la tierra ha girado y la ciencia ha avanzado; ediciones y catálogos han sido realizados en gran parte, mientras que el desarrollo de los cuestionarios, así como la

3. Wendelin Förster (ed.), *Cligès*, Halle, 1884; *Le Chevalier au Lion*, Halle, 1887; *Érec*, Halle, 1890; *Le Chevalier à la Charrette*, Halle, 1899.

4. Alexandre Micha, *La Tradition manuscrite des romans de Chrétien de Troyes*, París, 1939.

aparición de nuevas herramientas concretas, hacen surgir exigencias técnicas a las que deberá responder una nueva generación de medievalistas; por ejemplo, el tratamiento de imágenes (almacenamiento, descomposición e indexación), o los análisis de vocabulario (lexematización automática, reconstrucción de los campos semánticos), así como la inmensa obra de ordenamiento de las observaciones arqueológicas, obra cuyos planes actualmente no están por así decirlo ni siquiera esbozados: es simplemente ridículo plantear la igualdad erudición = tradición, como es poco razonable permitir suponer que se pueda «partir de las fuentes o bien partir de los conceptos»; el «o bien» es extravagante, sólo se puede partir de un estado general de conocimientos, más o menos bien asimilado, que depende ante todo del momento del que se parte. En el estado actual, como ya se ha dicho, el bagaje de partida del medievalista debutante no comporta más que algunas fuentes observadas a través de múltiples filtros y pantallas, y escasos conceptos explícitos —por no decir ninguno— (se utilizan con la mayor tranquilidad las nociones más ordinarias del sentido común contemporáneo).

Y es precisamente aquí donde radica el drama actual de la arqueología medieval, que constituye la ilustración más brillante y más lastimosa de lo que puede dar de sí una práctica que «parte de las fuentes»: el excavador, que no conoce casi nada de la historia medieval y de sus problemas (si no es de tercera mano), observa los muros, las sepulturas, los cascotes; se preocupa de «niveles», de «fases», dibuja los muros piedra a piedra, las sepulturas hueso por hueso, pega los cascotes y clasifica las vasijas según una tipología formalista pueril. Después va a otro emplazamiento. Como sólo es enjuiciado por otros excavadores, se le aprecia por la delicadeza de sus dibujos y la precisión de sus recomposiciones. ¿Durará aún mucho tiempo semejante despilfarro imbécil? Pero, ¿es mucho más útil, a finales del siglo XX, publicar las gestas de una correspondencia principesca utilizando el *instrumentarium* conceptual de 1880?

W. Paravicini asimila «teoría», «conceptos» y «señores de la pluma y del pensamiento», los únicos para quienes estarían reservados los «honores». Nuevo error: ¡los honores no se conceden ni al pensamiento ni, menos aún, a la teoría! Ernest Lavisse, hombre de honores, no era un héroe del pensamiento, y Francia ha tenido recientemente un ministro que pasó, a ojos del gran público, por un historiador, y que sin duda era un hombre honesto, pero que no era un erudito ni aparentemente tampoco un hombre de «teoría». En Francia al menos, entre los historiadores, la teoría y los conceptos (construidos), si es que alguna vez los ha habido entre los medievalistas, nunca han conferido «honores»: la ausencia de notas a pie de página no implica capacidad teórica, y la notoriedad ante el gran público no equivale, ni de cerca ni de lejos, a un juicio científico.

La oposición entre «fuentes» y «conceptos» se basa en la representación estrictamente inventada de una técnica sin planteamientos. La más elemental identificación de un documento o de un cascote es pura y simplemente imposible sin un *instrumentarium* estructurado; el erudito que cree no utilizar ninguna noción es un asno: utiliza forzosamente una mezcla abigarrada de representaciones co-

rrientes (el sentido común del momento) y de diversas nociones prácticas tomadas de los manuales (que decora con la etiqueta usurpada y falsa de «términos técnicos»). En un momento dado, la buena erudición es la que produce resultados congruentes con las cuestiones que están a la orden del día del estado global del movimiento científico y no de la moda del momento: ciertos cartularios han sido bien editados y otros no. Pero tampoco podemos evitar considerar que, a finales del siglo XX, existen una multitud de cartularios, convenientemente editados y por tanto disponibles, que jamás han sido explotados: la cuestión de las fuentes ya no es un asunto de «erudición tradicional» (en el sentido que le da W. Paravicini), es un asunto de semántica: el *instrumentarium* que se utilizaba hacia 1880 para editar un cartulario es un objeto fósil. Ningún medievalista (¡ninguno!) puede dejar de ubicar las fuentes en el centro de su actividad: la apuesta primordial de la investigación actual, y la del siglo XXI, será la de elaborar los métodos aptos para descifrar los cartularios y los contextos arqueológicos; pretender separar por poco que sea fuentes y conceptos es un punto de vista retrógrado que obstaculiza el progreso de la investigación.

No, Señor Paravicini, fuentes y conceptos no se oponen de ninguna forma, al contrario, su unidad fundamental sostiene el proceso científico, es decir el progreso de los conocimientos. La oposición, porque evidentemente hay una, es completamente distinta: está entre el trabajo serio, la obstinación intelectual, el rechazo del compromiso y las soluciones locales, por un lado, y la retórica, la preocupación por los géneros y temas de moda, y todas las justificaciones atestadas de interés por las grandes tiradas, por el otro. Si usted quiere verdaderamente contribuir a recordar a los medievalistas su deber de Estado, intente más bien convencerles de que existe un orden lógico: antes de exponer un asunto al gran público (lo que en términos eufemísticos se llama actualmente *difusión*), es conveniente primero que uno mismo tenga una idea clara de la cuestión. Si no, cedamos el estrado a los bufones, dado que los editores privados, cuyo oficio es vender al «gran público», no aceptan que nos contentemos con el catálogo de cuestiones inciertas y no resueltas, sobre todo si estas cuestiones son enunciadas en términos un tanto abstractos.

O para decirlo más crudamente: contrariamente a W. Paravicini, no estoy dispuesto a considerar como perteneciente a los «más grandes de nuestro oficio» a cualquiera que haya dado pruebas del menor desdén con respecto al trabajo técnico de la erudición cuidada (sea éste un colega, un inspector general de Archivos o un editor de revistas); semejante desdén es incompatible con nuestro oficio. Para hablar como Pierre Bourdieu, es una clasificación que clasifica a aquel que clasifica. Y que lo clasifica en el rango de los habladores y de los ideólogos, en ningún caso de los historiadores. Los éxitos literarios y mundanos no tienen aquí la mínima razón de ser.

UNA «DISCUSIÓN» ACRÍTICA

Me parece oportuno terminar hablando de la aplicación más directa y más concreta de esta perspectiva general, es decir sobre las formas institucionalizadas de ejercicio del juicio crítico, *vulgo dictu* la práctica de las reseñas.

Un excelente medievalista español escribía, hace algunos años, que vivimos en una época «hipócrita». Pienso que estaba equivocado; hay que decir: una época acrítica. La situación actual se caracteriza fácilmente en algunos puntos:

1) Cualquiera tiene derecho a escribir sobre cualquier cosa; desde que se alcanza el rango B en las universidades o en el CNRS, somos considerados *eo ipso* autores legítimos. La única dificultad consiste en convencer a un editor para que imprima; todo lo que se ha imprimido es por definición verdadero.

2) Toda crítica de fondo esta prohibida; se aceptan algunas consideraciones formales: tenemos derecho a quejarnos de la «jerga» o al contrario a alabar la «elegancia del estilo».

3) Si a pesar de todo traspasamos el límite, y dudamos de los fundamentos de tal o cual alegación, se considera como un ataque *ad hominem*, véase una declaración de guerra: el colega aludido se considera autorizado a disgustarse. De repente, las únicas reseñas que contienen algunas críticas sólo atañen a autores extranjeros o desconocidos.

4) En realidad, incluso en este caso, se trata de algunas observaciones puntuales o de cambios de humor. El análisis metódico, las verificaciones, la discusión sobre los conceptos, ya no se llevan. Un sociólogo a quien yo me quejaba un día por el tiempo invertido en preparar algunas reseñas, me preguntó sorprendido: «¿pero es que usted lee las obras que reseña?».

5) El círculo se cierra inexorablemente: sabiendo cada uno exactamente la poca sustancia contenida en estos papeles, la actividad ha perdido cualquier valor e interés. Los secretarios de redacción lo consideran un pesado fardo, y los reseñadores potenciales una pérdida de tiempo. Dado que ninguna persona ejerce seriamente este trabajo, es la propia noción de juicio crítico formalizado y explícito la que ya no tiene sustrato.

JUICIOS CIENTÍFICOS Y PROGRESO DE LOS CONOCIMIENTOS

Una vez más, debemos intentar combinar dos reflexiones: algunas consideraciones historiográficas y un análisis abstracto. No se ha intentado nunca, una historia de la medievalística a través de la práctica de las reseñas. Una mirada desenvuelta demuestra la importancia creciente, y en definitiva determinante, de esta práctica en la segunda mitad del siglo XIX. Fue en gran parte a través de esta forma de juicio y rectificación permanente como se introdujeron poco a poco en las costumbres profesionales los métodos explicitados en los famosos manuales de finales de siglo. A comienzos del siglo XX, la mayor parte de las grandes revistas europeas de historia otorgaban un amplio espacio a las reseñas, a menudo incluso preponderante.

De este punto de vista, el caso de Marc Bloch es de nuevo ejemplar: su bibliografía lleva más de mil recensiones,[5] lo que corresponde en muchos casos a más de cincuenta títulos por año. El lector actual está asombrado de la extrema vivacidad de los análisis y de los juicios. A partir de 1929, la mayoría de estos textos fueron publicados en los *Annales*, en los que la mayor parte del resto de reseñas, muy numerosas, presentaba análogas características.

La frescura de estas propuestas se fue marchitando poco a poco en los años 50 y 60, y desde los años 70 la mayor parte de las reseñas habían perdido todo carácter crítico. A finales del decenio, Jacques Le Goff resumía lúcidamente la situación: «El mundo universitario está atrapado en una red tal de relaciones, de intereses y de compromisos recíprocos que sólo se critica a escondidas, en conversaciones de pasillo, o en diálogos telefónicos. Las reseñas son casi siempre benditas, las defensas idílicas de las tesis. Las malas jugadas se hacen bajo la mesa. El debate de las ideas se debilita.»

Esta trayectoria merece naturalmente ser afinada, pero ya parece singularmente significativa. Porque muestra bien la discordancia de la posguerra: durante estos treinta años, las reseñas abandonaron toda visión crítica, para transformarse en simples resúmenes o notas de lectura, el objeto específico, cuando había uno, era llamar la atención sobre tal o cual desarrollo juzgado curioso o innovador. Observación que sugiere interrogarse *a contrario* sobre la naturaleza de las «críticas» del siglo precedente. Por un lado, encontramos copiosas observaciones de método sobre la elección y el tratamiento de las fuentes, la organización y la claridad del informe, la precisión o la insuficiencia de las referencias; pero el arte mayor era indiscutiblemente la crítica diplomático-filológica, lo que precisamente los medievalistas de comienzos del siglo XX llamaban simplemente «el método». El objeto era simple: los responsables de las reseñas debían intentar descubrir el mayor número posible de lecturas, de traducciones, de dataciones o de identificaciones erróneas, y proponer las correcciones pertinentes.

Sería sin duda más saludable de lo que se cree consagrar algunas energías a este tipo de examen: abundarían las sorpresas. Pero se comprende bien por qué, a pesar de todo, este género de recensión ha visto como desaparecía su conveniencia después de 1945: la historia social se fundaba en los cartularios editados (por tanto ya criticados) o en enormes archivos, y la incertidumbre concreta de tal fecha o tal identificación ya no constituía una preocupación científica. Hubiera sido necesario entonces elaborar nuevos criterios de examen, juicio y rectificación; esto no se hizo (no carecería de interés intentar comprender por qué). Hemos destacado anteriormente la asombrosa debilidad técnica de todo lo que fue ubicado bajo la enseña de la «historia cuantitativa»: nadie ha notado nada, y no se ha abierto ningún debate sobre este asunto. En definitiva, no parece extravagante proponer la hipótesis de que una de las razones (entre otras) del decaimiento de esta historia social en el curso de los años 80 ha sido la ausencia de este apartado de discusión erudita y técnica y de discusión crítica que, por mi parte, considero como fundamental. Destaquemos, por lo demás, la perfecta

5. Marc Bloch, *Mélanges historiques*, París, 1963, pp. 1032-1103.

congruencia entre el hundimiento de todo esfuerzo crítico y el desarrollo de la ideología y de la práctica de la «especialización»; siendo el ideal de esta estructura el que haya tantas especialidades como investigadores, sólo queda una única persona «competente» para elaborar la reseña de una obra: el propio autor. Concretamente, y dado que las reseñas aún existen, el sistema es el de los microcírculos de adulación recíproca, simplemente sazonado con algunos zarpazos superficiales destinados al lejano extranjero.

Esta situación se traduce en una cándida pregunta: semejante ausencia de cualquier punto de referencia, de cualquier brújula, ¿puede prolongarse de forma duradera sin engendrar graves efectos? La respuesta, bajo mi punto de vista, no ofrece dudas: los medievalistas, al proceder así, cortan la rama sobre la que se asientan. Porque si ya no existen criterios de juicio explícitos y comunes a toda la disciplina (y aplicados según procedimientos formalizados y reconocidos), ésta ya no se encuentra en situación de aspirar al estatuto de ciencia y, según la expresión de W. Paravicini, «abandonamos nuestro oficio al diletantismo del primer llegado». El crecimiento fulgurante de los medios de comunicación electrónicos pone a disposición general una enorme cantidad de objetos heteróclitos, fragmentos de textos incoherentes, provocadores o esotéricos, adornados con imágenes más o menos insólitas, verdadero mercadillo de lo viejo y negación de todo método.

El control cruzado: sin debilidad

A riesgo de pasar por un pedante pretencioso, debo recordar aquí en dos palabras que la racionalidad científica no tiene otro criterio que el control cruzado de la producción, por los científicos mismos, a través de discusiones formalizadas, institucionalizadas, y respondiendo a un cierto número de reglas explicitables, si no explicitadas. Discusión muy metódica en el seno de un grupo de pares: en ello reside la única piedra de toque empírica de la racionalidad. Inversamente: la ausencia de discusión y, más aún, la ausencia de toda regla de discusión son el equivalente exacto de la ausencia de racionalidad. A partir de aquí, el amateur extravagante, el estudiante incipiente, el prosélito dogmático, el esteta diserto, el especialista monomaníaco, todos tienen el mismo derecho a la palabra en una cacofonía indistinta, y un brevaje ponzoñoso sumerge toda visión intelectual realista y rigurosa.

Entiendo que me expreso como medievalista racionalista; de donde extraigo las principales líneas directrices que me parecen susceptibles de dar alguna sustancia a esta noción:

1) Es necesario plantear como hipótesis de trabajo fundamental la unidad de la civilización medieval europea, de la que resulta la idea central de que todo trabajo de un medievalista, cualquiera que sea su objeto en particular, debe poder valorarse por medio de un conjunto de criterios homogéneo y común a toda la disciplina. Todo medievalista *proprio sensu* está obligado a hacer una crítica pertinente de cualquier obra de historia medieval, salvo que renuncie a la deno-

minación de medievalista para ser clasificado como técnico. Sólo puede haber un único sistema de medida que corresponda simplemente a la única cuestión: ¿en qué consiste la aportación de esta obra a nuestro conocimiento de la Europa medieval, y particularmente de los resortes de su desarrollo?

2) Si es indispensable conceder su lugar al examen técnico (hay revistas que tachan este género de consideraciones en las reseñas), la evolución general de la medievalística ha llegado a un punto donde lo esencial de los esfuerzos debe centrarse en el análisis riguroso de los conceptos. La mayor parte de los macro-conceptos, actualmente en uso entre los medievalistas, son lastimosamente inapropiados y generan un flujo continuo de análisis hechos en falso con relación a las estructuras propias de la sociedad medieval. Hay un irrealismo profundo en pretender mantenerlos en uso. Pero, además, una vasta serie de conceptos contemporáneos de menor alcance son igualmente utilizados de forma completamente anacrónica. Una reorganización radical es actualmente inevitable; no se hará de un día para otro, ni sin chirridos. Pero no hay ni un momento que perder para emprender la desoxidación crítica.

3) Este análisis de la validez y de la eficacia del *instrumentarium* conceptual está estrechamente vinculado a la toma de conciencia de la primacía de las relaciones sobre las sustancias. Es únicamente a partir de esta idea que se puede, verdaderamente, intentar escapar al paradigma de las tijeras y el pegamento, y plantear al fin la cuestión general del significado sobre una base realista. Sólo cuando se comprende que el único medio de restituir un sentido a las observaciones es creando conjuntos articulados de relaciones, creando una estructura, podemos deshacernos del dominio de la ingenua creencia de una posibilidad de lectura directa e inmediata de las fuentes que, con todo candor pensamos, restituirá lo «verdadero», lo «real». El candor cuando se trata de supervivencia se transforma en perversión. Las fuentes proveen de indicios irremplazables a partir de los cuales el historiador debe, laboriosamente, reconstruir, para descifrar los objetos intrínsecamente ilegibles. Ya no hay tiempo que perder: esta ingenuidad desastrosa debe ser disecada y denunciada sin miramientos.

4) Tratándose siempre de conceptos, deben intervenir sistemáticamente dos consideraciones: los límites de validez y la bipolaridad. Ya hemos mencionado la extrema dificultad de emparejar la noción de historia, como evolución incesante de las sociedades, con la de conceptos antropológicos universales aplicables en cualquier tiempo y lugar. Se ha sugerido que la noción de economía-mundo aparece como una herramienta interesante para pensar las estabilidades relativas, las que resultan de la acción prolongada de configuraciones duraderas, enmarcadas en rupturas profundas. Evitar la confusión sobre el alcance de un concepto, imagen de una configuración siempre ubicada, es un problema mayor. Pero, por otro lado, hemos creído de la misma forma que debíamos insistir sobre la unidad indisoluble, en toda estructura histórica, entre el juego abstracto de las relaciones y las realidades materiales. No podemos aceptar ni mucho ni poco la oposición artificial y catastrófica entre una pretendida *Geistesgeschichte* y una supuesta historia de la cultura material, como si hubiera que estudiar separadamente el cerebro y la rana descerebrada. Es una de las locuras, uno de los más

funestos absurdos que la investigación histórica ha tenido que sufrir. Los condicionantes y los fundamentos materiales juegan un papel central en todos los sectores y en todos los aspectos, sin excepción, del desarrollo histórico, pero son inseparables de las relaciones sociales cuya articulación es la única que puede darles sentido. Con respecto a esto, debe ejercerse con firmeza una vigilancia crítica redoblada.

Aparece así la posibilidad de enunciar algunas reglas susceptibles de constituir los fundamentos de un nuevo sistema de crítica histórica racionalista, adaptado a la fase actual de la evolución de la medievalística y apropiado para orientar y dinamizar su desarrollo. Estos breves trazos necesitan rectificaciones, complementos, precisiones, y están sometidos al libre juego de la crítica. Pero la dificultad práctica es la de su puesta en marcha. ¿Cómo invertir la ecuación hoy en día tan enraizada de reseña = perdida de tiempo? Es necesario poner los medios para revalorizar mucho este tipo de actividad.

Reglas poco onerosas

En esta perspectiva, me parece que hay abiertas tres posibilidades poco onerosas:

1) Distinguir enérgicamente los resúmenes, notas de lectura, referencias bibliográficas, por una parte, y las reseñas por otra, evitando basarse en el criterio pueril de la longitud. Autores y comités de redacción pueden colaborar.

2) Hacer pasar la cuestión de las recensiones críticas por las manos de las instancias editoriales, y no únicamente de los secretariados; tener como criterio de pertenencia a un comité de redacción la realización regular de un número suficiente de críticas reales; sistematizar, en la medida de lo posible, las reseñas múltiples (la misma obra examinada por varios medievalistas); rechazar sin excepción la fatídica «llamada al especialista».

3) Hacer aparecer obligatoriamente todas las recensiones críticas en las noticias bibliográficas periódicas; exigir que las noticias individuales e informes periódicos de actividad (tanto de los individuos como de los laboratorios) dejen que esta actividad de examen crítico ocupe el espacio que le corresponde; en este sentido, exigir la modificación de los formularios administrativos, de tal manera que tengan todos una rúbrica «recensiones críticas, participación en las discusiones de resultados».

Estas distintas medidas no necesitan de ningún crédito suplementario, sino únicamente un poco de voluntad científica, un poco de lucidez por parte de aquellos que la *vox populi* designa como «personas influyentes» en el medio de los medievalistas. Evidentemente, esta reorientación implica, a término, algunas reestructuraciones. Pero, ¿lo peor es inevitable?

LA PRUEBA DEL 9: LOS «COLOQUIOS»

Una simple palabra, finalmente, sobre la autodestrucción actual de la noción de coloquio.[6] Vemos multiplicarse las reuniones de dos o tres días en las que diez o quince personas deben hablar a lo largo de cada media jornada. Cada orador dispone en el mejor de los casos de quince minutos y no es posible ninguna discusión, cualquiera que sea la formulación que figure en el programa. Además, numerosos «participantes» llegan exactamente en el momento previo a su exposición y desaparecen inmediatamente después. En el mejor de los casos, este género de reunión permite reencontrarse con colegas, y establecer contactos personales. La mayor parte de los organizadores confiesa además que lo esencial no está en las exposiciones, y menos aún en las discusiones, sino en mantener la sociabilidad científica. La confesión es terrible, porque es un reconocimiento de esta estructura loca donde cada uno habla para sí mismo y se ríe perdidamente de lo que cuenta su vecino. Sin embargo, la idea misma de *coloquio* parece difícilmente pensable si no hay materia ni discusión, sería tal vez preferible emplear otro término, por ejemplo *forum*. Coloquio, hablando propiamente, implica un máximo de dos oradores cada media jornada y un tiempo de discusión al menos igual al de las exposiciones (lo que, de hecho, no impide invitar al número de participantes que se quiera o pueda). La experiencia muestra que una organización material razonable es una condición necesaria, pero de ninguna manera suficiente. Habiendo sido eliminada la crítica racional de las prácticas habituales, lo que se llama discusión es frecuentemente un ejercicio formal, pactado y superficial, un simple ritual. Para evitar cualquier problema, si uno no está satisfecho con tal o cual afirmación de un orador, se hace la observación al vecino, pero se evita toda declaración pública: ya no existe común acuerdo sobre los criterios de juicio y los métodos de discusión. Los problemas examinados a propósito de las reseñas atañen a la esencia misma de la disciplina.

6. Jacques Le Goff, «Une maladie scientifique: la colloquite», *Sciences de l'Homme et de la Société, lettres des départements scientifiques du CNRS*, 32-1993, p. 35.

CONCLUSIÓN

DOCE TESIS

Ainsi se voit primise et retirée à ton irritable
maladresse la rose qui ferme le royaume

René char

Llevar hasta las últimas consecuencias el estudio retrospectivo de la evolución de la disciplina, examinar de cerca la estructura del *instrumentarium* científico, analizar la organización concreta de las prácticas profesionales. Estas tres intenciones, distintas, deben ser abordadas frontalmente si se tiene la ambición de contribuir a una clarificación de la situación actual de la medievalística; porque una ciencia, consta indisolublemente de un movimiento, unos conceptos, una profesión. Lo que *a priori* parece una apuesta se revela, a través de la búsqueda y de la reflexión, un trayecto mínimo, esto es tan cierto como que el relieve y el movimiento son indiscernibles a partir de una única perspectiva; sólo apuntalando y enderezando las observaciones, unas con otras, se puede esperar adquirir una visión de conjunto susceptible de aspirar a la vez al realismo y a la coherencia. Desde luego, la presente tentativa no tiene más ambición que la de una tentativa: toda crítica racional será bienvenida.

Este análisis es esencialmente el de la medievalística francesa, y lo lamento. Sin duda, las grandes fases de la evolución han sido en general sincrónicas en los principales países europeos. Aunque, como siempre, las diferencias, a menudo incluso las más limitadas, son particularmente instructivas: su examen aportará necesariamente un complemento sustancial y modificará seguramente las conclusiones. La única cosa de la que se puede estar seguro es que el reparto entre las «escuelas nacionales» ha tenido efectos calamitosos. La medievalística del siglo xxi ha de ser por fuerza y por razón una ciencia europea.

Sin embargo, las dificultades actuales incitan de forma apremiante a buscar una salida y a no aplazar indefinidamente el enunciado de algunas propuestas precisas. No es el momento de evaluar los riesgos y las incertidumbres. La situación se resume en tres puntos, muy breves: 1) los medievalistas están perdidos en la niebla e intentan tranquilizarse repasando la cuenta de los trabajos publicados en los últimos treinta años; 2) la lista de problemas sin resolver que plantea la historia de la Europa medieval tiene una considerable longitud; 3) muchos estudiantes y jóvenes investigadores, a menudo inteligentes e imaginativos, quieren tentar la aventura, pero las estructuras actuales de la medievalística son tales que se ven empujados a diversos callejones sin salida, cepos y arenas movedizas.

La finalidad del presente trabajo es ante todo práctica y por eso terminaremos con un conjunto de fórmulas concisas, destinadas a señalar sintéticamente en qué consisten los puntos nodales alrededor de los que es posible encarar una reestructuración.

Antes de cualquier otra consideración, hay que recordar a todo el mundo que la historia medieval sólo puede constituirse como proceso científico dentro de un marco profesional. Se constata cada día que sobre este tema reina una gran ambigüedad. La ciencia histórica, como cualquier otra, no es asunto de diletantes, aficionados, jubilados o individuos que ejercen otra actividad y consagran a la ciencia sus noches o sus fines de semana. Sabiendo claramente y desde el principio que la ciencia no tiene ninguna otra finalidad que no sea el desarrollo de los conocimientos racionales, hay que preocuparse por saber si esta actividad se puede realizar en un marco profesional estable, de dimensión suficiente y convenientemente estructurado. Lo que implica que la investigación histórica científica *stricto sensu* sea reconocida, explícitamente, como actividad: 1) de investigadores a tiempo completo, 2) de conservadores, 3) de universitarios. Es necesario buscar activamente un equilibrio y una colaboración franca entre estos tres tipos de profesiones, ya que cada una de estas tres «ramas» tiene un gran interés en que las otras puedan contribuir plenamente al esfuerzo de investigación común. Cualquier desfallecimiento de una sola de ellas es perjudicial para las otras dos. La situación actual, que oscila entre la ignorancia y la envidia, es deplorable y constituye un poderoso freno al desarrollo de la investigación.

Tesis 1. La sociedad medieval, objeto de un rechazo metódico en el momento en que fue concebida (segunda mitad del siglo XVIII), fue pensada por principio, desde ese momento y hasta hoy, con la ayuda de macroconceptos (economía, política, religión) que la aprehendieron en falso y la hacen aparecer necesariamente como estancada y opresiva.

Comentario

La importancia determinante de esta fase inicial fue claramente presentida por Ludolf Kuchenbuch. Nos equivocamos gravemente al retrotraer nuestro concepto de la Edad Media al siglo XVI, o al contrario, interrumpiendo las investigaciones historiográficas retrospectivas en alguna parte del siglo XIX. Ahora bien, el giro crucial del siglo XVIII fue el de la invención de las nociones de *política* y de *religión*, que quebró los macroconceptos anteriores de *ecclesia* y de *dominium*. Proceso que se puede llamar el de la doble fractura conceptual. Pero estos macroconceptos nuevos estaban destinados ante todo a remodelar fundamentalmente el orden social, y es precisamente por eso que, aplicados al antiguo orden, demostraban su carácter anárquico y estancado. De esta forma se instauró una incongruencia original entre la realidad histórica medieval y las herramientas para analizarla. La identificación clara de esta incongruencia y su erradicación constituyen la tarea número uno de la medievalística por venir.

Tesis 2. Los historiadores que construyeron la medievalística emplearon las nociones del sentido común contemporáneo, cuya supuesta intemporalidad garantizaba la posibilidad de una lectura directa de los documentos, fundamento de un método cuya pretensión se limitaba a la elección entre verdadero y falso.

COMENTARIO

El establecimiento y afianzamiento progresivo de la sociedad contemporánea en el curso del siglo XIX fue a la par que la instauración de una historia de la Europa precontemporánea basada en tres ejes fundamentales: a) una historia de los Estados y de la propiedad individual, concebida en un marco nacional y fundada sobre un firme apriorismo juridicista: la historia como sucesión de avatares de nociones intemporales; b) una historia de la religión medieval destinada a ilustrar la permanencia y el triunfo de los efectos de una Revelación, es decir de la encarnación de una presencia intemporal; c) una recolección meticulosa de todo residuo, asimilado a las formas de una expresión primitiva y popular (carente de sentido). Este marco, fundamental e inocentemente teleológico, a la vez fijo y simple, ofrecía el armazón para una lectura directa de las fuentes, consistiendo simplemente todo «el método» en distinguir el documento auténtico del falso, el testigo fiel del narrador secundario. La historia no consistía más que en relacionar entre sí los elementos auténticos: el paradigma de las tijeras y el pegamento. Debilidad conceptual e indigencia metodológica iban exactamente a la par. La reconstrucción de conceptos y técnicas deberá ser simultánea.

Tesis 3. El nacimiento de las ciencias sociales reforzó por antítesis esta concepción de la historia como puro relato, concepción que ha sobrevivido a la aparición de sujetos colectivos (los grupos sociales) y de otros «nuevos objetos».

COMENTARIO

El paradigma de las tijeras y el pegamento, a despecho (o tal vez a causa) de su simplismo, ha bastado como marco de un intenso trabajo práctico de inventario, catalogación y edición. Las simples herramientas de datación, elaboradas a partir del siglo XVIII, han permitido establecer con bastante claridad la fina trama cronológica de la historia-relato (en la mayoría de los ámbitos, pero no en todos). La apariencia de precisión formal que reinaba a finales del siglo XIX ha sido percibida como señal de un éxito absoluto, lo que explica en buena parte por qué la mayoría de historiadores no han tenido ninguna conciencia del carácter catastrófico de la ruptura causada por el nacimiento de las ciencias sociales, al margen de la historia si no contra ella, aproximadamente entre la década de 1880 y la primera guerra mundial.

El completo dominio de los defensores de este marco jurídico-institucional, individualista y formalista, ha logrado, en Alemania, frenar la aparición de una

historia económica a finales del siglo XIX. En Gran Bretaña y en Francia, esta corriente no apareció hasta los años 30 y no se desarrolló realmente hasta después de la segunda guerra mundial. Desfase y no revisión: a la lista de objetos de estudio tradicionales han sido añadidos la población, la producción y los intercambios; sobre todo, el sujeto individual ha tenido que ceder una parte de su espacio a un sujeto colectivo, el grupo social. Se han leído los documentos lo más rápidamente posible, a la búsqueda de un efecto de acumulación. Sin embargo, la posibilidad de una lectura inmediata no ha sido cuestionada, ni mucho menos la idea de síntesis por simple acumulación de observaciones elementales pertinentes. De lo que resulta un amontonamiento de descripciones de fragmentos del tejido social medieval.

En este movimiento, la divergencia con las ciencias sociales se profundizó. Los historiadores han seguido dándose por satisfechos con una lógica de la intencionalidad, de naturaleza puramente psicológica (incluso a escala de grupos), mientras que las ciencias sociales elaboraban instrumentos cada vez más eficaces de análisis del funcionamiento de una sociedad, pero fuera del tiempo y de cualquier movimiento de conjunto.

Tesis 4. El paso de una acumulación de fragmentos a una lógica de la fragmentación margina y ahoga toda investigación de una dimensión congruente y de los principios de cohesión de un sistema social.

COMENTARIO

La derrota, a primera vista extraña, de la «historia cuantitativa», es ejemplar: variante del paradigma de las tijeras y el pegamento, se contentaba tan sólo con enumerar elementos implícitamente juzgados como «auténticos». Mientras tanto, el deterioro progresivo (esencialmente por agotamiento de la materia) de los grandes programas de edición y de catalogación reducía a un paño de lágrimas el campo de aplicación del centenario «viejo método». Una coyuntura global favorable hasta 1975 dio un impulso decisivo a una lógica de la fragmentación, bajo pretexto de una presunta división del trabajo y de un aumento (casi exclusivamente aparente) del número de «objetos», en el marco de un rechazo general a cualquier reflexión sobre el funcionamiento de conjunto de la sociedad medieval.

La inversión de esta coyuntura, desde hace una veintena de años, saca poco a poco a la luz los efectos de esta inconsistencia conceptual; la comodidad del «cada uno a lo suyo» dura poco: acabamos dándonos cuenta de que, si toda crítica se ha evaporado, no es por razones de estrategias personales acumuladas, sino porque nadie está en condiciones de definir criterios de juicio científico aceptables para todos los medievalistas. Los puntos de referencia han desaparecido en la niebla. Algunos se identifican con los marcos de pensamiento de los años 1860-1880, prueba de un verdadero naufragio intelectual. Podría establecerse un interesante ángulo de observación sobre las dos nociones gemelas de

corpus y de *caso ejemplar* (bases de datos y *microstoria*). Existe ahí un verdadero campo organizado alrededor de una oposición artificial, propicia a falsos debates que permiten evitar las cuestiones demasiado radicales sobre la naturaleza del *instrumentarium* conceptual. La seudoepistemología resultante del neokantismo (Aron, Marrou, Veyne y consortes) no ha cesado de dar un barniz de respetabilidad a la inverosímil «primacía de la intencionalidad», construcción burlesca destinada a justificar el relato autocentrado, mantenida lo más lejos posible de todas las preocupaciones y de todos los métodos de las ciencias sociales, y a descalificar de esta forma toda intención de explicación de la dinámica histórica que, al contrario, implica la hipótesis de coherencia del todo social.

Tesis 5. La medievalística tiene por único objeto la reconstitución del funcionamiento y de la dinámica de la sociedad de la Europa feudal entendida como totalidad.

COMENTARIO

La urgente necesidad de construir un *instrumentarium* conceptual apropiado a su objeto implica que éste sea claramente reconocido (libre de ser ulteriormente cuestionado), y sólo puede ser la sociedad medieval en tanto que un todo articulado. La frase de Fustel de Coulanges: «la historia es la ciencia de las sociedades humanas», debe ser completada simplemente así: «la historia medieval es la ciencia de la evolución de la sociedad de la Europa medieval». Más allá de inevitables querellas sobre los límites cronológicos y geográficos, la inmensa mayoría de los medievalistas europeos no plantean objeción de principio a la noción de la Europa medieval; las dificultades aparecen a partir del momento en que se trata la unidad y, más aún, el principio de orden; resurgen entonces inexorablemente los viejos textos machacones de la infinita diversidad de lo real y/o del carácter irreductible de tal o cual zona, léase tal o cual ciudad (cuando no se trata de un valle de los Alpes...). La idea de una realización local de un movimiento de conjunto, con todos los efectos de retroacción posibles, sólo aparece en contadas ocasiones, y la dialéctica decisiva de las partes y del todo no se aborda nunca. Si exceptuamos las dos grandes obras de Jacques Le Goff y Arno Borst, no encontramos prácticamente ninguna tentativa de actualizar la lógica general de las estructuras de la sociedad medieval, y aún menos de extraer de semejante reflexión una construcción susceptible de esclarecer la dinámica de esta economía-mundo. Y apenas tenemos otra forma de explicar esta situación que considerar la hipótesis de que el bloqueo original continúa teniendo un peso determinante, desproporcionado con relación a las fuerzas de los medievalistas.

Tesis 6. La utilización en el campo de la medievalística de ciertos modos de análisis elaborados por las ciencias sociales será de un provecho notable, pero al precio de esfuerzos tenaces y peligrosos.

COMENTARIO

Entre la espada y la pared, los medievalistas preocupados por la elaboración de un nuevo *instrumentarium* científico no pueden dejar de tener en cuenta, con cautela, la labor de las ciencias sociales desde hace un siglo. Pero las dificultades son temibles y, subestimándolas, nos exponemos a muchas desilusiones. Hasta el presente, los contactos han sido escasos, puntuales, mucho menores de lo que podrían hacernos creer ciertas etiquetas abusivas. En resumen, pocos contactos y muchos equívocos. Pero sobre todo, mayoritariamente, una indiferencia recíproca profunda.

El historiador debe ser muy consciente de que en la mayor parte de estas disciplinas reina actualmente un marasmo, una parcelación a ultranza y una instrumentalización galopante, con relación a las cuales la crisis de la historia parece casi imperceptible. Las técnicas de análisis y manipulación de corto alcance marginan toda pretensión científica. La política de «contratos» tiene efectos desastrosos. Los efectos de publicitar y de supuesta recomposición enturbian la visión. Por esta razón el medievalista debe fijar su atención en escrutar prioritariamente los trabajos anteriores a los años 50, y luego los que se han producido hasta 1975; el resto, si se tiene mucho tiempo y valor; por supuesto, entre la masa, han aparecido excelentes trabajos, pero son difíciles de localizar y su lectura requiere un buen conocimiento de las tradiciones disciplinarias: dos o tres lecturas puntuales no pueden desembocar en nada. Entre las seudociencias que brillan en sociedad («ciencias jurídicas», «ciencias políticas», «ciencias de la comunicación», «ciencias del conocimiento», etc.), hay que hacer una selección drástica y buscar, laboriosamente, las herramientas abstractas de análisis de las funciones sociales. Éstas existen, son numerosas y eficaces, pero tienen escasa notoriedad por las razones antes mencionadas. La sociedad europea medieval sólo presenta analogías limitadas con cualquier otra sociedad antigua o actual; las aproximaciones a tal o cual sociedad del tercer mundo pueden ser útiles, pero deben ser manipuladas con extrema precaución, ya que los peligros de la analogía son considerables y frecuentemente poco perceptibles. No se deberá jamás perder de vista el rechazo del tiempo histórico en las ciencias sociales, con todas las desviaciones que esto puede provocar. Los historiadores son los únicos en situar el cambio en el corazón de sus análisis, y por esta razón se puede pensar que tendrán un papel preponderante en la reestructuración general del dispositivo de conjunto de las ciencias sociales.

Tesis 7. Ya es hora de reconocer que los textos y objetos legados por la Edad Media son opacos: la medievalística debe reorganizarse por completo alrededor de una vasta semántica histórica, apropiada a este objeto sin equivalente.

COMENTARIO

Invertir la forma de abordar la cuestión del significado es hoy en día el imperativo categórico de los medievalistas. No sólo será necesario reconocer que la mayor parte de los textos medievales nos parecen completamente ilógicos y que su coherencia se nos escapa (ya sean vidas de santos, crónicas, cartularios, textos sobre cementerios merovingios, etc.), y que es indecente continuar pretendiendo que los vocablos medievales tienen un significado flotante e incierto simplemente porque su armazón semántico nos parece opaco, sino que, de forma más general, se deberá advertir que, si tantas cosas nos resultan oscuras, es porque la organización común de atribución de significado en la sociedad medieval difería sensiblemente de la nuestra. La tarea del medievalista debe consistir, después de haber eliminado —más allá de los estados de ánimo— la hipótesis de la posibilidad de una lectura directa de los documentos, en reconstruir pacientemente el sistema medieval de determinación del significado y, poco a poco, el conjunto de estructuras semánticas propias a esta civilización. Elaborar una verdadera semántica histórica es una tarea que podrá apoyarse en muchos conocimientos de la sociología y de la lingüística (tesis 6). Aunque la dificultad consistirá, tal vez más aquí que en otra parte, en identificar sin error la singularidad de la Europa medieval.

Tesis 8. Semántica y análisis de las estructuras son impensables sin un tratamiento final del problema de los umbrales y de los grados de magnitud: una estadística histórica compleja será una de las herramientas básicas de la nueva medievalística.

COMENTARIO

La difícil cuestión de los umbrales, elemento esencial de toda semántica, es impensable sin un aparato estadístico de buen nivel. Los grados de magnitud y los repartos de frecuencia son elementos clave de los objetos de los que se pretende esclarecer sus estructuras. Una estadística histórica sofisticada y adaptada a su objeto deberá formar parte de la panoplia de investigación de todos los medievalistas. Lo que implica una modificación sustancial de los *cursus* de formación, que no será fácil de llevar a la práctica. Sin embargo, no hay que perder de vista que una estadística bien asimilada es, además de una herramienta heurística de una eficacia irremplazable, todo un estado de ánimo de reflexión permanente sobre las desviaciones, las aproximaciones, los grados de incertidumbre y de precisión, así como sobre el primado de las relaciones con respecto a las sustancias. Es el único instrumento de control que conduce a estar atento y permite no confundir la elucubración marginal y la concepción dominante. Es sobre todo, y no nos cansamos de repetirlo, una herramienta inevitable de cualquier investigación coherente de semántica.

Tesis 9. En un entorno técnico en plena evolución, los medievalistas deben repensar la noción misma de fuentes de la historia medieval, de manera que dispongan de métodos y de procedimientos específicos, suficientemente adaptados.

COMENTARIO

Rechazar el paradigma de las tijeras y el pegamento, es decir la ilusión de la posibilidad de una lectura directa de los documentos, implica repensar la noción misma de fuente y de tratamiento elemental. Los nuevos soportes de información se desarrollan en el momento oportuno para facilitar un acceso directo y rápido a la materialidad de los documentos, por una parte, y para permitir la elaboración de sistemas complejos (y flexibles) de indexación, de inventariado, de creación de vínculos, por otra. Los medievalistas deberán realizar, ante este nuevo sistema técnico, un esfuerzo considerable de apropiación específica para utilizar sus posibilidades, no como un filtro suplementario, sino como una herramienta de análisis estructural. Sería demasiado cómodo utilizar los nuevos medios como el equivalente a un gran conjunto de cajas llenas de fichas de cartulina, o de contentarse con herramientas estándar de búsqueda documental elaboradas para diversos ámbitos de prácticas técnicas. Sin embargo, se trata de una reconstrucción del significado (tesis 7), que parte de la hipótesis de que la sociedad medieval disponía de un sistema original de producción del significado. Si los procedimientos empleados se articulan al contrario alrededor del sistema semántico actual, resulta evidente *a principio* que no encontraremos nada más que la enésima justificación del paradigma de las tijeras y el pegamento...

Tesis 10. Las fuentes arqueológicas, cuyo enriquecimiento constituye actualmente la aportación esencial a la renovación de los conocimientos empíricos sobre la Europa medieval, deben ser objeto de una atención redoblada: los medievalistas, proprio sensu, son los únicos que pueden restituir su eficacia intelectual a una arqueología medieval a la deriva.

COMENTARIO

Si se considera que la Europa medieval era una (tesis 5), significa también que todas las fuentes reenvían a un único y mismo objeto, que contribuyen a esclarecer de diversas maneras. Las fuentes arqueológicas proveen contribuciones irremplazables, en prácticamente todos los ámbitos y todas las épocas. Pero, contrariamente a los textos, cuya literalidad es poco cambiante, la aportación de un emplazamiento excavado depende en gran medida de la estrategia de excavación del responsable que, disponiendo de un cierto contingente de medios de investigación, se ve necesariamente inducido a privilegiar tal o cual procedimiento, en función de lo que espera encontrar. Por eso debemos esperar de este

responsable que, por un lado, conozca suficientemente el estado del arte en materia de posibilidades de observación y de análisis, y que sobre todo, por otro, se plantee preguntas en función de los problemas (convenientemente dominados) de la historia medieval, y no a propósito de los objetos que se imponen en el emplazamiento por su masa material y su inmediata visibilidad. A riesgo de transgredir los fuertes tabúes del micromedio técnico que se autodefine como «la Arqueología» (con dos A mayúsculas...).

Este enunciado implica primero que se rechaza la pretensión ridícula del ministerio de Cultura de «gestionar» la Arqueología como si se tratara de una actividad de conservación, a semejanza de archivos o museos, y como si la prehistoria y la historia medieval no fueran más que dos variantes de un mismo marco. Esto implica a continuación que se diseque y elimine la noción inventada de «cultura material», que consiste en suponer que los objetos tienen, en su misma materialidad, un sentido intrínseco, y que todos los medievalistas tengan una experiencia de excavación y sepan leer e interpretar un informe de excavación, único medio para que las observaciones arqueológicas tengan un sentido en el marco de la reconstrucción general de las estructuras de la sociedad medieval (tesis 7). La apuesta es simple: las excavaciones actuales tienden cada vez más al despilfarro, mientras que las instancias del ministerio de Cultura, bajo el pretexto estúpido de que las partidas de excavación están incluidas en el presupuesto de este ministerio, pretenden regentar esta actividad y tienden *de facto* a excluir de los *yacimientos a los investigadores y a los universitarios. Las excavaciones no son* ni poco ni mucho una actividad de conservación, sino un proceso de búsqueda; y, tratándose de emplazamientos medievales, deben ser los medievalistas quienes controlen el tema, si es que se preocupan por el porvenir de su disciplina.

Tesis 11. La ideología de la especialización destruye toda posibilidad de actualización de las relaciones y de los significados; es necesario restablecer firmemente la preeminencia de las reflexiones hechas en un marco global pertinente y sólo aceptar la pluriespecialización, bajo control de generalistas experimentados.

COMENTARIO

Si se desea poner al día y reconstruir las estructuras y la dinámica de la economía-mundo medieval, es necesario, en este marco, descartar todo exclusivismo. Desde que se ha reconocido que un objeto o una relación no tienen sentido si no es por su inserción y su función dentro de una estructura, se percibe que toda fragmentación equivale a una destrucción del sentido. Cuantos más fragmentos, menos sentido. La ideología y la lógica de la especialización son, para la historia medieval, la expresión de la dinámica del contrasentido. Pero, aún que parezca increíble, la realidad es aún peor: la lógica de la especialización induce a un encierro hostil y a una proliferación de manías pueriles que sirven de signos de reconocimiento a los microgrupos de ensalzamiento mutuo. A pesar de que

las «conocimientos elevados» son necesarios, lo que es imprescindible verificar caso por caso, deben estar bajo control de «generalistas» aguerridos y desarrollar metódicamente la pluriespecialización, único medio de matener y fortalecer la posibilidad de una discusión general.

El corolario implícito de esta tesis es que las «historias especiales» (en el sentido del siglo XIX) sólo pueden producir crónicas, pero ninguna explicación, a menos que sean la yuxtaposición de trabajos obtenidos en el estudio de cada una de las grandes civilizaciones (que constituyen el único marco donde las lógicas sociales han funcionado y pueden ser estudiadas con cierto éxito). No existe estrictamente ninguna lógica posible en una «historia de la población de los orígenes hasta nuestros días», como no la hay de la agricultura en general o del cultivo del trigo en particular. Como se ha recordado más arriba, la elección masiva del centeno en el siglo V en Occidente fue la traducción de una nueva lógica social general, y de ninguna manera la consecuencia de un pretendido desarrollo del cultivo de los cereales (¿universal y lineal?). El historiador de la agricultura en general, si existe, está condenado a la compilación y a las banalidades.

Tesis 12. La medievalística zozobrará en la recolección irrisoria de anécdotas inverificables sino se reorganiza como actividad regulada,y muy valorizada, de discusión crítica, cuidadosamente articulada en torno al estudio del conjunto de la Europa medieval.

Comentario

El restablecimiento de una actividad ordenada de crítica racional es un deber de Estado. ¿Quiénes que no sean los científicos saben manejar los «titubeos del pensamiento elemental»? El juicio científico se opone punto por punto a las reacciones del sentido común. La razón científica reside en la sumisión, organizada y reflexionada, a procedimientos de verificación de experiencias y de examen de los conceptos en su capacidad de subsumir el mayor número de fenómenos de la manera más económica. La experiencia del historiador no es nada más que la confrontación con las fuentes: la práctica fundamental del aparato crítico está ahí para hacer posible las relecturas, es decir la reiteración y la verificación de las experiencias. El examen de las construcciones elementales (traducciones, dataciones, identificaciones) es una parte constitutiva esencial del oficio, por más fastidioso que resulte. La dificultad actual radica en elaborar, empíricamente, reglas o, al menos, hábitos precisos y explícitos de apreciación crítica de los métodos de análisis y de los conceptos que fundamentan los resultados. La adecuación de los métodos y de los conceptos a la materia básica es un problema central, a propósito del cual el recensador debe desarrollar un argumentario preciso, articulado en torno a la evaluación de la aportación del conjunto al conocimiento de la sociedad medieval, que constituye innegablemente la *última ratio*, pero que no tiene ningún alcance sin una consideración precisa de todas las etapas intermedias. La constitución de una nueva organización colectiva de discu-

sión crítica es una condición capital del paso a una nueva etapa de la medievalística.

No debemos contentarnos con la frase lapidaria «esto no es muy convincente» sin exponer argumentos racionales, claros y verificables. No tenemos el derecho de alabar, o de criticar, resultados descuidando el examen de los métodos que han permitido su producción, si no reinará el todo vale. Es malsano declarar: «este trabajo es falso e incoherente, aunque contiene pepitas de oro»; debe ser demostrado, desarmando la mecánica del error pero señalando de paso algunas observaciones interesantes (cuyo porqué habrá que precisar). Naturalmente, no será fácil invertir estas costumbres: la revalorización de la labor de recensión crítica deberá ser objeto de esfuerzos obstinados; a este respecto, no se deberán escatimar los medios. Como corolario, deberá aplicarse una vigilancia de hierro sobre la actividad proliferante denominada *coloquio*. Incluso ahí, habrá que intentar definir y erradicar los condicionantes de lo mundano y del desprecio por los imperativos científicos.

Qui si convien lasciare ogni sospetto
Ogni viltà convien que sia morta.

DANTE, CITADO POR MARX

Si consideramos la investigación sobre la civilización medieval desde un punto de vista incluso moderadamente racionalista, vemos que numerosos signos actuales son interpretables como síntomas de delicuescencia. Pero la gran mayoría de estos signos no son características propias al desarrollo de la medievalística. Podríamos por tanto estar tentados, como medievalistas, de abandonarnos a la actitud fatalista que domina por el momento en el conjunto de las ciencias sociales, incluso al cinismo tranquilo que provoca la dominación del neoliberalismo totalitario.

Esperamos haber dado aquí indicaciones susceptibles de afianzar otra actitud. En primer lugar, recordar que algunos medievalistas, en peores circunstancias, han sabido resistir con una determinación lúcida. A continuación, proceder a un análisis riguroso de los fundamentos de la disciplina y de su evolución, de lo que resulta bastante claramente que la medievalística reposa sobre una serie de desviaciones completamente específicas, lo que asigna a los medievalistas un programa de rectificación no menos específico. Finalmente, identificar, en la maraña de las transformaciones más contemporáneas, una serie de elementos, diversos, que el medievalista debería retomar, porque ofrecen posibilidades heurísticas asombrosas y pueden por tanto contribuir de forma decisiva a la renovación de la disciplina.

Estos elementos de programa no se entienden fuera de un marco: no deberíamos ocuparnos racionalmente de la civilización medieval sin tener una idea suficiente, si no adecuada, del marco en el que actuamos y sobre el que hay que actuar. Una reflexión en términos de estructuras, que es la línea directriz de todo lo que acabamos de leer, implica que se busque sin descanso, a todos los niveles de actividad y de análisis, el equilibrio (todo lo contrario del compromiso) entre una radicalización de la investigación y del uso de formas y de relaciones particulares y específicas, y una atención sin fisuras a los marcos y a las determinaciones, entendiéndose aquí atención en su significado más activo.

La amplitud de la tarea puede asustar, pero vencer cualquier miedo es la clave del desarrollo de los conocimientos racionales.[7] El espíritu de lucro más agre-

7. «El progreso del espíritu humano sólo se cumple liberándose del miedo» (Dominique Lecourt, *Journal du CNRS*, 99-1998, p. 18).

sivo y un oportunismo imbécil se despliegan por nuestra sociedad con una insolencia creciente y pretenden erigirse en normas morales universales: condiciones detestables para toda actividad científica; la lucidez más elemental obliga a resistir. El medievalista debe recordar a Marc Bloch y, si es necesario, rememorar *in petto* la divisa de Guillermo el Taciturno.

BIBLIOGRAFÍA

Aldrich, Megan B., *Gothic Revival*, Londres, 1994.

Algazi, Gadi, *Herrengewalt und Gewalt der Herren im späten Mittelalter. Herrschaft, Gegenseitigkeit und Sprachgebrauch*, Frankfurt am Main, 1996.

Allais, Maurice, «Fréquence, probabilité et hasard», *Journal de la société de statistique de Paris*, 1983, pp. 70-102 y 144-221.

Althoff, Gerd (ed.), *Die Deutschen und ihr Mittelalter*, Darmstadt, 1992.

Althusser, Louis, «L'impensé de Jean-Jacques Rousseau», *Cahiers pour l'analyse*, 8-1967, pp. 5-42, retomado en *Solitude de Machiavel*, París, 1998, pp. 59-102.

— *Solitude de Machiavel*, París, 1998.

— *Lettres à Franca, 1961-1973*, París, 1998.

Archéologie du village déserté, París, 1970, 2 vol.

Armatte, Michel, «Robert Gibrat et la loi de l'effet proportionnel», *Mathématiques, informatique et sciences sociales*, 33-1995, pp. 5-34.

Armi, Edson, *Masons and Sculptors in romanesque Burgundy*, University Park, 1983.

Arnaud, André-Jean, *Essai d'analyse structurale du Code civil français. Les règles du jeu de la paix bourgeoise*, París, 1973.

— *Les Juristes face à la société du XIX^e siècle à nos jours*, París, 1975.

Aston, Trevor Henry y Philpin, Charles H. E. (ed.), *The Brenner Debate. Agrarian Class Structure and Development in Pre-Industrial Europe*, Cambridge, 1985; trad. cast., *El Debate Brenner*, Crítica, Barcelona, 1988.

Atsma, Hartmut y Burguière, André (ed.), *Marc Bloch aujourd'hui. Histoire comparée et sciences sociales*, París, 1990.

Audoin-Rouzeau, Frédérique, *La Taille du bœuf domestique en Europe de l'Antiquité aux temps modernes*, Juan-les-Pins, 1991.

— *La Taille du mouton en Europe de l'Antiquité aux temps modernes*, Juan-les-Pins, 1991.

— *Hommes et animaux en Europe de l'époque antique aux temps modernes. Corpus de données archéozoologiques et historiques*, París, 1993.

— *La Taille du cheval en Europe de l'Antiquité aux temps modernes*, Juan-les-Pins, 1994.

— «Compter et mesurer les os animaux. Pour une histoire de l'élevage et de l'alimentation en Europe de l'Antiquité aux temps modernes», *Histoires & Mesure*, 10-1995, pp. 277-312.

Auerbach, Erich, *Figura*, 1938; trad. cast., *Figura*, Trotta, Madrid, 1998.

Aymard, Maurice, «Prix», *in* Le Goff Jacques (ed.), *La Nouvelle Histoire*, París, 1978, pp. 473-475.
Bähler, Ursula, *Gaston Paris dreyfusard*, París, 1999.
Bairoch, Paul y Etemad, Bouda, «La littérature périodique d'histoire économique contemporaine», *Annales ESC*, 42-1987, pp. 369-401.
Balandier, Georges, *Anthropologie politique*, París, 1967; trad. cast., *Antropología política*, Península, Barcelona, 1976.
Balard, Michel (ed.), *L'histoire médiévale en France. Bilan et perspectives*, París, 1991.
— *Bibliographie de l'histoire médiévale en France (1965-1990)*, París, 1992.
Bandmann, Günter, *Mittelalterliche Architektur als Bedeutungsträger*, Berlín, 1951.
Barbéris, Dominique, *Chateaubriand: des repères pour situer l'auteur et ses écrits*, París, 1994.
Barbut, Marc, «Note sur l'ajustement des distributions de Zipf-Mandelbrot en statistique textuelle», *Histoire & Mesure*, 4-1989, pp. 107-119.
— «Une remarque sur l'expression et l'ajustement des distributions de Zipf-Mandelbrot en statistique textuelle», *Mélanges André Lentin*, París, 1996.
Barbut, Marc y Fourgeaud, Claude, *Éléments d'analyse mathématique des chroniques*, París, 1971.
Barceló, Miguel, *Arqueología medieval en las afueras del medievalismo*, Barcelona, 1988.
Baridon, Michel, *Edward Gibbon et le Mythe de Rome. Histoire et idéologie au siècle des Lumières*, París, 1977.
Baridon, Michel, *et al.*, *Recherches sur le roman historique en Europe, XVIII^e-XIX^e siècles*, París, 1979.
Barker, Juliet R. V., *The Tournament in England, 1100-1400*, Woodbridge, 1986.
Barral I Altet, Xavier, *La circulation des monnaies suèves et visigotiques*, Munich, 1976.
Barret-Kriegel, Blandine, *Les Historiens et la Monarchie*, París, 1988, 4 vol.
Barthélemy, Dominique, *L'Ordre seigneurial, XI^e-XII^e siècles*, París, 1990.
Baschet, Jérôme, *Le Sein du père. Abraham et la paternité dans l'Occident médiéval*, París, 2000.
Bautier, Robert-Henri, «Les archives», en Samaran, Charles (ed.), *L'Histoire et ses méthodes*, París, 1961, pp. 1120-1166.
Beaujouan, Guy, «Nombres», en Le Goff, Jacques y Schmitt, Jean-Claude (ed.), *Dictionnaire raisonné de l'Occident médiéval*, París, 1999, pp. 834-844.
Béaur, Gérard, *L'Immobilier et la Révolution. Marché de la pierre et mutations urbaines, 1770-1810*, París, 1995.
Béguin, Michèle y Pumain, Denise, *La Représentation des données géographiques. Statistique et cartographie*, París, 1994.
Beiderwell, Bruce, *Power and Punishment in Scott's Novels*, Atenas, 1992.
Belting, Hans, *Bild und Kult. Eine Geschichte des Bildes vor dem Zeitalter der Kunst*, Munich, 1990.
— *Die Deutschen und ihre Kunst: ein schwieriges Erbe*, Munich, 1992.
— *Das unsichtbare Meisterwerk: die modernen Mythen der Kunst*, Munich, 1998.
Benoît, Paul y Fluzin, Philippe (ed.), *Paléométallurgie du fer et cultures*, Belfort, 1995.
Benzécri, Jean-Pierre *et al.*, *L'analyse des données. I. La Taxinomie, II. L'Analyse des correspondances*, París, 1973, 2 vol.
Bertin, Jacques, *Sémiologie graphique. Les diagrammes, les réseaux, les cartes*, París, 1967.
— *La Graphique et le Traitement graphique de l'information*, París, 1977; trad. cast., *La gráfica y el tratamiento gráfico de la información*, Taurus, Madrid, 1987.

Bessac, Jean-Claude, *L'Outillage traditionnel du tailleur de pierre de l'Antiquité à nos jours*, París, 1986.

Besson, Jean-Louis (ed.), *La Cité des chiffres, ou l'Illusion statistique*, París, 1992.

Best Heinrich y Man, Reinhard (ed.), *Quantitative Methoden in der historischsozialwissenschaflichen Forschung*, Stuttgart, 1977.

Best Heinrich y Schröder, Wilhelm Heinz, «Quantitative historische Sozialforschung», *en* Meier Christian y Rüsen Jörn (ed.), *Historische Methode*, Munich, 1988, pp. 235-266.

Bestek, Andreas, *Geschichte als Roman: narrative Techniken der Epochendarstellung im englischen historischen Roman des 19. Jahrhunderts, Walter Scott, Edward Bulwer-Lytton und George eliot*, Trier, 1992.

Bigalke, Rainer, *Zur Diachronie des Arbeitsbegriffs im Galloromanischen: unter Berücksichtigung des Spät- und Mittellateinischen*, Osnabrück, 1996.

Binding, Günther, *Zur Methode der Architekturbetrachtung mittelalterlichen Kirchen*, Köln, 1993².

Blackburn, Mark y Pagan, Hugh, «A Revised Chek-list of Coin Hoards from the British Isles, c. 500-1100», *en* Blackburn Mark A. (ed), *Anglo-Saxon Monetary history*, Leicester, 1986, pp. 291-313.

Blair, John y Pyrah, Carol (ed.), *Church Archaeology research. Directions for the future*, York, 1996.

Bloch, Marc, *Les Rois thaumaturges*, París, 1923.

— *La Societé féodale*, París, 1939-1940, reed. 1968; trad. cast., *La sociedad feudal*, Akal, Madrid, 1987.

— *Mélanges historiques*, París, 1963.

— *Écrire* La Societé féodale. *Lettres à Henri Berr (1924-1943)*, París, 1992.

Bocquet, Jean-Pierre y Reverseau, Jean-Pierre, «Estimation de la stature de la classe féodale d'après les armures du XVIᵉ siècle», *Ethnologie française*, 1-1979, pp. 85-94.

Bollack, Mayotte y Wismann, Heinz, *Philologie und Hermeneutik im 19. Jahrhundert II. Philologie et herméneutique au 19ᵉ siècle*, Göttingen, 1983.

Borst, Arno, *Der Turmbau von Babel. Geschichte der Meinungen über Ursprung und Vielfalt der Sprachen und Völker*, Stuttgart, 1957-1963.

Bossaglia, Rossana y Terraroli, Valerio (ed.), *Il Neogotico nel XIX e XX secolo*, Milán, 1989.

Bossuat, Robert, *Manuel bibliographique de la littérature française du Moyen Age*, París, 1951.

Boüard, Michel de *Manuel d'archéologie médiévale. De la fouille à l'histoire*, París, 1975.

Bouchon, Chantal; Brisac, Catherine; Chaline, Nadine-Josette y Leniaud, Jean-Michel, *Ces églises du XIXᵉ siècle*, Amiens, 1993.

Bourdieu, Pierre, *esquisse d'une théorie de la pratique*, Ginebra, 1972, reed. París, 2000.

— *Le Sens pratique*, París, 1980; trad. cast., *El sentido práctico*, Taurus, Madrid, 1991.

Boureau, Alain, *Le Droit de cuissage. La fabrication d'un mythe (XIIIᵉ-XIXᵉ siècle)*, París, 1995.

Boutry, Philippe, *Prêtres et paroisses au pays du Curé d'Ars*, París, 1986.

Bouvier, Jean, «Feu François Simiand?», *Annales ESC*, 28-1973, pp. 1173-1192.

Bozzolo, Carla y Ornato, Ezio, *Pour une histoire du livre manuscrit au Moyen Age. Trois essais de codicologie quantitative*, París, 1980, *suplemento*, París, 1983.

Braudel, Fernand, *Écrits sur l'histoire*, París, 1969: «La longue durée», pp. 41-83 (original, *Annales ESC*, 1958, pp. 725-753); trad. cast., *Escritos sobre la historia*, Altaya, Barcelona, 1997.

Braudel, Fernand y Spooner, Franck, «Les prix en Europe de 1450 à 1750», en Braudel Fernand, *Écrits sur l'histoire II*, París, 1990, pp. 31-165 (versión inglesa abreviada en *The Cambridge Economic history of Europe IV*, Cambridge, 1967, pp. 374-486).

Bréal, Michel, *Essai de sémantique. Science des significations*, París, 1897; trad. cast., *Ensayo de semántica: ciencia de las significaciones*, Analecta, Pamplona, 2001.

Breidbach, Winfried, *Reise – Fahrt – Gang: Nomina der Fortbewegung in den altgermanischen Sprachen*, Frankfurt am Main, 194.

Brenner, Robert, «Agrarian Class Structure and Economic Development in Pre-industrial Europe», *Past and Present*, 70-1976, pp. 30-75.

— *Merchants and Revolution. Commercial Change, Political Conflict and London's Overseas Traders, 1550-1653*, Cambridge, 1993.

Brinkmann, Hennig, *Mittelalterliche Hermeneutik*, Tubinga, 1980.

Brunner, Otto; Conze, Werner y Koselleck, Reinhart (ed.), *Geschichtliche Grundbegriffe. Historisches Lexikon zur politisch-soziologischen Sprache in Deutschland*, Stuttgart, 1972-1992.

Bumke, Joachim, *Studien zum Ritterbegriff im 12. und 13. Jahrhundert*, Heidelberg, 1976[2].

— *Höfische Kultur, Literatur und Gesellschaft im hohen Mittelalter*, Munich, 1986.

Bunde, Armin y Havlin, Shlomo (ed.), *Fractals in Science*, Berlín, 1994.

Burns, James Henderson (ed.), *The Cambridge History of Medieval Political Thougth, c. 350-c. 1450*, Cambridge, 1988; trad. fr., *Histoire de la pensée politique médiévale*, París, 1993.

Busse, Dietrich; Hermanns, Fritz y Teubert, Wolfgang (ed.), *Begriffsgeschichte und Diskursgeschichte: Methodenfragen und Forschungsergebnisse der historischen Semantik*, Opladen, 1994.

Caillé, Alain, *Splendeurs et misères des sciences sociales: esquisses d'une mythologie*, Ginebra, 1986.

— *La Démission des clercs. La crise des sciences sociales et l'oubli du politique*, París, 1993.

Calot, Gérard, *Cours de calcul des probabilités*, París, 1964.

— *Cours de statistique descriptive*, París, 1965; trad. cast., *Curso de estadística descriptiva*, International Thonson Editores Spain Paraninfo, S. A., Madrid, 1988.

Carcassonne, Charlotte, *Méthodes statistiques en numismatique*, Louvain-la-Neuve, 1987.

Carcassonne, Charlotte y Hackens, Tony (ed.), *Statistics and Numismatics. PACT* – 5, Estrasburgo, 1981.

Cardon, Dominique, *La Draperie au Moyen Age. Essor d'une grande industrie européenne*, París, 1999.

Caspard, Pierre, «Conceptions prénuptiales et développement du capitalisme dans la principauté de Neuchâtel (1678-1820)», *Annales ESC*, 29-1974, pp. 989-1008.

Cauvin, Colette; Reymond, Henri y Serradj, Abdelaziz, *Discrétisation et représentation cartographique*, Montpellier, 1987.

Chartier, Roger, *Au bord de la falaise: l'histoire entre certitudes et inquiétude*, París, 1998.

Chateaubriand, François René de, *Le Génie du Christianisme*, París, 1802; trad. cast., *El genio del cristianismo*, Ramón Sopena, Barcelona, 1977.

Chaunu, Pierre, «L'histoire sérielle. Bilan et perspectives», *Revue historique*, 494-1970, pp. 297-320 (conferencia pronunciada en Bucarest en 1969).

Chickering, Roger, *Karl Lamprecht. A German Academic Life (1856-1915)*, Nueva Jersey, 1993.

Cibois, Philippe, *L'Analyse factorielle*, París, 1983.
— *L'Analyse des données en sociologie*, París, 1984.
Clanchy, Michael T., *From Memory to Written Record. England, 1066-1307*, Londres, 1979.
Clavero, Bartolomé, *Antidora. Antropología católica de la economía moderna*, Milán, 1991; trad. fr., *La Grâce du don*, París, 1996.
Cocchiara, Giuseppe, *Storia del folklore in Europa*, Torino, 1952, reed. 1971.
Collette, Jean-Paul, *Histoire des mathématiques*, Montreal, 1973-1979; trad. cast., *Historia de las matemáticas*, Siglo XXI de España Editores, Madrid, 1985.
Coq, Dominique y Ornato, Ezio, «Les séquences de composition du texte dans la typographie du XVe siècle. Une méthode quantitative d'identification», *Histoire & Mesure*, 2-1987, pp. 87-136.
Couteau-Bégarie, Hervé, *Le Phénomène «nouvelle histoire»*, París, 1983.
Coutrot, Bernard y Droesbeke, Fernand, *Les Méthodes de prévision*, París, 1984.
Cressie, Noël A., *Statistics for Spatial Data*, Nueva York, 1993.
Croce, Benedetto, *La storia como pensiero et como azione*, Bari, 1939; trad. fr., *L'Histoire comme pensée et comme action*, Ginebra, 1968.
Cursente, Benoît, *Des maisons et des hommes. Essai sur la Gascogne médiévale*, Toulouse, 1999.
Dauphiné, André, *Chaos, fractales et dynamiques en géographie*, Montpellier, 1995.
Davey, Peter y Hodges, Richard (ed.), *Ceramics and Trade. The Production and Distribution of Later Medieval Pottery in North-West Europe*, Sheffield, 1983.
Davis, Philip J. y Hersh, Reuben, *L'Univers mathématique*, París, 1985 [orig. 1982].
«Découvertes archéologiques sur l'autoroute A5», *Archéologia hors-série*, Dijon, 1994 (programa coordinado por Claude Mordant).
Delisle, Léopold, *Études sur la condition de la classe agricole et l'état de l'agriculture en Normandie au Moyen Age*, Évreux, 1851.
Démians D'Archimbaud, Gabrielle, *Les Fouilles de Rougiers (Var). Contribution à l'archéologie de l'habitat rural médiéval en pays méditerranéen*, París, 1980.
Desrosières, Alain, *La Politique des grands nombres. Histoire de la raison statistique*, París, 1993.
Dessi, Rosa-Maria y Lamy, Marielle, «Saint Bernard et les controverses mariales au Moyen Age», *en* Arabeyre Patrick, Berlioz Jacques y Poirrier Philippe (ed.), *Vies et légendes de saint Bernard de Clairvaux*, Cîteaux, 1993, pp. 229-260.
Devroey, Jean-Pierre y Van Mol, Jean-Jacques (ed.), *L'Épeautre (triticum spelta). Histoire et ethnologie*, Treignes, 1989.
Devroey, Jean-Pierre; Van Mol, Jean-Jacques y Billen, Claire (ed.), *Le Seigle. Histoire et ethnologie*, Treignes, 1995.
Diemer, Dorothea y Peter, «Minnesangs Schnitzer. Zur Verbreitung der sogenannten Minnekästchen», en Janota Johannes (ed.), *Festschrift Walter Haug und Burghart Wachinger*, Tübingen, 1992, pp. 1021-1060.
Diesener, Gerald (ed.), *Karl Lamprecht weiterdenken. Universal-und Kulturgeschichte heute*, Leipzig, 1993.
Dion-Tenenbaum, Anne, *Le Moyen Age vu par le XIXe siècle*, París, 1987.
Djindjian, François, «Nouvelles méthodes pour l'analyse spatiale des sites archéologiques», *Histoire & Mesure*, 5-1990, pp. 11-34 (número especial sobre las estadísticas aplicadas a la arqueología).
— *Méthodes pour l'archéologie*, París, 1991.
Dobb, Maurice y Sweezy, Paul M., *The Transition from Feudalism to Capitalism*, Lon-

dres, 1976 (1ª ed., 1954), trad. fr., *Du féodalisme au capitalisme: problèmes de la transition*, París, 1977.
Dockes, Pierre y Rosier, Bernard, *Rythmes économiques. Crises et changement social, une perspective historique*, París, 1983.
Dolff-Bonekämper, Gabriele, *Die Entdeckung des Mittelalters: Studien zur Geschichte der Denkmalerfassung und des Denkmalschützes in Hessen-Kassel bzw. Kurhessen im 18. und 19. Jhd*, Darmstadt, 1985.
— «Wem gehört die Gotik? Wissenszuwachs und nationale Mythenbildung in der Architekturgeschichtsforschung des 18. und 19. Jahrhunderts», *en* Recht Roland (ed.), *L'Art et la Révolution. Survivances et réveils de l'achitecture gothique*, Strasbourg, 1992, pp. 5-14.
Dosse, François, *L'Histoire en miettes. Des «Annales» à la «nouvelle histoire»*, 1987; trad. cast., *La historia en migajas*, Institución Alfonso el Magnánimo, Valencia, 1989.
Droulers, Paul, *Action pastorale et problèmes sociaux sous la Monarchie de Juillet, chez Mgr d'Astros, archevêque de Toulouse, censeur de La Mennais*, París, 1954.
Duby, Georges, *La Société aux XIe et XIIe siècles dans la région mâconnaise*, París, 1953.
— *L'économie rurale et la Vie des campagnes dans l'Occident médiéval (France, Angleterre, Empire, IXe-XVe siècles). Essai de synthèse et perspectives de recherche*, París, 1962, 2 vol; trad. cast., *Economía rural y vida campesina en el occidente medieval*, Altaya, Barcelona, 1999.
Ducasse, Henry (ed.), *Panorama 1985 des traitements de données en archéologie*, Juan-les-Pins, 1985.
Dumoulin, Olivier, «Aux origines de l'histoire des prix», *annales ESC*, 45-1990, pp. 507-522.
— «Deux correspondances de médiévistes», en Hurel Daniel-Odon, *Correspondance et sociabilité*, Rouen, 1994, pp. 113-124.
— *Marc Bloch*, París, 2000.
Dupâquier, Jacques, «Statistique et démographie historique. Reflexions sur l'ouvrage d'A. Croix, *Nantes et le Pays nantais au XVIe siècle*», *Annales ESC*, 30-1975, pp. 394-401.
Duplessis, Jean, *Les Trésors monétaires médiévaux et modernes découverts en France, I. 751-1123; II. 1223-1385*, París, 1985-1995.
Durand, Aline, *Les Paysages mediévaux du Languedoc (Xe-XIIe siècles)*, Toulouse, 1998.
Eco, Umberto, *Le Problème esthétique chez Thomas d'Aquin*, París, 1993 [1970²].
Ehrismann, Otfrid, *Volk: mediävistische Studien zur Semantik und Pragmatik von Kollektiven*, Göppingen, 1993.
Elze, Reinhard y Schiera, Pierangelo (ed.), *Italia e Germania. Immagini, modelli, miti fra due popoli nell'Ottocento*, Bolonia-Berlín, 1988.
Emmerich, Wolfgang, *Zur Kritik der Volkstumsideologie*, Frankfurt am Main, 1971.
Ennen, Elizabeth, *Heritage in Fragments: the Meaning of Pasts for City Centre residents*, Groningen, 1999.
Esch, Arnold; Fried, Johannes y Geary, Patrick J., *Stand und Perspektiven der Mittelalterforschung am Ende des 20. Jahrhunderts*, Göttingen, 1996.
Fehring, Günter, *Einführung in die Archäologie des Mittelalters*, Darmstadt, 1987 (reed. Aumentada y actualizada, 2000).
Ferdière, Alain y Zadora-Rio, Élisabeth (ed.), *La Prospection archéologique. Paysage et peuplement*, París, 1986.
Fink, Carole, *Marc Bloch. A Life in History*, Cambridge, 1989; trad. fr.: *Marc Bloch. Une vie au service de l'histoire*, Lyon, 1997.

Flashar, Hellmut; Gründer, Karlfried y Horstmann, Axel (ed.), *Philologie und Hermeneutik im 19. Jahrhundert. Zur Geschichte der Geisteswissenschaften*, Göttingen, 1979.
Fleury, Michel y Henry, Louis, *Nouveau manuel de dépouillement et d'exploitation de l'état civil ancien*, París, 1965 (1985[3]).
Floud, Roderick, *An Introduction to Quantitative Methods for Historians*, Londres, 1973, 2ª ed. 1979; trad. cast., *Métodos cuantitativos para historiadores*, Alianza Editorial, Madrid, 1983.
Förster, Wendelin (ed.), *Cligès*, Halle, 1884.
— *Le Chevalier au Lion*, Halle, 1887.
— *Érec*, Halle, 1890.
— *Le Chevalier à la Charrette*, Halle, 1899.
Fossier, Robert, *Enfance de l'Europe. Aspects économiques et sociaux*, París, 1982; trad. cast., *La infancia de Europa: aspectos económicos y sociales*, Labor, Cerdanyola, 1984.
Fotheringham, Stewart y Rogerson, Peter (ed.), *Spatial Analysis and GIS*, Londres, 1994.
Fouilloux, Étienne, *La Collection «Sources chrétiennes». Éditer les Pères de l'Église au XXᵉ siècle*, París, 1995.
Foy, Danièle, *La Verre médiéval et son artisanat en France méditerranéenne*, París, 1988.
Frankhauser, Pierre, *La Fractalité des structures urbaines*, París, 1994.
Frantzen, Allen J., *Desire for Originis. New Language, Old English, and Teaching the Tradition*, New Brunswick, 1990.
Fried, Johannes, «*Gens* und *regnum*. Wahrnehmungs- und Deutugskategorien politischen Wandels im frühen Mittelalter. Bemerkungen zur doppelten Theoriebindung des Historikers», en Miethke Jürgen y Schreiner Klaus (ed.), *Sozialer Wandel im Mittelalter. Wahrnehmungsformen, Erklärungsmuster, Regelungsmechanismen*, Sigmaringen, 1994, pp. 73-104.
— «Vom Zerfall zur Wiedervereinigung. Der Wandel der Interpretations-muster», en Esch Arnold, Fried Johannes y Geary Patrick j., *Stand und Perspektiven der Mittelalterforschung am Ende des 20. Jahrhunderts*, Göttingen, 1996, pp. 47-72.
— «Wissenschaft und Phantasie. Das Beispiel der Geschichte», *Historische Zeitschrift*, 263-1996, pp. 291-316.
Fried, Johannes (ed.), *Die abendländische Freiheit vom 10. zum 14. Jahrhundert*, Sigmaringen, 1991.
Fritz, Gerd, *Historische Semantik*, Stuttgart, 1998.
Fueter, Eduard, *Geschichte der neueren Historiographie*, Munich-Berlín, 1936[3].
Funk, Christine, *Fortbewegungsverben in Luthers Übersetzung des Neuen Testaments*, Frankfurt am Main, 1995.
Furet, François, «L'histoire quantitative et la construction du fait historique», *Annales ESC*, 26-1971, pp. 63-75, reeditada en Le Goff, Jacques y Nora, Pierre (ed.), *Faire de l'histoire I*, París, 1974, pp. 42-61.
Fustel de Coulanges, Numa-Denis, *Histoire des institutions politiques de l'ancienne France*, París, 1889, t. 4.
Galet, Pierre, *Cépages et vignobles de France II. L'ampélographie française*, Montpellier, 1990.
Ganshof, François-Louis, *Qu'est-ce que la féodalité?*, Bruselas, 1944 (1968[4]).
Garcia-Oliver, Ferran, *París particular*, Valencia, 1993.
Garmier, Jean-François, «Le goût du Moyen Age chez les collectionneurs lyonnais du XIXᵉ siècle», *Revue de l'Art*, 47-1980, pp. 53-64.

Geckeler, Horst, *Zur Wortfelddiskussion*, Munich, 1971.
— *Strukturelle Semantik und Wortfeldtheorie*, Munich, 1982[3]; trad. cast., *Semántica estructural y teoría del campo léxico*, Gredos, Madrid, 1994.
Genet, Jean-Philippe, «La mesure et les champs culturels», *Histoire & Mesure*, 2-1987, pp. 137-169.
— «The Dissemination of Manuscripts relating to English Political Thought in the Fourteenth Century», en Jones M. y Vale M.G.A. (ed.), *England and her Neighbours, 1066-1453*, Londres, 1989, pp. 217-237.
— «Matrices, genres, champs: une approche sur le long terme», en Vaillant Alain (ed.), *Mesure(s) du livre*, París, 1992, pp. 57-74.
Geraerts, Dirk, *Diachronic Prototype Semantics: a Contribution to Historical Lexicology*, Oxford, 1997.
Gildin, Hilail, *Rousseau's Social Contract: the Design of the Argument*, Chicago, 1983.
Gille, Bertrand, «Prolégomènes à une histoire des techniques», en ID. (ed.), *Histoire des techniques*, París, 1978, pp. 3-118.
Glencross, Michael, *Reconstructing Camelot: French Romantic Medievalism and the Arthurian Tradition*, Cambridge, 1995.
Godelier, Maurice, *L'Idéel et le Matériel. Pensée, économies, sociétés*, París, 1984; trad. cast., *Lo ideal y lo material*, Taurus, Madrid, 1990.
— «Le métier de chercheur», *Sciences de l'homme et de la societé*, 58-2000, pp. 12-18.
Goedicke, Christian y Holst, Jens Christian, «Thermolumineszenzdatierung an Lübecker Backsteinbauten. Probleme und Entwicklungen», en Kiesow Rolf-Hammel (ed.), *Wege zur Erforschung städtischer Häuser und Höfe. Beiträge zur Spätmittelalter und in der frühen Neuzeit*, Neumünster, 1993, pp. 251-271.
Goetz, Hans-Werner, *Moderne Mediävistik. Stand und Perspektiven der Mittelalterforschung*, Darmstadt, 1999.
Goody, Jack, *La Raison graphique. La Domestication de la pensée sauvage*, París, 1979 [1977]; trad. cast., *La domesticación del pensamiento salvaje*, Akal, Madrid, 1985.
— *L'Évolution de la famille et du mariage en Europe*, París, 1985 [1983]; trad. cast., *La evolución de la familia y del matrimonio en Europa*, Herder, Barcelona, 1986.
— *La Logique de l'écriture. Aux origines des sociétes humaines*, París, 1986; trad. cast., *La lógica de la escritura y la organización de la sociedad*, Alianza, Madrid, 1990.
Gourevitch, Aron, «Représentations et attitudes à l'égard de la propriété pendant le haut Moyen Age», *annales ESC*, 27-1972, pp. 523-547.
Goy, Joseph, «Dîmes, rendements, états des récoltes et revenu agricole réel», *Studi storici*, 3/4-1968, pp. 794-811.
Goy, Joseph y Le roy Ladurie, Emmanuel (ed.), *Les Fluctuations du produit de la dîme: conjoncture décimale et domaniale de la fin du Moyen Age au* XVIII*e* *siècle*, París, 1972.
Gregory, John Ashworth y Larkham, Peter J. (ed.), *Building a New Heritage: Tourism, Culture and Identity in the New Europe*, Londres, 1994.
Grenier, Jean-Yves, *L'Économie d'Ancien Régime. Un monde de l'échange et de l'incertitude*, París, 1996.
Grenier Jean-Yves y Lepetit, Bernard, «L'experience historique: à propos de C.-E. Labrousse», *Annales ESC*, 44-1989, pp. 1337-1360.
Grew, Raymond y Harrigan, Patrick J., «L'offuscation pédantesque. Observations sur les préoccupations de J. -N. Luc», *Annales ESC*, 41-1986, pp. 913-922.
Grodecki, Louis (éd.), *Le «Gotique» retrouvé, avant Viollet-le-Duc*, París, 1979.
Grossi, Paolo, *«Un altro modo di possedere». L'emersione di forme alternative di proprietá alla coscienza giuridica post-unitaria*, Milán, 1977.

Guéné, Hélène y Loyer, François, *L'Église, l'État et les Architectes: Rennes, 1870-1940*, París, 1995.
Guerreau, Alain, *Le Féodalisme, un horizon théorique*, París, 1980; trad. cast., *El feudalismo: un horizonte teórico*, Crítica, Barcelona, 1984.
— «Douze doyennés clunisiens au milieu du XII[e] siècle», *Annales de Bourgogne*, 52-1980, pp. 83-128.
— «Analyse factorielle et analyses statistiques classiques: le cas des Ordres Mendiants dans la France médiévale», *Annales ESC*, 36-1981, pp. 869-912.
— «Analyse statistique des finances municipales de Dijon au XV[e] siècle. Observations de méthode sur l'analyse factorielle et les procédés classiques», *Bibliothèque de l'École des Chartes*, 140-1982, pp. 5-34.
— «Renaud de Bâgé, *Le Bel Inconnu*. Structure symbolique et signification sociale», *Romania*, 103-1982, pp. 28-82.
— «Observations statistiques sur les créations de couvents franciscains en France, XIII[e]-XV[e] siècles», *Revue d'histoire de l'Église de France*, 70-1984, pp. 27-60.
— «Un tournant de l'historiographie médiévale», *Annales ESC*, 41-1986, pp. 1167-1176.
— «Fustel de Coulanges médiéviste», *Revue historique*, 275-1986, pp. 381-406.
— «Raymond Aron et l'horreur des chiffres», *Histoire & Mesure*, 1-1986, pp. 51-73.
— «Mesures du blé et du pain à Mâcon (XIV[e]-XVIII[e] siècles)», *Histoire & Mesure*, 3-1988, pp. 163-219.
— «Notes statistiques sur les jardins de Saint-Flour (XIV[e] siècle)», en, Biget Jean-Louis (éd), *Les Cadastres anciens des villes et leur traitement par l'informatique*, Roma, 1989, pp. 341-357.
— «Pourquoi (et comment) l'historien doit-il compter les mots?», *Histoire & Mesure*, 4-1989, pp. 81-105.
— «Fief, féodalité, féodalisme. Enjeux sociaux et réflexion historienne», *Annales ESC*, 45-1990, pp. 137-166.
— «Política / derecho / economía / religión: ¿cómo eliminar el obstáculo?», en Pastor Reyna (ed.), *Relaciones de poder, de producción y parentesco en la edad media y moderna*, Madrid, 1990, pp. 459-465.
— «Climat et vendanges (XIV[e]-XIX[e]): révisions et compléments», *Histoire & Mesure*, 10-1995, pp. 89-147.
— «Quelques caractères de l'espace féodal européen», en Bulst Neithard, Descimon Robert y Guerreau A. (ed.), *L'État ou le Roi. Les fondations de la modernité monarchique en France (XIV[e]-XVII[e])*, París, 1996, pp. 85-101.
— «L'Europe médiévale: une civilisation sans la notion de risque», *Risques*, 31-1997, pp. 11-18.
— «Le champ sémantique de l'espace dans la *vita* de saint Maieul (Cluny, début du XI[e] siècle)», *Journal des Savants*, 1997, pp. 363-419.
— «L'étude de l'économie médiévale. Genèse et problèmes actuels», en Le Goff Jacques y Lobrichon Guy (ed.), *Le Moyen Age aujourd'hui. Trois regards contemporains sur le Moyen Age: histoire, théologie, cinéma*, París, 1997, pp. 31-82.
— «Seigneurie», *Dictionnaire encyclopédique du Moyen Age*, París, 1997, pp. 1415-1416.
— «L'évolution du parcellaire en Mâconnais, env. 900-env. 1060», en Feller Laurent, Mane Perrine y Piponnier Françoise (ed.), *Le Village médiéval et son environnement. Études offertes à J.-M. Pesez*, París, 1998, pp. 509-535.
— «Féodalité», en Jacques Le Goff y Jean-Claude Schmitt (ed.), *Dictionnaire raisonné de l'Occident*, París, 1999, pp. 387-406.

— «L'analyse des dimensions des édifices médiévaux. Notes de méthode provisoires», en Reveyron Nicolas (ed.), *Paray-le-Monial. Brionnais-Charolais. Le renouveau des études romanes*, Paray-le-Monial. 2000, pp. 327-335.

Guerreau, Alain y Polo de Beaulieu, Marie-Anne, «Classement des manuscrits et analyses factorielles. Le cas de la *Scala coeli* de Jean Gobi», *Bibliothèque de l'École des Chartes*, 154-1996, pp. 359-400.

Guerreau-Jalabert, Anita, «Sur les structures de parenté dans l'Europe médiévale», *Annales ESC*, 6-1981, pp. 1028-1049.

— «Grégoire ou le double inceste. Le rôle de la parenté comme enjeu (XII^{e}-XIX^{e} siècles)», en Zink Michel y Ravier Xavier (ed.), *Réception et identification du conte depuis le Moyen Age. Actes du colloque de Toulouse – janvier 1986*, Toulouse, 1987, pp. 21-38.

— «Inceste et sainteté. La *Vie de saint Grégoire* en français (XII^{e} siècle)», *Annales ESC*, 6-1988, pp. 1291-1319.

— «La désignation des relations et des groupes de parenté en latin médiévale», *Archivum Latinitatis Medii Aevii*, t. XLVI, 1988, pp. 65-108.

— «Structure et signification d'un récit arthurien: *La mule sans frein* (XII^{e}-XIII^{e}», en Martin Jean-Baptiste (ed.), *Le Conte. Tradition orale et identité culturelle. Actes des rencontres de Lyon – novembre 1986*, Lyon, 1988, pp. 167-177.

— «Les nourritures comme figures symboliques dans les romans arthuriens», en Aurell Martin, Dumoulin Olivier y Thélamon Françoise (ed.), *La Sociabilité à table. Commensalité et convivialité à travers les âges. Actes du colloque de Rouen, 14-17 novembre 1990*, Rouen, 1992, pp. 35-40.

— «Aliments symboliques et symbolique de la table dans les romans arthuriens français (XII^{e}-XIII^{e})», *Annales ESC*, 3-1992, pp. 561-594.

— «Fées et chevalerie. Observations sur le sens social d'un thème dit merveilleux», en *Miracles, prodiges et merveilles au Moyen Age*, París, 1995, pp. 133-150.

— «L'essart comme figure de la subversion de l'ordre spatial dans les romans arthuriens», en Mornet Élisabeth (ed.), *Campagnes médiévales: l'homme et son espace. Etudes offertes à R. Fossier*, París, 1995, pp. 59-72.

— «Traitement narratif et significations sociales de l' "amour courtois" dans le *Lancelot* de Chrétien de Troyes», en Queruel Danièle (ed.), *Amour et chevalerie dans les romans de Chrétien de Troyes*, Besançon, 1995, pp. 247-259.

— «Parole/parabole: analyse d'un champ lexical et sémantique», en Dessi Rosa-Maria y Lauwers Michel (ed.), *La Parole du prédicateur*, Niza, 1997, pp. 311-339.

— «Parenté», en Le Goff Jacques y Schmitt Jean-Claude (ed.), *Dictionnaire raisonné de l'Occident médiéval*, París, 1999, pp. 861-876.

Guiraud, Pierre, «L'évolution du style de Rimbaud et la chronologie des *Illuminations*», *Problèmes et méthodes de la statistique linguistique*, Dordrecht, 1959, pp. 127-138.

— *La sémantique*, París, 1972^{7}; trad. cast., *La semántica*, Fondo de Cultura Económica de España, Madrid, 1976.

— *Le Jargon de Villon ou le gai savoir de la Coquille*, París, 1968.

— *Le Testament de Villon ou le gai savoir de la Basoche*, París, 1970.

Hamesse, Jacqueline y Muraille, Colette, *Le Travail au Moyen Age, une approche interdisciplinaire*, Louvain-la-Neuve, 1990.

Hampel, Andrea, *Der Kaiserdom zu Frankfurt-am-Main. Ausgrabungen, 1991-1993*, Nußloch, 1994.

Harl, Ortolf, *Keramische Bodenfunde aus Wien. Mittelalter-Neuzeit*, Viena, 1982.

Harstick, Hans-Peter, «Karl Marx als Historiker», en Harstick H.-P., Herzig Arno y Pel-

ger Hans (ed.), *Arbeiterbewegung und Geschichte. Festschrift für Shlomo Na'aman zum 70. Geburstag*, Trier, 1983, pp. 166-188.
— «Verzeichnis des marxschen Lesefeldes im Bereich der Histoire», *ibid.*, pp. 189-232.
Hartog, François, *Le XIX^e Siècle et l'Histoire. Le cas Fustel de Coulanges*, París, 1988, reed. 2001.
«Le hasard», *Pour la science*, número especial abril 1996.
Hecht, Konrad, *Maß und Zahl in der gotischen Baukunst*, Hildesheim, 1979.
Heffer, Jean; Robert, Jean-Louis y Saly, Pierre, *Outils statistiques pour les historiens*, París, 1981.
Heine, Heinrich, *Deutschland – Ein Wintermärchen*, 1844.
Henriet, Patrick, «Moines envahisseurs ou moines civilisateurs? Cluny dans l'historiographie espagnole (XIII^e-XX^e)», *Revue Mabillon*, 11-2000, pp. 135-159.
Henry, Albert, *Contribution à l'étude du langage œnologique en langue d'oïl (XII^e-XV^e siècles)*, Bruselas, 1996.
Henry, Louis y Blum, Alain, *Techniques d'analyse en démographie historique*, París, 1988².
La historia medieval en España. Un balance historiográfico (1968-1998), Pamplona, 1999 (XXV semana de estudios medievales de Estella).
Hinton, David A., *Archaeology, Economy and Society. England from the Fifth to the Fifteenth Century*, Londres, 1990.
Hoffman, Philip T., «Un nouvel indice de la productivité agricole: les baux de Notre-Dame de Paris, 1450-1789», *Histoire & Mesure*, 6-1991, pp. 215-243.
Horkheimer, Max, *Anfänge der bügerlichen Geschichtsphilolophie*, Stuttgart, 1930; trad. fr., *Les Débuts de la philosophie bourgeoise de l'histoire*, París, 1980.
Hubert, Jean, «L'archéologie médiévale», en Samaran Charles (ed.), *L'Histoire et ses méthodes*, París, 1961, pp. 275-328.
Imbert, Gastón, *Des mouvements de longue durée Kondratieff*, Aix-en-Provence, 1959.
Irigoin, Jean y Zarri, Gian Pierro (ed.), *La Pratique des ordinateurs dans la critique des textes*, París, 1979.
Irsigler, Franz, *Untersuchungen zur Geschichte des frühfränkischen Adels*, Bonn, 1969.
Irsigler, Franz (ed.), *Quantitative Methoden in der Wirtschafts- und Sozialgeschichte der Vorneuzeit*, Stuttgart, 1978.
Jonsson, Einar Már, *Le Miroir. Naissance d'un genre littéraire*, París, 1995.
Josserand, Pierre, «Les grands dépôts de livres: quelques problèmes», en Samaran Charles (ed.), *L'Histoire et ses méthodes*, París, 1961, pp. 1109-1119.
Kaplan, Steven L., *Adieu 89*, París, 1993.
Kasperowski, Ira, *Mittelalterrezeption im Werk des Novalis*, Tubinga, 1994.
Kelley, Donald R., «*De origine feudorum:* the Beginnings of an Historical Problem», *Speculum*, 39-1964, pp. 207-228.
Kenyon, John R., *Castles, Town Defences and Artilery Fortifications in Britain and Ireland. A Bibliography*, Londres, 1990.
Kittsteiner, Heinz Dieter, *Gewissen und Geschichte. Studien zur Entstehung des moralischen Bewußtseins*, Heidelberg, 1990.
— *Die Entstehung des modernen Gewissens*, Frankfurt am Main-Leipzig, 1991; trad. fr., *La Naissance de la conscience morale*, París, 1997.
— *Listen der Vernunft. Motive geschichtsphilosophischen Denkens*, Frankfurt am Main, 1998.
Klapisch, Christiane y Demonet, Michel, «"A uno pane e uno vino". La famille rurale toscane au début du XV^e siècle», *Annales ESC*, 27-1972, pp. 873-901.

Konersmann, Ralf, *Der Schleier des Timanthes. Perspektiven der historischen Semantik*, Frankfurt am Main, 1994.

— *Kritik des Sehens*, Leipzig, 1997.

Koselleck, Reinhart, *Vergangene Zukunft. Zur Semantik*, Frankfurt am Main, 1979; trad. cast., *Futuro pasado: para una semántica de los tiempos históricos*, Paidós Ibérica, Barcelona, 1993.

Krieser, Hannes, *Die Abschaffung des* «Feudalismus» *in der französischen Revolution. Revolutionärer Begriff und begriffene Realität in der Geschichtsschreibung Frankreichs (1815-1914)*, Frankfurt am Main, 1984.

Kuchenbuch Ludolf, «*Potestas* und *utilitas*. Ein Versuch über Stand und Perspektiven der Forschung zur Grundherrschaft im 9.-13. Jahrhundert» , *Historische Zeitschrift*, 265-1997, pp. 117-146.

— «Marxens Werkentwicklung und die Mittelalterforschung», en Lüdtke Alf (éd.), *Was bleibt von marxistischen Perspektiven in der Geschichtsforschung?*, Göttingen, 1997, pp. 35-66.

— «'Feudalismus': Gebrauchsstrategien eines wissenspolitischen Reizworts» , *Die Gegenwart des Feudalismus*, coloquio de Göttingen, junio 2000.

— «Zur Entwicklung des Feudalismuskonzepts im Werk von Karl Marx» , aparecido en *Zeitschrift für Geschitswissenschaft*.

Kuchenbuch, Ludolf y Michael, Bernd, *Feudalismus. Materializen zur Theorie und Geschichte*, Frankfurt am Main, 1977, pp. 97-144.

Kuchenbuch, Ludolf y Sokoll, Thomas, *Arbeit im vorindustriellen Europa*, curso inédito de la Universidad de Hagen, 1986.

— «Vom Brauch-Werk zum Tausch-Wert: Überlegungen zur Arbeit im vorindustriellen Europa», *Leviathan*, 11-1990, pp. 26-50.

Kuhrt, Eberhard y Löwis, Henning von (ed.), *Griff nach der deutschen Geschichte. Erbeaneignung und Traditionpflege in der DDR*, Paderborn, 1988.

Kula, Witold, *Reflexiones sobre la historia*, México, 1984 [original polaco, 1958].

— *Les Mesures et les Hommes*, París, 1984 [1970]; trad. cast., *Las medidas y los hombres*, Siglo XXI de España Editores, Madrid, 1980.

Kurz, Heins D. (ed.), *Adam Smith (1723-1790): ein Werk und seine wirkungsgeschichte*, Marburg, 1991.

Kurze, Hermann, *Romantik und Konservatismus: das «politische» Werk Friedrichs von Hardenberg (Novalis) im Horizont seiner Wirkungsgeschichte*, Munich, 1983.

Lachiver, Marcel, *Vins, vignes et vignerons. Histoire du vignoble français*, París, 1988.

Lacombe, Paul, *De l'histoire considérée comme science*, París, 1894; trad. cast., *La historia considerada como ciencia*, Espasa-Calpe, Madrid, 1999.

Lafrance, Guy (ed.), *Études sur le «Contrat social»*, Otawa, 1989.

Lanczkowski, Günter, *Einführung in die Religionwissenschaft*, Darmstadt, 1980.

Langholm, Odd, *Economics in the Medieval Schools. Wealth, Exchange, Monney and Usury according to the Paris Theological Tradition, 1200-1350*, Leiden, 1992.

Le Goff, Jacques, *La Civilisation de l'Occident médiéval*, París, 1964; trad. cast., *La civilización del occidente medieval*, Juventud, Barcelona, 1999.

— *La Naissance du purgatoire*, París, 1981; trad. cast., *El nacimiento del purgatorio*, Taurus, Madrid, 1989.

— «Une maladie scientifique: la colloquite», *Sciences de l'Homme et de la Société, lettres des départements scientifiques du CNRS*, 32-1993, p. 35.

Le Goff, Jacques (ed.), *Hérésies et sociétés dans l'Europe pré-industrielle, 11e-18e siè-*

cles, París, 1968; trad. cast., *Herejías y sociedades en la Europa preindustrial (s. XI-XVIII)*, Siglo XXI de España Editores, Madrid, 1987.
Le Goff, Jacques y Schmitt, Jean-Claude, «L'histoire médiévale», *Cahiers de civilisation médiévale*, 39-1996, pp. 24.
Lebart, Ludovic y Salem, André, *Statistique textuelle*, París, 1994.
Lecourt, Dominique, *Journal du CNRS*, 99-1998, p. 18.
— *Les Piètres Penseurs*, París, 1999.
Leduc, Jean, *Les Historiens et le Temps. Conceptions, problématiques, écritures*, París, 1999.
Lefebvre, Georges, *La Naissance de l'historiographie moderne*, París, 1971 (curso de 1945-1946); trad. cast., *El nacimiento de la historiografía moderna*, Martínez Roca, Barcelona, 1977.
Lévy-Leboyer, Maurice, «L'héritage de Simiand: prix, profit et termes d'échange au XIXe siècle», *Revue historique*, 493-1970, pp. 77-120.
Lieber Gerson, Paula (ed.), *Abbot Suger and Saint-Denis*, Nueva York, 1986.
López Bravo, Carlos, *el patrimonio cultural en el sistema de derechos fundamentales*, Sevilla, 1999.
Loyer, François, «Néo-gothique et politique en France au XIXe siècle», en Recht Roland (ed.), *L'Art et la Révolution. Survivances et réveils de l'architecture gothique*, Estrasburgo, 1992, pp. 51-62.
Lubac, Henri de, *Corpus mysticum. L'Eucharistie et l'Église au Moyen Age. Étude historique*, París, 1944.
— *Exégèse médiévale. Les quatre sens de l'écriture*, París, 1959-1964, 4 vol.
Luchaire, Achille, *Les Premiers Capétiens (987-1137)*, París, 1901 (Ernest Lavisse (ed.), *Histoire de France depuis les origines jusqu'à la Révolution*, 2-II).
Mairesse, Jacques (ed.), *Estimation et sondages. Cinq contributions à l'histoire de la statistique*, París, 1988.
Mandelbrot, Benoît, «On the Theory of World Frequencies and on Related Markovian Models of Discourse», en Jakobson Roman (ed.), *Structure of Language and its Mathematical Aspects*, Providence, 1961, pp. 190-219.
— *Fractals. Form, Chance and Dimension*, San Francisco, 1977; trad. cast., *Los objetos fractales: forma, azar y dimensión*, Círculo de Lectores, Barcelona, 1997.
Manesse, Léon, *Les Paysans et leurs seigneurs avant 1789 (féodalité, Ancien Régime)*, París, 1885.
Margairaz, Dominique, *Foires et marchés dans la France préindustrielle*, París, 1988.
Marichal, Robert, «La critique des textes», en Samaran Charles (ed.), *L'Histoire et ses méthodes*, París, 1961, pp. 1247-1366.
Marx, Karl, *Das Kapital. Kritik der politischen Ökonomie*, Hamburgo, 1867; ed. Dietz, Berlín, 1966; trad. cast., *El capital: crítica de la economía política*, Siglo XXI de España Editores, Madrid, 1999.
Mathiot, Jean, *Adam Smith, philosophie et économie: de la sympathie à l'échange*, París, 1990.
McCarthy, Michael R., y Brooks, Catherine M., *Medieval Pottery in Britain. AD 900-1600*, Leicester, 1988.
Medick, Hans, *Naturzustand und Naturgeschichte der bürgerlichen Gesellschaft: die Ursprünge der bürgerlichen Sozialtheorie als Geschichtsphilosophie und Sozialwissenschaft bei Samuel Pufendorf, John Locke und Adam Smith*, Göttingen, 1973.
Mendell, Marguerite y Salee, Daniel (ed.), *The Legacy of Karl Polanyi*, Londres, 1991.
Meuvret, Jean, «Les données démographiques et statistiques en histoire moderne et con-

temporaine», en Samaran Charles (ed.), *L'Histoire et ses méthodes*, París, 1961, pp. 893-936.
Micha, Alexandre, *La Tradition manuscrite des romans de Chrétien de Troyes*, París, 1939.
Michaud-Quantin, Pierre, *Universitas. Expressions du mouvement communautaire dans le Moyen Age latin*, París, 1970.
Mittler, Elmar y Werner, Wilfried (ed.), *Codex Manesse*, Heidelberg, 1988.
Mohen, Jean-Pierre (ed.), *Archéologie de la France. 30 ans de découvertes*, París, 1989.
Monsalvo Antón, José María, «Crisis del feudalismo y centralización monárquica castellana (observaciones acerca del origen del "estado moderno" y su causalidad)», en Estepa Carlos y Plácido Domingo (ed.), *Transiciones en la antigüedad y feudalismo*, Madrid, 1998, pp. 139-167.
Morelli, Anne (ed.), *Les Grands Mythes de l'histoire de Belgique, de Flandre et de Wallonie*, Bruselas, 1995.
Morris, Richard, *The Church in British Archaeology*, ed. Revisada, York, 1998.
Morsel, Joseph, «Die Erfindung des Adels. Zur Soziogenese des Adels am Ende des Mittelalters – das Beispiel Frankens», en Oexle Otto Gerhard y Paravicini Werner (ed.), *Nobilitas. Funktion und Repräsentation des Adels in Alteuropa*, Göttingen, 1997, pp. 312-375.
— «Jagd und Raum. Überlegungen über den sozialen Sinn der Jagdpraxis am Beispiel des spätmittelalterlichen Franken», en Rösener Werner (ed.), *Jagd und höfische Kultur im Mittelalter*, Göttingen, 1997, pp. 255-287.
— *La Noblesse contre le prince. L'espace social des Thüngen à la fin du Moyen Age (Francofonie, v. 1250-1525)*, Stuttgart, 2000.
Mounin, Georges, *Clefs pour la sémantique*, París, 1972; trad. cast., *Claves para la semántica*, Anagrama, Barcelona, 1974.
Mühlack, Ulrich, «Von der philologischen zur historischen Methode», *en* Meier Christian y Rüsen Jörn (ed.), *Historische Methode*, Munich, 1988, pp. 154-180.
— *Geschichtswissenshaft im Humanismus und in der Aufklärung: die Vorgeschichte des Historismus*, Munich, 1991.
Nagy, Piroska, *Le don des larmes au Moyen Age. Un instrument spirituel en quête d'institution (v^e-XIII^e)*, París, 2000
Natale, Mauro y Ritschard, Claude, *Falsifications, manipulations, pastiches. L'art d'imiter. Images de la Renaissance italienne au musée d'Art et d'Histoire [de Genève]*, Ginebra, 1997.
Niermeyer, Jan F., *Mediae latinitatis lexicon minus*, Leiden, 1976.
Noiriel, Gérard, *Sur la «crise» de l'histoire*, París, 1996; trad. cast., *Sobre la crisis de la historia*, Cátedra, Madrid, 1997.
«Les nombres», *La Recherche*, número especial 278-1995.
Noone, John B., *Rousseau's Social Contract: a Conceptual Analysis*, Atenas, 1980.
Novalis, *Das Christentum oder Europa*, escrito en 1797, aparecido en 1826; trad. cast., *La cristiandad o Europa*, Centro de Estudios Constitucionales, Madrid, 1977.
Oakeshott, Ewart, *Records of the Medieval Sword*, Woodbridge, 1991.
Ohler, Norbert, *Quantitative Methoden für Historiker. Eine Einführung. Mit einer Einführung in die EDV von Hermann Schäfer*, Munich, 1980.
Ohly, Friedrich, *Schriften zur mittelalterlichen Bedeutungsforschung*, Darmstadt, 1977.
— *Ausgewählte und neue Schriften zur Literaturgeschichte und zur Bedeutungsforschung*, Stuttgart, 1995.
Ornato, Ezio, «L'exploitation des sources narratives médiévales dans l'histoire du climat: à propos d'un ouvrage récent», *Histoire & Mesure*, 3-1988, pp. 403-449.

— *La Face cachée du livre médiéval*, Roma, 1997.
Ouy, Gilbert, «Les bibliothèques», en Samaran Charles (ed.), *L'Histoire et ses méthodes*, París, 1961, pp. 1061-1108.
— «Les faux dans les archives et les bibliothèques», *ibid.*, pp. 1367-1383.
Ozouf, Mona, «L'invention de l'ethnographie française: le questionnaire de l'Académie Celtique», *Annales ESC*, 36-1981, pp. 210-230.
Paravicini, Werner, «Éloge de l'érudition», en Id. (ed.), *Les Ateliers de l'Institut historique allemand*, París, 1994, pp. 7-19.
Paris, Gaston, «Romans de la Table Ronde», en *Histoire littéraire de la France*, 1888, t. 30.
Parsons, David, *Churches and Chapels. Investigating Places of Worship*, Londres, 1989 (Practical Handbooks in Archaeology).
Passeron, Jean-Claude, *Le Raisonnement sociologique. L'espace non-poppérien du raisonnement naturel*, París, 1991.
Pastor, Reyna, «Quelques réflexions sur l'expansion seigneuriale. Un regard castillan», en Duhamel-Amado, Claudie y Lobrichon, Guy (ed.), *Georges Duby. L'écriture de l'histoire*, Bruselas, 1996, pp. 103-107.
Pastoureau, Michel, *Bleu, histoire d'une couleur*, París, 2000.
Paul, Hermann, *Principien der Sprachgeschichte*, Halle, 1886[2].
Pérez Garzón, Juan Sisino; Manzano, Eduardo; López Facal, Ramón y Riviere, Aurora, *La gestión de la memoria*, Barcelona, 2000.
Pesez, Jean-Marie, *Brucato, histoire et archéologie d'un habitat médiéval en Sicile*, Roma, 1984.
— *Archéologie du village et de la maison rurale au Moyen Age. Vingt études sur l'habitat paysan dans la France médiévale*, Lyon, 1999.
Petersen, Thomas, *Subjektivität und Politik: Hegels «Grundlinien der Philosophie des Rechts» als Reformulierung des «Contrats social» Rousseaus*, Frankfurt am Main, 1992.
Pispisa, Enrico, «Nuova storia e vecchie idee. A proposito di un recente libro di Georges Duby», *Quaderni medievali*, 36-1993, pp. 83-92.
Polanyi, Karl; Arensberg, Conrad y Pearson, Harry W. (ed.), *Trade and Market in Early Empires*, Nueva York, 1957, trad. cast., *Comercio y mercado en los imperios antiguos*, Labor, Cerdanyola, 1976.
Polanyi-Levitt, Kari (ed.), *The Life and Work of Karl Polanyi*, Nueva York, 1990.
Poulat, Émile, «L'institution des "Sciences Religieuses"», en Baubérot, Jean (ed.), *Cent ans de sciences religieuses en France*, París, 1987, pp. 49-78.
Pritzkuleit, Sabine, *Die Wiederentdeckung des Ritters durch den Bürger: Chivalry in englischen Geschichtswerken und Romanen, 1770-1830*, Trier, 1991.
Quintavalle, Arturo Carlo, «Mitologie medievali in Occidente», en Bossaglia Rossana y Terraroli Valerio (ed.), *Il Neogotico nel XIX°XX secolo*, Milán, 1989, pp. 390-412.
Ragut, Marie-Camille (ed.), *Cartulaire de Saint-Vincent de Mâcon*, Mâcon, 1864.
Raulf, Ulrich, *Ein Historiker im 20. Jahrhundert: Marc Bloch*, Frankfurt am Main, 1995.
Recht, Roland (ed.), *L'Art et la Révolution. Survivances et réveils de l'architecture gothique*, Estrasburgo, 1992.
— *Le Croire et le Voir. L'art des cathédrales (XII°-XV° siècles)*, París, 1999.
Reichard, Rolf (ed.), *Aufklärung und historische Semantik: interdisziplinäre Beiträge zur westeuropäischen Kulturgeschichte*, Berlín, 1998.
Revel, Jacques, «Démographie historique», en Le Goff Jacques (ed.), *La Nouvelle Histoire*, París, 1978, pp. 133-139.

Riley, Patrick, *The General Will before Rousseau: the Transformation of the Divine into the Civic*, Princeton, 1986.
Ritter, Waldemar, *Deutschland – Kulturland in Europa: Betrachtungen über das europäische Kulturerbe*, Bonn, 1999.
Robin, Régine, «Fief et seigneurie dans le droit et l'idéologie juridique à la fin du XVIII[e]», *Annales historiques de la Révolution française*, 43-1971, pp. 554-602.
— «Le champ sémantique de *féodalité* dans les cahiers de doléances généraux de 1789», *Bulletin du centre d'analyse du discours de l'université de Lille*, 2-1975, pp. 61-86.
Rosa, Guy, «Comptes pour enfants. Essai de bibliométrie des livres pour l'enfance et la jeunesse (1812-1908)», *Histoire & Mesure*, 5-1990, pp. 343-369.
Rouanet, Henry; Le Roux, Brigitte; Bert, Marie-Claude y Bernard, Jean-Marc, *Statistiques en sciences humaines*, 1. *Procédures naturelles*; 2. *Analyse inductive des données*; 3. *Analyse des données multidimensionnelles*, París, 1987, 1990 y 1993.
Rouanet, Henry; Lecoutre, Marie-Paule; Bert, Marie-Claude; Lecoutre, Bruno; Bernard, Jean-Marc, *L'Inférence statistique dans la démarche du chercheur*, Berna-Berlín, 1991.
Roux, Emmanuel de, y Paringaux, Roland-Pierre, *Razzia sur l'art*, París, 1999.
Ruas, Marie-Pierre, «Les plantes exploitées en France au Moyen Age d'après les semences archéologiques», en *Plantes et cultures nouvelles en Europe occidentale au Moyen Age et à l'époque moderne*, Flaran, 1991, pp. 11-35.
— «The Archeobotanical Record of Cultivated and Collected Plants of Economic Importance from Medieval Sites in France», *review of Palaeobotany and Palinology*, 73-1992, pp. 301-314.
Ruiperez, German, *Die strukturelle Umschichtung der Verwandschafttsbezeichnungen im Deutschen: ein Beitrag zur historischen Lexikologie, diachronen Semantik und Ethnolinguistik*, Marburg, 1984.
Saint-Aubin, Jean-Paul, *Le Relevé et la Représentation de l'architecture*, París, 1992.
Salin, Édouard, *La Civilisation mérovingienne*, París, 1950-1959.
Saly, Pierre, *Méthodes statistiques descriptives pour les historiens*, París, 1991.
Santos Domínguez, Luis Antonio y Espinosa Elorza, Rosa María, *Manual de semántica histórica*, Madrid, 1996.
Sapin, Christian (ed.), *Enduits et mortiers. Archéologie médiévale et moderne*, París, 1991.
Saporta, Gilbert, *Théories et méthodes de la statistique*, París, 1978.
Saunier, Pierre-Yves, «L'Église et l'espace de la grande ville au XIX[e] siècle: Lyon et ses paroisses», *Revue historique*, 288-1992, pp. 321-348.
Schlink, Wilhelm, «The Gothic Cathedral as Haevenly Jerusalem: a fiction in German Art History», en Kühnel Bianca (ed.), *Studies in Honor of Bezalel Narkiss*, Jerusalem, 1998, pp. 275-285.
Schmidt, Lothar (ed.), *Wortfeldforschung. Zur Geschichte und Theorie des sprachlichen Feldes*, Darmstadt, 1973.
Schmitt, Jean-Claude, «Une histoire religieuse du Moyen Age est-elle possible?», en Lepori Fernando y Santi Francesco (ed.), *Il mestiere di storico del medioevo*, Spoleto, 1994, pp. 73-83.
Schofield, John y Leech, Roger (ed.), *Urban Archaeology in Britain*, Londres, 1987.
Schöttler, Peter (ed.), *Lucie Varga. Les Autorités invisibles*, París, 1991.
— *Geschichtsschreibung als Legitimationswissenschaft, 1918-1945*, Frankfurt am Main, 1997.
— *Marc Bloch. Historiker und Widerstandskämpfer*, Frankfurt am Main, 1999.

Schreiner, Klaus, «Kommunebewegung und Zunftrevolution. Zur Gegenwart der mittelalterlichen Stadt im historisch-politischen Denken des 19. Jahrhunderts», en *Festschrift für Eberhard Naujok*, Sigmaringen, 1980, pp. 139-168.

Schwars, Hans, *Wort und Welt: Aufsätze zur deutschen Wortgeschichte, zur Wortfeldlehre und zur Runenkunde*, Münster, 1993.

Selvin, Hanan, «Durkheim, Booth and Yule: the Non-Diffusion of an Intellectual Innovation», *Archives européennes de sociologie*, 17-1976, pp. 39-51.

Sergi, Giuseppe, *L'idea di medioevo*, Roma, 1988; trad. cast., *La idea de Edad Media*, Crítica, Barcelona, 2001.

Shaw, Harry E., *The Forms of Historical Fiction. Sir Walter Scott and His Successors*, Ithaca-Londres, 1983.

Simiand, François, *Statistique et expérience. Remarques de méthode*, París, 1922.

Smith, Adam, *An Inquiry into the Nature and Causes of the Wealth of Nations*, Londres, 1776; trad. cast., *Investigación sobre la naturaleza y causa de la riqueza de las naciones*, Planeta-De Agostini, Barcelona, 1999.

Southern, Richard W., *L'Église et la Société dans l'Occident médiéval*, París, 1987 [1970].

Stewart, Ian, *Les Mathématiques*, París, 1989 [orig. 1987].

Strack, Friedrich, *Im Schatten der Neugier: christliche Tradition und kritische Philosophie im Werk Friedrichs von Hardenberg*, Tubinga, 1982.

Svensson, Ann-Marie, *Middle English Words for «Town»: a Study of Changes in a Semantic Field*, Goteborg, 1997.

Tatin-Gourier, Jean-Jacques, *Le «Contrat social» en question: échos et interprétations du «Contrat social» de 1762 à la Révolution*, Lille, 1989.

Thierry, Augustin, *Essai sur l'histoire de la formation et des progrès du tiers État*, París, 1850.

Thome, Helmut, *Grundkurs Statistik für Historiker*, Köln, 1989-1990, 2 vol.

Todeschini, Giacomo, *Il prezzo della salvezza. Lessici medievali del pensiero economico*, Roma, 1994.

Töpfer, Bernhard, *Frankreich. Ein historischer Abriß. 1. Von den Anfängen bis zum Tode Heinrichs IV*, Berlín, 1980.

Torrell, Jean-Pierre y Bouthillier, Denise, *Pierre le Vénérable et sa vision du monde. Sa vie, son œuvre. L'homme et le démon*, Louvain-la-Neuve, 1988.

Toubert, Pierre, *Les Structures du Latium médiéval. Le Latium méridional et la Sabine du IXe siècle à la fin du XIIe siècle*, Roma, 1973.

— «Préface» à la réédition de: Marc Bloch, *Les Caractères originaux de l'histoire rurale française*, París, 1988, pp. 5-41.

— «Histoire de l'occupation du sol et archéologie des territoires médiévaux: la référence allemande», *Castrum*, 5-1999, pp. 23-37.

Trier, Jost, *Der deutsche Wortschatz im Sinnbezirk des Verstandes*, Heidelberg, 1931.

— *Zur Wortfeldtheorie*, Berlín, 1973.

Upton, Graham J. y Fingleton, Bernard, *Spatial Data Analysis by Example*, Nueva York, 1985-1989.

Vallery-Radot, Jean, *Églises romanes. Filiations et influences*, París, 1931.

Van Den Heuvel, Gerd, «Féodalité, féodal», en Reichardt Rolf (ed.), *Handbuch politisch-sozialer Grundbegriffe in Frankreich, 1680-1820*, fasc. 10, Munich, 1988, pp. 1-48.

Van Ossel, Paul, *Établissements ruraux de l'Antiquité tardive dans le nord de la Gaule*, París, 1992.

Velan, Yves, *Soft Goulag*, Vevey, 1977.

Vernant, Jean-Pierre, «Les sciences religieuses entre la sociologie, le comparatisme et l'anthropologie», en Baubérot Jean (ed.), *Cent ans de sciences religieuses en France*, París, 1987, pp. 79-88.
Vessereau, André, *La Statistique*, París, 1947 (varias decenas de reediciones...).
Vilar, Pierre, *La Catalogne dans l'Espagne moderne. Recherches sur les fondements des structures nationales*, París, 1962, trad. cast., *Cataluña en la España moderna*, Crítica, Barcelona, 1979.
— *Une histoire en construction*, París, 1982.
Voiron, Christine, *Analyse spatiale et analyse d'images*, Montpellier, 1995.
Voss, Jürgen, *Das Mittelalter im historischen Denken Frankreichs. Untersuchungen zur Geschichte des Mittelalterbegriffes und der Mittelalterbewertung von der zweiten Hälfte des 16. bis zur Mitte des 19. Jahrhunderts*, Munich, 1972.
Vovelle, Michel, *La Révolution contre l'Église. De la Raison à l'Être suprême*, Bruselas, 1988.
Wallerstein, Immanuel, *Impenser les sciences sociales. Pour sortir du XIXe siècle*, París, 1995 [orig. Inglés, 1991].
Warnke, Martin, *Bau und Überbau. Soziologie der mittelalterlichen Architektur nach den Schriftquellen*, Frankfurt am Main, 1976.
Weber-Kellermann, Ingeborg, *Deutsche Volkskunde zwischen Germanistik und Sozialwissenschaften*, Stuttgart, 1969.
Wehrli, Max, *Geschichte der deutsschen Literatur vom frühen Mittelalter bis zum Ende des 16. Jahrhunderts*, Stuttgart, 1980.
— «Der mehrfache Sinn. Probleme der Hermeneutik», en *Literatur im deutschen Mittelalter. Eine poetologische Einführung*, Stuttgart, 1984, pp. 236-270.
Weir, David R., «Les crises économiques et les origines de la Révolution française», *Annales ESC*, 46-1991, pp. 917-947.
Wickham, Chris, *Land and Power. Studies in Italian and European Social History, 400-1200*, Londres, 1994.
Wirth, Jean, *L'Image médiévale: naissance et développements (VIe-XVe siècles)*, París, 1989.
— «La place de l'image dans le système des signes», *Cahiers Ferdinand de Saussure*, 50-1997, pp. 173-198.
— *L'Image à l'époque romane*, París, 1999.
Wolff, Philippe, *Commerces et marchands de Toulouse (vers 1350-vers 1450)*, París, 1954.
— *Les Origines linguistiques de l'Europe occidentale*, París, 1970.
— «Mes quatre rencontres avec Marc Bloch», en Atsma Hartmut y Burguière André (ed.), *Marc Bloch aujourd'hui. Histoire comprarée et sciences sociales*, París, 1990, pp. 43-45.
Woodward, Kenneth L., «In Praise of Footnotes», *Newsweek*, 9 septiembre 1996, p. 75.
Workman, Leslie J. (ed.), *Medievalism in England*, Cambridge, 1992.
Wotjak, Gerd (ed.), *Teoría del campo y semántica léxica*, Frankfurt am Main, 1998.
Wrobel, Sigrid; Holst, Jens Christian y Eckstein, Dieter, «Holz im Hausbau. Dendrochronologisch-bauhistorische Reihenuntersuchungen zum Hausbau des 13.-17. Jahrhunderts in Lübeck», en Kiesow Rolf-Hammel (ed.), *Wege zur Erforschung städtischer Häuser und Höfe. Beiträge zur fächerübergreifenden Zusammenarbeit am Beispiel Lübecks im Spätmittelalter und in der frühen Neuzeit*, Neumünster, 1993, pp. 183-249.
Wunder, Heide (ed.), *Feudalismus. Zehn Aufsätze*, Munich, 1974.

Young, Bailey, K., «Les nécropoles, IIIe-VIIIe siècles», en Duval Noël (ed.), *Naissance des arts chrétien*, París, 1991, pp. 94-121.
Zadora-Rio, Élisabeth, «Archéologie du peuplement: la genèse d'un terroir communal», *Archéologie médiévale*, 17-1987, pp. 7-65.
Zajdenweber, Daniel, *Hasard et prévision*, París, 1976.
Zerner, Monique, *Le Cadastre, le Pouvoir et la terre. Le Comtat Venaissin pontifical au début du XVe siècle*, Roma, 1993.

ÍNDICE DE NOMBRES

ÍNDICE